ISSN 0325-2221

relaciones

Nueva Serie
Tomo XIV
Nº 1

SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA



BUENOS AIRES
1980

Viñeta:

Grabado rupestre
Cerro Tunduqueral, Uspallata
Provincia de Mendoza
Documentación, Juan Schobinger

ISSN 0325-2221

Soc. Argentina Antropologí
Moreno 350 C.P. (1091) Bs.As. Arg

relaciones

Nueva Serie
Tomo XIV
Nº 1

SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA



BUENOS AIRES
1980

El presente volumen ha sido sufragado con la contribución primordial del *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas* (CONICET) y con el aporte de los autores e integrantes de la Sociedad Argentina de Antropología.

Director de la publicación:

CARLOS J. GRADÍN

El comité de redacción ha estado integrado por la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Antropología.

Presidente: Sr. Carlos J. Gradin
Secretario: Ing. Augusto Cardich
Tesorera: Lic. Ana M. Aguerre
Vocal 1º: Lic. Damiana E. Curzio
Vocal 2º: Dr. Bernard Dougherty
Vocal Suplente: Dr: Rodolfo J. Merlino
Vocal Suplente: Dra. Ana María Lorandi

Comisión Revisora de Cuentas:

Lic. Eduardo A. Crivelli Montero
Sr. Alberto Wuille-Bille

Secretaría General a cargo:

Lic. Rosana L. Albertal

Secretaría La Plata:

Lic. Nora Flegenheimer

Impreso en la Argentina

Propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología
Hecho el depósito que previene la Ley Nacional 11.723

Domicilio Postal: Moreno 350 — (1091) Buenos Aires

INDICE

Fluctuaciones de los límites superiores del cultivo de los Andes, por Augusto Cardich 7

El motivo de Orfeo y el viaje al reino de los muertos en América del Sur, por María Susana Cipolletti 33

Un nuevo tipo de asa en la cerámica del NO argentino, por Lidia C. Alfaro y Margarita E. Gentile 41

Las urnas de tres cinturas en el NO argentino, por Lidia Baldini 49

Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del imperio, por Alberto Rex González 63

Antigüedad de la ocupación humana de la Gruta del Oro, Juárez, Provincia de Buenos Aires, por Luis Abel Orquera, Ernesto Luis Piana y Arturo Emilo Sala 83

Apéndice: Análisis sedimentológico de muestras de la Cueva del Oro, por María Elena Forzinetti 98

Arte rupestre del Abrigo de Pilcaniyeu, Provincia de Río Negro, por Ana María Llamazares 103

Un instrumento musical de la costa Patagónica, por Rodolfo F. J. Brunet, y su estudio musicológico, por Clydwyn Jones 121

Excavaciones en el Sitio Bloque Errático 1, San Sebastián, Tierra del Fuego, por Luis Alberto Borrero y Marcela Casiraghi 129

Sobre el uso de artefactos del Sitio Bloque Errático 1, Tierra del Fuego, por Hugo Daniel Yacobaccio 143

La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán, por Ana María Lorandi 147

Comentarios acerca de un fechado radiocarbónico del Sitio Inca Cueva-4 (Departamento Humahuaca, Jujuy - Argentina), por Carlos A. Aschero 165

Puntas "cola de pescado" en la Provincia de Buenos Aires, por Nora Flegenheimer 169

Secuencias radiocarbónicas del sur de la Patagonia argentina, por Carlos J. Gradin 177

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

EL FENOMENO DE LAS FLUCTUACIONES DE LOS LIMITES SUPERIORES DEL CULTIVO EN LOS ANDES: SU IMPORTANCIA

Augusto Cardich

Hay un aspecto relevante en la geografía de Sudamérica que merece señalarse, y lo hacemos transcribiendo las palabras de un conocido autor, cuando dice que "por la presencia de los Andes únicamente, Sudamérica contiene una proporción de tierras por encima de los 3.000 metros sobre el nivel del mar, mayor que ningún otro continente" (Shanahan 1950: 282). Podemos agregar que la mayor porción de los Andes con estas características se encuentra en la zona tórrida. Nuestro presente estudio se circunscribe a los Andes peruanos, que ocupa gran parte de ese sector.

En el escenario de los Andes peruanos, el punto de mayor altitud es la cumbre del nevado Huascarán (6.768 m). El nivel hasta donde descienden las lenguas glaciarias está actualmente a 4.700 m. Podemos decir que las mayores extensiones territoriales están constituidas por los altiplanos y sierras menores alrededor de los 3.700-4.000 m. Sobre estas emergen cadenas menos extensas pero cuyas crestas más altas alcanzan altitudes por encima de los 5.500 m. Luego están los valles y quebradas, generalmente con relieves más suaves en las partes altas, y, por debajo, los valles profundos, que mayormente tienden a las formas de cañones. Estas quebradas al descender por debajo de los 1.000 m se van abriendo y los fondos de los valles se van horizontalizando extendiendo sus superficies, tanto en el lado de la Costa, hacia el Pacífico, como en el oriente, y en este último caso conectándose con el gran llano amazónico.

En estos singulares paisajes de los Andes peruanos y territorios subandinos, de acuerdo a los estudios arqueológicos, hace unos 10.000 años o algo más (Cardich 1958, 1964, 1980), empezó a producirse un tenue pero relativamente generalizado poblamiento humano, iniciando una tradición ocupacional que ha llegado hasta el presente. Cabe destacar ahora que los múltiples ambientes ocupados por el hombre en forma tradicional, se sitúan en una faja vertical que se extiende desde la orilla o nivel del mar hasta aproximadamente los 4.600 m de altitud. Dentro de ella hay, naturalmente, una desigual concentración. Así, se advierte que la mayor población ha estado ocupando sectores por arriba de los 2.800 o 3.000 m (en el extremo norte desde un nivel algo más bajo, 2.400 m) hasta más o menos los 4.200 m, a los que en conjunto llamamos territorio alto-

andino (Cardich 1958: 14; 1964: 8; 1980: 71). Esta distribución tradicional está variando últimamente, por el crecimiento de las urbes en la Costa o en valles de baja altitud; sin embargo, el censo del año 1957 indica que todavía el 60 % de la población del Perú se asentaba arriba de los 2.800 m (Ubilluz 1958). En Bolivia también actualmente el 70 % de su población vive por encima de los 3.000 m. Otro sector de concentración en el territorio peruano, aunque mucho menor, han sido los valles irrigados de la Costa; y, por último, sólo una escasa población, comparativamente, se asienta en la Selva y los lugares intermedios. Las huellas arqueológicas van denotando también estas mismas características en la distribución demográfica en el pasado —tal vez hasta con una mayor concentración en la región altoandina, cuando ésta era su núcleo y su mayor centro de atracción— como en el hecho de que las culturas más abarcativas y de mayor poder han tenido sus cabeceras en las regiones altas, como Lauricocha, Chavín, Tiahuanaco-Huari e Inca, que adquirieron las características de verdaderos *horizontes*.

Esta particularidad del hombre andino de ocupar mayormente las partes altas e ir presionando hacia arriba, es un rasgo tradicional muy interesante y que es necesario subrayar para entender la trascendencia de los fenómenos que estamos estudiando. Atentas observaciones de conocidos científicos han captado también, por separado y desde varias vías, estos rasgos. El geógrafo Isahia Bowman, que exploró el sur del Perú, para expresar su sorpresa ante la distribución demográfica, en forma figurada nombra como Artico a las tierras altas y frías, y como Arcadia a los "fértiles valles, situados a una altitud de 5.000 a 8.000 pies (1.500 a 2.500 m)", los que serían "la morada de espíritus favorables". Luego expresó esta sentencia: "Aquí sólo hay un paso del Artico a la Arcadia. Sin embargo es el Artico el que encuentra poblado". (Bowman 1938: 39). Por su parte el antropólogo John Murra, considerando la distribución de las variedades de papas híbridas y de altura, escribe que "en el curso de la ocupación humana de los Andes la presión demográfica estuvo dirigida hacia arriba. Se trataba de domesticar la altura y la puna" (Murra 1968: 58). Asimismo resulta oportuno consignar unas referencias del geógrafo y glaciólogo Hans Kinzl, que hiciera con su equipo el estudio y levantamiento cartográfico de la Cordillera Blanca y de la Cordillera Huayhuash, que son interesantes para nuestro tema: "El terreno más arriba del límite poblado en la mayor parte de los países carece de toda historia (...) En los mismos Alpes, tan densamente poblados, se tiene también la impresión de un paisaje casi virgen en alturas que exceden las de las poblaciones. Es pues una sorpresa encontrarse con restos de poblaciones antiguas en la Cordillera Blanca (Perú) a mucha más altura que las que alcanzan los pueblos actuales". (Kinzl y Schneider 1950: 44). Este mismo autor había escrito en 1935 sus observaciones de huellas de cultivo en niveles por encima de los límites actuales en la Cordillera Blanca, rozó la explicación climática negándole toda responsabilidad en el descenso posterior de los cultivos, para el que supone —a falta de otros datos, observaciones a lo largo de los Andes, cronología de los sucesos, etc.— originada en una supuesta disminución de la población y a la formación de agrupamientos en niveles más bajos (Kinzl en Borchers y otros 1935: 89, 90).

° ° °

Hay algunos indicios arqueológicos que estarían señalando que ya tan temprano como hace casi 8.000 años, los antiguos pobladores de los Andes —aunque no en forma generalizada— estaban iniciando las experimentaciones en la domesticación y el cultivo (Engel 1966, 1970; Kaplán, Lynch y Smith 1973; Mac Neish 1971 y varios otros). Estos indicios arqueológicos situaría a la región andina entre los centros de la domesticación y el cultivo más antiguos del mundo, por alcanzar las altas edades de los considerados como tales. Asimismo se va conociendo que en los Andes los primeros cultivos o la llamada agricultura incipiente, tuvo una vigencia al parecer parcial, sin mayores resonancias durante algunos milenios, en lapso algo más prolongado que en los centros del Viejo Mundo, pues la agricultura plena se establece más tarde en los Andes, hace 4.000 o 4.500 años.

Este lapso de los 4.500 años de vigencia de la agricultura plena en los Andes, coincide aproximadamente en el tiempo con el llamado Neoglacial, período a lo largo del cual se producen avances y también retrocesos menores de los glaciares, por efectos de moderadas oscilaciones climáticas. Estas oscilaciones representan alternancias de lapsos o subperíodos benignos y hasta calurosos con otros de tendencia al frío.

La población establecida en las partes altas de los Andes han ido avanzando con sus cultivos hasta los límites extremos en altitud. Estos límites alcanzaban en décadas pasadas, según el botánico A. Weberbauer (1945: 437): "...entre los 3.800 m y los 4.000 m en el borde de la puna (y) desciende de sur a norte en el borde de la jalca, desde los 3.800 hasta los 3.600 o aún 3.400 (a pesar de acercarse a la línea ecuatorial)". Ahora bien, hemos dicho arriba que la mayor concentración humana en los Andes peruanos ocupaba los niveles comprendidos entre los 2.800 (2.400 en el tramo norte)-3.000 m hasta 4.200 m, esto significa que esta mayor población —por otra parte, casi absolutamente dependiente de las subsistencias agrícolas— ha vivido y vive próximo o en las fronteras mismas de la agricultura. Dentro de este territorio altoandino se puede separar un nivel de puna o subpuna hasta donde alcanzan los cultivos microtérmicos, en particular la papa, tan importante, agregándose la actividad pastoril, la que en sectores más altos se practica en forma exclusiva, aunque siempre vinculada por el intercambio con la producción agrícola; y otro nivel inmediatamente debajo de los 3.600 m, llamado quechua, donde entre otros cultivos se destaca el maíz de altura.

Sabemos ya, por otra parte, que este límite superior del cultivo no es una línea estática, que hubiera estado ocupando la misma cota a través del tiempo. Pues aparte de algunas variaciones de carácter humano —debajo de los linderos físicos absolutos— ha habido un hecho fundamental, que los límites extremos de las posibilidades agrícolas han fluctuado, de acuerdo a las condiciones climáticas, como veremos en los acápites posteriores. Estas variaciones habrían repercutido en la principal actividad de los grupos humanos en los extremos del cultivo, y consecuentemente en la economía de la población altoandina, y de aquí, de acuerdo al grado de las consecuencias, podía trascender a todo el mundo andino.

Las investigaciones sobre este tema de las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo, cuya tesis nos corresponde, lo hemos venido realizando principalmente en la zona de Lauricocha, en las cabeceras del río Marañón-Amazonas, desde 1958 (Cardich 1958: 19, 20; 1974; 1980), zona que está, precisa-

mente, en los lindes superiores de la agricultura. Primeramente observamos en las partes superiores del valle de Lauricocha, la presencia de numerosos campos de labrantíos antiguos y las huellas de sus cercos. Además advertimos la existencia de canales de riego, y al investigar los restos de estos sistemas de irrigación descubrimos acueductos subterráneos y una extendida red de otros canales, particularmente en la altiplanicie de Corralón (4.100 m), en altitudes donde actualmente no son practicables los cultivos. Asimismo mediante aerofotografías se consiguió apreciar la notable magnitud de las zonas de cultivo antiguas, por encima del límite actual o en partes donde la agricultura actualmente es demasiado marginal. También observamos en el transcurso de varias décadas, a partir de los años '40, que en esta región de las cabeceras del río Marañón, iban ascendiendo los cultivos a niveles significativamente más altos con relación a las décadas anteriores. Al mismo tiempo se podía comprobar que se producía paralelamente un acelerado retroceso glaciar en las altas cordilleras, como asimismo desaparecían acumulaciones de nieves persistentes, dejando libres nuevos pasos comunicando las dos vertientes, del Pacífico y del Atlántico. De tal manera que se podía relacionar, *prima facie*, estos fenómenos con posibles oscilaciones del clima. Posteriormente, mediante estudios arqueológicos, fuimos tratando de cronologizar los momentos en que la zona de Lauricocha tuvo en el pasado una mayor concentración humana (lo que habría significado la práctica más extendida del cultivo), y estos momentos detectados coinciden con los principales subperíodos de incremento térmico del clima en los últimos milenios. En los yacimientos de las cuevas encontramos restos arqueológicos estratificados de casi 10.000 años y una sucesión de niveles hasta el presente, en más de 3 m de espesor del conjunto de capas culturales (Cardich 1958, 1964). Luego se hicieron sondeos en las ruinas de los centros poblados, obteniendo fragmentos de cerámica que sirvieron para identificar u orientarnos a la indentificación de las culturas arqueológicas a las que pertenecían y deducir sus edades; asimismo comparar con los fragmentos de los rellenos estratificados de la cueva, cuyos niveles estaban cronologizados. En esta forma conseguimos una aproximación para datar los momentos en que la zona de Lauricocha estuvo más densamente poblada. Naturalmente se ha ido buscando contrastaciones, por varias vías de investigación: se descartaría que estas principales oscilaciones aquí detectadas hubieran tenido origen en aspectos simplemente humanos o culturales, de patrones de establecimiento, variaciones demográficas, tenencia de tierras, etcétera. Se han encontrado pruebas de que tampoco sería el resultado de una distinta adaptación de los vegetales a la altura a través del tiempo, pues los desplazamientos han sido por igual para distintas especies y variedades.

Nuestras investigaciones iniciales, como se dijo, fueron focalizadas para una región restringida de los Andes peruanos, la cabecera del Marañón. Aunque se anotaron algunas pocas correlaciones con otras regiones, hacía falta un estudio más amplio a lo largo de los Andes peruanos. Y, justamente, ahora estamos informando del proyecto realizado en algo más de un año de estudios, con varios viajes a diversas zonas del Perú, gracias al apoyo económico de la National Geographic Society de EE.UU.

° ° °

Hagamos una breve consideración sobre aspectos de la relación planta-medio ambiente, que pueden tener relación con el tema. Vamos a referirnos a uno de los factores más importantes y decisivos, la temperatura. Como es sabido, la temperatura media disminuye del ecuador a los polos, igualmente lo hace del nivel del mar hacia las elevaciones de las montañas. Existen determinaciones sobre la magnitud de estas variaciones, así, se dice que la temperatura media decrece aproximadamente 0,5 grados C cada 100 metros de elevación, y que igual disminución sufre en el sentido de la latitud aproximadamente por cada grado, esto es más o menos cada 111.000 metros.

Es muy conocido también el hecho de que la "influencia de la temperatura es universal y constituye frecuentemente un factor decisivo para el desarrollo y la distribución de los animales y de las plantas" (Clarke 1958:159). Continuando sobre este punto, podemos transcribir párrafos de una conocida obra (Margalef 1977: 193): "...que cada especie tiene lo que se puede denominar su espectro térmico cuyos límites extremos representan la muerte; cerca de estos límites se tienen sendos segmentos de rigidez o inmovilización, de los que el organismo puede recuperarse y, entre ellos, un margen de variación de la temperatura en el que la vida activa es posible. Dentro de este se puede hablar de un punto *óptimo* de temperatura, sumamente difícil de definir".

Estas condiciones van determinando que las fajas o zonas de vegetación se vayan ubicando de acuerdo, principalmente, a sus requerimientos térmicos, desde luego con incidencias también de los otros factores ambientales y las condiciones locales. Se sabe, asimismo, que "el número de zonas de altura bien delimitadas aumenta con la elevación de las montañas y con la proximidad del ecuador" (Braun-Blanquet 1950: 363). O sea que en las montañas de gran altura de la zona tórrida, como los Andes peruanos, se encuentra la sucesión vertical del mayor número de zonas térmicas y de vegetación. En efecto, desde el nivel más bajo representado por la selva amazónica o el ardiente desierto de la Costa, hasta los campos de nieve y glaciares, alrededor de los 5.000 m de altitud, pasando por distintos pisos altitudinales, y todo en distancias relativamente cortas. También se podría señalar que serían "equivalentes a las regiones latitudinales a nivel del mar, que se distinguiría desde el ecuador o Línea Ecuatorial hasta cualquiera de los Polos" (ONERN 1976:8).

Es evidente, asimismo, como muy bien apuntan Weaver y Clements (1944:: 425), que "la temperatura es también el factor de mayor importancia en la determinación de la distribución de las plantas cultivadas". Se entiende, en consecuencia, que la distribución comprende los niveles con temperaturas más adecuadas, discernibles desde una suma de temperaturas *efectivas* para el ciclo de las plantas y los extremos térmicos soportables. Razón por la cual los límites superiores varían por especies, subespecies y variedades, deduciéndose que hacia las partes altas de las montañas se alargan los ciclos totales y los subperíodos. Las plantas cultivadas que se disponen cada vez más hacia arriba en altitud deben ajustarse a temperaturas totales más bajas y, en general, a temperaturas inferiores, cortándose su posibilidad al encontrar mínimos fatales. Antes de este extremo absolutamente limitante de las plantas cultivadas, hay un aspecto agronómico de los llamados cultivos marginales, donde los rendimientos son bajos y pueden ser antieconómicos o cuando a lo largo de varios años la proporción de cosechas malas o con pérdidas aventaja a las buenas o aceptables. Es cuando se llega a los límites superiores del cultivo. Ambos lími-

tes varían por los cambios del clima y aún de año a año por variabilidad térmica, aparte, naturalmente, de otros factores que también inciden en el mismo sentido, como la sequía, que ha sido frecuente en los Andes, empero de menor importancia para los antiguos agricultores andinos por la extendida práctica del riego, que en los tiempos recientes o actuales ha sido dejada de lado y sólo muy escasamente usada.

° ° °

Resulta oportuno señalar que hay evidencias de los cambios climáticos acontecidos en el pasado de estas montañas del trópico, que ha generado el desplazamiento vertical tanto de los límites inferiores de los glaciares como de las fajas o zonas de vegetación. Así, por ejemplo, tenemos las observaciones de I. Bowman, sobre las que dice: "una de las visitas más impresionantes de Sudamérica es la floresta creciendo sobre una morrena glacial" (1938: 173). Nosotros hemos encontrado también este mismo cuadro, en las vertientes orientales de las cordilleras Ticti y Garhua Raju, en el departamento de Huánuco. Otra evidencia notable está constituida por cultivos o huellas de cultivos en morrenas más o menos frescas que hemos visto en la Cordillera Blanca (Ancash) y en la región de Lauricocha (Huánuco). Por otra parte, hay estudios detenidos sobre estos fenómenos realizados en varias montañas tropicales, pudiéndose apreciar el notable desplazamiento vertical de las zonas de vegetación. Así, por ejemplo, en la montaña Mauna Kea de Hawai encuentran un desplazamiento de casi 1.000 metros comparando la zonación actual con los momentos del pleistoceno final, durante la glaciación Makanaka tardía (Porter 1979: 183). Asimismo hay interesantes conclusiones de los estudios en la Sierra Nevada de Cocuy, en los Andes de Colombia, donde en un nivel de 3.900 m de altitud se ha determinado la sucesión de las distintas formaciones vegetales, como tundra, páramo, bosque, que prosperaron en dicho punto de acuerdo al clima reinante, en los últimos 13.000 años (González, van der Hammen y Flint 1965).

Ultimamente hemos conocido un interesante informe, de los estudios llevados a cabo por un equipo de científicos rusos en el monte Elbruz (Turmanina y Volodina 1978). En estas montañas del Cáucaso, en parte englazadas, han observado principalmente la dinámica de los límites superiores de los cinturones verticales de la vegetación natural, determinando cuatro categorías de cambios o variaciones: 1) Estacionales, 2) anuales, 3) decenales y 4) seculares. Lo interesante es que se detectan cambios estacionales y anuales que ya son sensibles a las pequeñas variaciones de los elementos del clima: por ejemplo, que durante los subperíodos fríos y húmedos pueden retrasarse las fases fenológicas de las plantas de 2 a 2,5 semanas y algunas pueden estar totalmente ausentes (p. 325, 326); varían también la composición florística de la comunidad hasta un 35 a 45 %. Determinaron asimismo que hay una relación estrecha entre la suma anual de temperaturas efectivas, con el espesor de los anillos de pinos, confirmando conclusiones sostenidas también por otros autores y opiniones muy anteriores en ese sentido (Röthlisberger 1980: 192). Se ha notado también que en los años con bajas temperaturas, aún con precipitaciones incrementadas, las cosechas de papas tenían bajos rendimientos (p. 237, fig. 1), que es un dato interesante para el caso de los Andes, por cuanto la papa es

un cultivo muy extendido en los extremos superiores. Continuando encontramos en el informe que estamos comentando, que las variaciones ambientales en decenios producen cambios o variaciones en los límites superiores de la fitocenosis hasta en decenas de metros, así como variaciones notables en la composición florística (p. 326, 328). Empero todos estos cambios y variaciones son muchísimo más notables cuando se los observa en la perspectiva de uno o varios siglos, y la investigación aludida abarca los últimos 1.000 años. En estos casos los límites superiores de la fitocenosis, o el desplazamiento de las fajas de vegetación, puede variar en algunos cientos de metros por los cambios principalmente térmicos del clima. Así, se ha determinado que en las cabeceras del río Yusenga (p. 330) hace 700 años el nivel de los pinos estaba 200 a 300 metros por encima del límite superior actual, y que luego descendieron abruptamente; y los anillos de dichos árboles, que se encontraron enterrados, indicaban que las condiciones iban desmejorando desde varios años atrás. En cambio los árboles actuales muestran, a la inversa una tendencia de un paulatino mejoramiento desde hace varias décadas, y al mismo tiempo han aparecido algunos pinos en los niveles altos en 1920 y 1950, coincidiendo con la tendencia de mejoramiento del clima, también –podemos agregar– en los Andes han ido ascendiendo los cultivos en el mismo lapso. Incrementa su interés para nosotros estas investigaciones de científicos de la Universidad Estatal de Moscú, porque obtienen los mismos tipos de oscilaciones y sincronías que los que hemos determinado para los Andes, y, naturalmente, lo más sugestivo es que han determinado una gran sensibilidad vegetal a estos cambios en las fronteras superiores, en una magnitud aún más sensible de lo que habíamos propuesto.

° ° °

En las crónicas y otros escritos de los tiempos de la Conquista española (siglo XVI), se pueden encontrar algunas referencias sobre características del ambiente, que comparadas con las del presente, nos pueden orientar sobre el clima reinante. Por ejemplo, se señala la presencia de sierras nevadas en sectores, como la Sierra del norte del Perú, donde hoy no existen más. Es que, efectivamente, de acuerdo a las reconstrucciones paleoclimatológicas, por entonces hacía menos calor que ahora y en todo el planeta *(Mínimo Spörer)*, pues los fríos que se iniciaron en el siglo XIV, prosiguieron en vigencia, con pequeños altibajos, hasta la segunda mitad del siglo XIX. Asimismo hay referencias sobre los cultivos en las altas sierras, verbigracia las declaraciones anotadas por el Visitador Garci Diez de San Miguel en 1567, en la circunscripción de los Lupaqa, a orillas del Titicaca. De ellas elegimos una que describe el tema de los cultivos y subsistencias con gran claridad, y es la declaración de los principales de la parcialidad de Urinsaya de Juli (Diez de San Miguel 1964: 120): "...y tienen todos sus chácaras en que siembran papas y quinua y cañagua y que no siembran trigo ni maíz porque no se da en estos pueblos *y que los más años se les yela la comida* y van a la Costa por comida y para rescate llevan carneros y lana..." (el subrayado es nuestro). Es muy significativo también el motivo que promueve la gran y generalizada devoción en la cuenca del Titicaca a la Virgen de Copacabana, con su centro en una península del gran lago: "acerca del origen de esta imagen de María, se cuenta que a fines del siglo XVI, los sembradíos del Altiplano habían sufrido mucho



LÁMINA 1. — Campos de cultivos antiguos y restos de sus cercos en la altiplanicie de Corralón, zona de Lauricocha, alrededor de 4.100 m de altitud. Al frente morrenas del pleistoceno final que circundan el lago Lauricocha. (Foto del autor).



LÁMINA 2. — Una escena de cultivo en Huayre, altiplanicie de Junín, a 4.100 m. Es la siembra de variedades de papas amargas para *chuño*, adaptadas a las grandes altitudes. (Foto del autor).

con las heladas, por lo que los pobladores de Copacabana decidieron fundar una hermandad, para pedir el amparo de Dios para sus cultivos". (Middendorf 1974, tomo IıI: 316). Para otro sector de los Andes, esta vez para el Centro, tenemos referencias de siglos más recientes. Hace dos siglos el botánico Hipólito Ruiz, en unos de sus viajes en territorio peruano visita el Alto Marañón, región que nosotros hemos explorado con más intensidad. Al referirse a los centros poblados como Chavinillo, Chupán y otros de similar altitud, dice que se encuentran en zonas elevadas, con un clima muy frío. Y con relación a Chupán, un poblado que se sitúa en la ladera derecha del Marañón y a 3.450 m de altitud, afirma que ahí se encuentran solamente pastos naturales y que sólo se cultivan papas, empero únicamente en las partes profundas (Ruiz 1940: 84). Hoy, que el clima es algo benigno, se cultiva muy por encima del pueblo y no solamente papas, sino también cebada, habas, oca, olluco, trigo y hasta maíz en las inmediaciones del pueblo. Y las zonas de pastoreo exclusivo se han desplazado muy arriba. Este mismo botánico, a su paso por las pampas de Reyes y Bombón, en Junín, advierte que fuera de cebada que siembran un poco en los pequeños y protegidos corrales dentro del pueblo y para forraje y que solamente produce en abril y mayo, no se siembra otra especie más que una raíz tuberosa llamada maca *(Lepidium Meyenii)*, una crucífera y sólo en los alrededores de los pueblos de Ondores, Carhuamayo, Ninacaca y los anexos de estas tres parroquias (p. 63). Hoy se cultiva no solamente maca (cultivo que más bien se está dejando por la actitud de la gente), sino también papas, cebada, oca, quinua y en grandes extensiones; por otro lado, en esta misma región de Junín hay enormes extensiones con huellas de cultivo que deben corresponder a los momentos climáticos más propicios en el pasado. La depresión en los cultivos en las alturas observadas por el viajero y botánico Ruiz, corresponde a un momento paleoclimático de relativo frío y que se conoce como el *Mínimo Maunder*. Otro viajero, Middendorf, hace casi un siglo, observa, por ejemplo en Huallanca, una población en la sierra alta de Huánuco, que está a 3.500 m y dice "que los alrededores de Huallanca corresponden todavía a puna, sólo están cubiertos de pastos" (Middendorf 174, tomo III: 90). Actualmente está rodeada de gran cantidad de eucaliptus que suben bien arriba del pueblo y de cuadros de cultivos donde se da muy bien la papa, cebada y otros cultígenos microtérmicos, y que ascienden los cuadros cultivados muy por encima del nivel del pueblo.

Así, hay numerosas referencias sobre los niveles de cultivos en distintos momentos de los siglos pasados. Solamente queremos agregar una, que consigna datos muy precisos. El viajero y naturalista suizo-alemán J. J. von Tschudi, durante el período de sus viajes en el Perú de 1838 a 1842, hizo un viaje de Lima a La Oroya en 1839, a lomo de mula gran parte, haciendo minuciosas observaciones. Así, dice, subiendo por la estrecha quebrada del Rimac, que dos leguas arriba de San Mateo se encuentra la aldea de Chicla (3.750 m): "Aquí se cultiva cebada en algunas quebradas protegidas, la cual no llega a madurar sino se corta verde como forraje. Es el último lugar del valle donde el suelo se cultiva" (Tschudi 1877: 274; en Núñez 1973: 50). Hemos viajado al lugar dos veces exclusivamente a observar la situación actual y comparar con los datos de Tschudi. El poblado conserva parecida situación, es atravesada por la carretera principal que va a la Sierra, antes lo fue por el camino de herradura. Hoy en la zona de Chicla, a diferencia de hace 142 años en que apenas

se cultivaba cebada en los sectores más protegidos y que al parecer no llegaba a fructificar, hoy se produce papas y los cultivos microtérmicos de los Andes por las laderas contiguas muy por encima del poblado, también cebada para grano, y hasta trigo que tiene un mayor requerimiento térmico. Y el límite superior se ha desplazado, ascendiendo por la quebrada de gran declive, varios kilómetros hasta un punto situado entre las localidades de Bellavista y Casapalca, y que alcanza los 4.000 metros de altitud. Lo que significa una fluctuación en los límites superiores de algo más de 200 metros de desnivel. Coincide asimismo con las condiciones de frío para aquel entonces, determinadas para Europa y otras regiones. Esta determinación de un nivel deprimido en Chicla —y es presumible que hubieron otros momentos de descenso aún mayor en el pasado de los Andes— nos servirá como uno de los parámetros más bajos del límite superior del cultivo. Luego veremos las huellas de las mayores altitudes.

° ° °

En nuestros recientes viajes de estudios a lo largo de los Andes peruanos, hemos determinado sectores de los siguientes departamentos: Cajamarca, Ancash, Huánaco, Pasco, Junín, Lima, Ayacucho, Cusco, Puno y Arequipa. Hemos elegido zonas con cultivos actuales y que presentan en el mismo lugar o en sus inmediaciones, antecedentes de ocupación prehistórica. Hemos comprobado que, prácticamente, en todos los departamentos con sectores de altura, hay indicios claros de huellas de cultivos antiguos en niveles por encima de los límites actuales, y eso que estamos en el presente en un momento de un apreciable ascenso de los límites superiores del cultivo. Por eso en unos casos el desnivel observado no es muy pronunciado. Hemos precisado con mediciones altimétricas los límites del cultivo actual así como también de las huellas antiguas. Este límite, por tratarse de zonas de montaña, no es necesariamente una línea horizontal, rígida, pues presentan algunas variaciones por condicionamientos locales que hacen ascender o descender, en algunos sitios, los linderos del cultivo con relación a la cota media de la región.

Actualmente los cultivos de alguna extensión van alcanzando ya casi los 4.100 m de altitud, por los ascensos experimentados en las últimas décadas, como suceden en el departamento de Puno, con especies y variedades más adaptadas a las alturas. Asimismo en las punas de Junín hay sectores que alcanzan los 4.100 m con el cultivo de una de las especies de mayor resistencia a la altura, la maca *(Lepidium Meyenii)*, a la que acompaña a veces variedades de papas amargas. Sin embargo, en las regiones del Centro y del Sur de los Andes peruanos la altura máxima más generalizada hoy es la de 4.000 m. En los Andes del Norte, como Cajamarca, por la menor elevación de masa y acaso por la menor duración de los días durante el ciclo vegetativo, el nivel más alto que alcanzan ahoras es de 3.700 m. Ahora bien, en cuanto a los niveles máximos alcanzados por las huellas del cultivo en el pasado, podemos decir que en casos más extremos y relativamente reducidos llegan a los 4.400 m, siendo más común de 4.200 y 4.300, tanto en el Centro como en el Sur, y en el Norte hemos encontrado a 3.900 metros.

Por otra parte, como hemos visto para el caso de las observaciones del naturalista Tschudi en el Centro del Perú, hace 142 años, tenemos una consta-

tación de un nivel deprimido de los límites superiores del cultivo, como de 250 m por debajo del límite actual (pudieron existir en el pasado tal vez niveles más bajos aún). Y con relación al límite máximo determinado por la medición altimétrica que hemos consignado para el Centro, de 4.200-4.300 m, podemos decir que se produjo una fluctuación de unos 500 o cuando menos 400 metros de altitud. Este dato es lo suficientemente notable para pensar en la importancia e incidencia que ha tenido este fenómeno en el desenvolvimiento de las sociedades andinas, particularmente de esa gran concentración demográfica asentada en el territorio altoandino. Sin embargo, cabe señalar que estos extremos de altitud determinados, son los límites máximos, empero debajo de ellos, por condicionamientos humanos de pautas culturales o por acontecimientos históricos, y también por intervención de otros embates de la naturaleza, verbigracia las sequías, se habrían producido también desplazamientos en la ocupación altitudinal, esto para afirmar que no, necesariamente, todos los desplazamientos hayan sido condicionados por los aspectos térmicos del ambiente.

° ° °

Para ejemplificar la presencia e importancia del fenómeno de las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo en los Andes peruanos, vamos a elegir una de las regiones donde se advierten más claramente a la observación y al análisis arqueológico. Es el departamento de Puno, que ocupa gran parte de la cuenca del lago Titicaca. Se trata de una alta y extensa cuenca, con un nivel de base representado por la superficie del lago, cercano a los 3.850 metros sobre el nivel del mar, y que está limitada por elevaciones orográficas que en muchos sectores sobrepasan los 5.000 m. Dentro de la cuenca se extienden grandes mesetas o *altiplanos*, entre sierras menores que poseen, muchas de ellas, laderas más o menos suaves. El clima es frío y semiseco, con las características de una región tropical de altura. El régimen pluviométrico tiene concentración estacional, iniciándose en primavera y acentuándose en verano, alcanzando una cifra promedio de alrededor de 700 mm por año. En cuanto a la vegetación representativa, las formaciones de *"estepa de gramíneas tiene* la mayor extensión" (Weberbauer 1945: 324). Y respecto a sus condiciones para la actividad agrícola "El factor climático limita significativamente la posibilidad de diversificar la estructura de la producción, debido principalmente a la altitud de la región –que condiciona la temperatura media anual a niveles muy bajos– y las frecuentes heladas y sequías" (ONERN 1965, tomo I: 20).

Elegimos la región de Puno, por estar en las fronteras superiores de la agricultura, y, además, por el hecho fundamental de su notable concentración demográfica actual, la "más densa del Perú y Bolivia (en algunas islas del lago hasta 170 habitantes por 1 km²) la cual se alimenta en su mayoría con productos agrícolas" (Monheim 1956: 6). Y, ante todo, por la gran ocupación prehistórica, habiendo constituido el núcleo de formidables y representativas culturas de los Andes, las que dejaron extensas huellas de cultivos y de numerosos centros poblados.

En los viajes que hemos realizado por esta cuenca, estudiando los rasgos y datos referentes a nuestro tema, hemos determinado que el límite superior hasta donde llegan los cultivos actualmente es de 4.050 m, y sólo en forma res-

tringida alcanzan los 4.100 m. Ahora bien, si recordamos que el nivel inferior de los cultivos, determinado por el nivel más bajo de la cuenca, que, como se dijo, está cerca a los 3.850 m, a orillas del Titicaca, esto está significando que hay sólo 200 metros de faja vertical para las posibilidades de la agricultura en esta cuenca. Sin embargo se advierten extensas huellas de los campos de labrantíos antiguos, de terrazas agrícolas, canales de riego, "camellones", etcétera, en mayor magnitud e importancia que las estructuras actuales y en parte por encima de los niveles modernos (llegando, como se dijo arriba, a 4.300 m y eventualmente a 4.400 m). Veamos ahora, dentro de esa faja vertical de 200 metros, las condiciones en que se desenvuelve la agricultura en el presente, y podemos separar aproximadamente los 100 metros inferiores como los de una agricultura aceptable para los rindes tradicionales, los otros 100 metros de más arriba ya entran a la categoría de marginales y sólo aceptables para los tubérculos microtérmicos de mayor adaptación. Naturalmente, que dentro de estas altitudes hay grandes diferencias por la ubicación con respecto al lago y también de acuerdo a las condiciones fisiográficas y edafológicas; siendo más propicios los que no se alejan de la ribera o están en las islas, incluyendo los llanos y las laderas no muy alejadas y que correspondería al sector que posee el "Sub-Tipo climático 'A': Clima de la Ribera del Lago Titicaca" de acuerdo a las determinaciones y sistematizaciones formuladas por ONERN (1965: 168), donde es favorecida la práctica agrícola por la "acción termoreguladora del lago Titicaca" que parece neutralizar un tanto los efectos de las heladas. Otro sector, menos propicio pero aún utilizable ahora y que ha sido mucho más aprovechado en algunos períodos del pasado, es el sector que posee el "Sub-tipo Climático 'B': Clima de Orurillo, Asillo y Azángaro" (ONERN 1965:168) de topografía accidentada y donde muchas de sus laderas fueron utilizadas para la agricultura. De condiciones menos aptas para el cultivo es el sector que posee el "Sub Tiplo Climático 'C': Clima del Altiplano" (ONERN 1965: 169) que corresponde a las grandes extensiones de llanuras y montañas que no están cerca de la ribera; empero que en parte han sido utilizadas en algunos períodos del pasado. Y, por último, están las áreas de mayor altitud y los sistemas que rodean la cuenca y que poseen el "Sub-Tipo Climático 'D': Clima de las Alturas" (ONERN 1965: 169), que eventualmente en algunas laderas poseen escasas huellas de cultivos dentro de las altitudes conocidas.

Ahora podemos entender mejor que en la hazaña humana de ocupar estas altas tierras de la cuenca del Titicaca, con la básica aunque no exclusiva actividad agrícola (pues eran también ganaderos con rebaños de llamas y alpacas), ha habido a través de los tiempos un aspecto problemático y que en algunas instancias habría llegado a ser hasta dramático. En efecto, sabemos que el valor aproximado del *gradiente térmico* es de 0,5 grados C por cada 100 metros de desnivel. Sabemos también que la temperatura media en estas zonas de montaña no es muy constante, pues presenta variaciones anuales y ante todo seculares, dependiendo de las oscilaciones del clima. Si pensamos, por ejemplo, que las condiciones climáticas hicieran descender la temperatura media de esta cuenca solamente en 0,5 grados C, resultaría que al descender el límite superior del cultivo en la magnitud del gradiente térmico, desaparecerían los 100 metros inferiores en que habíamos dividido la faja agrícola, y quedaría únicamente la faja de los cultivos marginales, lo que ya significaría una crisis agrícola de importancia. Pero si el descenso de la temperatura media fuera de 1 grado

en lugar del ejemplo anterior de 0,5 grados, teóricamente desaparecería en la cuenca las posibilidades de la agricultura. Este ejemplo, naturalmente, es teórico a la vez que esquemático y rígido. Es presumible que dentro de estos valores térmicos antes de desaparecer totalmente las posibilidades del cultivo, queden sectores menores como las riberas del lago y las islas, atemperadas por la gran masa hídrica, u otros sectores aunque restringidos pero relativamente adecuados que escapen a estas limitaciones generales. También es probable que, ante esta nueva condición del clima, surjan algunos ajustes adaptativos de los vegetales y, ante todo, que el ingenio del hombre se enfrente levantando, por ejemplo como sucedió en Lauricocha (Cardich 1958: 20), cercos protectores en cuadros de cultivos, reduciendo el tamaño de estos cuadros, intensificando el riego, etcétera, que permitan todavía una agricultura, aunque demasiado marginal y restringida. Sin embargo, podemos inferir que acontecimientos climáticos con variaciones permanentes de sólo 1 grado de temperatura en menos, colocaría ya a la cuenca en crisis generalizada y no quedaría otro recurso que desplazar parte de la población a valles más bajos de cuencas vecinas, fenómeno éste que ha acontecido varias veces en el pasado. Además hay indicios de que las oscilaciones térmicas pudieron haber sido algo más acentuadas en algunos períodos anteriores. Sin embargo, la cuenca del Titicaca no se llega a despoblar sino parcialmente, puesto que los pastos naturales han sido aprovechados para la cría de grandes rebaños de llamas y alpacas, cuyos productos servían para intercambiar con productos agrícolas de los valles vecinos.

Ahora veamos, invirtiendo el ejemplo, esto es suponiendo un incremento térmico del clima, pongamos de 1 grado C. La región se beneficiaría con una mayor posibilidad de los cultivos, propiciando un incremento en la extensión de ellos y una mayor seguridad en los rendimientos. De acuerdo al gradiente térmico la base de la cuenca llegaría a representar el clima de una altitud actual de 3.650 m, que además se atemperaría aún más en los sectores cercanos al lago. De haber sucedido en algún período de su pasado, probablemente habría constituido un momento muy favorable para el desenvolvimiento de las sociedades agrarias que ocupaban su cuenca. Se está detectando que un período favorable, de parecidas características, se extendió entre los años 1050 y 1350 de nuestra era (es el llamado *Máximo Medioeval*, en Europa), en cuyo lapso habría tenido la agricultura un notable auge alcanzando quizás hasta los límites de mayor altitud, y hasta es altamente probable que en los lugares deprimidos y atemperados hubiera alcanzado cierta importancia el cultivo del maíz; relictos de esas prácticas serían los cultivos de maíz que existen en minúsculos sitios en la actualidad y no se tratarían de cultivos de carácter ceremonial como ha sido señalado por algunos autores. A propósito de los cultivos de maíz, hemos observado en nuestro viaje de 1981, varios lugares con pequeños cultivos de maíz, en parcelas chicas, como los que encontramos en la parte baja del cerro Jarusa y a la orilla del lago, en Tinquirimaya, Cusipata, que son sectores ubicados entre Puno y Chucuito. Uno de los agricultores de Cusipata, don Manuel Cruz Quispe, nos hizo referencia el 26-1-81 que en los últimos años ha tenido buenos resultados en el cultivo de maíz, por el contrario, recuerda que en tiempos de su abuelo y de su padre casi ya no cultivaban por los escasos rendimientos. Este hecho coincide con el sensible mejoramiento climático que se ha advertido en los últimos tiempos a lo largo de los Andes.

° ° °

Ahora trataremos de ver el panorama paleoclimático dentro del cual se ha cumplido el proceso de la Cultura Andina, en su etapa alfarero-agrícola, esto es dentro de los últimos 4.000 años. Este enmarcado ambiental que hacemos servirá para tratar de percibir que, aparte de ciertas adaptaciones ecológico - culturales de estos grupos agrarios en el territorio altoandino dentro de su más amplio proceso cultural e histórico, parece que han sentido también la incidencia de los cambios climáticos, los que habrían actuado como un factor más en el proceso. En efecto, la oscilación del clima, ante todo en sus extremos, como propiciador o limitante de la actividad agrícola, creemos que ha tenido esta importancia para las sociedades establecidas cerca o en las fronteras de la agricultura. En la Arqueología peruana hay un esquema que nos parece correcto y muy útil, es el de los Períodos y Horizontes (Rowe 1962), cuyo uso se ha extendido para todos los Andes Centrales. Se plantea una alternancia de Horizontes y Períodos, como una forma de expresar y ordenar, esquemáticamente, las pulsaciones en el proceso de la Cultura Andina. Los Horizontes son los momentos en que una cultura se expande o difunde por la mayor parte del territorio peruano, por lo que se llaman también panadino. Estos Horizontes terminan su vigencia y se produce una desarticulación o fragmentación en culturas regionales más o menos independientes, que corresponden a los Períodos. Pasado un tiempo, nuevamente un reino comienza a crecer o influir en todos los Andes, formando un nuevo Horizonte, que luego también deviene en otro Período de fragmentación. Haciendo una síntesis, tenemos la siguiente secuencia y cronología: *Período Inicial* (2000 - 1200 años BC), *Horizonte Temprano* (1200 - 300 años BC), *Período Intermedio Temprano* (300 años BC - 500 años AD), *Horizonte Medio* (500 - 1000 AD), *Período Intermedio Tardío* (1000 - 1470 años AD) y *Horizonte Tardío* (1470 - 1533 años AD). Los tres Horizontes corresponden a la preeminencia o hegemonía de las siguientes culturas: Chavín para el Horizonte Temprano, Tiahuanaco-Huari para el Horizonte Medio y los Incas para el Horizonte Tardío.

Ultimamente los resultados de las investigaciones de paleoambientes en diversas partes del mundo, han ido convergiendo a afianzar la idea sobre un sincronismo y paralelismo —en un lineamiento general— de las oscilaciones térmicas del clima a nivel mundial. Han tenido gran incidencia en estos avances las dataciones por Carbono-14 tanto en investigaciones paleoglaciológicas como palinológicas, sedimentológicas y arqueológicas. Asimismo son valiosos los aportes provenientes de la dendroclimatología, como el estudio de los anillos de los árboles longevos y su recuento para orientarse mediante el espesor y ubicar los años y las características térmicas del clima, como en los trabajos de La Marche (1974, 1978), que le permitió construir un diagrama sobre las fluctuaciones del clima para White Mountains, California, en los últimos 5500 años. Surgieron también nuevos aportes por este camino, con el estudio de las densidades de los anillos de árboles mediante los Rayos X (Polge 1966; Schweingruber y otros 1978; Schweingruber 1980). Y cuando esta dendroclimatología con Rayos X se complementa con investigaciones de morfología glacial, permite la obtención de conocimientos más sólidos y abarcativos como en el caso del Pleistoceno final y el Holoceno de los Alpes (Scheneebeli y Röthlisberger 1976; Röthlisberger y otros 1980). Luego, podemos agregar a estos conocimientos muchos otros como las variaciones de los límites superiores de los bosques, los estudios faunísticos, las investigaciones de sedimentos lacustres y marinos y la serie importante de

datos provenientes de la Arqueología y la Historia. Sin embargo, a mayor abundamiento de trabajos y la obtención de numerosas referencias y datos, acaso por la diversidad de circunstancias sobre procedencia de las muestras para el análisis por Carbono-14, se advierte cierta imprecisión, particularmente en la formulación de los límites de las oscilaciones climáticas detectadas. Creemos que estos parciales desajustes provenían del hecho de que aún no se conocían, en forma fehaciente, las causas de los cambios climáticos.

Ahora, el avance espectacular de la ciencia y la técnica en los últimos años, parece estar facilitando la solución del controvertido tema de determinar las causas de los cambios climáticos. En efecto, mediciones por satélites espaciales, lanzados últimamente para apreciar las radiaciones solares, han determinado, en forma precisa, que estas emisiones no tienen un valor constante e invariable a través del tiempo, como se había creído anteriormente. Siendo que el 98 % del calor de la tierra proviene del sol (el resto es geotérmico), una variación aunque pequeña de esta fuente, naturalmente, tiene que traducirse en una variación en el calor de la tierra, por ende en el aspecto térmico del clima. Empero el tema es muy complejo en su mecanismo y ante todo cuando se orienta a develar y medir las oscilaciones producidas en el pasado. En esta oportunidad nos limitaremos sólo a mencionar algunas conclusiones de valor para nuestro tema.

En el contexto de una bibliografía numerosa y variada, hace escasos años apareció un interesante trabajo del astrofísico John A. Eddy (1977), del National Center for Atmospheric Research de Coloralo (EE. UU.), consignando datos sobre una muy probable conexión directa entre el sol y los cambios climáticos, que ahora con las aludidas mediciones por satélites, han quedado ampliamente corroboradas. Los cuidadosos estudios del citado autor están mostrando conexiones entre las emisiones del sol, la formación de manchas solares, la presencia o ausencia de auroras boreales y, lo que es fundamental, el contenido de Carbono - 14 en cada anillo de los árboles como expresión de la magnitud de la presencia de este carbono radioactivo en el momento de la formación del anillo. Por tanto, haciendo mediciones de este Carbono - 14 de cada anillo, se reconocen las variaciones térmicas del clima con una precisión de año por año. Este método le ha permitido a J. Eddy encontrar 18 variaciones de largo plazo del clima en los últimos 7400 años (Eddy 1977).

Estas mayores precisiones en las determinaciones de las fluctuaciones climáticas están ratificando en gran parte las aproximaciones que estuvimos ensayando (Cardich 1963, 1964, 1974, 1980). Ahora bien, para el cuadro del paleoclima de los últimos 4000 años vamos a tomar en cuenta las 11 primeras variaciones señaladas por Eddy (1977: 181).

De acuerdo al esquema de la arqueología peruana que hemos aludido arriba, tenemos: *Período Inicial* (2000 - 1200 años BC), que acontece mayormente en un lapso de clima benigno, pues tenemos las variaciones Nº 11 (*Maximum:* 2350 - 2000 años BC) y la Nº 10 (*Maximum:* 1875 - 1700 años BC), con su última parte con una depresión, que corresponde la variación N 9 (*Minimum:* 1400 - 1200 años BC). Se advierte que hubo un clima mayormente favorable para la expansión de los cultivos en las tierras altas que probablemente fue aprovechado por los grupos andinos reforzando la tradición de una agricultura de altura. Nosotros, para un momento de este lapso, habíamos encontrado que en el 1620 ± 230 años BC, por inferencias a partir de análisis sedimentológicos sobre muestras de la caverna Huargo, en la puna del departamento de Huánuco



LÁMINA 3. — Quebrada de Laraos, departamento de Lima, con terrazas antiguas en ambas laderas desde los 3.000 a los 4.000 m de altitud. Sólo están en actual uso las terrazas medias e inferiores. El maíz se cultiva hasta el nivel del poblado (3.400 m), empero en los últimos años se han implantado también en el sitio de Pajuiri, como a 200 m por encima en altitud. (Foto del autor).



LÁMINA 4. — Terrazas del cultivo antiguas en Andamarca (3.500 m), departamento de Ayacucho, todas en actual uso, inclusive se construyen algunas nuevas, generalmente en las partes altas. (Foto del autor).

(L. A. Cardich 1973: 30; Andreis y Casajus 1973: 40), una tendencia más bien de frío y humedad, que se habría extendido como una oscilación menor entre las variaciones 10 y 9 que hemos anotado arriba. El *Horizonte Temprano* (1200-300 años BC) transcurre en su mayor parte durante una oscilación de clima marcadamente frío, aún con mayores fríos que los mínimos más recientes, de acuerdo a las verificaciones de Eddy en las variaciones Nº 8 *(Mínimum:* 800 - 580 años BC) y Nº 7 *(Mínimum:* 420 - 300 años BC). Para el Perú hay un dato radiocarbónico obtenido luego de estudios paleoglaciológicos en la cordillera Vilcanota - Quelccaya que detecta un avance glaciar en el 780 años BC (Mercer y Palacios 1977). El enfriamiento que hemos señalado aconteció también en Norteamérica, donde se detecta un avance glaciar entre el 2000 y el 200 años BC (Denton y Karlen 1973); asimismo el diagrama de LaMarche (1978: 337) señala un enfriamiento entre el 1200 y el 300 años BC.

El llamado *Período Intermedio Temprano* (300 años BC - 500 años AD) transcurre durante una fase climática altamente bonancible, con temperaturas incrementadas desde alrededor de los 300 años BC hasta los 400 ó 500 años AD, y alcanza su pico este incremento en la variación Nº 6 de Eddy *(Roman Maximum*: 1 - 140 años AD). En la cordillera peruana de Vilcanota se ha descubierto un franco retroceso glaciar entre el 650 años BC y el 400 años AD, y que los mantos de hielo del Quelccaya tuvieron una extensión mucho menor que ahora (Mercer y Palacios 1977: 603). En el citado diagrama de LaMarche para California también está expresado esta misma tendencia climática, entre el 300 años BC y el 500 años AD. Este clima benigno en los altos Andes probablemente favoreció la ocupación de los sectores más altos con mayor y más segura producción agrícola, lo que es probable haya permitido un importante incremento demográfico. La zona de Lauricocha fue densamente ocupada, con una expansión de los cultivos. Alrededor del año 500 AD, o poco antes, se revierte la tendencia climática, iniciándose un lapso con descenso de temperatura que se prolonga hasta aproximadamente el año 1050 AD. El *Horizonte Medio* (500 - 1000 años AD), acontece mayormente coincidiendo con estas condiciones del clima. Hay un lapso fundamental señalado en la variación Nº 5 de Eddy, en el cual la tendencia al frío está más acentuada *(Medieval Mínimum:* 660 - 770 años AD). Para los Andes peruanos están las determinaciones de R. Röthlisberger en la Cordillera Blanca, con tres fechados radiocarbónicos sobre maderas arrastradas por morrenas de un avance glaciar en el 700 años AD (trabajo en prensa: "Fossil soil and wood in holocene moraines of the Cordillera Blanca, Perú", nov. de 1981), que expresa la repercusión andina del *Medieval Mínimum*. En el diagrama de La Marche este enfriamiento está determinado para el lapso entre el 500 y el 950 años AD. Hay un hecho notable que se ha ido detectando en la arqueología, que las tierras de altitudes intermedias y bajas, ante todo los valles de la Costa, experimentaron un importante aumento de la población, identificándose el aporte de grupos humanos de las tierras altas, como resultado de importantes desplazamientos. El *Horizonte Medio* corresponde al auge y difusión de la cultura Tiahuanaco - Huari. Aquí podemos decir, tentativamente, que agregándose a los fundamentales factores de carácter histórico y cultural que determinaron la formación de este gran horizonte panandino, creemos entrever la incidencia de la crisis agro - climáticas al descender la temperatura, como un factor importante más, ante todo con relación a la forma, orientación y cronología de su expansión. Creemos que en la cuenca del Titicaca, como se ha visto en

acápite aparte, al recomenzar un ciclo de frío en el 500 años AD se habría conmovido su producción agrícola; esta crisis se habría acentuado a partir del 660 años AD. Era, pues, una salida obligada el desplazamiento de parte de la población a zonas más bajas, y esto está expresado en el registro arqueológico. Empero, hay un aspecto aún no clarificado, cual es la formación del centro Huari. No obstante, es altamente probable que este centro, ubicado varios cientos de metros más bajo que el Titicaca, haya recibido el aporte de grupos humanos emigrados desde aquella cuenca, por las razones ya esgrimidas. Habrían sido portadores de la cultura Tiahuanaco y que influenciándose con las ya importantes culturas locales, aunque tal vez con la preeminencia de sus líderes religiosos, llegaron a conformar la gran cultura Huari. Una posibilidad sería que este acto hubiera sido planificado por el estado Tiahuanaco, de disminuir la presión demográfica enviando estos contingentes humanos a la región de Ayacucho, y desdoblando su cabecera al formar un gran centro político en Huari. La elección para este nuevo centro estaría relacionado con el plan de avanzar por la Sierra y acercarse a los ricos y refinados señoríos o reinos costeños, particularmente del Centro y del Norte, que a la postre resultaron dominados. Ahora veamos la otra posibilidad, a la que nos inclinamos, que la emigración desde la cuenca del Titicaca se hubiera realizado por grupos desorganizados, como ha sucedido también en tiempos más recientes, de grupos de la alta Sierra que se agregaron —unas veces en forma violenta empero más de las veces yuxtaponiéndose— a los pueblos de niveles de menor altitud, patentizados en las invasiones de los llacuaces provenientes de las jalcas y punas del Centro sobre los agricultores del nivel quechua, en Lima y Ancash, durante el enfriamiento del siglo XIV (Duviols 1973, Cardich 1974); o como el itinerario de los advenedizos collavinos comandados por los Ayar que arribaron al valle del Cusco en busca de mejores tierras y climas para el cultivo, y que poco a poco se adueñaron del valle, dominando a sus antiguos pobladores e iniciando el predominio Inca, de acuerdo a las narraciones obtenidas por Betanzos (1968). Ahora bien, en el caso de la afluencia de los tiahuanacos a Ayacucho, es probable que una vez instalados e influenciándose con las culturas locales, empero desconectados de la metrópoli de origen, llegaron a formar el gran centro Huari, con algunos rasgos que hacen a un perfil más bien propio aunque dentro de una estirpe general tiahuanaquense, como han señalado varios autores, desde las anteriores observaciones de Larco Hoyle (1948), quien reconoció un "tiahuanaco peruano". No sabemos más, para discernir sobre estas dos posibilidades o de alguna otra alternativa en torno a la formación de Huari, hacen falta trabajos excavatorios bien planificados e investigaciones multidisciplinarias en Huari que podrían clarificar este tema y otros interrogantes de la Arqueología andina. Por otra parte, hubo también presión y expansión de los altiplánicos sobre los valles mesotérmicos y, en general, sobre tierras bajas, en el sector boliviano y el norte de Chile, y, también, aunque no en forma muy directa, sobre el Noroeste de Argentina. Ahora, en cuanto a las causas que provocaron el colapso de Tiahuanaco hay enigmas, sólo podemos postular tentativamente y adhiriéndonos a la idea de que pudieron ser precipitadas por acontecimientos históricos de orden interno, aunque no se descartaría un decisivo factor externo, la acción de otro gran centro, como el de los Yarovilcas de más al norte, que habrían empezado a tener preeminencia en los Andes, llegando a destruir Huari, como ha postulado tentativamente Hernán Amat (1978)..

Para la primera parte del *Período Intermedio Tardío* (1000 - 1300 años AD) tenemos un acentuado incremento térmico durante casi 300 años, es el pequeño *Optimum* detectado en varias partes del mundo. Avanzan los cultivos al norte de Europa, es colonizada Groenlandia, hay numerosas referencias históricas y datos palinológicos sobre este incremento térmico, está expresado también en el diagrama de LaMarche (1974: 1046) para California. Este repunte térmico y su posterior declinación y enfriamiento ha sido determinado también para el monte Elbruz, como se ha mencionado arriba (Turmanina y Volodina 1978). Esta acentuación del calor está detectado para la variación 4 de Eddy *(Medieval Maximum:* 1140 - 1340 años AD). En la cuenca que hemos estudiado, en Puno, los asentamientos humanos que antes del año 1000 se ubicaron en las partes deprimidas y en la ribera del lago, al producirse este notable mejoramiento del clima, ascendieron a las partes altas y hasta alejadas de la orilla del gran lago, llegándose a establecer ciudades en las cimas como las encontradas por Hyslop (1978); fueron los mismos tiempos en que a lo largo de los Andes surgieron centros poblados en las cimas de las montañas, y las laderas se cultivaron en muchos sitios hasta los 4.300 m de altitud. Tenemos también como otros ejemplos, la formación de centros poblados en las partes altas en la región del Alto Marañón (Cardich 1975: 17, 19); los centros habitacionales y ciudades en las cimas de los cerros en los departamentos de Junín y Huancavelica (Lavallée 1973; Parsons 1978; Parsons y Matos 1978). En Lauricocha había tomado auge una importante población de cultivadores (Cardich 1974) y formaron importantes centros poblados. Empero alrededor del año 1320 de nuestra era, de acuerdo a unos fechados por Carbono-14 obtenidos para la cordillera Vilcanota, al borde de la cuenca del Titicaca (Mercer y Palacios 1977), empieza un enfriamiento, formando la "pequeña edad del hielo", la que con altibajos duró hasta la segunda mitad del siglo pasado. Contamos con otro dato al Carbono 14, proporcionado por el Dr. R. Röthlisberger (manuscrito en prensa, 1981), que fecha en 690 ± 50 años BP, en la quebrada Ulta, Cordillera Blanca, una muestra del horizonte A de un suelo, suelo que se formó y evolucionó en clima benigno a la retirada de los glaciares antes de dicha fecha, y que fue cubierto inmediatamente, cortando su evolución, por una morrena de un avance glaciar, que confirma perfectamente el enfriamiento detectado en Vilcanota y la oscilación climática a la que hemos aludido para los Andes. Dentro de la tendencia climática hacia el frío, que se extendió con algunos altibajos, entre el siglo XIV y el siglo XIX, se han determinado dos momentos de mayor depresión térmica, en la variación Nº 3 de Eddy *(Spörer Mínimum:* 1420 - 1570 años AD) y en la variación Nº 2 *(Maunder Mínimum:* 1660 - 1770 años AD). Los fríos habrían hecho descender los límites superiores del cultivo: decaen y se abandonan los centros poblados de las partes más altas a lo largo de los Andes. En la cuenca del Titicaca se desplazan abandonando las ciudades de los altos cerros y sus extensas laderas cultivadas, y se instalan en los sectores más bajos o más cerca del lago o directamente en las orillas, como acontece con la formación de Chucuito, que anteriormente tuvo su centro en zonas alejadas del lago. Empero también desde estos nuevos centros a orillas del lago, todavía presionados por la crisis climática, se ven compelidos a controlar las cuencas vecinas más bajas, como hemos podido inferir de indicios arqueológicos encontrados en los valles de Colca y Arequipa, que habían estado sometidos por los señoríos o reinos altiplánicos en esta segunda parte del Período Intermedio Tardío. Son

los mismos tiempos, con sus acontecimientos paralelos, en los avances y conquistas de los Llacuaces de las punas y subpunas del Centro sobre los agricultores huaris que ocupaban los niveles quechua, en las sierras de Lima y Ancash, que ya hemos señalado arriba. El *Horizonte Tardío* (1470 - 1533 años AD) transcurre en un momento de esta misma depresión climática *(Spörer Mínimum)*. El dominio y expansión Inca muestra un perfecto ajuste a esta realidad ambiental: adquiere preeminencia la ocupación en la Sierra, en los niveles quechua; se intensificó la explotación agrícola de estos pisos quechua, y en general de los valles y quebradas mesotérmicos (un ejemplo elocuente: braceros provenientes del Titicaca trabajando en los extendidos maizales de Cochabamba). Las tierras altas (jalca y puna) recibieron la promoción dirigida a la cría de alpacas y llamas, productoras de la valiosa lana. Con el poderío alcanzado aquí, se intentó y se llegó a dominar la Costa y más extensas tierras a lo largo de los Andes, en la conocida expansión del Imperio de los Incas.

Para terminar, recordemos lo señalado arriba, que las tres grandes culturas que prevalecieron en los Andes, durante los respectivos Horizontes, han tenido sus cabeceras en el territorio altoandino: Chavín de Huantar, Tiahuanaco-Huari y el Cusco. Escribíamos nosotros en la nota 5 de un trabajo que publicamos hace unos años (Cardich 1975: 23) "es probable, que las crisis climáticas cíclicas que estamos detectando para los Andes hayan llegado a constituir uno de los varios factores que incitaron y compelieron a los grupos altoandinos para dominar las regiones más bajas, pues resulta sugestivo que estos tres horizontes de la Arqueología peruana coincidan y hayan sido ligeramente precedidos por estos períodos de desmejoramiento térmico del clima que estamos estudiando". Ahora estamos en condiciones de ratificar ampliamente esta opinión.

* * *

Hemos tratado de reseñar la importancia de este fenómeno de las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo en los Andes, en los últimos 4000 años. Ahora cabe indagar qué pensaban y qué piensan los nativos, los protagonistas, en particular los agricultores altoandinos, sobre estos hechos naturales y si conservan algún tipo de conocimiento sobre tales acontecimientos y sus consecuencias. Es presumible que estos fenómenos hubieran sido observados y calibrados, por quienes tuvieron que beneficiarse o padecer, según los casos, en el manejo de las increíbles tierras andinas. En efecto, parece ser que estas experiencias y conocimientos impregnaron su visión e influyeron en sus creencias; y, como testimonio de que efectivamente fueron importantes y trascendentales en el desenvolvimiento de estas sociedades, se grabaron hasta en la trama de algunos de sus mitos más relevantes. Es que estos fenómenos se captan mejor en la perspectiva de muchos años, más bien de siglos, mediante la acumulación de experiencias de generaciones, que fueron modelando y grabando sabidurías, conservadas en estas viejas tradiciones.

En la región de Huarochirí, provincia serrana de Lima, a fines del siglo XVI, el doctor Francisco de Avila, sacerdote nacido en el Cusco, recopiló una serie de relatos de los nativos, dejando manuscritos escritos en quechua. Estos manuscritos, luego de unas parciales traducciones publicadas en Europa, la obra completa traducida por J. M. Arquedas fue publicada en Lima, reunidos en el libro "Dioses y Hombres de Huarochirí" (de Avila 1966). La importancia de

esta obra está ampliamente reconocida. Al respecto transcribimos párrafos de la estimativa escrita por el traductor Arguedas (de Avila 1975: 9): "este libro muestra, con el poder sugerente del lenguaje no elaborado, limpio de retórica, la concepción total que el hombre antiguo tenía acerca de su origen, acerca del mundo, de las relaciones del hombre con el universo y de las relaciones de los hombres entre ellos mismos (...). En este sentido es una especie de *Popol Vuh* de la antigüedad peruana; una pequeña biblia regional que ilumina todo el campo de la historia prehispánica de los pueblos que luego formaron el inmenso imperio colonial organizado en el virreinato del Perú". Resulta, pues, altamente sugestivo que el argumento central de estos relatos de Huarochirí esté relacionado con el tema de los fenómenos que aquí estudiamos. En efecto, en aquella región de Huarochirí de acuerdo a los mencionados relatos míticos: "En tiempos muy antiguos existió un huaca llamado Yanamca Tutañamca. Después de estos huacas, hubo otro huaca de nombre Huallallo Carhuincho. Este huaca venció" (de Avila 1966: 21). De acuerdo a varias referencias que se encuentran en la obra, se puede adjudicar a Huallallo Carhuincho, ser un dios de los yungas, es decir de los pobladores de las tierras bajas y a la vez cálidas. que cuando las condiciones se les hicieron propicias se enseñorearon arriba de las sierras, que hasta el mismo dios se desplazó a vivir cerca a las cordilleras, en la laguna de Mullococha (p. 57). En esos tiempos de auge "...los pueblos de esta región tenían muchas yuncas" (p. 21) es decir que "...toda esta parte tenía muchas tierras cálidas..." (p. 21). La gente aumentó tanto que "...hasta en los precipicios y en las pequeñas explanadas de los precipicios hicieron sus chacras, escarbando y rompiendo el suelo" (p. 21). "Tiempo después apareció otro huaca que llevaba el nombre de Pariacaca. Entonces, él, a los hombres de todas partes los arrojó" (p. 21). Hemos señalado en un trabajo anterior (Cardich 1977: 181), que en la brusca aparición y triunfo de Pariacaca, que sería un dios de las jalcas y cordilleras, un arquetipo de pueblos de las tierras frías, se pueden ver los sucesos que se produjeron al final de un ciclo de clima benigno, cuado retornaron y se intensificaron los fríos y consecuentemente descendieron los límites superiores de la agricultura. En efecto, "...cuando Pariacaca derrotó a Huallallo Carhuincho... la tierra se enfrió y empezó a caer granizo, mientras él (Pariacaca) se regocijaba" (p. 57). Naturalmente, se puede argüir que los citados relatos no sean más que formulaciones míticas, creaciones poéticas, sin ninguna base real; sin embargo, aquí tenemos una evidencia para afirmar que muchos de estos relatos míticos, dentro de su lenguaje y estilo propios, están señalando acontecimientos que han sucedido en el pasado, aún siquiera parcialmente.

Así, por ejemplo, como indicio de que en otros tiempos esta región tuvo un clima benigno, que fue yunga o sea tierra cálida, como se dice en la exaltación del mito, y que cultivaban hasta en las tierras más altas, "como en la puna de Pariacaca y otros páramos" (p. 200), ahí están los "rastros y señales de chacras" (p. 200) que vio el padre de Avila, en esas partes elevadas donde ya no eran posible los cultivos a fines de aquel frío siglo XVI. La explicación de los nativos de que aquellas huellas eran de cuando todas estas partes era yunga es refutada trabajosamente por de Avila con una explicación errónea: "...les diré que el demonio fácilmente, permitiéndolo Dios, haría aquellos endecillos para mayor engaño de quien, dejando la lumbre natural de Dios, servía al Demonio; o ya podrá ser que esto proceda de las mismas aguas que allí co-

rrieran, que vinieron allanando en partes y en otras desbarrancando" (p. 200). Prosiguiendo con estas narraciones de Huarochirí, encontramos más referencias con significaciones coherentes, como el hecho de que Huallallo Carhuincho al ser derrotado por Pariacaca huyera a tierras bajas "... hacia la región que se llama Anti" o Selva (p. 59) y que su amante Mañanamca fueran arrojada "...en dirección del mar" o sea la Costa (p. 59); asimismo que los hijos de Pariacaca dominaran a los yungas empujándolos hacia abajo (p. 63).

Tenemos otros relatos míticos que fueron recopilados por nosotros en la región de las Fuentes del Marañón-Amazonas, uno sobre Puscanturpa (Cardich 1977) y el otro sobre Yana Ramán (Cardich 1957, 1981). El primero surge en torno a la presencia de un peñón que tiene la forma de una mujer nativa que está hilando, ubicada cerca al paso de Ararac en la Cordillera de Huayhuash y que aparece en parte rodeada de nieves persistentes. El relato, en forma resumida, dice: "Que en tiempos antiguos venía de la yunga una mujer extraordinaria, acostumbrada a los climas cálidos, y donde crecen en abundancia el maíz y la calabaza. Subía y subía por la cuesta, hilando con su «pusca». Pero al acercarse a la Cordillera Huayhuash se sintió cansada y con frío, se dio vuelta para ver el camino recorrido y en ese momento quedó petrificada, formando aquel peñón que justamente se llama Puscanturpa. Dicen que si hubiera avanzado más y sobrepasado la cordillera, se hubiera llegado a cultivar las plantas de la yunga en estas elevadas punas. Pero el intento fracasó, y hoy se la ve rodeada de nieve, como aprisionada. Pero puede llegar el tiempo en que la nieve se retire. Entonces Puscanturpa recomenzará su marcha y se podrá cultivar el maíz, las calabazas y otras frutas en estas punas y cordilleras". Aquí, como se ve, la referencia al fenómeno que estamos estudiando es prácticamente directa y Puscanturpa estaría representando tal vez a una diosa regional de la agricultura.

El otro relato mítico obtenido, está relacionado con el dios de los pastores Yana Ramán, de gran relevancia en el panteón antiguo de la Sierra central. Alude a la lucha entablada con otro dios, Sheguel Huamán, probablemente un dios de los cultivadores, a quien derrota y lo hunde en el lago Lauricocha. Hasta ahora se puede ver en medio de las aguas azules del lago, en una especie de isla hundida, el señalado como el cadáver del dios vencido (Cardich 1957). Esta lucha y posterior triunfo, como acontece en el caso del dios Pariacaca —que sería la versión local del mismo dios Yana Ramán o Libiac Cancharco (Cardich 1981)— que vence a Huallallo Carhuincho, parecen estar expresando el auge y expansión de la actividad pastoril, en desmedro de los cultivos, que se desplazaron hacia abajo ante la derrota de sus dioses.

En los tres conjuntos de mitos, podemos entrever e identificar una secuencia, primero el ciclo de clima benigno, probablemente el que se extendió a partir de más o menos el año 1000 AD por algo más de 300 años, un período óptimo que hemos visto anteriormente, cuando probablemente Huarochirí "era yunga" y en Lauricocha alcanzara auge una ocupación de agricultores. Y, luego el retorno al frío en el siglo XIV, el que se acentuó en el año 1420, inicio del hoy reconocido con precisión *Spörer Mínimum*. Esta fluctuación habría provocado el relativo descenso de los cultivos, repercutiendo en el desenvolvimiento de estas sociedades, que rememoran estas sus historias contando las hazañas,

luchas y enfrentamientos de sus dioses, y las trasmiten oralmente impregnando estos relatos de religiosidad y poesía.

* * *

Para desarrollar el tema referente a las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo en los Andes, hemos pasado, pues, revista a los diferentes puntos que hacían falta para entender y calibrar la importancia del fenómeno: Las características de los Andes peruanos con sus numerosos pisos altitudinales; una mención de la distribución demográfica dentro de esta faja vertical, desde los albores de su prehistoria hasta los tiempos recientes. La importancia de los Andes como centro de domesticación y uno de los más antiguos y mayores centros de origen del cultivo, y núcleo de una vieja tradición de agricultura de grandes altitudes. Se ha señalado también el notable poblamiento del territorio altoandino y al hecho de que esta mayor población está ocupando zonas cercanas o está en las mismas fronteras superiores de la agricultura. Se menciona la tendencia del poblador andino de ir presionando hacia arriba. Se recuerdan los aspectos principales de las relaciones de las plantas con el medio ambiente, reseñando recientes estudios, relacionados con las variaciones o desplazamientos altitudinales. Se han reparado, asimismo, en las crónicas y relatos de viajeros y estudiosos de siglos anteriores, para su comparación con las condiciones actuales de la agricultura en los niveles altos de los Andes. Tomamos gran atención, desde luego, al aspecto paleoclimatológico para relacionar con las fluctuaciones de los límites del cultivo, consignando datos científicos obtenidos en las cordilleras peruanas y, ante todo, haciendo una referencia especial de los precisos datos en base a los últimos avances de este tipo de estudios, mediante los anillos de los árboles y el contenido de Carbono-14. Se pasó una breve revista del esquema arqueológico de Rowe (1962) con el trasfondo de estos eventos de los cambios térmicos del clima. Y hasta consignamos los recuerdos míticos de estas historias, que son transmitidas oralmente por los nativos. Todo lo cual, creemos, constituyen comprobaciones y contrastaciones sobre la notable importancia de este fenómeno en los Andes, que fue nuestro propósito exponer.

La Plata, Diciembre de 1981.

BIBLIOGRAFIA

Amat Olazábal, Hernán. 1978. Los Yaros destructores del imperio Wari. III Congreso Peruano El Hombre y la Cultura Andinos, Actas y Trabajos, tomo II. Lima.

Andreis, Renato R. y Jorge Casajus. 1973. Sedimentología de los depósitos de la caverna de Huargo, Departamento de Huánuco, Perú. Revista del Museo Nacional, tomo XXXIX. Lima.

Avila, Francisco de. 1966. (1598?) Dioses y Hombres de Huarochirí. Traducción de J. M. Arguedas. Museo Nacional de Historia e Inst. de Estudios Peruanos. Lima.

—1975. Dioses y Hombres de Huarochirí. Traducción de J. M. Arguedas. Ediciones Siglo XXI. México.

Betanzos, Juan de. 1968. (1551) Suma y narración de los Incas. Biblioteca Peruana ETA. Lima.

Borchers, Philip y otros. 1935. Die Weisse Kordillere. Verlag Scherl Berlin SW.
Bowman, Isaiah. 1938. Los Andes del Sur del Perú. Traducción de Carlos Nicholson, Editorial La Colmena S. A. Arequipa.
Braun-Blanquet, J. 1950. Sociología Vegetal, estudio de las comunidades vegetales. Acme Agency. Buenos Aires.
Cardich, Augusto. 1957. Leyendas de las Fuentes del Marañón. Cultura Peruana, vol. XVII, núm. 106. Lima.
— 1958. Los yacimientos de Lauricocha. Nuevas interpretaciones de la Prehistoria Peruana. Acta Praehistórica II. Buenos Aires.
— 1963. La Prehistoria Peruana y su profundidad cronológica. Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, tomo LXXX. Lima.
— 1964. Lauricocha. Fundamentos para una Prehistoria de los Andes Centrales. Studia Praehistórica III. Buenos Aires.
— 1974. Los yacimientos de la etapa agrícola de Lauricocha, Perú, y los límites superiores del cultivo. Relaciones, Sociedad Argentina de Antropología, tomo VII. Buenos Aires.
— 1975. Agricultores y pastores en Lauricocha y límites superiores del cultivo. Revista del Museo Nacional, tomo XLI. Lima.
— 1975b. Recientes investigaciones arqueológicas en el departamento de Huánuco, Perú. Relaciones, Sociedad Argentina de Antropología, tomo IX. Buenos Aires.
— 1977. Puscanturpa. Un posible recuerdo mítico sobre las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo en los Andes Centrales. Relaciones, Sociedad Argentina de Antropología, tomo XI. Buenos Aires.
— 1980. Origen del hombre y la cultura andinos. Historia del Perú, tomo I, Ed. Juan Mejía Baca. Lima.
— 1981. Dos divinidades relevantes del antiguo panteón Centro-Andino: Yana Ramán o Libiac Cancharco y Rayguana. Serie Monográfica I, Cátedra de Arqueología Americana I, Fac. de Ciencias Naturales y Museo, Univ. Nac. de La Plata. La Plata.
Cardich, Lucio Adolfo. 1973. Dos fechas obtenidas por el método de Radiocarbono para el sitio arqueológico de Huargo, Perú. Revista del Museo Nacional, tomo XXXIX. Lima.
Clarke, George L. 1958. Elementos de Ecología. Omega. Barcelona.
Denton, George H. y Wibjörn Karlén. 1973. Holocene climatic variations - Their pattern and possible cause. Quaternary Research, vol. 3, pp. 155-205.
Diez de San Miguel, Garci. 1964. Visita hecha a la Provincia de Chucuito en el año 1567. Versión paleográfica de W. Espinoza Soriano. Casa de la Cultura del Perú. Lima.
Duviols, Pierre. 1973. Huari y Llacuaz. Agricultores y pastores. Un dualismo prehispánico de oposición y complementaridad. Revista del Museo Nacional, tomo XXXIX. Lima.
Eddy, John A. 1977. Climate and the changing sun. Climatic Change, vol. 1. Boulder, Colorado.
Engel, Frederic. 1966. Paracas, Cien siglos de Cultura Peruana. Librería-Editorial Juan Mejía Baca. Lima.
— 1970. Exploration of the Chilca Canyon, Perú. Current Anthropology, vol. II, núm. 1.
González, Enrique; Thomas van der Hammen y Richard Flint. 1965. Late Quaternary Glacial and vegetational sequence in Valle de Lagunillas, Sierra Nevada de Cocuy, Colombia. Leidse Geolosgische Mededelingen, núm. 32. Leyden.
Hyslop, John. 1977. Hilltop Cities in Peru. Archaeology, vol. 30, núm. 4.
Kaplán, L.; Thomas F. Lynch y C. E. Smith. 1973. Early Cultivated Beans *(Phaseolus vulgaris)* from an intermontane Peruvian Valley. Science, vol. 179, 5 de junio.
Kinzl, Hans y Erwin Schneider. 1950. Cordillera Blanca (Perú). Universitäts - Verlag Wagner. Innsbruck.
LaMarche, Jr., Valmore C. 1974. Paleoclimatic Inferences from Long Tree-ring Records. Science, vol. 183, núm. 4129.
— 1978. Tree-ring evidence of past climatic variability. Nature, vol 276, 23 de noviembre.
Larco Hoyle, Rafael. 1948. Cronología arqueológica del norte del Perú. Buenos Aires.
Lavallée, Daniele. 1973. Estructura y organización del habitat en los Andes Centrales durante el Período Intermedio Tardío. Revista del Museo Nacional, tomo XXXIX. Lima.
MacNeish, Richard S. 1971. Early Man in the Andes. Scientific American, vol. 224, núm. 4077.
Margalef, Ramón. 1977. Ecología. Ediciones Omega. Barcelona.
Mercer, J. H. y Oscar Palacios. 1977. Radiocarbon dating of the last glaciation in Perú. Geology, vol. 5, octubre.

Middendorf, Ernest W. 1974. Perú. Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. Univ. Nacion. Mayor de San Marcos. Lima

Monheim, Félix. 1956. Contribución a la Climatología e Hidrología de la Cuenca del Titicaca. Universidad Técnica del Altiplano. Puno.

Murra, John V. 1968. La papa, el maíz y los ritos agrícolas del Tahuantinsuyu. Amaru, Revista de artes y ciencias. Lima.

Núñez, Estuardo. 1973. El Perú visto por viajeros. Biblioteca Peruana, Ed. Peisa, tomo II. Lima.

Onern (Oficina Nacional de Evaluación de Recursos Naturales). 1965. Programa de Inventario y Evaluación de los Recursos Naturales del Departamento de Puno. Instituto Nacional de Planificación, República del Perú, vol. 1, Lima.

—1976. Mapa Ecológico del Perú. Guía Explicativa. República del Perú. Lima.

Parsons, Jeffrey R. 1978. El complejo hidráulico de Tunanmarca: Canales, acueductos y reservorios. Actas y Trabajos del III Congreso Peruano El Hombre y la Cultura Andinos, tomo II. Lima.

—y Ramiro Matos Mendieta. 1978. Asentamientos pre-hispánicos en el Mantaro, Perú - Informe preliminar. Actas y Trabajos del III Congreso Peruano El Hombre y la Cultura Andinos, tomo II. Lima.

Polge, H. 1966. Etablissement des courbes de variation de la densité du bois par exploration densitométrique de radiographies d'échantillons prélevés a la tarière sur des arbres vivants, Applications dans les domaines technologique et physiologique. Annales des Sciences forestiéres, vol. 23. Nancy.

Porter, Stephen C. 1979. Hawaian Glacial Ages. Quaternary Research, vol. 12.

Röthlisberger, F. 1980. Los anillos de crecimiento anual de los árboles y el clima - Análisis retrospectivo y nuevos resultados. Boletín de la Organización Meteorológica Mundial, vol. XXIX, núm. 3. Madrid.

—; P. Haas; H. Holhauser; W. Keller; W. Bircher y R. Renner. 1980. Holocene Climatic fluctuations - Radiocarbon dating of fossil solis (fAh) and woods from moraines and glaciers in the Alpes. Geographica Helvetica, vol. 35, núm. 5. Zurich.

Rowe, John H. 1962. Stages and periods in archaeological interpretation. Southwestern Journal of Anthropology, vol. 18, núm. 1. Albuquerque.

Ruiz, Hipólito. 1940. Travels of Ruiz, Pavón, and Dombey in Perú and Chile (1777-1788). Field Museum of Natural History. Chicago.

Schneebeli, Walter y Friederich Röthlisberger. 1976. 8000 Jahre Walliser Gletschergeschichte. Ein Beitrag zur Erforschung des Klimaverlaufs in der Nacheiszeit. Die Alpen Zeitschrift des Schweizer Alpen Club, Nr. 3/4. Luzern.

Schweingruber, Fritz H. 1980. Dichteschwankungen in Jahrringen von Nadelhölzern in Beziehung zu klimatisch-ökologischen Faktoren, oder das Problem der falschen Jahrringe. Eidgenössische Anstalt für das forstliche Versuchswesen. Berichte, 213. Birmensdorf.

—; E. Schär y O. U. Bräker. 1978. X-ray densitometric results for subalpine conifers and their relationship to climate. Dendrochronology in Europa, Ed. J. Fletcher, British Archaeological Reports, International Series, vol. 51.

Shanahan, E. W. 1950. América del Sur, Geografía Económica y Regional. Ediciones Omega. Barcelona.

Turmanina, V. I. y E. R. Volodina. 1978. Dynamics of the vegetation in the mount Elbrus Region, USSR. Artic and Alpine Research, vol. 10, núm. 2.

Tschudi, J. J. von. 1847. Travels in Peru, during the years 1838-1842, on the Coast, in the Sierra, across the cordilleras and the Andes, into primaval Forest. David Bogue, 86, Fleet Street. Londres.

Ubilluz, Edmundo. 1958. Distribución geográfica de la población del Perú en 1957. Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, tomo LXXV, primero y segundo trimestre. Lima.

Weaver, John E. y Frederic E. Clements. 1944. Ecología Vegetal. Acme Agency. Buenos Aires.

Weberbauer, A. 1945. El mundo vegetal de los Andes peruanos. Estación Experimental de La Molina, Ministerio de Agricultura. Lima.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

EL MOTIVO DE ORFEO Y EL VIAJE AL REINO DE LOS MUERTOS EN AMERICA DEL SUR[1]

María Susana Cipolletti

INTRODUCCION

Tema de este trabajo es el motivo de Orfeo, el cual describe el viaje que un ser viviente emprende hacia el reino de los muertos con el objeto de rescatar a un muerto querido y cómo, debido a una prohibición no respetada, fracasa en su intento[2]. Argumento y escenarios similares aparecen en aquellos relatos que describen un viaje similar, sin la intención de rescatar a un muerto. La distribución de ambos temas en América del Sur es desigual: mientras que este último aparece en un considerable número de etnías, el motivo de Orfeo ocurre aparentemente sólo en dos[3]. Esta escasa ocurrencia plantea sin embargo una interesante problemática, a la cual nos referiremos más adelante.

¿Qué miembros de la sociedad son los que tienen acceso a otras regiones del cosmos? Este es en general —no sólo en Sudamérica— un privilegio del chamán[4]. Es decir, el especialista religioso aparece como canal de la información con respecto a la estructura del cosmos y, al mismo tiempo, de lo concerniente a los muertos, sus actividades, etc.

Protagonista de las visitas al país de los muertos en estos relatos es, por el contrario, un individuo común, al cual impulsan causas distintas que las del chamán. Mientras que los motivos de este último se hallan principalmente en el desempeño de su función como tal, la empresa del otro protagonista posee una base emocional: el no poder aceptar la muerte y el definitivo alejamiento de un un ser querido. El viaje puede ser para ambos —chamán y protagonista "no es-

[1] El presente artículo retoma parte de la problemática de una tesis de doctorado sobre las concepciones del más allá entre las culturas indígenas sudamericanas, realizado en 1981 en Munich (Alemania), bajo la dirección del Prof. Otto Zerries. Episodios importantes de estos relatos (entre otros, la situación en el cosmos del país de los muertos, la estructura de éste y las descripciones de las actividades que allí se realizan) no pueden ser tratados aquí.

[2] cfr. Hultkrantz 1957:20.

[3] Esta afirmación, así como los datos volcados en el mapa adjunto, no pretenden ser exhaustivos; ellos reflejan meramente los datos de la bibliografía consultada.

[4] Eliade 1961:185. El término es utilizado aquí en un sentido amplio, sin probar en cada paso las características del chamamismo (cfr. Vajda 1964:268 ff.). El chamán como fuente de estos conocimientos aparece explícitamente por ejemplo entre los *Ayoreo* (Bórmida y Califano 1978:168), *Guarao* (Wilbert 1963:163), *Toba* (Cordeu 1969-70:109).

pecializado"– peligroso; la diferencia radical consiste, a nuestro entender, en los motivos por los cuales ellos emprenden el viaje.

En las culturas en que se cuenta este tipo de relatos, existe entonces una fuente distinta a la del chamán en lo concerniente al reino de los muertos [5]. Es decir, que al conocimiento transmitido por el especialista religioso se suma, en estos casos, una fuente accesoria como información de lo relativo al "más allá". Hasta qué punto estos relatos personales continúan las pautas de las descripciones chamánicas, en qué medida ellos quizás las modifican, convirtiéndose en una fuente de innovación con respecto a las concepciones escatológicas de la etnía, debe ser resuelto en todo caso en investigaciones de campo.

DESARROLLO

A la pregunta, si es posible que un ser vivo –que no sea chamán– visite el país de los muertos, obtuvieron diferentes etnólogos –como von den Steinen entre los *Bacairi* [6], Nimuendajú entre los *Botocudo* [7] y los *Tucuna* [8]– una respuesta categóricamente negativa. En otros casos, la empresa es vista como posible, pero los informantes la juzgan escépticamente: según los *Akwé-Shavante*, el mundo de los muertos se halla tan lejos del de los vivos, que quizás no se lo podría alcanzar nunca; significativa es también su opinión de que se teme no poder regresar [9].

Sin embargo, el viaje al país o región donde habitan los muertos es, entre otras etnías, factible. Ya que aquí no podemos tratar los numerosos episodios que contienen estos relatos, la siguiente tipología dará al menos una idea de la estructura de estos últimos. Ella ha sido elaborada teniendo en cuenta los motivos que mueven al protagonista a realizar la a menudo peligrosa empresa:

TIPO A) Un deudo no puede resignarse a la pérdida de una persona amada. El comienzo anómalo de los relatos nos introduce ya en una empresa que también presenta esta característica: el muerto no es aquí temido, sino amado; no es evitado, sino buscado. El deudo no cesa de llorar –desconociendo las pautas rituales del duelo–, durmiendo incluso junto a la tumba del difunto. El reencuentro de ambos se realiza cuando el muerto, atraído por el llanto, se ve forzado a volver y lo lleva consigo, o cuando el viviente llega al país de los muertos, ya sea por sus propios medios o guiado por determinados seres. En la mayoría de los casos se trata de enamorados y esposos, como entre los *Araucanos* [10], *Campa* [11], *Chané* [12], *Guajiro* [13], *Guarasug'wä* [14], *Machiguenga* [15], *Mata-*

[5] Lo mismo puede afirmarse de lo relatado por personas que "mueren", llegan al reino de los muertos y son enviadas de regreso.

[6] 1894:357.

[7] 1946:107.

[8] 1952:110.

[9] Maybury-Lewis 1967:288.

[10] Moreno 1961:124 ss, Guevara 1908:347 ss. Un relato similar fue recogido por Irma Ruiz en un trabajo de campo realizado junto con la autora de este trabajo en Zapala (Neuquén) en abril de 1977. Mientras que los relatos nombrados en primer término aparecen como textos, sin ninguna otra referencia, la informante Flor Kuripán señaló que el hecho había sucedido en Chile, y que su madre había conocido a los protagonistas.

[11] Weiss 1975:445 ss.

[12] Nordenskiöld 1913:256 ss.

[13] Paz Ipuana 1972:93 ss., 201 ss.; Perrin 1976:29 ss.

[14] Riester 1972:437 ss.

[15] Baer y Hertle 1974:39 ss.



Referencias:

1. Araucanos.
2. Bari.
3. Caduveo.
4. Campa.
5. Chané
6. Chiriguano (Motivo de Orfeo).
7. Guajiro.
8. Guarasug'wä (Pauserna).
9. Kalapalo.
10. Machiguenga.
11. Mataco.
12. Quechua (Motivo de Orfeo).
13. Sherente.
14. Tacana.
15. Umutina.
16. Waiwai.
17. Yupa.

co [16], *Umutina* [17], *Wai-wai* [18] y *Yupa* [19], Menos frecuentes son otros lazos que unen al vivo con el muerto: entre los *Tacana,* por ejemplo, se trata de una madre y su hijo [20]; en una de las variantes *Guajiro,* dos hermanos [21], y entre los *Caduveo,* amigos [22].

TIPO B) Muy raramente aparece otra causa como desencadenante del viaje, como un relato *Bari*, donde el protagonista desea ciertas semillas de plantas (no especificadas) que se hallan en posesión de los muertos [23].

[16] Califano 1974:58 ss.
[17] Schultz 1961-62:248 ss.
[18] Fock 1963:82 ss.
[19] Wilbert 1959:162 ss.; cfr. también del mismo autor 1960:144 ss. y 1974:80 ss.
[20] Hissink und Hahn 1961:245.
[21] Perrin, op. cit.: 171 s.
[22] Ribeiro 1950:155 ss.
[23] Villamañán 1975:13 s.

TIPO C) Corta estadía en el reino de los muertos de una persona que "muere", y una vez llegada allí es enviada de regreso por distintos motivos, ya sea que aún no ha llegado el momento de su muerte, como entre los *Araucanos* [24] y los *Quechua* [25], o porque sus parientes lloran desesperadamente, como entre los *Caliña* [26]. En estos casos, la persona ha permanecido inconsciente cierto período de tiempo o sea, en un estado que es a menudo identificado con la muerte. Experiencias de este tipo no se limitan a las etnías nombradas.

TIPO D) Comprende los dos relatos recogidos en América del Sur que contienen el motivo de Orfeo.

Este motivo y su amplia distribución en las narrativas indígenas de América del Norte ha sido tratado por Hultkrantz [27]. Su afirmación de que el mismo no existe en Sudamérica [28] desempeña un rol importante en cuanto a la interpretación general de su monografía. A estas conclusiones no nos referimos aquí.

Los dos relatos conocidos proceden de la sierra peruana y de los *Chiriguano*. El relato *quechua* fue recogido por Arguedas en Puquio [29] y puede resumirse así:

1) Debido al amor que siente por su esposa muerta, un viudo no puede resignarse a la pérdida de ésta.
2) Resuelve ir al Qoropuna (una montaña situada en Arequipa donde según esta versión, viven los muertos) a buscarla [30].
3) El viudo pide a San Francisco –el guardián del país de los muertos– que le entregue a su esposa.
4) Compadecido, el santo le da un trozo de carrizo donde se encuentra el alma de la muerta.
5) El debe llevarlo de vuelta sin abrirlo, hasta llegar a su casa; allí aparecerá, al hacerlo, su esposa.
6) El hombre, sin poder contener su impaciencia, lo abre en el camino.
7) Del trozo de bambú vuela la "mosca de los muertos" *(chiririnka, wanuy chuspi)*.

En cuanto al relato *Chiriguano*, lo hemos recogido en 1975, en Salta [31]. Sus motivos son los siguientes:

1) La joven esposa de un hombre muere.
2) El la extraña; dos jóvenes lo conducen hasta *Iwóka* [32].

[24] Calvo de Guzmán 1969:95 ss.
[25] Zuidema y Quispe 1973.
[26] Penard 1925-27, en de Goeje 1943:13 s.
[27] 1957, *passim*.
[28] op. cit.: 218, lo mismo repite Fock 1963:85.
[29] 1975:73 ss.
[30] Una concepción similar acerca de la situación del mundo de los muertos no existe en las cosmologías quechuas, el que puede ocupar distintos planos cósmicos: ya sea en el cielo (idea influenciada en muchos casos, pero no necesariamente por el cristianismo), en el mismo plano cósmico del mundo de los vivos –como en este relato– e incluso, raramente, en el inframundo.
[31] El texto fue publicado en Cipolletti 1978:58; allí se dan detalles relativos a la recolección del texto y al trabajo de campo, dirigido por M. Bórmida.
[32] *Iwóka* es el nombre del reino de los muertos *Chiriguano*, situado en dirección Norte o Nordeste, en el mismo plano cosmológico que el mundo de los vivos.

3) Por la noche, ve el esposo que su mujer utiliza una piedra por asiento, y que su casa está construida con hierbas.
4) Uno de los jóvenes que lo ha guiado le dice al hombre no entender por qué quiere llevarse a su mujer, ya que ella está por casarse otra vez (o sea, con un muerto).
5) Ella se niega a ir con su esposo, afirmando no poder caminar porque sus huesos se hallan enterrados.
6) El la conduce de regreso.
7) El guía le dice que no debe tocarla en veinte días.
8) El marido, impaciente, la abraza.
9) Ella se transforma en una mosca verde y vuela de regreso hacia *Iwóka*.

El aspecto bajo el cual aparece el alma de la muerta en ambos relatos es significativo. Entre los *Quechua* y *Aymara* de los Andes Centrales es la asociación alma-mosca constante. *Chiririnka* –denominación del texto de Arguedas– denomina en el sur del Perú una determinada mosca verde, bajo cuya apariencia suelen presentarse los muertos a sus parientes vivos [33]. Numerosas fuentes ratifican esta concepción [34]. Por el contrario, entre los *Chiriguano* asumen las almas de los muertos el aspecto de distintos animales e insectos, pero no el de una mosca.

El hecho de que esta concepción es general entre los *Quechua*, sumado a la influencia que los *Chiriguano* recibieron de las culturas andinas desde el momento de su instalación en este territorio [35], hace posible postular que el centro secundario de irradiación sean los Andes Centrales. Esta hipótesis no puede sin embargo ignorar diferencias que presentan ambos relatos; entre otras, menos importantes, los tipos de prohibición que no son respetados por el protagonista: en el primero, el mirar el alma, contenida en un receptáculo; en el otro, el de tocar a la esposa [36].

Por lo demás, las dos versiones son, para los respectivos relatores, acaecidas y verdaderas. Mientras que la anciana *Chiriguano* que nos contó el relato no dudaba de que se trataba de sucesos verdaderos, en el relato *Quechua* la veracidad es deducible de las palabras finales del narrador, según las cuales el protagonista ha salvado con su impaciencia a la humanidad: sino, los muertos habrían regresado, y –debido a la superpoblación del mundo– los hombres se hubieran devorado los unos a los otros [37].

[33] Cayón Armelia 1971:151.

[34] Bastien 1975:379, Bustamante 1967:235, Delgado de Thays 1965:299, entre otros. Esta concepción ha sido documentada en la temprana época de la Conquista, si el P. Avila –como lo suponemos– se ha equivocado en su interpretación. El describe la costumbre común en el Cuzco, a principios del siglo XVII, de mostrar el cadáver cinco días públicamente; al fín de este lapso el alma del muerto volaba de él "del tamaño de una mosca" (1942:407). ¿Quizás era con el *aspecto* de una mosca?

[35] Métraux 1963:465 ss.

[36] Thompson 1955, C 321-2 y C 117. Cfr. la dispersión de estos dos tipos de prohibiciones en los relatos de Orfeo en América del Norte en Hultkrantz 1957:133 ss., 135 s.

[37] Arguedas, op. cit. :75.

CONCLUSIONES

1) El motivo de Orfeo, que se postuló como inexistente en América del Sur, ha sido recogido entre los *Quechua* y los *Chiriguano*, planteando la posibilidad de que una tradición de este tipo se halle en el subcontinente, la cual ha sido detectada recién en las últimas décadas.
2) Debido a las relaciones históricas existentes entre los dos grupos mencionados, y a la importancia fundamental de la asociación alma-mosca entre los *Quechua*, la narración procede probablemente de éstos últimos.
3) Se puede plantear la hipótesis de que los tres tipos de relatos en los cuales un ser viviente puede acceder al reino de los muertos –protagonista– Orfeo, las "visitas", y el caso de los muertos aparentes– quizás introducen innovaciones en las descripciones relativas a los muertos y sus formas de existencia, tal como son transmitidas por el chamán, que es por lo general, la fuente tradicional con respecto a este tipo de concepciones.
4) Desde la perspectiva de los motivos que mueven al ser viviente a emprender el viaje, ambas narrativas –las que contienen el motivo de Orfeo y las de las "visitas"– son distintas, ya que en estas últimas no existe la intención de traer al muerto de regreso al mundo de los vivos. El sentido de ambas sin embargo es similar: ambos tipos de relatos tematizan la imposibilidad de una unión duradera entre un vivo y un muerto, no importa cuán profundos sean los lazos que (aún) los unen. Es decir, la posibilidad de un encuentro con un muerto no es negada en los relatos, como tampoco que el mundo en que éste se halla sea inaccesible para los vivos, sino que la unión duradera entre dos seres de distintos signos, se muestra como imposible. Ambas narrativas refieren un intento anómalo y puntualizan en última instancia cómo estas empresas sólo pueden conducir al fracaso.

Munich, 1981

BIBLIOGRAFIA

Arguedas, J. M. 1975. Puquío. Una cultura en proceso de cambio. La religión local. En: Arguedas: *Formación de una cultura nacional indoamericana*. México.

Avila, F. de. 1942. *De Priscorum Huaruchiriensum Origine et Institutis (Origen y Costumbres de los antiguos Huaruchiri)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Baer, G. y Hertle, G. 1974. Zwei Matsigenka-Mythen. Versuch einer Analyse. *Ethnologische Zeitschrift*, 1. Zürich.

Bórmida, M. y Califano, M. 1978. *Los indios Ayoreo del Chaco Boreal. Información básica acerca de su cultura*. Buenos Aires.

Bustamante, J. 1967. *Apuntes para el folklore peruano*. Ayacucho.

Califano, M. 1974. El concepto de enfermedad y muerte entre los Mataco costaneros. *Scripta Ethnologica*, 2, II. Buenos Aires

Calvo de Guzmán, M. 1969. *Leyendas de Calafquén*. Santiago.

Catón Armelia, E. 1971. El hombre y los animales en la cultura quechua. *Allpanchis*, 3. Cuzco.
Cipolletti, M. S. 1978. Mitología Chiriguana. *Los grupos aborígenes del límite occidental del Gran Chaco. Cuadernos Franciscanos*, 49. Salta.
S/M. *Jenseitsvortsellungen bei südamerikanischen Indianern.*
Cordeu, E. 1969-70. Aproximación al horizonte mítico de los Tobas. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, XII, 1/2. Buenos Aires.
Éliade, M. 1961. Recent Works on Shamanism: A Review Article. *History of Religions*, 1, 1. Chicago.
Fock, N. 1963. Waiwai. Religion and Society of an Amazonian Tribe. *Nationalmuseets Skrifter. Etnografisk Raekke*, VIII. Kopenhagen.
Goeje, C. H. de. 1943. Philosophy, Initiation and Myths of the Indians of Guiana and Adjacent Countries. *International Archiv für Ethnographie*, XLIV. Leiden.
Guevara, T. 1908. *Psicología del pueblo araucano.* Santiago.
Hissink, K. y Hahn, A. 1961. *Die Tacana. I. Erzählungsgut.* Veröffentlichungen des Fro-Benius-Institutes am Frankfurt a/Main.
Hultkrantz, A. 1957. The North American Indian Orpheus Tradition (A Contribution to Comparative Religion). *The Ethnographical Museum of Sweden*, 2. Stockholm.
Maybury-Lewis, D. 1967. *Akwé-Shavante Society.* Oxford.
Metraux, A. 1963. Tribes of the Eastern Slopes of the Bolivian Andes: En Steward, J. (Ed.): *Handbook of South American Indians*, III. New York.
Moreno, F. P. 1961. *Viaje a la Patagonia Austral, 1876-1877.* Buenos Aires.
Nimuendaju, C. 1946. Social Organization and Beliefs of the Botocudo of Eastern Brazil. *Southwestern Journal of Anthropology*, 2. Albuquerque.
—1952. The Tukuna. *Univ. of California, Publication in American Archaeology and Ethnology*, XLV, Berkeley and los Angeles.
Nordenskiöld, E. 1913. *Indianerleben. El Gran Chaco (Südamerika).* Leipzig.
Paz Ipuana, R. 1972. *Mitos, leyendas y cuentos Guajiros.* Caracas.
Penard, A. Ph. 1925-27. Indiannsche legenden. Iets over onze Caraibischen Pujai. *De Periskoop.* Paramaribo.
Perrin, M. 1976. *Le chemin des indiens morts. Mythes et symboles Guajiro.* París.
Ribeiro, D. 1950. Religião e mitologia Kadiuéu. *Servício de Proteçao aos Indios*, 106. Rio do Janeiro.
Riester, J. 1972. Die Pauserna Guarasug' wä. Monographie eines Tupí-Guaraní-Volkes in Ostbolivien. *Collectanea Instituti Anthropos*, 3. St. Augustin.
Schultz, H. 1961-62. Informações etnográficas sôbre os Umutina (1943, 1944, e 1945). *Revista do Museu Paulista*, XIII. Sao Paulo.
Steinen, K. von den. 1894. *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens. Reise-Schilderung und Ergebnisse der zweiten Schingú-Expedition, 1887-1888.* Berlín.
Thays, C. Delgado de. 1965. Religión y magia en Tupe (Yauyos). *Serie Tesis Antropológica*, 2. Museo Nacional de la Cultura Peruana. Lima.
Thompson, S. T. 1955. *Motif-Index of Folk-Literature. A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, etc.* 6 vol. Copenhagen.
Vajda, L. 1964. Zur phaseologischen Stellung des Schamanismus. En: Schmitz, C. A. (Ed.): *Religions-Ethnologie.* Frankfurt a/Main.
Villamañan, A. de. 1975. Cosmovisión y religiosidad de los Baris. *Antropológica*, 42. Caracas.
Weiss, G. 1975. Campa Cosmology. The World of a Forest Tribe im South America. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, 52, 5. New York.
Wilbert, J. 1959. Puertas del Averno. *Memorial de la Soc. de Ciencias Naturales La Salle*, XIX, 54. Caracas.
—1960. Zur Kenntnis der Pariri. *Archiv für Völkerkunde.* XV. Wien.
—1974. Yupa Foltkales. *Latin American Studies*, 24. Latin American Center. Univ. of California. Los Angeles.
Zuidema, T. y Quispe, U. 1973. A Visit to God. En: Gross, D. R. (Ed.): *Peoples and and Cultures of Native South America. An Anthropological Reader.* The American Museum of Natural History. New York.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

UN NUEVO TIPO DE ASA EN LA CERAMICA DEL NOROESTE ARGENTINO

Lidia C. Alfaro y Margarita E. Gentile

El poblado prehispánico de la cuenca del río Doncellas se encuentra a unos dos kilómetros del caserío de Agua Caliente de la Puna, siendo su localización geográfica entre los 22° 45' - 23° Latitud Sur y 66° - 66° 20' Longitud Oeste, dentro de un rectángulo imaginario de unos 35 por 25 kilómetros de lado.

Varios farallones bajos pero de laderas abruptas encierran una planicie en cuyo interior corren cauces temporarios que en los años lluviosos excavan cañadones y van a dar al río Doncellas.

La cadena orográfica principal es la Sierra de Quichagua.

La región presenta las características generales del altiplano: gran amplitud térmica entre el día y la noche, cielo límpido, lluvias escasas y concentradas en el estío. La altura sobre el nivel del mar es de 3.900 metros.

Los pobladores actuales viven del pastoreo y del cultivo, este último en pequeña escala. Los andenes y cuadros, en cambio, nos dan la pauta de una mayor actividad agrícola en épocas pasadas. Por otro lado, el arte rupestre de la zona es sumamente representativo en lo que hace a la vida humana en el lugar: hay escenas de caza, de pastoreo y de laboreo de la tierra con arados de pie (chaquitaclla) (Alfaro, 1978).

Las investigaciones sobre la arqueología de la zona emprendida por una de nosotras (Alfaro) como continuación de los trabajos del Dr. Casanova dieron resultados que, ahora, nos permiten intentar una mayor aproximación a la vida del hombre puneño prehispánico.

Dentro del sector geográfico señalado más arriba se pueden localizar varios sitios de interés para el arqueólogo: cuevas y abrigos con arte rupestre y entierros, andenes y cuadros de cultivo antiguos, corrales y habitaciones aisladas cuya antigüedad sólo podrá ser determinada en futuras excavaciones.

Pero el único lugar con concentración de recintos es el que hemos delimitado y llamado "Yacimiento de la cuenca del río Doncellas" (Alfaro y Suetta, 1976), encerrado entre dos de los farallones citados.

Al encarar la excavación sistemática del lugar (trabajo que se realizaba por primera vez, ya que anteriormente se había concentrado el interés de los investigadores en las tumbas, que presentan distintas formas), se lo dividió en cinco sectores, la mayoría de ellos formados por recintos asociados que se

encontraban en un relativo buen estado de conservación. Este hecho permitía conducir la investigación con bastante seguridad, ya que se trataba de lugares que no habían sido excavados.

El trabajo de campo se llevó a cabo abriendo cuadrículas y trincheras, de acuerdo al tamaño de los recintos, algunos de los cuales fueron excavados totalmente. Las capas se bajaron siguiendo el método de "estratigrafía artificial" en niveles de 20 cm de espesor.

El yacimiento de la cuenca del río Doncellas sería un sitio de habitación temporaria, estacional, asociado a una estructura ceremonial ubicada en un extremo del poblado aprovechando una elevación natural del terreno que lo limita hacia el Oeste.

Desde este lugar se tiene la visión total del yacimiento hasta las márgenes del río Doncellas.

Los recintos parecen cumplir funciones únicas: los hay dedicados a cocina con grandes fogones, ollas utilitarias y huesos de camélidos fragmentados; otro sería un taller de lapidario donde se encontró una estela a medio trabajar, lascas y herramientas; en el "taller de tejedores" se encontraron apoyos de telar y bowls para hilar. Estos últimos son recipientes cóncavos en cuyo fondo hay un asa que sirve para sostener, sin que se enreden, los hilos que pasan a través de ella (Alfaro y Suetta, 1976).

Hay un depósito de material lítico de uso agrícola: palas, azadas, manos de mortero, etc., pero no se encontraron basurales y la presencia de capas estériles a profundidades medias no marcan cambios culturales sino tan solo la ausencia de gente en el lugar.

En los farallones hubo entierros en casas-tumbas, de donde Casanova exhumó abundantes elementos de madera para tejer, además de arcos, flechas y una estólica (Casanova, 1944) °.

Estas piezas se encuentran parte en el Museo Etnográfico (Buenos Aires) y en el Museo del Pucará (Tilcara, Jujuy).

En las quebradas vecinas hay habitaciones dispersas señalando un patrón de poblamiento no nuclear, propio de pastores-tejedores que practicaban una agricultura subsidiaria y que probablemente se reunían periódicamente para llevar a cabo determinadas tareas (tejer, tallar piedras para el centro ceremonial, etc.) por el sistema de la mita o trabajo rotativo.

El contexto cerámico que corresponde a esta economía pastoril es variado. Predomina el trabajo tosco de la alfarería pero las formas son bien logradas.

Las únicas piezas autóctonas donde se usó decoración pintada son las urnas en el estilo "Puna Tricolor", vasijas subglobulares de base plana y borde evertido con un gollete ancho que permite, en algunos casos, diseñar una cara de ojos "en grano de café", nariz curva proporcionada y hasta orejas formadas por un pegote discoidal perforado. Sobre el ecuador se ubican las

° Paredes Candia registra en 1954 en la comunidad indígena de Ucureña, Cochabamba, Bolivia, el uso de un "arco" de madera de chachacoma (Escallonia Mutis?) con una cuerda gruesa de tripa de cabra u oveja (bordo) empleado en la fabricación del "sombrero ovejón".

A los vellones cortados se los "mete al arco" tres veces, es decir, se hace vibrar el *bordo* con una pieza de madera torneada (broche) mientras se echa la lana por encima; de esta forma se deshacen las hebras y quedan separadas las limpias de las sucias. Esto explicaría el gran número de arcos encontrados en Doncellas asociados a elementos de textilería, lo cual significaría el uso múltiple del arco, ya que no está descartada su función como instrumento musical.

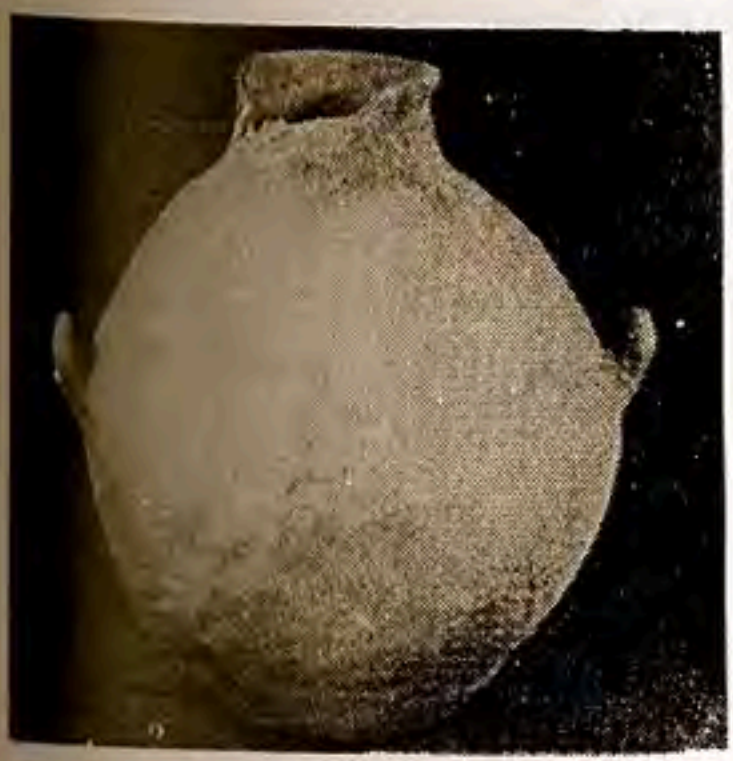


FIGURA 1



FIGURA 2



FIGURA 4



FIGURA 3

Arriba: Yacimiento del río Doncellas; Jujuy: FIG. 1 (Izquierda), Sector 1, Cuadrícula A, vasija con asas verticales abiertas. Altura 23 cm; diámetro 19 cm. FIG. 2, Sector 4, recinto 1, vasija con un asa vertical abierta. Altura 23 cm; diámetro 18 cm.

Abajo: FIG. 3 (Derecha), Santa Rosa de Tastil; Salta. Pieza Nº 310, registro 03-01-70. Puco con asas verticales abiertas y restos de decoración santamariana. Altura 7 cm; diámetro 14 cm. FIG. 4 (Izquierda), Museo del Pucará, Tilcara; Jujuy. Sala Puna, vitrina II, vasija con un asa vertical abierta. Altura 22 cm; diámetro 20 cm.

asas acintadas horizontales. El espacio entre el gollete y el ecuador, marginado por anchas líneas negras, está dividido en triángulos cuyo interior está lleno de gruesos puntos blancos, negros u ocre, en número de cuatro a seis. Estos lunares están pintados luego de la cocción de la vasija.

Piezas de este estilo se hallaron en Queta, Rinconada y Doncellas (Alfaro y Suetta, 1976).

Las influencias de la Quebrada de Humahuaca están representadas por las formas y decoraciones típicas del Tilcara Negro sobre Rojo y Hornillos Negro sobre Rojo.

Las relaciones con el altiplano boliviano están también presentes pero a través del hallazgo (lamentablemente aislado) de dos vasos de plata dorada de estilo Tiwanaku (Rolandi de Perrot, 1974).

Testimonio del Período Colonial es el entierro de un niño en posición extendida que sostiene entre sus manos una cruz hecha de ramitas (Ottonello de García Reinoso, 1973).

Volviendo a la cerámica, hemos exhumado algunas piezas poco llamativas que, si bien no pasaron desapercibidas, hasta ahora no fueron estudiadas particularmente por otros investigadores.

Se trata de piezas, como dijimos, de factura tosca pero formas armónicas que presentan como distintivo dos pequeñas asas ubicadas sobre la línea ecuatorial que se proyectan suavemente hacia arriba, sin llegar a unirse a la pared de la vasija. Las hemos denominado *asas verticales abiertas* (Fig. 1).

También se halló otro vaso, pero con una sola asa del mismo estilo dirigida hacia abajo (Fig. 2).

En el primer caso la vasija estaba asociada con entierro de párvulo con ajuar, restos de madera, calabaza, palas líticas y huesos de camélidos; en el segundo las asociaciones eran con entierros secundario de adulto en urna, platos de cerámica negra y dos menhires.

La posible funcionalidad de tales asas, que se encuentran muy bien adheridas al recipiente, descartando así la hipótesis de un mero adorno, nos llevó a revisar la bibliografía especializada.

Krapovickas (1958 - 59, Fig. 5) ilustra un ejemplar similar al de nuestra Fig. 1 añadiendo que se trata de "otra variedad de ollas, peculiar de la Puna". Esta pieza la ubicó en el Museo Etnográfico (Buenos Aires) procedente de Queta, y lleva el número de registro 44 - 1.538.

Serrano (1969) publicó también una pieza que se encuentra en el Instituto de Antropología de Tucumán, procedente de Zárate, en esa provincia, y la adjudica a la cultura Lerma. Según este autor "las urnas más características, de esta cultura [Lerma] son de forma ovoide, provistas de dos apéndices libres a manera de asas" pero esta afirmación no ha sido apoyada por la revisión de las colecciones del valle de Lerma, sitio tipo para esta cultura. En el Museo de Arqueología de Salta no encontramos ningún ejemplar con las características que señala Serrano.

Es de notar también que este autor tampoco refiere el tamaño de la pieza, el tipo de cerámica ni su contenido o asociaciones.

Heredia (1974) en el resumen de su tesis ilustra entre los fragmentos –ya que no hay piezas enteras– correspondientes a su fase Santa Bárbara, un asa abierta que suponemos vertical por su posición en la Fig. 6, L (Santa Bárbara Alisado).



FIGURA 5



FIGURA 6



FIGURA 7

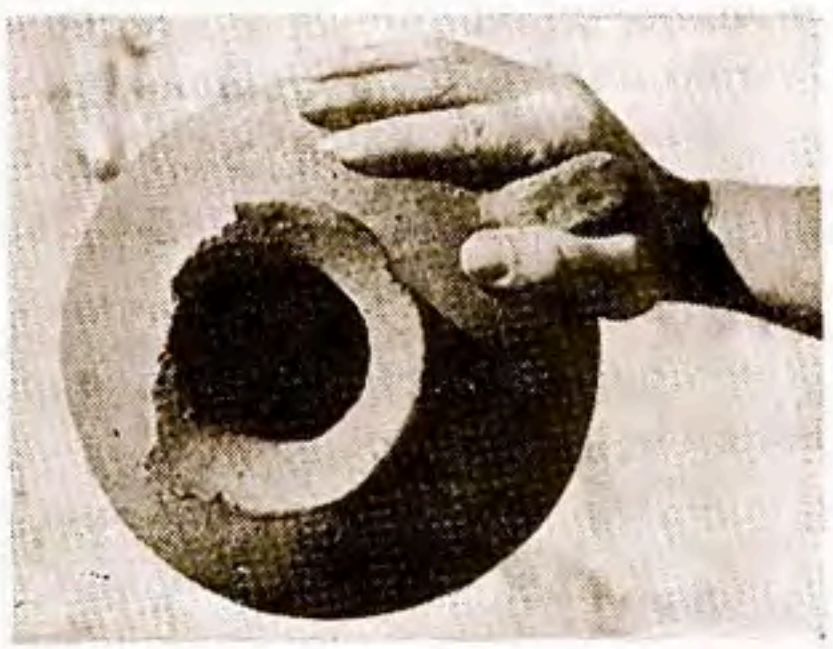


FIGURA 8

Arriba: Museo de Pucará, Tilcara; Jujuy. Sala Puna. FIG. 5 (Izquierda), vitrina III. Vasija con pequeñas asas verticales abiertas. Altura 27 cm; diámetro 20 cm. FIG. 6 (Derecha), vitrina V. Vasija con un asa vertical abierta y otra acintada horizontal. Altura 22 cm; diámetro 20 cm.

Abajo: FIGS. 7 y 8, posible funcionalidad de las asas verticales abiertas.

Heredia considera al Santa Bárbara como una fase de Candelaria V, vinculada a la cultura Santa María (Período Tardío).

Santa Bárbara y Candelaria son sitios próximos entre sí, ubicados ambos en el límite de las selvas occidentales con el área valliserrana.

En el Museo de Sitio de Tastil, Salta, encontramos una vasija semiesférica de labios evertidos (Nº 310, registro 03-01-70) que tiene dos asas verticales abiertas, asimétricas, y restos de pintura negro sobre blanco que la vinculan a la decoración santamariana (Fig. 3). Los motivos están bastante deteriorados, pero se reconocen las curvas típicas de dicho estilo.

Cigliano (1973) no publica esta pieza ni describe el tipo de asa, aunque sí se refiere a vasijas morfológicamente iguales y con la misma decoración (Lám. X). El contexto cultural tastileño es el de pastores de Puna con un tipo de cerámica tal vez más elaborado que el de Doncellas pero en todo caso, en conjunto, se trata de un mismo nivel cultural: uso de arco y flecha, trabajo de metal con formas simples y utilitarias, tejidos bien elaborados, etc.

Posteriormente, revisando las colecciones del Museo del Pucará, Tilcara, Jujuy, hallamos las piezas que se ilustran a continuación (Figs. 4, 5 y 6); no está indicada la procedencia exacta de ninguna de ellas no obstante estar expuestas en las vitrinas II, III y V de la sala "Puna". Uno de los vasos presenta la particularidad de poseer dos tipos distintos de asas colocadas diametralmente opuestas: una acintada horizontal y otra vertical abierta. En otro vaso (Fig. 5) las asas son pequeños apéndices cónicos que no llegan a tener el tamaño de las asas verticales abiertas anteriormente descritas.

Esta misma característica presentan las vasijas de los tipos cerámicos Ordinario Rugoso y Ordinario Simple publicadas por Lorandi para Santiago del Estero (Lám. 3, 4A y 4C), que a pesar de su morfología colonial aparecerían asociadas a Sunchituyoj y Averías, correspondientes a los Períodos Medio y Tardío respectivamente (Lorandi, 1974).

Una primera síntesis de los datos obtenidos hasta ahora nos informa:

- que el tipo de *asas verticales abiertas* se encuentra asociado a contextos culturales tardíos.
- que las asociaciones no corresponden a una misma cultura sino que aparecen relacionadas con las de la Puna, con Santa María y Candelaria V (Heredia).
- tampoco aparecen estas asas asociadas a una forma de vasija determinada o única.
- el área de dispersión abarcaría desde el borde de las Selvas Occidentales hasta la Puna.
- estas asas no representan un porcentaje elevado dentro de los materialcs cerámicos que aparecen en los distintos yacimientos.

Teniendo en cuenta lo expuesto aquí proponemos como hipótesis de trabajo la posible funcionalidad de las asas verticales abiertas ilustradas en las Figs. 7 y 8.

También se puede señalar una posible vinculación de este tipo de asas con las similares modeladas de los guaraníes (Serrano, 1966).

Aquí podríamos agregar las vasijas con apéndices cónicos que cita Lorandi para Santiago del Estero y si incluyéramos entre los datos la vasija hallada por Cigliano en Famabalasto, Catamarca (Cigliano 1956-57, Fig. 6, pieza Nº

5.347) que presenta características de decoración propias de Santiago del Estero y que tiene asas que podrían marcar una etapa intermedia en el desarrollo estilístico del elemento que venimos considerando, podríamos proponer dos extremos en dicho desarrollo: el Litoral y la Puna, con un punto medio en las Selvas Occidentales.

Queda abierto, entonces, el camino a la investigación de migraciones entre los pueblos de estas áreas usando como indicador este tipo de asas, entre otros datos. Su hallazgo en sitios escalonados entre los puntos señalados tendría gran interés.

El siguiente problema a resolver sería determinar la dirección de esas migraciones o sus interinfluencias culturales.

Buenos Aires, Diciembre 1981.

BIBLIOGRAFIA

ALFARO, LIDIA C. 1978. Arte rupestre de la cuenca del río Doncellas (Prov. de Jujuy). En: Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, XII, n. s., pp. 123-146. Buenos Aires.

—y JUAN MANUEL SUETTA. 1976. Excavaciones en la cuenca del río Doncellas. En: Antiquitas, XXII-XXIII, pp. 1-32, Buenos Aires.

—y MARGARITA E. GENTILE. 1980. m./s. Investigación arqueológica en la cuenca del río Doncellas, Prov. de Jujuy. Informe para la Dirección Nac. de Investigaciones Culturales, Sec. de Estado de Cultura de la Nación con asistencia de la OEA. Buenos Aires.

CASANOVA, EDUARDO. 1943. Comunicación acerca del yacimiento de Doncellas. En: Boletín de la Soc. Arg. de Antropología, Resúmenes de Actividades, nros. 5-6, Buenos Aires.

—1944. Una estólica de la Puna jujeña. En: Relaciones... tomo IV, Buenos Aires.

CIGLIANO, EDUARDO MARIO. 1956-7. Investigaciones arqueológicas en la zona de Famabalasto (Prov. de Catamarca). En: Runa, VIII, 2da. parte, pp. 241-269. Buenos Aires.

—y otros. 1973. Tastil, una ciudad preincaica argentina. Ed. Cabargón, Buenos Aires.

HEREDIA, OSVALDO R. 1974. Investigaciones arqueológicas en el Sector Meridional de las Selvas Occidentales. En: Rev. del Inst. de Antropología, V, pp. 73-132. Córdoba.

KRAPOVICKAS, PEDRO. 1958-59. Arqueología de la Puna Argentina. En: Anales de Arqueología y Etnología, tomos XIV-XV, pp. 53-111, Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza.

LORANDI, ANA MARÍA. 1974. Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. En: Relaciones... VIII, n. s., pp. 199-236. Buenos Aires.

OTTONELLO DE GARCÍA REINOSO, MARTA. 1973. Instalación, economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite. Dirección de Antropología e Historia. Jujuy.

PAREDES CANDIA, ANTONIO. 1967. Artesanías e industrias populares de Bolivia. Ediciones Isla. La Paz.

ROLANDI DE PERROT, DIANA S. 1974. Un hallazgo de objetos metálicos en el área del río Doncellas (Prov. de Jujuy). En: Relaciones..., VIII, n. s., pp. 153-160, Buenos Aires.

SERRANO, ANTONIO. 1966. Manual de cerámica indígena. Ed. Assandri, 2da. edición. Córdoba.

—1969. Lerma, una cultura tardía del Noroeste Argentino. En: La Prensa, sección ilustrada del 23-3-69. Buenos Aires.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

DISPERSION Y CRONOLOGIA DE LAS URNAS DE TRES CINTURAS EN EL NOROESTE ARGENTINO

Lidia Baldini °

Las urnas de tres cinturas han sido mencionadas en la literatura arqueológica sobre el noroeste argentino, desde las primeras investigaciones realizadas en el área. Ya en 1907, F. Outes describe una pieza cuyo cuerpo presenta tres cinturas, procedente de Loma Rica –bajo el rótulo de "Urnas con detalles excepcionales"–, destacando que es la primera en su tipo que se da a conocer.

En el mismo año, J. Ambrosetti afirma que las urnas de tres cinturas son frecuentes en La Paya, planteando su derivación de las urnas de tipo santamariano. Al describirlas expresa "...se dividen en cuatro partes bien marcadas; el gollete, de tamaño proporcionado, donde se halla comúnmente dibujada la cara; dos zonas de igual ancho, que se hallan cubiertas de climankistones... la parte inferior del cuerpo, siempre roja, presenta la decoración de los grandes ángulos..." y poseen además "...pequeñas trenzas verticales que parecen como asas diminutas en la región debajo del borde. La ornamentación de estas urnas es muy constante..." (Ambrosetti, J. 1907:398-400).

También hace referencia este autor, en la misma obra, a un tipo de urna similar, pero sin representación antropomorfa, que había registrado en Pampa Grande poco tiempo antes, a las que consideró más modernas que las primeras.

Siendo los hallazgos de La Paya, y los efectuados más o menos contemporáneamente por S. Debenedetti en Kipón (Debenedetti, S., 1908), los únicos conocidos en ese momento, ambos autores mencionados coincidieron en considerar a las urnas de tres cinturas como un tipo especial, y limitado en su dispersión al espacio comprendido entre Kipón y La Paya.

En trabajos posteriores a éstos, en los que se retoma el análisis de las urnas de tres cinturas, se tuvieron en cuenta los mismos hallazgos de Ambrosetti y Debenedetti; acordando los autores en la semejanza y filiación cultural que tales urnas poseen con las de tipo santamariano (O. Bregante, 1926; W. Bennett y col., 1948), haciendo notar, sin embargo, que constituyen una modalidad particular. A. Serrano (1958), por su parte, enfatiza en la diferencia

° Becaria del CONICET. Director: Dr. R. Raffino.
Museo de La Plata. División arqueología.

observable entre las urnas de cinturas de La Paya y Pampa Grande y sus análogas del valle de Santa María.

SITIOS DEL VALLE CALCHAQUI DONDE SE EXHUMARON URNAS DE TRES CINTURAS

1) Puerta de La Paya

En la tradicional "Ciudad Prehistórica", J. Ambrosetti halló, a principios de siglo, un porcentaje relativamente alto de urnas de tres cinturas, o fragmentos de ellas, que enumeramos sucintamente:

Hallazgo 35 (CCV): urna de tres cinturas, tapada con un puco, y conteniendo restos de un párvulo, fragmentos de cuerdas y de dos tipos de tejidos; junto a ella se encontró otra urna, decorada en negro y rojo (Nº 2.072 y 2.073).

Hallazgo 57 (CCVI): en el ángulo este de una habitación se encontraron tres urnas, dos de las cuales pertenecen al tipo de tres cinturas (Nº 2.069 y 2.070); (Ambrosetti, J., 1907: figs. 213 y 214).

Hallazgo 64 (LII): dentro de un "pozo pircado", se descubrió una urna de cinturas cubierta por un puco pintado.

Hallazgo 112 (CXCI): tumba de paredes de piedra conteniendo once individuos distribuidos por grupos; uno de los esqueletos situados al oeste tenía el cráneo cubierto con un fragmento de urna de cinturas.

Hallazgo 131 (CLXXXIX): sepulcro de grandes dimensiones, construido con paredes de piedra, que contenía cinco individuos y abundante ajuar funerario, entre el que se contaba una urna de tres cinturas, fragmentada.

Hallazgo 153 (CCXVIII): tumba de paredes de piedra que se halló saqueada, pero conteniendo aún, entre otros objetos, una urna de cinturas (Nº 1.802).

Hallazgo 154 (CCXXIV): urna de tres cinturas, hallada fragmentada junto a otra de tipo santamariano, en el ángulo de una habitación [1].

Una última urna de tres cinturas de este sitio fue hallada de modo casual, desconociéndose sus condiciones de yacimiento y asociaciones. Pertenece al Museo Arqueológico de Cachi (M.A.C.) (Nº 262).

La frecuencia relativamente alta con que las urnas de tres cinturas están representadas en Puerta de La Paya está atestiguada, además, en los depósitos de basura que se encuentran entre los recintos habitacionales del sitio. En el año 1981, nosotros excavamos en algunos de ellos, obteniendo fragmentos de estas urnas en casi todas las capas culturalmente fértiles –capas 2, 5, 9, 11, 12, 14 y 15 de la Estratigrafía 2, y en las capas 1, 6, 7, 12 y 13 de la Estratigrafía

[1] En la descripción que haremos más adelante de un grupo de piezas, sólo tendremos en cuenta las que por haber sido ilustradas permiten determinar sus caracteres morfológicos y decorativos.

3–, en las que se asocian permanentemente a tiestos de alfarería santamariana, cerámica negra pulida, restos de camélidos y, en las capas más profundas de la Estratigrafía 2, abundante maíz carbonizado de cinco variedades [2], destacándose la ausencia de alfarería de filiación inca.

En ambas Estratigrafías se observaron tres niveles de depositación natural, de cada uno de ellos se seleccionaron muestras de carbón, que actualmente se procesan en el INGEIS por el método del radiocarbono.

2) El Churcal

Durante las excavaciones efectuadas en este sitio, situado a pocos kilómetros al norte de Molinos, se extrajeron urnas para párvulos de tipo santamariano, toscas y, en el Entierro Nº 10, una urna de tres cinturas (Raffino, R., Cigliano, E. y Mansur, E.: 1976; Raffino, R., 1982).

Otras dos piezas procedentes de El Churcal, fueron descubiertas de modo casual, y pertenecen una, al Museo de la Parroquia de Molinos (M.P.M.), y la otra al Sr. Peyret, de Salta.

3) Kipón

Durante las excavaciones que en este sitio practicara S. Debenedetti se halló una urna de cinturas, junto con una olla negra y un vaso zoomorfo. (Debenedetti, S., 1908:23; fig. 14).

4) Tero

En las cercanías de Cachi, se halló de modo casual en el sitio Tero, una urna de cinturas (Nº 2.342-M.A.C.). En posteriores excavaciones realizadas allí por personal de ese Museo se extrajeron ejemplares similares.

5) Cafayate

En la Colección Bravo de Cafayate, hemos tenido oportunidad de observar una muestra relativamente numerosa de urnas de cinturas. Si bien no poseemos información acerca de su exacta procedencia, sabemos que fueron obtenidas en los alrededores de la localidad de Cafayate.

DESCRIPICION DE LAS PIEZAS

La muestra de urnas que estudiamos, se compone de piezas provenientes en su totalidad de sitios arqueológicos del valle Calchaquí, sin embargo tendremos en cuenta, posteriormente, otras halladas en zonas ajenas a ese valle.

La descripción de las piezas la efectuamos por medio de la presencia o ausencia de una serie de rasgos. Antes de enumerar esos rasgos explicitaremos el modo en que, para definirlos, orientamos y segmentamos a la pieza. Consideramos un plano vertical que, pasando por las asas, divide a la vasija en dos frentes y dos perfiles; otros planos, horizontales, que cortan a la pieza a la

[2] Expresamos nuestro agradecimiento al Ing. J. Cámara Hernández, quien analizó las muestras de maíz, y determinó las variedades.

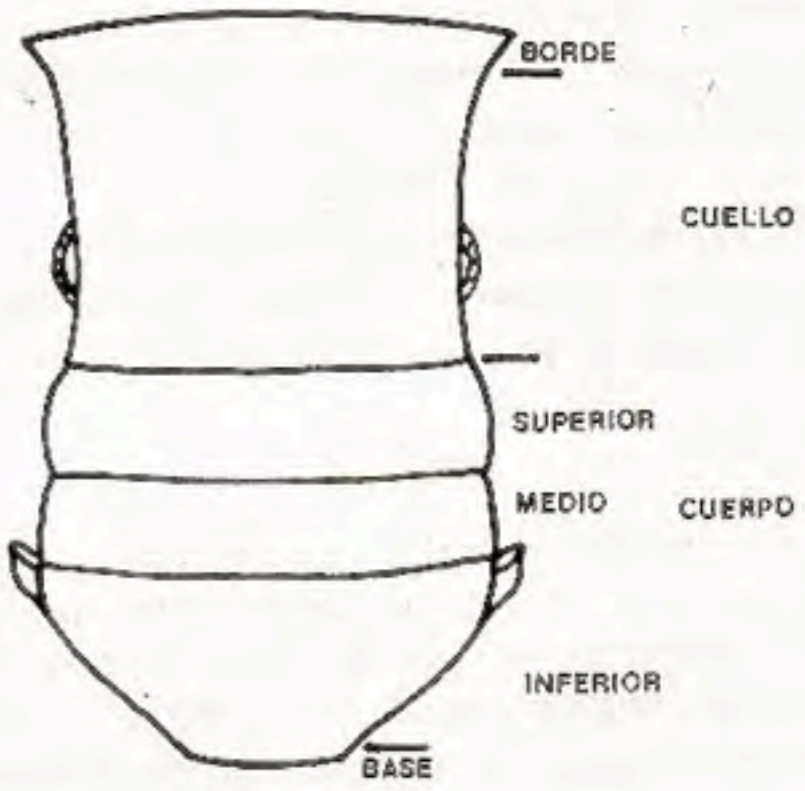


FIGURA 1: Modelo de segmentación de una urna.

altura de los puntos característicos del contorno (terminales, angulares, de inflexión, etc.) la segmentan en los sectores ilustrados en Fig. 1.

Una vez orientada y segmentada la pieza, definimos todas las características que, para cada sector morfológicamente definido, se registran en la muestra, considerando dos grandes categorías: morfología y decoración.

MORFOLOGIA:

1. cuerpo: de contorno complejo, se caracteriza por la presencia de más de una entrada en el contorno, que delimitan otros tantos sectores —a los que denominamos inferior, medio y superior— que son secciones de un ovoide vertical, y de dos elipsoides de eje mayor horizontal respectivamente..
2. cuello:
   2.1. de lados ligeramente cóncavos, verticales o suavemente evertidos, sección de hiperboloide.
   2.2. ausencia de cuello.
3. borde:
   3.1. el borde continúa la curvatura del sector inmediatamente inferior a él, sin bruscos contrastes a pesar de la presencia de un punto angular o de inflexión en el contorno.
   3.2. el borde es un sector morfológico netamente diferenciado del sector inferior a él; su inicio está marcado por una brusca curvatura de la pared.
4. asas: dos asas de inserción horizontal, y sección subcircular o subrectangular, inmediatamente debajo del límite entre los sectores inferior y medio del cuerpo.

5. base: cóncavo - convexa.
   5.1. diferenciada del cuerpo, en el contorno, por la presencia de un punto angular o de inflexión.
   5.2. no diferenciada del cuerpo en el contorno.
6. apéndices en los perfiles: pequeñas asas trenzadas, y colocadas verticalmente en el sector inmediatamente inferior al borde.
   6.1. presencia.
   6.2. ausencia.

DECORACION:

1. cuerpo: presenta diferentes motivos, y color de fondo, en cada uno de los sectores morfológicos. El inferior con ángulos superpuestos, el medio con motivos geométricos, y el superior con motivos geométricos o zoomorfos.
2. cuello: con representación antropomorfa similar a la de las urnas santamarianas: ojos, cejas, boca; pero, a diferencia de la variedad de motivos que éstas presentan en las "mejillas" de esa cara, las urnas de cinturas poseen un motivo constante, y exclusivo de ellas, compuesto por espirales, o S verticales, delimitadas por espacios llenos o reticulados de línea fina.
3. borde:
   3.1. continúa y/o complementa la decoración del sector inmediatamente inferior a él.
   3.2. es diferente, y aislado, de la decoración inmediatamente inferior a él.
4. banda lateral (en los perfiles):
   4.1. limitada al sector inferior del cuerpo.
   4.2. en el sector inferior del cuerpo y en el cuello, pero nunca en los sectores medio y superior del cuerpo, que presentan decoración anular.
5. banda del interior del borde:
   5.1. banda lisa.
   5.2. guarda geométrica, o elementos geométricos aislados.
6. colores de la decoración:
   6.1. negro sobre rojo y negro sobre blanco, alternándose en los sectores morfológicos.
   6.2. a las características del anterior, se suma un sector que combina los tres colores: negro y rojo sobre blanco.

En otros aspectos, estas urnas de tres cinturas son notablemente homogéneas, según hemos constatado en las piezas que analizamos directamente, o en los fragmentos recogidos en las estratigrafías que efectuamos en Puerta de La Paya.

La pasta es compacta, con antiplástico escaso y de tamaño fino a muy fino; de color rojizo en las zonas adyacentes a las superficies, y gris o gris-negro en el centro; la fractura regular.

PIEZA	MORFOLOGIA										DECORACION										Nº COLECC.	PROCED.	REF. BIBLIOGR.
	1	2.1	2.2	3.1	3.2	4	5.1	5.2	6.1	6.2	1	2	3.1	3.2	4.1	4.2	5.1	5.2	6.1	6.2			
1	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗	⊗			⊗	⊗		⊗		⊗		215 MAC	RANCAGUA	
2	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗	⊗			⊗	⊗		⊗		⊗		2342 MAC	TERO	
3	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗	⊗			⊗					⊗		M.P.M.	EL CHURCAL	
4	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗	⊗			⊗				⊗	⊗		2069	LA PAYA	Ambrosetti, 1907
5	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗	⊗			⊗				⊗	⊗		2070	LA PAYA	Ambrosetti, 1907
6	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗		⊗		⊗			⊗					⊗		Col. Peyret	EL CHURCAL	
7	⊗	⊗		⊗		⊗	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗					⊗		⊗	995	LA PAYA	Ambrosetti, 1907
8	⊗	⊗		⊗		⊗	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗		⊗		⊗	630	KIPON	Debenedetti, 1908
9	⊗	⊗		⊗		⊗	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗			⊗		⊗		⊗	3	EL CHURCAL	Raffino, Cigliano y Manzur, 1976 Raffino, 1982
10	⊗	⊗		⊗		⊗	⊗		⊗		⊗	⊗	⊗				⊗		⊗		262 MAC	LA PAYA	

A

B

CUADRO 1

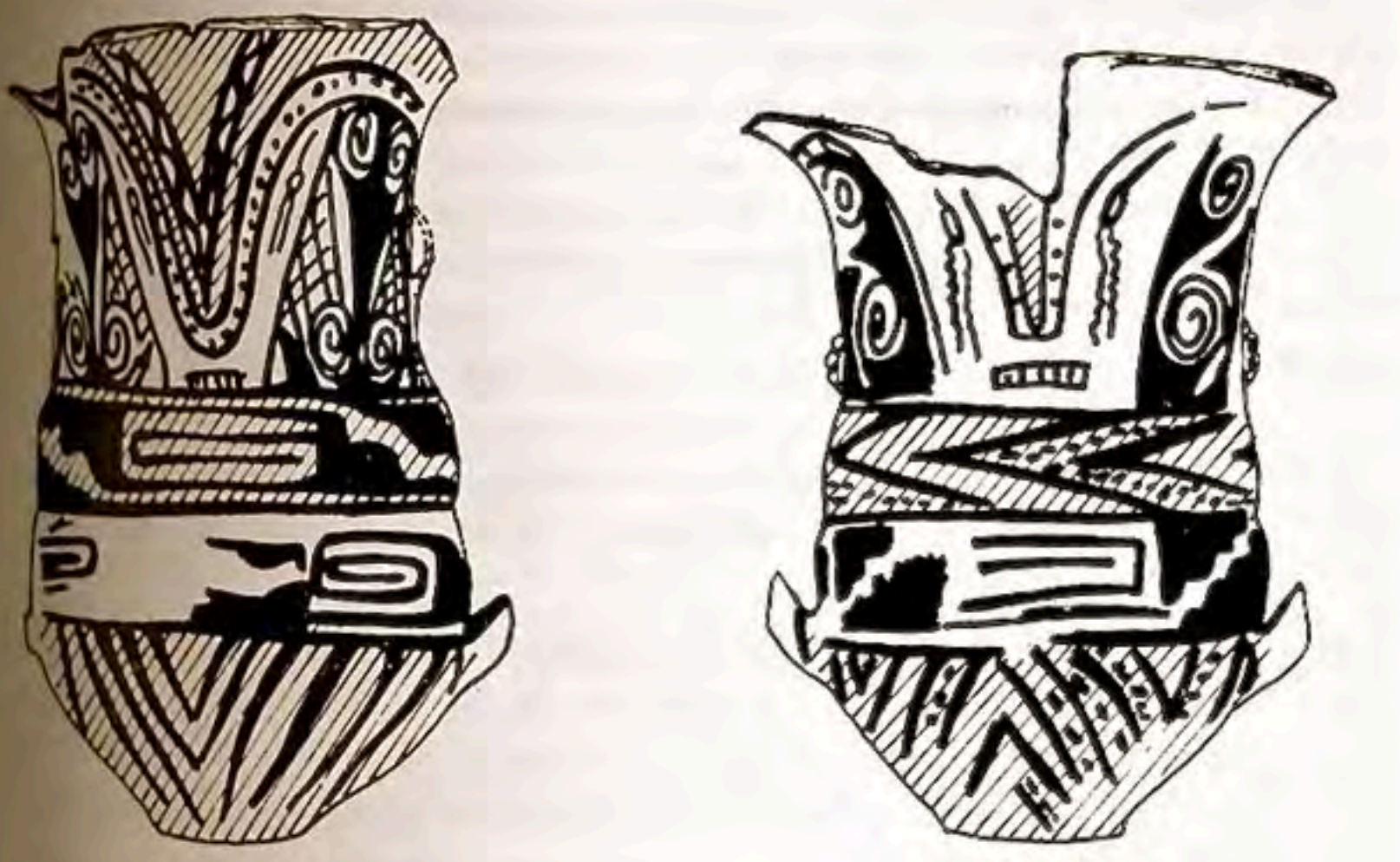


FIGURA 2: 215 MAC (Rancagua) y 63 MPM (El Churcal): Modalidad A.
262 MAC (La Paya) y 3 ECH (El Churcal): Modalidad B.

Las superficies fueron bien alisadas, siendo de color rojizo la interna, que no presenta decoración, salvo en el sector del borde.

Para la construcción de la pieza se utilizó la técnica de enrollamiento, y los sectores fueron adheridos entre sí, pudiendo notarse con nitidez las uniones en la superficie interna. Las asas son remachadas.

En términos generales, estas urnas poseen una calidad técnica superior a la de las de tipo santamariano, con las que están recurrentemente asociadas.

A modo de descripción de las urnas que estudiamos, hemos tabulado en el Cuadro 1, la presencia o ausencia de los rasgos enunciados, en cada pieza. En el mismo Cuadro anotamos el sitio de procedencia, colección a la que pertenecen y bibliografía.

La presencia o ausencia de ciertos rasgos morfológicos y decorativos permiten definir, para el valle Calchaquí, dos modalidades de urnas de tres cinturas, que denominamos A y B:

Modalidad A: Se caracteriza por la ausencia del sector morfológico cuello y, como consecuencia, por carecer de representación antropomorfa, y de decoración combinando los tres colores en un sector morfológico; en tanto que los apéndices en los perfiles se registran en un solo caso, y la banda lateral se limita al sector inferior del cuerpo.

Modalidad B: Las urnas de este grupo se identifican por la presencia del sector morfológico cuello, decorado con representación antropomorfa muy similar a la de las urnas santamarianas, realizado en negro y rojo sobre blanco; apéndices en los perfiles de la vasija; y banda lateral en el sector inferior del cuerpo, que reaparece en el cuello.

DISPERSION Y CRONOLOGIA

Ya mencionamos la dispersión limitada a la zona comprendida entre Kipón y La Paya que, junto con una cronología muy tardía, se les ha otorgado a las urnas de tres cinturas, basada en los hallazgos conocidos a principios de siglo. Actualmente conocemos otras piezas del mismo tipo, provenientes de sitios arqueológicos del valle Calchaquí en los que se efectuaron excavaciones sistemáticas —además de hallazgos casuales y aislados—, que nos permitirán plantear una dispersión y una cronología algo más amplia que las anteriores, así como algunas relaciones culturales con otras zonas arqueológicas.

La dispersión de las urnas de la modalidad A debe extenderse, en el valle Calchaquí, desde Cachi hacia el sur hasta Cafayate; ya fuera de ese valle, a la interesante zona de Pampa Grande, teniendo en cuenta las piezas que allí exhumara J. Ambrosetti, y que ilustrara en las figuras 96 y 106 de su publicación de 1906.

En la descripción que este autor hace de tales vasijas resulta evidente la semejanza, tanto morfológica como decorativa, que ellas tienen con las urnas calchaquíes de tres cinturas; a pesar que con respecto a la decoración, sólo menciona el uso de los colores rojo y negro, es decir que faltaría en tales vasijas el tercer color, blanco.

Refiriéndose a la morfología ha escrito Ambrosetti (1906: 93-4) "...Su forma es nueva y elegante: el gollete no es recto sino que se encurva al llegar al borde que es saliente y corto, formando así un primer estrechamiento igual y paralelo al que separa a este gollete del cuerpo de la urna. Además, se ven en ésta asas dobles, caso único hasta ahora, pero hay que convenir que las que arrancan del borde, enroscadas sobre sí mismas, son en vez de asas elementos de ornamento...".

Al describir a la vasija ilustrada en la figura 106 (op. cit.: 100) expresa: "...cuatro curvas: una, la del gollete, saliente hacia afuera, otra, larga, para la parte superior del cuerpo y dos para la parte inferior; una corta saliente, que

forma la cintura, y otra la base cónica, de cuya parte superior arrancan las asas. . ." [3]

Los párrafos que transcribimos ofrecen la evidencia de que la modalidad A de urnas de cinturas, se extiende fuera del valle Calchaquí.

La dispersión que les corresponde a las urnas B está limitada —a diferencia de las A— en el valle Calchaquí al sector central, específicamente a la zona comprendida entre Kipón y El Churcal, ya que todas las urnas de tres cinturas que observamos en la Colección Bravo de Cafayate pertenecían a la modalidad A.

Fuera del valle Calchaquí, volvemos a encontrar urnas B en sitios del valle de Santa María, del que proceden dos piezas, una de Loma Rica (F. Outes, 1907; O. Bregante, 1926), y otra de Santa María (A. Serrano, 1958: Lám. IV-1). Estas urnas presentan, tal como sucede con las urnas A de Pampa Grande, algunos rasgos propios que las diferencian, en cierto modo, de sus análogas calchaquíes. Un ejemplo de ello es la decoración del cuello de la urna ilustrada por Serrano (op. cit.), que es idéntica a la decoración de las urnas santamarianas de las fases más tempranas (Podestá, C. y Perrota, E., 1973), a diferencia del diseño constante, y exclusivo, que en el mismo sector morfológico presentan las urnas de cinturas calchaquíes. También hay otra notable diferencia en los diseños del sector inferior del cuerpo, en lugar de ángulos superpuestos esta urna posee el clásico motivo santamariano de "S" en posición horizontal. En lo referente a la morfología, debe destacarse que esta urna tiene tres sectores anulares en el cuerpo en lugar de dos.

La urna de Loma Rica difiere aún más de las de la modalidad B, tal como las describimos, ya que a pesar de ser morfológicamente similar —variando algo en las proporciones del cuello con respecto al cuerpo— su decoración es totalmente geométrica.

Un último espécimen de este tipo se encuentra en el Museo de La Plata (Nº 11.434), fue descubierto por F. Wolters al excavar, durante la Xª Expedición financiada por B. Muñiz Barreto (1927 - 28), un sepulcro aislado en una loma ubicada al norte de Yacoutula (Catamarca), y que contenía, además, otras dos urnas decoradas en negro sobre rojo, una de ellas grabada, y un puco de similares caracteres, pertenecientes a la cultura Belén.

La urna de cinturas de Yacoutula fue decorada en negro sobre blanco, con motivos geométricos en los tres sectores del cuerpo, en tanto que en el cuello presenta una decoración antropomorfa igual a la de las urnas santamarianas.

La proporción que guardan las alturas del cuerpo y el cuello, junto con los colores de la decoración y la guarda del interior del borde —geométrica— permitirían incluir a esta urna en la fase IV de la seriación de urnas santamarianas, si la consideráramos como tal. (Perrota, E. y Podestá, C.: 1973).

Un detalle interesante de esta urna, es una banda de pintura roja aplicada posteriormente a la cocción, y tapando a los motivos originales, en el tercio inferior del cuello, indicando, tal vez, una adaptación con fines rituales o funerarios, de esta pieza claramente intrusiva en la región donde se la encontró.

La posición cronológica que ambas modalidades de urnas de cinturas tienen en el valle Calchaquí, puede discutirse conjuntamente, dada la recurrencia con

[3] Estas asas son las mismas que se encuentran en las urnas calchaquíes "B".

que están representadas en un mismo sitio arqueológico, como por ejemplo La Paya, Tero y El Churcal.

En La Paya, J. Ambrosetti (1907) les atribuye una cronología muy tardía, considerándolas más modernas que las urnas santamarianas. Esa posición tardía dentro de los Desarrollos Regionales estaría confirmada por la situación similar que se constata en el sitio Tero, con una ocupación inca sobre la anterior local –aunque en él la presencia inca se limita a los objetos muebles–, donde también se registran urnas de ambas modalidades.

La utilización de urnas de cinturas no puede, sin embargo, limitarse a los momentos más tardíos del Período, como lo demuestra la presencia de estas urnas en El Churcal, sitio que por su patrón de poblamiento, así como por los objetos recuperados durante las excavaciones es decididamente preincaico (Raffino, R., Cigliano, E. y Mansur, E., 1976; Raffino, R., 1982 –en prensa–), posición ratificada por un fechado absoluto realizado sobre una muestra tomada en la población baja –sector del que procede la urna del entierro 10–, que otorga al sitio una antigüedad de 740 ± 50 años, es decir que El Churcal se encontraba en algún momento de su desarrollo en el año 1210 de nuestra era. (Raffino, R. y Baldini, L. 1982 –en prensa–).

A la presencia de urnas de cinturas durante el momento preincaico en El Churcal, debe sumarse el mismo tipo de registro en Kipón (Debenedetti, S., 1908).

Acerca de los hallazgos del valle de Santa María no poseemos datos muy seguros para hacer afirmaciones respecto a su cronología. Sin embargo, la procedencia de Loma Rica, así como los rasgos tempranos de la urna de Santa María, parecen indicar que también allí se usaron en la etapa preincaica.

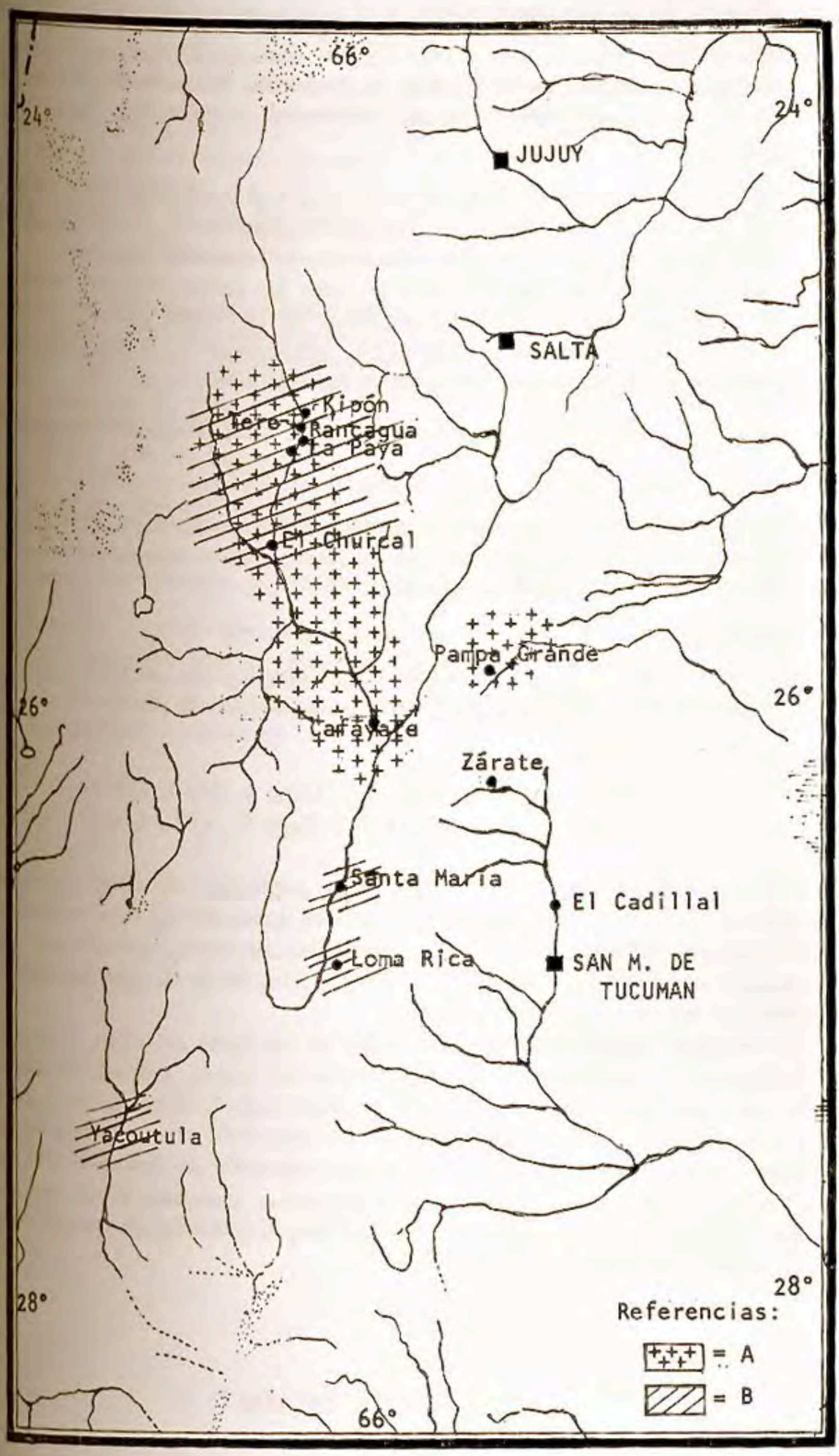
Las urnas halladas en Pampa Grande, podrían ser algo más tempranas, ateniéndonos a la asociación que ofrecen con las urnas santamarianas allí extraídas, que podrían atribuirse a las fases más tempranas de la traidición, además de constituir una modalidad local característica [4].

Finalmente, la urna de Yacoutula, de carácter intrusivo en un contexto, y ámbito, de la cultura Belén, podría pertenecer a un momento más tardío, ya sea por sus propios rasgos, como por las piezas asociadas.

Sintetizando lo expuesto podemos concluir que:

1) La dispersión de las urnas de tres cinturas no se circunscribe al espacio comprendido entre Kipón y La Paya, sino que debe extenderse hacia el sur del valle Calchaquí, pero en forma particular para cada una de las modalidades que definimos, mostrando dentro del valle diferenciaciones entre los sectores sur y central (desde Cafayate a El Churcal, y desde El Churcal a Payogasta, respectivamente), y poniendo en evidencia a la vez, relaciones culturales o intercambios de distintas tradiciones alfareras entre los sectores sur y central del valle Calchaquí y la zona Pampa Grande por un lado; y entre el sector central y los valles de Santa María y Belén-Hualfín por el otro.

[4] Esa posición cronológica estaría también indicada por la similitud de los hallazgos de Pampa Grande con los de los cementerios de Zárate y El Cadillal, de los que se extrajeron urnas santamarianas muy tempranas (con fechados absolutos 1040 D-C. para El Cadillal), en estrecha relación con alfarería de la tradición Candelaria. (Berberián, E. y Soria, D.: 1970; Berberián, E.; Argüelo de Dorsch, J. y Caillou, M.: 1977).



Mapa 1: Zonas de dispersión de las urnas de tres cinturas.

Para la zona Belén-Hualfín, es interesante señalar la combinación de elementos pertenecientes a una y otra región: morfología "calchaquí" y decoración "santamariana", en el ámbito de la cultura Belén, indicando un alto grado de movilidad entre patrones alfareros, o culturales, establecidos. (Mapa 1).

2) El uso de las urnas de tres cinturas en el valle Calchaquí debe extenderse, en el tiempo, a todo el Período de los Desarrollos Regionales, o al menos, desde el año 1210 D. C., hasta la ocupación inca en el noroeste argentino.
Una cronología similar puede inferirse para las piezas de zonas ajenas al citado valle, aunque tal vez deba limitarse, en la Pampa Grande y el valle de Santa María, al horizonte preincaico, ateniéndonos a la ausencia, hasta el presente, de asociaciones con elementos imperiales.

La Plata, Diciembre 1981.

POST SCRIPTUM: Los recientes resultados radiocarbónicos, procesados en el INGEIS, sobre cuatro muestras de carbón recogidas en los basureros de La Paya, ofrecieron los siguientes resultados:

Estratigrafía 2:

AC-0272: 985 ± 80 A. P. (965 ± 80 D. C.). Capa 2, 0,10 a 0,20 m.
AC-0273: 830 ± 95 A. P. (1120 ± 95 D. C.). Capa 15, 1,40 a 1,50 m.

Estratigrafía 3:

AC-0271: 780 ± 80 A. P. (1170 ± 80 D. C.). Capa 4, 0,32 a 0,42 m.
AC-0270: 620 ± 100 A. P. (1330 ± 100 D. C.) Capa 11, 1,02 a 1,12 m.

Las excavaciones se realizaron por capas artificiales de 10 cm de espesor y en ambos basureros se detectaron tres niveles naturales. El nivel superior de ambos presentó indicios de arrastre y alteración mecánica; carácter que hace inaceptables dos fechados: 965 ± 80 D. C. y 1170 ± 80 D. C., que resultan más antiguos que los de capas subyacentes.

La tipología cerámica, y las frecuencias de los tipos por capa, sugirió que la Estratigrafía 2 representa un lapso más temprano que la 3. Superponiendo los niveles más profundos de ésta a los más profundos de la Estratigrafía 2; se observa con claridad el desenvolvimiento de los tipos cerámicos correspondientes al grupo "santamariano-calchaquí". A ellos corresponden los fechados 1120 ± 95 D. C. y 1330 ± 100 D .C., y refirman la presencia temprana de las urnas de cinturas en los Desarrollos Regionales de Calchaquí, coincidiendo con el fechado de El Churcal (Raffino y Baldini, 1982).

BIBLIOGRAFIA CITADA

Ambrosetti, J. B. 1906. Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande. Fac. Fil. y Letras. Publicaciones de la Sección Antropología Nº 1. Bs. As.

—1907. Exploraciones arqueológicas en la Ciudad Prehistórica de La Paya (Valle Calchaquí, Prov. de Salta). Fac. Fil. y Letras. Publicaciones de la Sección Antropología, Nº 3, Univ. Nac. Bs. As.

Bennett, W.; Bleiler, E. y Sommer, F. 1948. Northwest Argentine Archeology. Yale. University Publications in Anthropology. Nº 38/39. New Haven.

Berberián, E. y Soria, D. 1970. Investigación Arqueológica en el Yacimiento de Zárate (Departamento de Trancas, Tucumán). Informe Preliminar. HUMANITAS, año XVI, Univ. Nac. Tucumán.

—; Argüello de Dorsch, J. y Caillou, M. 1977. Investigaciones Arqueológicas en la Región del Dique El Cadillal (Tucumán, Rep. Argentina). Los primeros fechados radiocarbónicos. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, vol XI, n. s., Buenos Aires.

Bregante, O. 1926. Ensayo de Clasificación de la Cerámica del Noroeste argentino. Bs. As.

Debenedetti, S. 1908. Excursión Arqueológica a las Ruinas de Kipón. Fac. de Fil. y Letras. Publicaciones de la Sección Antropología, Nº 4, Bs. As.

Outes, F. 1907. Alfarerías del Noroeste Argentino. Anales del Museo de La Plata. T. 1, segunda serie. La Plata.

Perrota, E. y Podestá, C. 1973. Relaciones entre Culturas del Noroeste Argentino. ANTIQUITAS, XVII. Bs. As.

Raffino, R. 1982. Excavaciones en El Churcal (Valle Calchaquí; Rep. Argentina) (en prensa Rev. Museo de La Plata).

—; Cigliano, E. y Mansur, R. 1976. El Churcal, Un Modelo de Urbanización Tardía en el Valle Calchaquí. Actas y Memorias del IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Rev. del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza), T. III, Nº 1/4. Mendoza.

—y Baldini, L. 1982. Sitios Arqueológicos del Valle Calchaquí Medio (Departamentos de Molinos y San Carlos). (en prensa Museo Arqueológico de Cachi.)

Serrano, A. 1958. Manual de la Cerámica Indígena. Ed. Assandri, Bs. As.

Wolters, F. 1927-28. Diario de Viajes y Libretas de la Xª Expedición B. Muñiz Barreto; depositados en el Museo de La Plata.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

PATRONES DE ASENTAMIENTO INCAICO EN UNA PROVINCIA MARGINAL DEL IMPERIO

IMPLICANCIAS SOCIO-CULTURALES °

Alberto Rex González °°

0. *Propósitos y Métodos.* Este trabajo tiene por objeto el estudio de los patrones de asentamiento (P. A.) incaicos del Noroeste Argentino (N. O. A.) y lo que estos patrones nos sugieren sobre las relaciones socio-culturales del Estado Inca con las etnías locales y –por comparación– las similitudes y diferencias de los mismos con otras regiones del Imperio.

Para cumplir con nuestros propósitos trataremos los siguientes puntos fundamentales:

1. Patrones de asentamiento incaicos de acuerdo con los estudios arqueológicos existentes y la experiencia personal en el terreno. Definidos según indicadores precisos.
2. Clasificación de los asentamientos de acuerdo con sus aspectos formales y los principios que creemos fundamentales en el funcionamiento del Estado Inca.
3. Comparación de los distintos sectores geográficos del N. O. A. buscando las diferencias o similitudes culturales y ecológicas de cada sector y su incidencia sobre los P. A. incaicos.
4. Comparación general de los P. A. incaicos del N.O.A. con los de otras provincias periféricas del Imperio como Ecuador y Bolivia.

En nuestro trabajo tratamos de complementar los datos arqueológicos con la información histórica.

° Este trabajo fue presentado al Simposio organizado por la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, en su sede de Burg-Wartenstein (Austria) entre el 16 y el 24 de agosto de 1980, en homenaje al arqueólogo Dr. Gordon Willey. La versión inglesa del mismo será publicada en un volumen editado por la Universidad de Harvard, Cambridge. Mass. EE.UU. Copias xerografiadas del trabajo circularon en nuestro medio antes de realizado dicho Simposio.

°° Investigador del CONICET.
Universidad del Salvador. Buenos Aires.

1. *El N. O. A. provincia periférica del Imperio*

1.1. *Generalidades.* El N. O. A. conjuntamente con el territorio chileno, hasta el Sur del Valle Central, fueron las provincias más autrales del Incario.

Restos del "horizonte incaico" se hallan en abundancia desde las límites con Bolivia, por el Norte, hasta Uspallata, en la provincia de Mendoza, por el Sur, *a más de 2000 km, a vuelo de pájaro, desde el Cusco.*

La gran distancia del N. O .A. a la capital incaica debió incidir sobre muchos aspectos de la ocupación imperial de esta región. Los excedentes de granos y lana destinados a los depósitos —del Sol y el Inca— enviados desde las provincias a la capital, debieron ser reemplazados por otros productos de transporte más fácil. El proceso redistributivo, base de la economía imperial, tuvo que tener variantes locales. Así lo sugieren los P. A. y lo confirman los cronistas. Polo dice claramente: "...se pretendía el reconocimiento y que la grandeza del señor se entendiese sino era oro y ropa porque era poco el peso (...) y de las demás comarcas se traya la comida quanto mas cerca trayan mas, y quanto mas lexos menos (...)". (Citado por Murra, 1978; p. 169). La principal razón de la ocupación incaica en el N. O. A. fue creemos, la explotación minera. Igual criterio sostienen algunos colegas chilenos para su territorio (Llagostera, 1976).

Pero las diferentes formas de la ocupación incaica de las provincias periféricas no estaban relacionadas solamente con las distancias al centro capitalino, *sino con las diferencias culturales de sus respectivas etnías,* sobre todo en lo que se refiere *al grado de complejidad en la organización socio-política y religiosa,* y a la densidad y concentración de la población de esas etnías.

Los pueblos encontrados por los incas en el N. O. A. parece no superaron el nivel tribal. A lo sumo existieron pequeños señoríos que abarcaron un valle o parte de éste (Valle Calchaquí, Yocavil y la Quebrada de Humahuaca, etc.). Pocos poblados parecen haber superado los 2000 habitantes, pese a lo cual a veces se habla de "ciudades". Otros creen que solamente bajo la influencia incaica algunos poblados alcanzaron una categoría semiurbana (Madrazo y Otonello, 1966; p. 25). La sociedad de las etnías locales reconoció diferencias de estatus pero no de clases. Lo más importante desde nuestro punto de vista es que el organismo social se basó en el ayllu andino como grupo familiar y productor [1].

En tecnología es importante señalar, para los propósitos de este artículo, el conocimiento avanzado de técnicas metalúrgicas desde el Período Temprano, la que aparece casi con las primeras culturas agro-alfareras. Se tuvo conocimiento de la eleación del bronce quizás antes del 600 A. D. (González, 1975).

2. *Patrones de asentamiento incaicos en el N. O. A.*

2.1. *Antecedentes.* El problema de la presencia incaica en el N. O. A. está planteado desde el coimenzo de los estudios arqueológicos en esta región. En el resumen de Bennett se analizan 39 sitios de origen o con influencia incaica (Bennett, 1948; p. 41 y 115). Madrazo analiza 12 sitios (Madrazo y Otonello, 1966; p. 54 y ss.). En un trabajo reciente Raffino (1979) menciona 124 sitios como posibles asentamientos o con influencia incaica de los cuales 39 fueron excavados por arqueólogos.

[1] Faltan estudios sobre este punto, pero en documentos históricos el ayllu aparece mencionado muchas veces. Se lo encuentra hasta la provincia de Córdoba.

La información histórica que tenemos respecto a las provincias marginales es, por supuesto, inferior a la del Centro Imperial. Los grandes cronistas como Cieza, Polo, Sarmiento, etc., no conocieron los actuales territorios de Chile y el N. O. A.

2.2. *Límites de la ocupación incaica.* El límite Norte de la ocupación incaica está claramente establecido por una serie de Tambos descriptos por Matienzo en 1566, muchos de los cuales tienen comprobación arqueológica (Matienzo 1910; p. 182); Boman, 1908 I; p. 204; Strube, 1966). El límite occidental lo daba la alta cordillera que separa el N. O. A. de las provincias chilenas pero que era compartida por iguales "santuarios de altura".

En la zona oriental los límites de la ocupación incaica lo dan las selvas tropicales. En la de Salta hay múltiples evidencias de ocupación incaica en el Valle de Lerma (Fock, 1961). Hacia la provincia de Tucumán los límites debieron ser las Cumbres Calchaquíes hasta el Valle de Tafí según la Probanza de González de Prado (Strube, 1943). En Santiago del Estero y hacia el Sur de esta provincia, no se hallan asentamientos incaicos.

2.3. *Indicadores de ocupación o influencia incaica.* Los indicadores de asentamientos incaicos son de diversa naturaleza. Los examinaremos rápidamente remitiéndonos a la bibliografía donde se los analiza y describe en detalle.

2.3.1. El elemento que por su abundancia y rasgos sigue siendo el más importante para el diagnóstico, es la alfarería. Puede dividirse en distintos grupos:

1) Los tipos cusqueños de importación. Son excepcionales (Bennett, 1948; p. 15) [2]. 2) Los tipos locales que copian o imitan a los cusqueños. 3) Los tipos en los que se mezclan rasgos incaicos con otros locales. 4) Los tipos incaicos que mezclan rasgos incaicos con otros locales pero pertenecen a regiones fuera del N. O. A. Los más comunes identificados hasta ahora, son el Inca-Pacajes o Saxamar, de origen altiplánico y el Inca-Coquimbo, del Norte Chico de Chile.

2.3.2. En los objetos de metal hay algunos muy definidamente incaicos, aunque es difícil decir cuándo son de fabricación local o importados. Sólo el análisis cualitativo puede dar a veces la clave (Fock, 1961; p. 79). Nosotros hemos dado una lista de elementos metálicos incaicos característicos hallados en el N. O. A. (González, 1975).

2.3.3. En arquitectura los elementos diagnósticos son mucho menos frecuentes que las piezas de carácter mobiliar. No existen para nada en el N. O. A. y Chile las construcciones con sillares canteados, del tipo cuadrangular y poligonal, con o sin almohadillado, que dieran tanto realce estético a las construcciones del Centro Neurálgico del Imperio. Elementos definitorios de la arquitectura incaica como los vanos trapezoides de puertas, ventanas y hornacinas sólo ocurre con excepción en el N. O. A. Lo mismo ocurre con los hastiales de tapia y piedra provistos de ventanas. Sin embargo algunos elementos pueden servir como indicadores locales frente a su ausencia en épocas preincaicas. Tales son las hornacinas, las troneras en las murallas y quizás el Rectángulo Perimetral Compuesto (R. P. C.; Madrazo y Otonello, 1966; p. 61). También perduran algunos rasgos generales incaicos readaptados, como las formas de la planta, la distribución del espacio

[2] Rowe (1949, p. 642) acepta como de origen cusqueño uno solo de los aríbalos publicados por Bennett.

en la arquitectura doméstica, con su tendencia a disponer las habitaciones sobre un patio, al que se abre cada una de ellas, etc. No hay duda, a través del testimonio de los asentamientos, que la más alta élite incaica, jamás habitó estas provincias de manera estable. La visita del Inca a las mismas (se mencionan a Topa y Huayna Capac) debieron tener carácter de expediciones militares o de rápidas inspecciones.

2.3.4. El significado de los indicadores dependerá de muchas circunstancias diferentes y muy complejas, pero sobre todo del número de indicadores presentes en una asociación dada, de la preeminencia de unos sobre otros, del predominio y combinación de los elementos locales de los puramente cusqueños, etc.

3. *Clasificación de los Patrones de Asentamiento Incaicos en el N. O. A.*

Hasta ahora no se ha intentado clasificar funcionalmente los asentamientos incaicos del N. O. A., debido, probablemente, al gran número de variantes formales que presentan. Madrazo y Otonello no incluyen en su clasificación a los patrones incaicos, los que sin embargo analizan señalando algunas de sus características sobresalientes como los R. P. C., "fortalezas", "sitios de culto", etc. (Op. Cit., p. 61).

Una primera agrupación de estos asentamientos tendría que basarse en el aspecto formal y en un segundo momento incluiría el carácter funcional de los mismos. La interpretación puramente funcional, sin bases sólidas, ha llevado, muchas veces a conclusiones sin valor y aún absurdas, según hemos señalado en nuestro trabajo sobre Incallajta (González y Cravotto, 1977 p. 21; nota 8, etc.). procediendo con mucha cautela, y refiriéndose sólo a caracteres funcionales muy generales y más o menos evidentes, es que podemos adoptar una clasificación mixta morfológico-funcional.

Nuestra clasificación se basa en lo formal-funcional, y en los que creemos fueron *los principios fundamentales que dieron cohesión y estabilidad al Estado Inca*, permitiendo su extraordinaria expansión: los sistemas económicos en relación con la redistribución de excedentes, juntamente con la existencia de las instituciones reguladoras del funcionamiento estatal, como la organización política, militar y religiosa. Con estas bases podemos agrupar los asentamientos incaicos en los siguientes Patrones generales: asentamientos en relación con: 1) la producción; 2) la redistribución y el uso de excedentes; 3) la movilidad y la interrelación interna y externa; 4) militares; 5) políticos administrativos; 6) la religión y el culto.

Es necesario aclarar que estas categorías a menudo se mezclan; lo que permite separarlas son sólo sus caracteres dominantes. Por ejemplo sitios de almacenaje ocurren en casi todos los tipos de asentamientos. Sin embargo, hay lugares, en que el almacenaje es el rasgo totalmente dominante, mientras que en otro es secundario. Analizaremos cada tipo de asentamiento con sus detalles fundamentales.

3.1. *Asentamientos en relación con la producción.*

3.1.1. *Agrícola: andenes, terrazas y regadío.* Obras de irrigación y recintos de siembra existían en el N. O. A. desde comienzos de la Era Cristiana y quizás también en esta época se conoció una forma muy primitiva de terraza (Field, 1966; p. 323 y ss.) las que con diversas mejoras se utilizaron hasta la llegada

de los incas. Un problema arqueológico bastante difícil es identificar las terrazas y obras similares con determinada cultura, cuando los mismos terrenos fueron cultivados y reutilizados durante muchos siglos. No obstante esto hay lugares del N. O. A. en que los andenes pueden atribuirse con bastante seguridad a los incas. Uno de ellos es el sitio de Coctaca, en la Quebrada de Humahuaca a 3.300 m s.n.m.

El sitio cubre una extensión de 10 km² y tiene la forma de un inmenso anfiteatro. La cantidad de andenes es impresionante (Field, 1966; p. 384). La variedad de terrazas es muy grande y parece estar relacionada con las variantes del suelo y la pendiente. Se hallan "bancales lineales contorneados" (linear contour benches) con superficie nivelada. Otro tipo es el de "bancales de altas paredes" (high wall benches) quizás por mayor gradiente de faldeo. El conjunto fue irrigado por acequias tomadas de los torrentes que bajan del cerro. Field opina que los sistemas de terrazas de Coctaca y Casabindo en Argentina y los de Cupo y Toconce en Chile, aunque en ningún caso alcanzan la perfección que puede observarse en Pisac u Ollantaytambo, la influencia incaica sobre las construcciones preexistentes resulta bastante clara (Op. Cit., p. 13 y 483). Una rica información histórica nos induce a pensar que estos andenes de Coctaca pudieron ser construidos y cultivados por indios Ocloyas, mitimaes traídos de otras regiones por los incas y que servían al Sr. de Humahuaca (Serrano, 1047); p. 77 y ss.; Salas, 1945; p. 51) *.

Los sistemas de irrigación incaica son poco conocidos en el N. O. A. En Chile Central parece existió un acueducto (?) incaico que traía el agua desde la cordillera. Pero esto requiere confirmación.Bibar informa de una acequia que los incas ordenaron abrir en el Valle de Coquimbo, a lo que los indígenas locales se negaron siendo drásticamente castigados (Bibar, 1976; p. 32).

3.1.2. *Asentamientos mineros.* Nosotros creemos que la explotación minera fue el principal motivo de la ocupación incaica del N. O. A. La existencia de una vieja tradición metalúrgica local, la riqueza minera de la región y la mayor facilidad de exportar al Cusco los lingotes metálicos, funda esta hipótesis (González, 1976; 1978, p. 12). Por desgracia son muy escasos los estudios arqueológicos referentes a esta cuestión. Por otro lado los metales fueron el principal interés de los conquistadores, que continuaron inmediatamente después de la conquista, con la explotación de las minas de los indígenas, de manera que las evidencias arqueológicas de explotación local se destruyeron rápidamente, tanto en lo que se refiere a la unidad minera como a la unidad metalúrgica (Rodríguez Orrego, s. f.; p. 2).

Las referencias históricas de explotación minera incaica en el N. O. A. abundan. Cada mención de minas coloniales de la primera época, alude a los incas. Strube ha resumido estas informaciones (1943, p. 277 y ss.). Es interesante que algunas de estas referencias mencionan a miles de mitimaes trabajando en las minas incaicas de la región. Buena parte de la producción agrícola, incentivadas con las obras descriptas en el capítulo anterior, debieron estar destinadas a producir alimentos para los mitimaes mineros.

De las primeras épocas de los estudios arqueológicos se conocen asientos mineros autóctonos, como los de la Sierra de Famatina a los que hace referencia Boman y posteriormente Rohmeder (1941, p. 16). Se trata de pequeños asen-

* En un trabajo escrito recientemente y aún inédito ampliamos este tema (ver nota 5).

tamientos de 7 - 8 recintos pequeños y algunos mayores de planta rectangular que en nada se diferencian de los Tambos secundarios. Si hubo grandes grupos de mitimaes, como los que citan las crónicas, debieron habitar chozas de material perecible.

En el Valle Calchaquí, en "La Encrucijada", al Norte de La Poma, se halló un lugar con cuatro hornos de fundición y un molino o maray. La estratigrafía reveló una primera ocupación local del Período Tardío y una superpuesta colonial (Rodríguez Orrego, Op. Cit.; p. 80).

En Chile se mencionan varios asentamientos mineros atribuidos a los incas, como los de Viña del Cerro y Cerrillos, Copiapó y otros en La Serena. Uno de los detalles interesantes es la presencia de 22 hornos de fundición (Rodríguez Orrego, Op. Cit.; p. 79 - 80).

En cuanto a la elaboración metalúrgica muy poco podemos decir. En el cargamento de oro procedente de Chile, incautado por Almagro (Strube, 1958; p. 275) el oro se encontraba íntegramente en lingotes que llevaban la marca del Inca, e iba a ser elaborado en la capital. En algunos sitios arqueológicos del N. O. A. se han encontrado moldes de fundición de objetos de tipo incaico pero ignoramos si los mismos se deben a fundidores locales o incas.

Siendo los metales en el incario un monopolio estatal, no hay duda de que la explotación minera intensiva debió traer algunos cambios o variantes significativas en la política imperial de estas regiones comparadas con la explotación exclusivamente agrícola-ganadera.

3.1.3. *Producción tecnológica.* La producción artesanal especializada de orfebrería, arte lapidario, tallistas en madera, etc., sabemos que estaba en manos de especialistas (Murra, 1977; p. 218 y ss.), al servicio de la élite gobernante, ya que la mayoría de los objetos suntuarios no eran producto de comercio. En relación con esto es muy interesante el hallazgo en la población de Tilcara de un taller completo de lapidario, el que producía exclusivamente pequeños objetos de estilo inca en alabastro pulido (Krapovickas, 1958; p. 9). El asentamiento comprende tres habitaciones de paredes de piedra, una de las cuales fue depósito de materia prima, otra depósito y taller y en parte vivienda. En el taller se hallaron las herramientas: martillos, taladros y sierras. El material encontrado comprende piezas rotas, a medio trabajar y terminadas. Entre estas piezas hay llamitas de alabastro de típico estilo inca; varios tipos de pendientes de los que se han encontrado iguales en Macchu-Picchu y Saccssahuaman (Op. Cit., p. 139). Por la cantidal de objetos hallados el artesano estaría dedicado a su tarea con exclusividad. Sus patrones debieron ser personajes de la élite incaica que gobernaba la ciudad o la región. El sujeto estaba asimilado a las costumbres incas o procedía directamente de algún centro incaico importante como lo sugiere el haber encontrado enterrados dentro de la habitación dos vasos gemelos o apareados, cuya significación ritual para los keros es conocida (Rowe, 1964; p. 317 y ss.).

El lugar de la vivienda-taller estaba ubicado, en el sitio más alto e importantes de Tilcara, donde se han encontrado la mayor cantidad de objetos y edificaciones atribuíbles a los incas.

3.2. *Asentamientos en relación con la redistribución y el uso de excedentes.*

3.2.1. *Almacenaje local en poblaciones y tambos.* Los dispositivos de almacenaje son evidencias arqueológicas de uno de los mecanismos económicos funda-

mentales del Imperio: el proceso de acumulación de excedentes y la redistribución de bienes de consumo. Manejando los excedentes por una hábil cadena burocrática, daban seguridad a la familia y al ayllu y continuidad al organismo social, evitando las ecatombes naturales frecuentes en los Andes. Los depósitos situados a la vera de los caminos reales, aseguraban las operaciones de grandes contingentes militares en marcha.

En el N.O.A. los depósitos incaicos fueron muy importantes. El ejército de Almagro se apoderó en la localidad incaica de Chicoana de 2.000 fanegas de granos y con otras vituallas, su ejército de 500 españoles y más de 5.000 indios "yanaconas" pudo vivir dos meses (Strube, 1958: p. 279). Podemos dividir las estructuras de almacenaje en dos grupos:

1. Las que se hallan en relación con poblaciones establecidas y Tambos, en las que los depósitos son menos numerosos e importantes que otras estructuras de esos asentamientos.
2. Las que constituyen, por su número y ubicación, el núcleo principal del asentamiento.

Del primer tipo podemos citar el caso del Tambo de Quillay que sobre un total de 11 estructuras, sólo tres corresponderían a las collcas de planta circular (observación personal). En el Tambo de Hualfín sobre un total de 70 estructuras, 33 parecen corresponder a collcas de planta circular (según el plano de Bruch, 1904; Lám. III). A veces los depósitos tienen una arquitectura muy especial. Un buen ejemplo es el estudiado por Krapovickas al pie del poblado de Yacoraite en la Quebrada de Humahuaca (Krapovickas, 1968a). Rodeado de muros que encierran un espacio de 195 x 165 m se encuentran cerca de 15 estructuras de planta rectangular, sin puertas, y con escalones de lozas salientes en los costados. Este depósito debió tener una gran capacidad de almacenaje. Su ubicación al pié del "pucará" revela que fue construido en una época de calma bélica (op. cit., p. 22 y ss.).

Otra construcción notable de almacenaje es la de "Los Graneros" en la quebrada de este nombre al sur de La Poma en el Valle Calchaquí. Se trata de un alero bajo roca de 35 m de largo que brindó un abrigo seco y espacioso donde se edificaron silos de planta rectangular y circular de paredes de adobe. En total se le calcula una capacidad de almacenaje de 56 m^3. Se hallaron restos de maíz y porotos y cerámica Tardía típica. Este propósito, al igual que el de Yacoraite, está en relación con las poblaciones vecinas.

3.2.2. *Almacenaje en sitios especiales.* Son asentamientos formados casi exclusivamente por grupos de silos, en los que no se encuentra otro tipo de construcciones, salvo algunas viviendas, seguramente utilizadas por los cuidadores de los depósitos. Estos grupos no tienen relaciones de vecindad con ninguna población. Por lo que sugieren más bien grandes reservas a orillas de los caminos o lugares apartados, para ser usados en casos especiales.

En forma tentativa colocamos aquí dos sitios del N.O.A. Uno de ellos en el Valle de Lerma y el otro cerca de San Antonio de Jujuy. Se trata de construcciones con 2 o 3 filas de piedras de planta circular de 2,50 a 3 m de diámetro, cuyo interior contiene sedimentos que forma una pequeña cúpula, de manera que fueron considerados "túmulos". Estas estructuras se encuentran simétricamente alineadas en grupos. Uno de estos, en el Valle de Lerma, tenía 1.047 unidades; otro 463; el de San Antonio, tenía 103 estructuras. Fock deter-

minó la asociación con materiales inca de los primeros (Fock, 1961: p. 71). Dougherty ha reunido los hallazgos y las variadas interpretaciones funcionales de estas estructuras conocidas hasta el momento de escribir su trabajo (Dougherty, 1972).

La existencia de estructuras iguales en Cochabamba y la interpretación funcional de las mismas como silos o depósitos nos lleva a dar una interpretación similar a estas del N.O.A. (Gasparini, 1977; p. 310). Los círculos de piedra no serían sino los cimientos de las collcas, cuyas paredes en forma de horno, fueron de adobe. Al colapsar, dejaron en el Valle de Lerma, la apariencia de un pequeño montículo. Las collcas del Valle de Lerma debieron almacenar varios miles de toneladas de granos. Su proximidad al camino icaico justificaría su existencia.

3.3. *Asentamientos vinculados con la movilidad y la interrelación interna y externa.*

3.3.1. *Caminos.* El sistema vial incaico fue uno de los medios importantes de la expansión y del dominio imperial. Sin ellos el Estado Inca no habría podido adquirir su enorme extensión. La identificación le los caminos incaicos en el N.O.A. se hace básicamente por la información histórica. Secundariamente por los restos arqueológicos, que sólo por excepción se encuentran como ringleras de piedra que delimitan sus bordes, taludes y arreglos especiales del pavimento con lajas (Paulotti, 1958-59; p. 125; Bonam, 1908 I; p. 346).

También ayudan a localizar los caminos los asentamientos que se hallan a su vera. Por último, sirve a su identificación el recorrido de acuerdo con la topografía local.

De acuerdo a su importancia podemos dividir los caminos en: 1) Principales o reales y 2) Secundarios.

3.3.1.1. *Caminos Principales o Reales.* Fueron los que unían las distintas provincias entre sí y estas con la capital. Es muy conocido el le Cuzco a Quito. Pero no hubo un sólo camino principal sino que, la admirable previsión de los incas, estableció a veces, dos caminos más o menos paralelos igualmente inportantes. Los caminos incaicos del N.O.A. fueron objeto de un documentado estudio por parte de Strube y a él nos remitimos (Strube, 1963). Los caminos reales tenían por objeto, en el N.O.A., relacionar las diferentes regiones de la provincia y conducir a Chile. Hubo uno de ellos por La Pampa y otro al Este por el Valle Calchaquí, hasta el Paso de San Francisco donde se pasaba a Copiapó. Este camino tenía otro ramal principal, paralelo a la cordillera, que seguía hacia el Sur por la actual provincia de La Rioja, atravesaba el Famatina y luego por San Juan llegaba al Paso de Uspallata para seguir a Chile. No hay duda de que sólo una organización estatal poderosa pudo abrir y mantener una vía que sólo en territorio argentino tuvo más de 1.200 km de recorrido.

3.3.1.2. *Caminos Secundarios.* Estos salían del o de los caminos reales y servían de vínculo a distintas localidades dentro del territorio o bien enlazaban entre sí varios tramos del camino principal. Por ejemplo del camino real que seguía los valles preandinos de San Juan y conducía a Chile, salían otros ramales que atravesaban los principales pasos cordilleranos como el de Cerro del Potro, por el Portezuelo del Inca, el Paso de Valeriano, etc. (Beorchia Nigris, 1973; p. 9-26 y mapa p. 35). Un ramal muy importante debió ser el que siguien-

do la Quebrada de Humahuaca, penetraba en la provincia de Jujuy y después de atravesar el Valle de Lerma entraba en el Valle Calchaquí por la Quebrada de Las Conchas (observaciones personales) [3].

3.3.2. *Tambos.* Los Tambos (Tampus) fueron asentamientos en íntima relación con los caminos. Sirvieron para proveer albergue a los viajeros y almacenar vituallas para el consumo de los jefes incas y tropas en marcha. En ocasiones estaban junto a edificios administrativos o religiosos importante. El número y tipo de viviendas, como las distancias de los tambos entre sí fue variable (Gasparini y Margolis, 1977; p. 104 y ss.; Strube, 1963; p. 7 y sse.).

Tentativamente dividimos los Tambos del N.O.A. en Principales y Secundarios.

3.3.2.1. *Tambos Principales o Mixtos.* Se distinguen por varios rasgos: 1) El número de estructuras y la extensión mayor que la de los Tambos secundarios y la construcción mejor acabada. 2) Por lo general se encuentran sobre la ruta principal, con menos frecuencia sobre la secundaria. 3) Ocupan lugares importantes desde el punto de vista geográfico, por ejemplo la entrada de un valle, la boca de una quebrada, etc. 4) Parecen haber cumplido funciones mixtas, es decir que junto a las del típico Tambo, de albergue y almacenaje, existieron otras funciones: administrativas, religiosas, existencia de guarniciones, etc.

Como ejemplos de Tambos principales de los que existe descripción publicada pueden citarse los de: Payogasta (Difrieri, 1957); Nevado de Aconquija (Pauotti, 1958-59); Watungasta (Lange, 1890); Simbolar (González, 1966); Ranchillos (Rusconi, 1956).

El Tambo Nevado del Aconquija se halla a 4.200 m. s. n. m., sobre un camino secundario que vinculaba al gran Pucará de Andalgalá con el Valle de Tafí y el camino principal que por el Valle de Santa María conducía a Chile. Este Tambo posee una gran plaza amurallada en uno de cuyos extremos existe un montículo de 5 m de alto al que se accede por una escalera de 26 escalones. Este montículo pudo ser un *Ushno*. Sobre otro de los lados existe una plataforma escalonada de tres niveles y de 51 m de largo (Paulotti, 1958; p. 129).

3.3.2.2. *Tambos Secundarios.* En la literatura arqueológica del N.O.A. se describen una cantidad de Tambos, en los que el número de estructuras y su fábrica son muy inferiores a los antes mencionados. Entre elllos pueden mencionarse Quillay (relevado y excavado por nosotros); el de Tambillitos (Schobinger y Barcena, 1971); el de los Cazadores (Aparicio, 1937); Tocota (Debenedetti, 1937; p. 126); Ingenio del Arenal-Médanos (Marquez Miranda y Cigliano, 1961); el de Pampa Real (Schobinger, 1966a); etc. El de Quillay se halla entre los Tambos principales de Simbolar (González, 1966) y el de Hualfín (Bruch, 1904).

3.4. *Asentamientos Militares.*

3.4.1. *Fortalezas.* Las fortalezas se caracterizan por: 1) Se ubican en sitios fácilmente defendibles, en lo alto de un cerro de laderas empinadas. 2) Se encuentran en lugares estratégicos, en conjunción de caminos o en puntos importantes de la periferia de un valle o conjunción de valles. 3) Poseen mura-

[3] Hemos seguido los asentamientos incaicos a lo largo de este camino desde el centro del Valle de Lerma hasta la localidad de La Viña.

llas defensivas y aditamentos arquitectónicos como torreones, banquetas, troneras o ventanas oblicuas al lienzo de las murallas. 4) El número de edificios que contienen y sus características arquitectónicas son variables. 5) Algunas fueron construidas íntegramente por los incas (Pucará de Aconquija), otras fueron fortalezas preincaicas reocupadas por estos (Pucará de Rinconada, Jujuy).

Creemos que puede establecerse una subdivisión funcional importante de las fortalezas. Un primer grupo son las que se encuentran situadas *en el interior del territorio ocupado por los incas.* El segundo se halla en los *límites periféricos de este territorio.* Esta distinción es muy importante desde el punto de vista político-militar. Las primeras estaban destinadas fundamentalmente a *mantener el dominio sobre las etnías locales y sofocar posibles rebeliones.* Las segundas *a contener invasiones de pueblos limítrofes* a la provincia; estas defendían tanto la integridad de la población local sometida, como la de la población inca.

3.4.1.1. *Fortalezas en el interior del territorio.* Aunque las crónicas dejan bien establecida su existencia la falta de excavaciones arqueológicas exhaustivas impide conocer detalles sobre estas fortalezas. Los ejemplos que pueden atribuirse a este tipo de asentamiento, parecen corresponder a antiguos fuertes locales, reocupados por los incas; tal es el caso de Rinconada en Jujuy. Otro ejemplo, ya en el Valle Calchaquí, es el de la fortaleza de Angastaco, visitaba por Uhle a comienzos de siglo.

Rinconada es un conglomerado situado en lo alto de una meseta Madrazo y Otonello, 1966; p. 18); predominan las unidades simples rectangulares. Hay Recintos Asociados Desiguales. Boman señaló un recinto grande especial que da a un espacio abierto como el de La Paya. La mayor cantidad de evidencias incaicas se hallan dentro de un sector bien definido (L. Lanzone, comunicación personal).

Angastaco se encuentra en el Valle Calchaquí "...en la confluencia de dos ríos, domina dos valles adyacentes al mismo tiempo. La fortaleza tiene unos cuantos bastiones sobresalientes en forma rectangular, lo que le da una forma tan bien proyectada que sólo los incas la pueden haber construido como defensa contra los Calchaquíes del Valle abajo" (Uhle, 1969; p. 153). Un dato histórico —desconocido por Uhle— confirma su observación.

3.4.1.2. *Fortaleza de frontera.* Estas fortalezas defendían el territorio imperial de pueblos invasores. Hay numerosos ejemplos conocidos a lo largo de las fronteras del oriente de Bolivia, destinadas a contener los Chiriguanos. Fueron estudiadas especialmente por Nordenskiöld. Nosotros hemos hecho un corto resumen en nuestro informe sobre Icallajta (González y Cravotto, 1977; p. 54).

En el N.O.A. un buen ejemplo de este tipo de fortalezas es el Pucará de Andalgalá o Aconquija. Está ubicado en un lugar periférico de excepcional importancia, donde confluyen los caminos del Valle de Catamarca, con Andalgalá y Tafí, y por el oriente cierra el paso de las selvas de Santiago del Estero donde incursionaban los Lules, pueblo depredador, de origen amazónico o chaqueño, que amenazaba constantemente a las etnías del N.O.A. [4].

[4] Creemos haber encontrado sus huellas en nuestras excavaciones inéditas de la población de Asampay en el Valle del Hualfín, que fue incendiada y muertos muchos de sus ocupantes.

La fortaleza de Aconquija está circundada por 3 km de murallas de 1,50 a 2 m de alto (González y Núñez Regueiro, 1960; Madrazo, 1966; p. 58) construidas en los puntos donde el faldeo es menos pronunciado. Estas murallas poseen en el interior una banqueta para facilitar la defensa y también troneras oblicuas. Las construcciones se disponen en dos núcleos principales y un tercero de menor importancia. Las estructuras son Unidas Compuestas del subtipo Recintos Asociados Desiguales y R.P.C. Hay algunas de planta rectangular de muros parejos y que debieron tener techo a dos aguas. Poseen ventanas en los muros cabeceros y puertas en lo laterales. Hay nichos pequeños en las paredes. Las aberturas de puerta y ventanas son rectangulares. Los muros son de lajas asentadas en barro. No hay evidencias de una ocupación preincaica en la fortaleza.

Una referencia histórica confirma la función que nosotros asignamos a esta fortaleza como defensa de frontera. El Padre Acosta (1540 - 1600) al referirse a los límites del Tucumán expresa que allí "... se ve hoy día y se nombra "El Pucará del Inca" que es una fuerza que edificó *para la defensa del Oriente*". (Strube, 1943; p. 272. Subrayado nuestro).

3.5. *Asentamiento en relación con la religión y el culto.* A través de la historia se conoce la religión y el ceremonial del centro neurálgico del Imperio, pero muy poco es lo que sabemos de este tema en las provincias periféricas, donde sin duda, hubo variantes notables con respecto a la capital· Los grandes templos, las interminables "huacas" y *chincanas* forman en este último una red de expresiones cúlticas impresionantes de las que nada encontraremos en estas provincias marginales. No parece que exista una mayor preocupación estatal que se tradujera en asentamientos religiosos notables. Si éstos existieron no debieron sobrepasar la pobre calidad arquitectónica del resto de los sitios conocidos.

3.5.1. "*Santuarios de Altura*". La más definida y estudiada expresión cúltica y religiosa incaica conocida en el N. O. A. es la de los llamados "santuarios de altura". Estos se encuentran en la cumbre de cerros que tienen entre 5.000 y 6.700 m, cuyo estudio ha significado un considerable esfuerzo arqueológico-deportivo. Hay algunos resúmenes sobre estos hallazgos (Schobinger Editor, 1966 b; Beorchia, 1973). En un trabajo de Beorchia se mencionan 35 "santuarios" de los cuales tres fueron hallados en el Sur de Perú, dos en Bolivia y el resto entre Argentina y Chile. De los treinta encontrados en los límites argentino-chilenos. 12 están en cerros de más de 6.000 m s.n.m.; 15 contenían ofrendas incuestionablemente incaicas y 19, restos arqueológicos de difícil identificación cultural. En 29 casos existen construcciones diversas como recintos de planta circular, rectangular o trapezoidal, con paredes bajas de piedra. También se hallaron pequeñas plataformas. El esfuerzo para hacer estas construcciones debió ser considerable dada la altura. En el Cerro Los Tórtolos, se construyó una plataforma para la que fue preciso remover 30 m^3 de piedra a 6.322 m; una altura a la que los andinistas actuales alcanzan sólo con ímprobos esfuerzos (Op. Cit., p. 27).

Lo más importante de estos "santuarios" parecen ser las ofrendas. Consisten habitualmente en piezas de alfarería o metal. Entre éstas últimas aparecen figuras antropo o zoomorfas de típico estilo inca; también se hallaron bolsas con hojas de coca, plumas o tejidos. Pero el ritual más importante se cumplió con sacrificios humanos. De los que se conocen por lo menos seis casos. En dos de ellos –Cerros El Plomo y El Toro– el cadáver del sacrificado estaba en

perfecto estado de conservación lo que permitió realizar estudios muy completos. El primero, era un niño de 8-9 años de edad, el segundo un joven de 20.

El culto de determinados cerros existió entre los incas y es muy conocida la significación sagrada que tenía el Cerro de Huanacauri cercano al Cusco.

Fuera de los "santuarios de altura" hay otros elementos que pudieron ser expresiones de prácticas religiosas. En 4 asentamientos, Chilecito, Punta de Balasto, Nevado de Aconquija y Potrero, y quizás también en Doncellas, aparecen montículos que pudieron ser *Ushnos,* cuya función fue cívico-religiosa (Gasparini y Margolis, 1977; p. 275).

Poca información traen las crónicas respecto a la religión y culto incaico en estas provincias. Una información excepcional, pero que necesita ser confirmada, es la de Rosales, sobre la existencia en el Valle Central de Chile de una construcción de paja que servía de templo y de un acllawasi (Rosales, 1877; p. 369 - 370).

3.5.2. *Cementerios.* No existen en el N. O. A. cementerios puramente incaicos en su tipo y contenido. En La Paya, donde se han registrado la mayor cantidad de tumbas con material incaico, éstas están dentro de los cementerio locales, y no parecen tener rasgos constructivos peculiares (Bennett, 1948; p. 71) y el ajuar fúnebre incluye elementos incaicos y locales.

3.6. *Asentamientos diversos.* Una cierta cantidad de asentamientos, y de edificios identificados como incaicos son difíciles de definir funcionalmente con las evidencias de que disponemos. No sabemos si existen en el N. O. A. asentamientos destinados puramente a la función administrativa y política. No sería difícil que en las viviendas de jefes y curacas se cumplieran estas funciones. Por eso bajo este ítem incluimos aquellos asentamientos que no entran en las categorías mencionadas hasta ahora, comenzando por distinguir aquellos que se encuentran ubicados dentro de los poblados locales preexistentes a la ocupación incaica, de aquellos construidos íntegramente por los incas desde sus comienzos.

3.6.1. *Incluidos en poblaciones locales.* Dentro de este grupo el más conocido y que parece responder en sus rasgos generales a un patrón recurrente, es el de la Casa Morada de La Paya, en el Valle Calchaquí [5]. Esta población tiene una larga historia preincaica (Bennett, 1948; p. 70). El asentamiento general de La Paya pertenece al tipo de Conglomerado, característico del Período Tardío de las etnías locales (Madrazo y Otonello, 1966; p. 33).

La Casa Morada es un edificio construido con sillares de color rojo, distintos de todos los que los rodeaban. Se hallaba frente a un espacio abierto o plaza; sus paredes tenían nichos interiores y la rodeaban algunas estructuras circulares. El contenido de este edificio era básicamente de origen o influencia inca. En su interior se hallaron vasos clasificados como Cuzco Polícromo y otros como Casa Morada Polícromo, una variedad incaica local. Entre los objetos de metal hay adornos de oro y objetos de bronce, de factura incaica y otros locales.

[5] En abril de 1981, después de presentado este trabajo en Burg-Wartestein, excavamos junto con Pío Pablo Díaz lo que quedaba de la Casa Morada obteniendo interesantes resultados los que serán dados a conocer en un trabajo especial. Posteriormente hemos seguido trabajando sobre la ocupación incaica del N.O.A. habiendo terminado ya otros dos trabajos. El primero sobre LA PROVINCIA INCAICA DE CHICOANA aparecerá formando parte de un volumen que actualmente se halla en prensa editado por el Departamento de Historia de la Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, Chaco. El segundo sobre LAS PROVINCIAS INCAICAS DEL ANTIGUO TUCUMAN aparecerá próximamente.

La mayoría de los autores coinciden en que la Casa Morada debió ser la vivienda de alguna "autoridad civil o religiosa" (Op. Cit.; p. 33). Un detalle importante es que este edificio carece de muros de defensa u otra protección cualquiera. Sus ocupantes debieron, por lo tanto, convivir en paz con quienes los rodeaban.

En otras poblaciones se repite este mismo patrón. Por ejemplo la llamada Casa del Inca, en Turi, en el Norte de Chile (Motsny, 1948; p. 167), según lo ha hecho notar J. A. Pérez (1968, p. 290). También en el Pucará de Rinconada.

3.6.2. *Unicamente incaicos.* Entre los asentamientos difíciles de ubicar hasta ahora, en buena medida por la falta de estudios adecuados, se encuentran las ruinas de Potrero de Payogasta y vecindades situadas en el alto Valle Calchaquí y que pese a ser uno de los asentamientos incaicos más importantes del N. O. A. sólo ha merecido una nota muy breve (Difrieri, 1947).

Se trata de un conjunto de ruinas íntimamente relacionadas entre sí compuestas por tres núcleos principales. Uno de estos núcleos es amurallado, mide 400 m, y contiene una serie de recintos menores. En el interior se hallan unas diez estructuras de planta rectangular y otras tres de planta circular de 8 - 9 m de diámetro y paredes de piedras de 3 m de alto. En este conjunto se destaca un edificio de características únicas en el N. O. A. Tiene 300 m² y tuvo techo de dos aguas según los hastiales de los muros cabeceros. Estos están construidos de tapia y piedra y llevan una ventana central. Por su arquitectura y dimensiones podría tratarse de una pequeña kallanka como existieron en otros lugares del Imperio (Gasparini y Margolis, 1977; p. 204). Los edificios de planta circular nos recuerdan las *collcas* existentes en San Pedro de Cacha. Hacia el Norte un segundo núcleo de ruinas, tienen un número mayor de edificios pero más pequeños. Al Sur de este grupo, en el sitio de Cortaderas, hay un tercer núcleo que se describe como "fortaleza", pero que pudo ser un tambo o asiento de una guarnición. Se halla al pie de un cerro cuyas laderas y cima se han arreglado con muros de contensión y una escalera. Es una extraordinaria atalaya desde cuya cima se domina gran parte del Valle Calchaquí.

Otras ruinas excepcionales se hallan en Incahuasi, en una quebrada lateral a la del Toro, a 55 - 60 km a vuelo de pájaro de las anteriores, a las que se unían por uno de los caminos incaicos más elaborados que se conocen en el N. O. A. (Boman, I; p. 345 y ss.). Por desgracia las ruinas de Incahuasi son conocidas sólo por una breve referencia preliminar (Aparicio, 1941). En Incahuasi se conserva un recinto de planta cuadrangular con puertas y hornacinas de vanos trapezoidales. Un rasgo arquitectónico único es una cornisa que corona los muros. Este rasgo creemos que sólo se encuentra en la arquitectura inca del Collao, en las cullpas le Sillustani, Taquili, etc. Otro elemento sorprendente es una especie de 'trono" o silla hecho de lajas cuyo respaldo da un muro que contiene una hornacina trapezoidal. La presencia de una especie de apoya brazos, y el carácter insólito del "trono" podrían sugerir una construcción neo-inca.

No hay duda de que el conjunto de asentamientos de Potrero-Cortaderas-Incahuasi estaban funcionando relacionados entre sí. Puede tratarse quizás del conjunto incaico más importante del N. O. A. junto con la fortaleza de Andalgalá y Chilecito.

4. Resumen y comparaciones. Un estudio exhaustivo de los patrones de asentamiento debería incluir una parte analítica comparativa que estudiara por un lado los P. A. de las distintas regiones del N. O. A· y Chile entre sí y por otro los P. A. de las distintas provincias del Imperio. Esto nos mostraría las diferencias de los P. A. debidas a posibles diferencias ecológicas regionales y culturales de las etnías locales. Al mismo tiempo mostraría los rasgos comunes o variables que la política imperial impuso a los P. A. en cada región. Examinaremos rápidamente los rasgos salientes en uno y otro caso.

4.1. *Distintos sectores del N. O. A.* Las distintas regiones del N. O. A.: Puna; Valliserrana y Selvas Ocicdentales, reflejan diferencias tanto ecológicas como culturales. La región de las Selvas Occidentales, no fue prácticamente ocupada por los incas.

La región puneña con sus características de Puna Salada, escasamente productiva, y poco poblada, no debió tener mayor atractivo para la ocupación incaica, excepto para la producción redistributiva local de lana y, quizás más importante, la de la explotación minera, poco conocida. Uno de los dos caminos principales del N. O. A. atravesaba la Puna o parte de ella rumbo a Chile. Muchas localidades puneñas en relación o no con el camino muestran asentamientos incaicos, como Cochinoca, Casabindo, Rincón de las Salinas, (Strube, 1943; p· 294), Surugá y Doncellas (Krapovickas, 1968; p. 259); todos ellos seguramente dominados por los incas y mantenidos como Tambos o bajo el sistema imperial. Una o dos fortalezas mantenían la hegemonía incaica subregional. Por lo que sabemos hasta ahora no hubo en la Puna asentamientos incaicos importantes

En la Quebrada de Humahuaca se escalonan una serie de sitios incaicos, asentados en su totalidad sobre poblaciones preexistentes. Un centro administrativo de gran importancia, debió existir en Tilcara. Por desgracia, lo conocemos sólo en forma fragmentaria. Este centro estuvo en relación con la importancia de esta población y su relación estratégica dentro de la Quebrada. El comienzo de un estado urbano de desarrollo para esta población, se debió a los incas según Madrazo y Otonello y Pérez (Madrazo y Otonello, 1965; p. 25; Pérez, 1968; p. 289). Ya hemos señalado la posible intensificación de la producción agrícola local bajo la influencia incaica. Esto debió estar en relación con la manutención de mitimaes mineros y para abastecimiento agrícola que balanceara la falta de productividad de granos de la Puna. También para abastecer tropas en marcha que atravesaban la región. Es probable —según datos históricos— que se intensificara la ocupación de sectores agrícolas en la Quebrada a fin de poder ocupar de esta manera, diversos pisos ecológicos (Salas, 1945; p. 51 y ss.).

La redistribución local está de manifiesto con el gran depósito de Yacoraite, el que además nos sugiere una coexistencia pacífica. La religión y el culto en la Quebrada de Humahuaca, parece centrarse en los "santuarios de altura" de los que se conocen ejemplos en el Chañi, el Acay y Cerro Morado (Beorchia, 1977; p. 36 y ss.). Este último con cerámica incaica y tipos locales·

El núcleo incaico al parecer más importante desde el punto de vista político-militar es el de Cortaderas-Payogasta-Incahuasi, que se sitúa en una posición geográfica equidistante entre el Valle Calchaquí y las Quebradas del Toro, de Humahuaca y el Valle de Lerma. Los detalles arquitectónicos de Incahuasi, señalarían un origen situado en el área del Titicaca más que en el centro im-

perial, lo que podría indicar, junto con la alfarería Inca-Pacajes, la presencia de mitimaes aymaras.

La ocupación incaica sobre poblaciones preexistentes se hizo más evidente en la zona Norte de la región Valliserrana, con la excepción apuntada del núcleo Cortaderas-Incahuasi. Este mismo rasgo continúa al Sur del Valle Calchaquí y Yocavil, pero cambia desde el Valle de Hualfín hacia el Sur. Allí no hubo poblaciones del tipo Conglomerado y aglutinadas y preincaicas. Los incas establecieron sus Tambos y posibles centros administrativos en lugares sin antecedentes de ocupación previa y éstos estuvieron en relación con los caminos o la explotación minera.

En cuanto al aspecto religioso no fue diferente en la región Valliserrana Sur del que hemos señalado para Puna y Quebrada de Humahuaca. El culto de los "santuarios de altura" debió existir al lado de las prácticas religiosas locales que conocemos por las crónicas. Un carácter religioso especial lo sugieren los *Ushnos*, que se relacionaban más con las prácticas típicamente incaicas que con las locales.

Las formas y localización de los asentamientos no dejan lugar a dudas acerca de la convivencia pacífica del incanato en el N. O. A. en las etapas próximas a la conquista europea. No podemos asegurar lo mismo para los comienzos de la ocupación. El carácter tribal o de señoríos pequeños de las etnías locales sugiere que sometidos los más importantes de estos grupos —el Valle Calchaquí y la Quebrada de Humahuaca— el resto de la ocupación debió ser fácil y rápido. El mantenimiento del ayllu como fuerza socio-productiva y el respeto a las creencias locales, contribuyeron a consolidar y mantener la hegemonía inca. No sucedió lo mismo con los españoles, cuyo sistema de encomiendas destruia la estructura ancestral andina, eliminaba la redistribución y el ceremonialismo. De allí que los españoles necesitaron de un siglo para dominar los valles calchaquíes y el de Hualfín.

El prestigio del incario se manifestó 120 años después de la penetración española, cuando el falso Inca Bohorquez logró unificar casi todas las tribus desde Jujuy hasta La Rioja en un solo gran grupo rebelde. Lo hizo en nombre del Inca con cuyo título e insignias fue coronado (Torreblanca, 1966, M.S.; p. 16).

4.2. *Comparación con otros sectores del incario.*

4.2.1. Chile, desde su límite Norte al Maule formó parte del incario. Los asentamientos chilenos comparten un buen número de similitudes con los del N. O. A. Desde el punto de vista económico, el interés de los incas por ese territorio fue el de la explotación minera. También existen algunas similitudes en términos generales en los asentamientos. Así los de la cuenca del Loa y San Pedro de Atacama son, en apariencia, más importantes que los del Norte Chico y Valle Central. Los primeros, al igual que lo que ocurre en el Norte del N. O. A. se asientan en poblaciones preexistentes. En el Norte Chico y en el Valle Central los asentamientos son más pobres. Desaparecen las poblaciones del tipo Conglomerado de paredes de piedra. Las fortalezas se reducen a las murallas y a unas pocas estructuras de piedra colocadas en sitios estratégicos. Lo mismo ocurre con los vestigios de orden productivo. Los grandes grupos de andenes atribuidos a los incas se hallan en el Norte. Hacia el Sur no hay evidencias de bancales lineares de piedra (stone walled linear benching). Se

los reemplaza por camellones de tierra en laderas (Valley-side eart ridging) (Field, op. cit.; p. 480).

Al igual que en el N. O. A. las regiones de Chile que muestran mayor cantidad de vestigios arquitectónicos incaicos y asentamientos visibles están en las regiones que tuvieron mayor densidad de población, mayor grado de desarrollo tecnológico y mayor complejidad socio-política.

En el aspecto religioso los "santuarios de altura" fueron compartidos, al parecer, al igual por las etnías de ambos lados de la cordillera.

4.2.2. Comparando la ocupación incaica del N. O. A. con Bolivia y Sur del Perú surgen diferencias notables en los asentamientos respectivos, sobre todos con los de la región periférica del lago Titicaca. Por ejemplo los monumentos funerarios de Sillustani (Gasparini et al., 1977; p. 157) y las construcciones religiosas de las islas del Sol y Coatí (Idem, p. 270 y ss).

La perfección de estos edificios nos habla de su jerarquía, la que se relaciona con la importancia que la región tenía para el Imperio por la productividad lanera y la densidad de población. Las fuentes históricas informan que las poblaciones aymaras formaron importantes reinos seguramente a partir de la desintegración de Tiahuanaco y que tuvieron una compleja organización socio-política y económica y el dominio de distintos "pisos ecológicos". Los incas encontraron esta organización establecida. Vencidos los jerarcas aymaras, los reinos pasaron a integrar el Imperio. Sólo hubo que reemplazar algunos reyes o jerarcas. Las chullpas suntuosas o los templos se relacionan con la política de integración y con el substratum cultural preexistente. No volvemos a encontrar nada similar en los 1.500 km de territorio que se hallaban hacia el Sur. Sólo hacia el oriente, en Cochabamba, se encuentran algunas expresiones cúlticas importantes como el sitio de Samaypata. En Cotapachi se encuentran 2.400 collcas de almacenaje, las que nos hablan claramente de la riqueza productiva de la zona. En el Valle de Lerma *el número de collcas es la mitad de esa cifra.*

En el oriente boliviano existen una serie de fortalezas defensivas cuya función es idéntica a la del Pucará de Andalgalá.

4.2.3. En el extremo opuesto a Chile y el N. O. A., a una distancia equidistante del Cuzco, se hallan las provincias incaicas ecuatorianas. Pueden apuntarse algunas similitudes y diferencias.

Caminos y Tambos incaicos del Ecuador, como los de Vinoyacu y Tambo Blanco, con sus R. P. C. (Uhle, 1969; p. 39 y 97) asemejan a los del N. O. A. Por lo contrario la capital de la provincia —Tomebamba— de acuerdo con la arqueología y la historia no tiene nada comparable con el Sur del Collasuyo. Sus edificios fueron construidos con la mejor técnica de cantería cuzqueña, de los que no existe un solo ejemplo en las provincias del N. O. A. y Chile.

Algunos de los grandes centros religiosos locales como Cochasquí, aunque ocupados por los incas, no fueron cambiados en su estructura arquitectónica (Oberem, 1968; p. 318 y 322). En Ingapirca se reconocen numerosos edificios de funciones y arquitectura diferente. Uno de ellos "El Castillo" es de fábrica típicamente cuzqueña, especialmente por los sillares labrados. Algunos detalles, como la planta oval, son de origen local. Se trata de un templo incaico construido sobre otros preexistentes, en una antigua ciudad Cañar, que a su importancia religiosa agregaba su valor estratégico y comercial (Alcina, 1978; p. 144).

Posibles guarniciones militares o Tambos, como el de Rumicucho, tienen una fábrica superior a la que encontramos en la periferia Sur del Imperio. Una posible explicación de las diferencias encontradas entre los asentamientos de los dos extremos del Imperio puede ser debida a las diferencias en el substratum cultural encontrado en una y otra región: un nivel tribal y pequeños señoríos en el N. O. A. y Chile y señoríos muy grandes en Ecuador y reinos en Bolivia.

Templos de arquitectura incaica, con rasgos locales, como Ingapirca y Pillcocaima, o necrópolis como Sillustani, nos muestran la adaptación flexible de lo imperial a lo local, una forma de mantener, dentro de ciertos límites, antiguos usos y costumbres, pero como paso previo a una incorporación definitivas al Estado Inca. El N· O. A. y Chile divididos en múltiples grupos tribales, muestran, a través de los patrones de asentamiento incaico, una acción colonizadora diferente, carente de grandes obras destinadas al culto o a la administración como las de Ecuador y Bolivia. El N. O. A. y Chile fueron utilizados en la medida que podían explotarse los productos básicos que interesaban al Imperio —metales, turquesas, etc.— con mínima inversión de recursos y gente.

5. *Conclusiones.*

1. El N. O. A. y Chile fueron las provincias más australes del Imperio incaico.

2. Los asentamientos incaicos de estas regiones se relacionan con la productividad local agrícola-ganadera acrecentada con obras de andenería y riego· Pero el interés básico fue la explotación minera. La redistribución y el almacenaje de excedentes se hizo en las poblaciones locales o bien en centros exclusivamente creados para estos fines. La movilidad externa e interna estaba asegurada por un complejo sistema de caminos y asentamientos relacionados con la red vial. El poder imperial se manifiesta con fortalezas que vigilan, en el interior del territorio a las etnías locales, y en las fronteras, el avance de tribus invasoras de la selva. El aspecto administrativo y residencial, se muestra en los asentamientos incaicos existentes dentro de las poblaciones locales, con edificios adaptados para estos fines. Por excepción parecen existir algunos centros administrativos o residenciales de origen puramente incaico.

En lo religioso no existen asentamientos importantes. Los incas parecen haber acrecentado el viejo culto andino a los cerros, comunes a los grupos tribales de estas regiones.

3. Los patrones de asentamiento incaico muestran una íntima relación con los patrones de las etnías locales. En la zona Norte del N. O. A. y Chile, se hallan los asentamientos preincaicos más notables con poblaciones Aglomeradas o Aglutinadas. Allí los incas establecen asentamientos propios remodelando levemente lo local. A medida que se desciende hacia el Sur este tipo de asentamiento desaparece, y se reemplazan con manifestaciones más pobres o menos manifiestas de acuerdo con los patrones locales. Los incas se adaptan a lo preexistente local. Sólo se establecen lugares no ocupados previamente cuando los caminos o la explotación minera lo requiere. No encuentran barreras ecológicas salvo la la zona de la selva que no ocupan. El ejemplo de Chilecito y los caminos puneños son bien demostrativos: la capacidad imperial supera las posibles barreras ecológicas locales· El patrón arquitectónico de los asentamientos sufrió adapta-

ciones a lo local. Es excepcional la perduración de los elementos arquitectónicos típicamente incas.

4. Elementos arquitectónicos, arqueológicos e históricos revelan el origen altiplánico de algunos de los grupos humanos utilizados en la ocupación (y conquista?) del territorio.

5. La comparación de los P. A. con otras provincias periféricas (Ecuador y Bolivia) revela similitudes y diferencias. El Bolivia las fronteras con la selva fueron protegidas con fortalezas, al igual que el N. O. A. Pero allí éstas son más numerosas y algunas, con Incallajta, revelan asentamientos más complejos. Esto está en relación con la mayor importancia de esas provincias. Esta importancia se revela en los dispositivos de mayor capacidad de almacenaje. Otro aspecto de marcada diferencia es el religioso, con templos muy elaborados en Ecuador y Bolivia. Las diferencias en los asentamientos entre esas regiones y el N. O. A. y Chile reflejan, creemos, las diferencias del substratum étnico preexistente y la capacidad productiva local. Formada por señoríos o reinos muy ricos en Bolivia y Ecuador y sólo tribus o señoríos pequeños en el N· O. A. y Chile. Los Estados son suma de partes estructuradas en un organismo superior. Su formación es más rápida y eficiente si esas partes están organizadas previamente en lo económico y en lo político-social. El sistema andino del ayllu, existente en el N. O. A. y Chile favoreció las posibilidades de integración estatal, aunque con menor eficiencia que en los reinos y señoríos organizados.

Esta circunstancia parece ser recurrente en los Andes del Sur. El Estado Tiahuanaco, ocupó tempranamente algunos sitios del Norte de Chile. Sin embargo no se extendió hacia el Sur. Por lo contrario la extensión posterior, de Huari, ocurrió hacia el Norte. Quizás la explicación estaría en la preexistencia en ese rumbo de reinos organizados y en la organización tribal más simple y menos atractiva de las zonas del Sur.

Manantiales, provincia de Buenos Aires, Marzo de 1980.

BIBLIOGRAFIA

Alcina Franch, José. 1978. Ingapirca: arquitectura y áreas de asentamiento. Rev. Española de Antrop. Americana (Trabajos y Conferencias). Univ. Complutense, Madrid.

Ambrosetti, Juan B. 1907. Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de "La Paya" (Valle Calchaquí, Provincia de Salta). Fac. de Fil. y Let. Sección Antropológica, Nº 3. Buenos Aires.

Aparicio, Francisco de. 1937. La Tambería de los Cazaderos. Relac. Soc. Argentina de Antrop. I, Buenos Aires.

— 1941. Restos incaicos en territorio argentino. Noticia, en Anales del Inst. de Etnogr. Americ., II; pp. 357-58. Mendoza.

— 1943. La Tambería del Rincón del Toro. Public. del Museo Etnogr. de la Fac. de Fil. y Lt.; Serie A, IV. Buenos Aires.

Bennett, W.; Bleiler, W. C.; Sommer, E. F. 1948. Northwest Argentine Archaeology. Yale Pub. in Anthrop., Nros. 38-39. Yale University Press. New Haven.

Beorchia Nigris, Antonio. 1973. La arqueología de alta montaña en la provincia de San Juan y su relación con los yacimientos de altura de la Cordillera de los Andes. Centro de Investig. Arqueológ. de Alta Montaña, I; p. 9.

Bibliografía

Bibliography

Bibliographie

Bibliografia

Bibliography

Bibliographie

Bibliografia

Bibliography

Bibliographie

Bibliografia

Oberem, Udo. 1968. Informe provisional sobre algunas características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí, Ecuador. Vrehandlungen des XXXVIII Int. Amerik. Stuttgart. München, 1968, I; pp. 317-322. München.

Paulotti, Osvaldo. 1958-59. Las ruinas de los Nevados de Aconquija. Noticia Preliminar. RUNA, IX; pp. 125-136. Buenos Aires.

Pérez, José A. 1968. Subárea de Humahuaca. Actas y Mem. XXXVII Cong. Int. Amer., II; p. 273 y ss. Buenos Aires.

Raffino, Rodolfo. 1980. La ocupación inca en el NO Argentino: actualización y perspectivas. Rel. Soc. Arg. de Antrop., XII. Buenos Aires.

Rodríguez Orrego, Luis. s.f. Algunos aspectos de la minería incaica caracterizados a través de dos sitios representativos. Tesis. Santiago de Chile (M.S.).

Rosales, Diego de, P. 1877. Historia general del Reyno de Chile. Imp. El Mercurio. Valparaíso.

Rohmeder, G. 1941. Las ruinas de las Tamberías de la Pampa Real en la Sierra de Famatina. Rev. Inst. Antrop. Univ. Nac. de Tuc., II. Tucumán.

Rowe, John. 1949. Reseña al libro de Bennett "Northwest Argentine Archaeology" 1948. En Amer. Anthropologist, Nº 4; p. 642 y ss. Menasha.

— 1964. The chronology of inca wooden cups. En Samuel Lothrop Essays, etc.; pp. 317-341. Harvard University Press, Cambridge.

Rusconi, Carlos. 1956. La ciudadela prehispánica de Ranchillos (Mendoza). Rev. Mus. de Hist. Nat. de Mendoza, IX; Nros. 1 y 2. Mendoza.

Salas, Mario A. 1945. El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Prov. de Jujuy) Publ. Mus. Etnogr. de la Fac. de Fil. y L., V, A. Buenos Aires.

Schobinger, Juan. 1966a. Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Famatina (Prov de La Rioja). En: An. de Arq. y Etnogr., XXI. Univ. Nac. Cuyo, Fac. Fil. Mendoza.

— 1966b. Arqueología de alta montaña. An. Arq. y Etnol. Univ. Nac. Cuyo. Fac. Fil. Mendoza.

— y Barcena, R. 1971. El tambo incaico de Tambillitos (Prov. de Mendoza). Separata de las Actas del VI Cong. de Arq. Chilena; pp. 397-403. Sgo. de Chile.

Strube, Erdman L. 1943. Los pucarás del NO. Argentino son de filiación incaica. Cong. de Hist. Arg. del Norte y Centro, I; pp. 270-290. Córdoba.

— 1958. La ruta de Don Diego de Almagro en su viaje de exploración a Chile. Homen. a Mons. Pablo Cabrera, Rev. Univ. Nac. de Córdoba, Número Especial. Córdoba.

— 1963. Vialidad imperial de los incas. Univ. Nac. de Córdoba. Inst. de Est. Americ. Serie Histórica, XXXIII; pp. 3-100. Córdoba.

Torreblanca, Hernando de, P. 1966. Relación histórica de Calchaquí escrita por . . . (M.S.) Transcripción al castellano moderno y notas de Teresa Piosek Prebisch. (Manuscrito obtenido por gentileza de la Sra. Piosek Prebisch).

Uhlé, Max. 1969. La esfera de influencia del país de los incas. En: Estudios sobre Historia Incaica. Univ. Nac. de San Marcos. Lima, Perú.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

LA ANTIGÜEDAD DE LA OCUPACION HUMANA DE LA GRUTA DEL ORO (PARTIDO DE JUAREZ, PROVINCIA DE BUENOS AIRES): UN PROBLEMA RESUELTO

Luis Abel Orquera
Ernesto Luis Piana
y Arturo Emilio Sala

El progreso en el conocimiento arqueológico no siempre exige excavar nuevos yacimientos; parte de la tarea debe consistir en la revisión de sitios trabajados antiguamente. La intención no debe ser la reapertura de viejas polémicas, sino la búsqueda de bases verdaderamente sólidas para datos y correlaciones. Si deseamos que la Arqueología supere la etapa pre-científica, debemos constatar aseveraciones que a menudo no han sido sino especulaciones intuitivas más o menos afortunadas o insuficientemente fundadas. El cuestionamiento sistemático –aun en aspectos que estén pacíficamente aceptados– debe conducir a establecer hechos concretos mediante correcta aplicación de los principios metodológicos y a través de técnicas que hace ya tiempo han dejado de ser inalcanzables para las posibilidades habituales de desenvolvimiento de la profesión arqueológica. Sólo de esa manera, reemplazando el principio de autoridad por la verificación rigurosa, se logrará que esos yacimientos clásicos queden integrados con significación precisa en el panorama que se está construyendo sobre el pasado prehistórico de nuestro país, y de esa manera puedan comenzar a ser utilizados con confiabilidad como puntos de partida para nuevas indagaciones. Este trabajo aspira a ser un aporte en esa dirección.

Reiteradas veces ha sido sostenido que la excavación en 1950 de la Gruta del Oro, en las serranías de Tandilia, marcó el comienzo de una nueva etapa en la investigación arqueológica de Pampa y Patagonia. Sin embargo, la antigüedad y el significado atribuidos por los excavadores a los escasos restos materiales hallados en esa ocasión, aceptados primero, quedaron luego sometidos a profundo cuestionamiento. Hasta ahora no se ha dado una respuesta definitiva a ese disenso; este trabajo tiende a ofrecer elementos de juicio objetivos que solucionen uno de los aspectos del problema.

Al efectuar la primera investigación de la Gruta –o, mejor dicho, de su alero rocoso anterior– Menghin y Bórmida llegaron a los siguientes resultados y conclusiones:

1) el suelo estaba constituido por la superposición de cuatro estratos diferentes, que fueron numerados correlativamente 1 a 4 desde el superior hacia el inferior;

2) en la capa 3 y en la porción cuspidal de la capa 4 aparecieron carbones vegetales, desechos de talla e incontestables utensilios (en realidad, sólo una raedera lateral convexa; el resto son lascas de descarte);

3) según el análisis microscópico efectuado por Cappannini y el asesoramiento geológico brindado por Auer, la capa 3 –muy húmica– debió formarse durante un lapso de mayor humedad que el actual, equiparable con el período Atlántico u Optimum Climaticum. Los artefactos en cuestión, por lo tanto, debían ser datados en los alrededores del año 5000 AC;

4) tales objetos de manufactura humana –más los que Tapia había hallado años antes en la gruta Ojo de Agua– representaban una cultura muy primitiva, de morfología protolítica, obra por lo tanto de cazadores inferiores, a la que se dio el nombre de "industria Tandiliense" (Menghin y Bórmida, 1950, págs. 18-22 y 32-34).

Con posterioridad, otros trabajos de Bórmida, Sanguinetti de Bórmida y Austral identificaron otros conjuntos arqueológicos en territorio de la provincia de Buenos Aires –para los que se postularon antigüedades diversas– y condujeron a la progresiva configuración de la noción de una "Tradición Tandiliense". Si bien los estadios finales mostraban la incidencia de influencias al parecer miolitizantes y paraneolitizantes, en esa concepción la Tradición conservaba nítida la raigambre epiprotolítica, y los hallazgos de la Gruta del Oro cumplían papel axial en su estructuración.

A partir de 1968, empero, Madrazo sostuvo por el contrario:

1) las industrias hasta entonces descubiertas en la región pampeana son mucho más recientes que cuanto se suponía hasta ese momento; con referencia en particular a los hallazgos de la Gruta del Oro, éstos se remontarían –cuanto más– al primer milenio de nuestra era;

2) en la llamada "Tradición Tandiliense", la raigambre epiprotolítica no existe, o al menos su existencia no ha sido demostrada; las industrias en ella incluidas corresponden, por el contrario, a cazadores superiores (Madrazo, 1968, págs. 9-10, puntos 3 a 7; 1972, págs. 17-18; 1973, págs. 13-14; 1979).

En lo que hace al primer aspecto –el cronológico– Madrazo se apoyó sobre estos argumentos principales:

1) al practicar nuevos sondeos en el alero externo de la Gruta del Oro, la capa 3 no fue encontrada, y la capa 4 parecería constituir en realidad la porción basal de la 2 en estado de descomposición;

2) las observaciones de Teruggi en la vecina gruta Margarita impedían pensar en una antigüedad mayor que la mencionada en el párrafo anterior (Madrazo, 1968, pág. 7, y pág. 9 punto 1; cf. Teruggi, 1968).

El estudio de Teruggi es serio y sólido; la reconstrucción que propuso del proceso de ahondamiento de la oquedad y posterior acumulación de sedimentos en su interior es perspicaz y lógica. Sin embargo, desde el primer momento hemos sentido incomodidad ante sus conclusiones cronológicas:

1) no discutimos ni la existencia del endicamiento externo supuesto por Teruggi, ni su eventual rotura. Parte de la explicación, empero, consiste en afirmar que la falta de aporte sedimentario arrastrado por el viento observada en algunas capas del interior de las cuevas estaría debida simplemente a que tal endicamiento obstruyó la entrada del alero. En la actualidad no se nota signo externo alguno de ese endicamiento, por lo que —de existir— debe haber tenido pocos decímetros de altura y estar ahora sepultado por sedimentos más modernos. Aun así, hay que tener en cuenta que en la Gruta del Oro queda todavía una abertura de 80 cm a más de 2 m de alto y varios metros de ancho; en la gruta Margarita, la boca es mayor aun. Esto es demasiado para que el viento cargado de polvo proveniente del exterior haya visto obstaculizada en momento alguno, en grado significativo, su penetración;

2) Teruggi no examinó personalmente los sedimentos de la Gruta del Oro sino los de la gruta Margarita. Pero el perfil levantado por Menghin y Bórmida en 1950 en el primero de esos sitios no coincide con el obtenido por Teruggi en el segundo. No era forzoso que coincidieran: como lo señala el propio Teruggi, en grutas y cavernas la disposición de los sedimentos suele variar de un lugar a otro. En tal caso, empero, tampoco es forzoso que uno de esos perfiles pueda ser ignorado por falso. Bien puede ser que se complementen, y que uno de ellos refleje la acción de condiciones ambientales que por uno u otro motivo en el otro perfil no llegaron a manifestarse o a ser percibidas. En otras palabras:

a) al ser diferentes los perfiles estratigráficos, las conclusiones alcanzadas para la gruta Margarita no eran de aplicación mecánica a la Gruta del Oro, por cercanas que estuviesen;

b) ambos perfiles debían ser tomados en cuenta. Pero una explicación correcta es la que toma en cuenta todos los datos y no deja de lado ninguno. Según se hicieran jugar las conjeturas de Teruggi, en la Gruta del Oro quedaban sin explicar sea la capa 2, sea la capa 3;

3) estamos de acuerdo con Teruggi en lo riesgoso que resulta aplicar teleconexiones para la reconstrucción de secuencias paleoclimáticas. Por lo tanto, estábamos de acuerdo en que no era conveniente apoyar la cronología de la ocupación humana de las grutas de Tandilia sobre una simple proyección del esquema de Auer. Esta convicción nuestra no se debía a que tal esquema (como lo dio a entender Teruggi), pues en Tierra del Fuego quedó muy bien confirmado por abundantes dataciones radiocarbónicas; se debía en cambio al simple hecho de que Tierra del Fuego depende climáticamente del Pacífico y el Antártico, en tanto Tandilia depende del régimen cuyo ritmo es marcado por el Anticiclón del Atlántico Sur. Pero no veíamos por qué la utilización de Lauricocha, Intihuasi y la región pedemontana de Mendoza habría de ser preferible a la proyección del esquema de Auer:

a) todos esos sitios están casi tan lejos o más lejos aun de la Gruta del Oro que Tierra del Fuego, y los ambientes circundantes son enteramente diferentes (Lauricocha está a casi 4·000 m de altura, cerca de glaciares permanentes, y también depende climáticamente del régimen del Pacífico);

b) esos sitios proporciõnan indicios climáticos aislados, no secuencias. Por lo tanto, no sirven para correlaciones con la suficiente precisión. Aun aceptando que indicaran la existencia de una fase de clima húmedo de alcance subcontinental a partir del 7500 AC, ninguna evidencia proporcionan sobre cómo fue el clima dos mil, tres mil, cuatro mil, etc., años después de esa fecha. En realidad, los perfiles relevados por Polanski en Mendoza (Polanski, 1963, págs. 235 - 243) incluyen dentro de la Formación El Zampal un momento húmedo no tomado en cuenta por Teruggi: de aceptar la posibilidad de una proyección, ese dato implicaría que el panorama entre el milenio VIII AC y los comienzos de nuestra era no fue tan simple como lo supuso Teruggi;

c) los datos reunidos más tarde por Heusser en Chile no confirman el alcance subcontinental de esa presunta fase húmeda del VIII milenio AC: en esa época las precipitaciones eran en Chile centro-sur bastante menores que en el milenio anterior, y lapsos de mayor humedad volvieron a darse en los milenios III AC y I DC (Heusser, 1966, págs. 291 - 293; 1974, pág. 311 y fig. 16; Heusser y Streeter, 1980).

En cuanto a la afirmación de Madrazo sobre la presunta inexistencia de la capa identificada por Menghin y Bórmida con el número 3 en la Gruta del Oro, tampoco refutaba el perfil original. Por una parte, ante el categórico informe de Cappannini resultaba difícil discutir la individualidad de ese estrato. Por otra, de los propios datos proporcionados por Madrazo se desprende que el único lugar de su sondeo donde profundizó lo suficiente como para alcanzar la capa 4 –y demostrar así la inexistencia de la capa 3– fue el llamado lado "e" en su croquis, en una extensión de un metro lineal; en el resto de su excavación, el agua impidió que pasara de la parte alta de la capa 2 (Madrazo, 1968, pág. 7 y croquis). Ahora bien: ese lado "e" está a 3,5 m de la pared posterior del alero; según la fig. 1 de Menghin y Bórmida (1950), ello implicaba que quedaba directamente a plomo bajo el dintel de roca, y así pudimos constatarlo cuando visitamos el lugar.

Era de alguna manera lógico que allí no se pudiera encontrar la capa 3. Según Cappanninï, ésta está constituida por un "limo franco arcilloso... evolucionado en un ambiente húmedo, mojado" (Menghin y Bórmida, 1950, pág 36). Es razonable pensar que ese humus se habría formado, bajo acción de la humedad y de la vegetación, solamente *donde* y *mientras* alcanzara a percolar humedad procedente de la sala interior de la gruta; donde esa humedad no llegaba, tenía lugar sedimentación en ambiente sub-aéreo seco. Si pensamos que el lado "e" del sondeo de Madrazo está justamente en el lugar donde –según las ideas de Teruggi– debieron caer los derrubios que formaran un dique de contención para el agua del interior, se desprende que aceptar la tesis de Teruggi hacía que el lugar excavado por Madrazo fuera el menos indicado para encontrar el humus que forma la capa 3.

° ° ° ° °

De todas maneras, las dudas que las opiniones de Teruggi y Madrazo planteaban no bastaban para refutarlas, ni mucho menos para convalidar las ideas originales de Menghin y Bórmida. Ante el estado de indecisión, todas estas alternativas eran posibles:

1) que la estratigrafía de la gruta hubiese sido bien relevada por Menghin y Bórmida, que en la base de la capa 3 hubiese pruebas de ocupación humana, y que esa capa y esa ocupación tuviesen la antigüedad supuesta por Menghin y Bórmida;

2) por el contrario, que la existencia de la capa 3 fuese producto tan sólo de un error de observación por parte de dichos excavadores;

3) que la capa 3 existiese, pero que su antigüedad fuera mucho menor que la postulada por sus excavadores;

4) que la capa 3 existiera y fuera antigua, pero que los artefactos no estuvieran asociados a ella (posibilidad no planteada abiertamente por Madrazo o por otros, pero factible).

La solución a esas dudas alternativas no podía ser aportada por la simple evaluación de la coherencia interna de las opiniones contrapuestas. Era imperioso buscar elementos de juicio objetivos que demostraran lo erróneo de alguna de las posturas en conflicto, o de ambas. Por lo tanto, el problema se centraba alrededor de estas dos necesidades:

1) someter a verificación la existencia real de la superposición e índole de los estratos descritos por Menghin y Bórmida en 1950 (es decir, constatar si hubo o no error en torno de la identificación de la capa 3);

2) tratar de obtener materiales susceptibles de datación radiocarbónica.

El medio idóneo era practicar un nuevo sondeo en el lugar *adecuado*, que no era el elegido por Madrazo u otro cualquiera sino únicamente donde los propios Menghin y Bórmida habían planteado su zanja exploratoria. De esa manera se podría obtener una visión directa de la situación originalmente observada, evitando las innecesarias incógnitas emergentes de la proyección de datos a través de terreno no investigado desde lugares más o menos distantes (donde la situación podría ser diferente). A mayor abundamiento, Menghin y Bórmida hicieron expresa alusión a que en su excavación encontraron abundante carbón de leña al llegar a la base de la capa 3 (1950, pág. 19), y era razonable pensar que algo de ese carbón podría ser hallado todavía en sedimentos no removidos a uno u otro lado de la zanja primigenia.

Con esos objetivos en mente nos trasladamos a la Gruta del Oro en agosto de 1981. Obviamos el tratamiento de su ubicación, aspecto y ambiente circundante, pues esos temas ya fueron objeto de descripción (Menghin y Bórmida, 1950; Madrazo, 1968; Teruggi, 1968). Nuestro primer trabajo fue localizar la ubicación de la excavación de 1950; para ello, nos guiamos por el plano aparecido en la publicación de ese año. Determinada su disposición aproximada sobre el terreno, profundizamos una zanja perpendicular a la de Menghin y Bórmida, eludiendo el sector del extremo sudoccidental del alero que había sido removido por Madrazo en 1968 (figura 1).

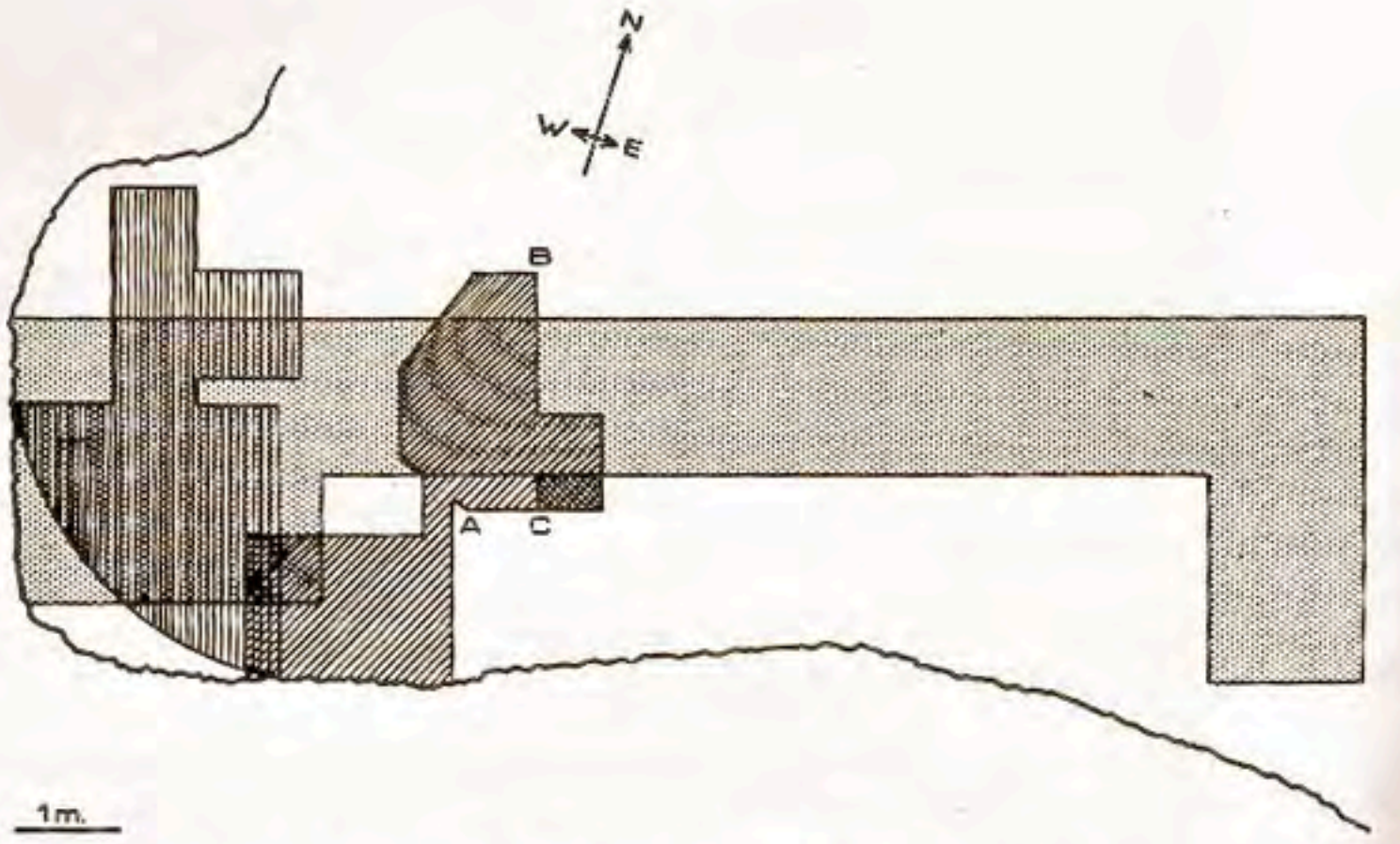


FIGURA 1: Plano comparativo de las diversas excavaciones en la Gruta del Oro.

Sobre uno de los lados de nuestro sondeo —marcado B-C en nuestra ilustración— fue muy fácil, al refilarlo adecuadamente, hallar el perfil de la trinchera de 1950: estaba nítidamente marcado por la acumulación de materiales de relleno, con típica textura irregularmente entrecruzada y con ausencia de estratificación discernible. Aunque Menghin y Bórmida dijeron que en partes de su excavación alcanzaron una profundidad de 1,60 m, en el sector donde planteamos nuestro sondeo apenas llegaron a la cúspide de la capa 4, o sea poco más de 60 cm desde la superficie del suelo de aquella época; allí se detuvieron, debido probablemente a los grandes peñascos de derrumbe que aparecen a tal profundidad. Una vez ubicada la situación de la zanja original, extendimos algo hacia atrás —hacia el oeste-sudoeste— la remoción del relleno para trabajar con mayor comodidad y facilitar la obtención de fotografías.

Sobre el perfil transversal así obtenido se notaba con toda claridad, hacia la derecha del material de relleno, la superposición de capas que se nota en las figuras 2 y 3. Junto a la zanja de 1950, las características de dichas capas correspondían por entero a las descripciones de Menghin y Bórmida, no presentando su identificación dificultad alguna; los límites entre los estratos eran igualmente netos (cf. figura 3). La índole de las capas y la ausencia de concreciones de carbonato de calcio permite excluir que constituyan horizontes diversos de un mismo suelo.

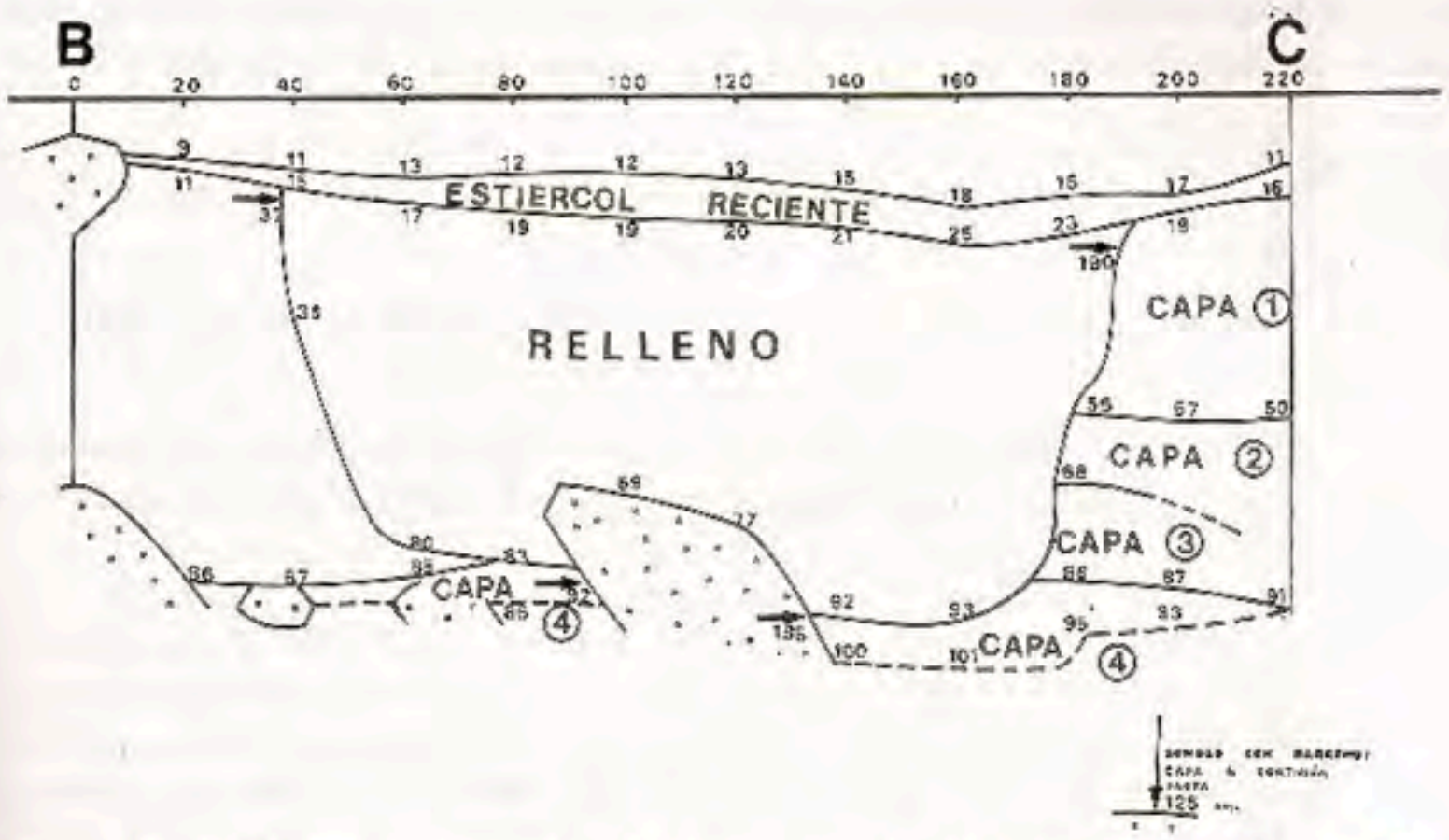


FIGURA 2: Perfil BC, transversal a la excavación de Menghin y Bórmida (1950).

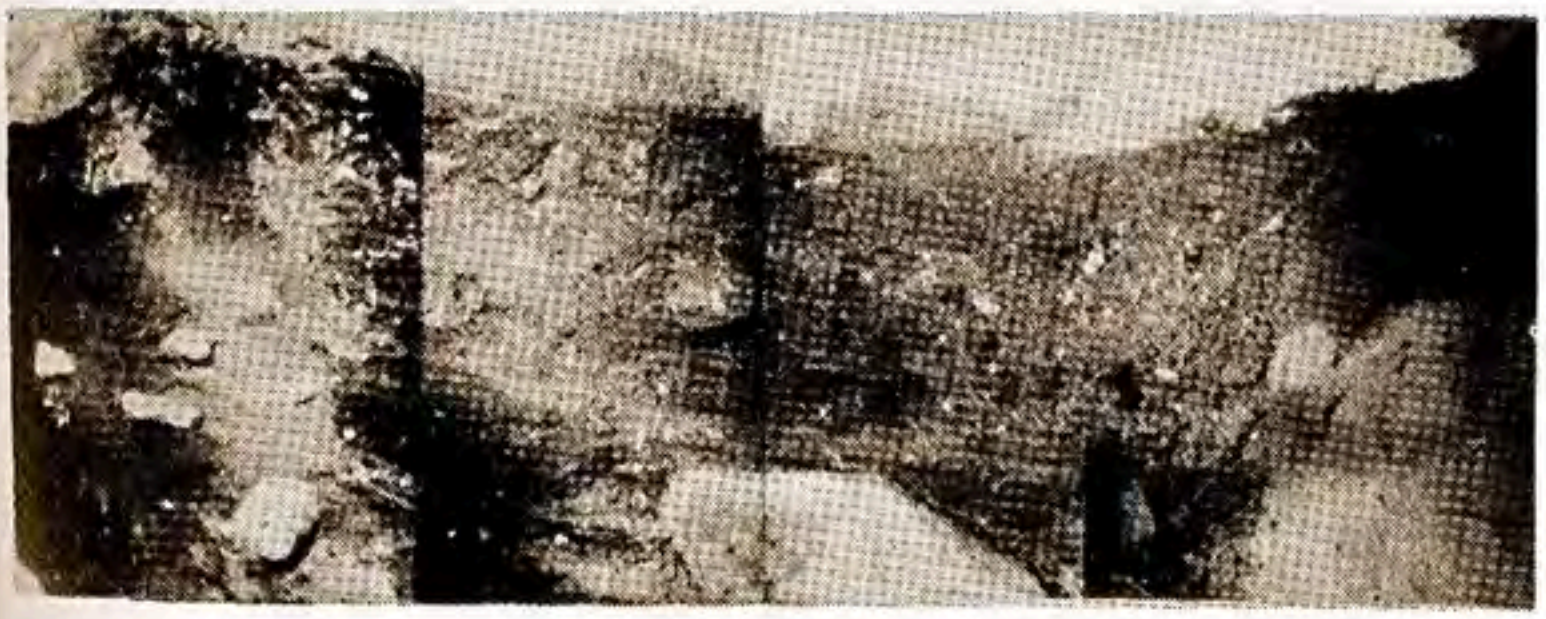


FIGURA 3: Fotografía seriada del mismo perfil de la figura 2.

Sin embargo, a medida que sobre ese perfil nos alejábamos del costado de la trinchera original hacia el punto marcado C en nuestras figuras 1 y 2, la coloración de la capa 3 se tornaba más clara, y su distinción con la superpuesta capa 2 se hacía más borrosa. Sobre la pared sud-sudeste de nuestro sondeo, al acercarnos al punto A, la capa 3 recuperaba identidad y coloración más oscura, pero sin llegar a serlo tanto como en el lugar primeramente descrito.

La expansión del sondeo hacia la pared posterior del alero, en la forma que también está indicada en la figura 1, permitió determinar —pese a la abundancia de rocas interpuestas— que allí se mantenía la diferencia entre las capas 2 y 3, si bien esta última mostraba color gris castaño (en húmedo) más parecido al registrado en el punto A que al que fuera encontrado por Menghin y Bórmida —y por nosotros— a lo largo de la trinchera de 1950. Al secarse, el material de la capa 3 de este último lugar conserva su color gris oscuro, marcadamente contrastante con el color castaño amarillento claro de la capa 2; en cambio, en la extensión cercana a la pared posterior del alero, al secarse el sedimento de la

capa 3 adquiere color castaño amarillento oscuro, que sigue siendo diferenciable del correspondiente a la capa 2, pero con menor grado de contraste.

La aparente discontinuidad en la capa 3 que se nota en las cercanías del ángulo C (cf. figura 3) y sus diferencias en grado de humificación nos obligaron a plantearnos algunas posibilidades alternativas:

1) la capa 3 sería el resultado del rellenamiento de madrigueras o de algún otro tipo de perturbación en la estratificación;

2) la capa 3 no sería sino la porción inferior de la capa 2, ensuciada por materiales orgánicos depositados durante su formación o arrastrados por percolación.

La observación directa de la situación permitió descartar la primera posibilidad. Para someter la segunda a verificación, tomamos muestras cerca de la pared del alero, las que fueron analizadas en el Laboratorio de Sedimentología de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. El resultado de tales análisis, efectuados por la Lic. María Elena Forzinetti gracias a la gentileza de la Dra. María Clara Etchichury, está incorporado a este trabajo como apéndice, y permite descartar que se trate de una misma capa con variantes menores.

En efecto: las diferencias porcentuales relativas al contenido en materia orgánica y a la composición de las fracciones arena y limo grueso confirman que la composición de una y otra capa es diferente y que deben ser tratadas por separado. Nótense en especial los contrastes en cuarzo y plagioclasa dentro de la fracción arena, y en biotita, vidrio volcánico y cutina en ambas fracciones. A su turno, esos datos sugieren disimilitudes genéticas: por el motivo que fuese, en épocas de acumulación de la capa 3 hubo en la gruta abundante ocupación vegetal y menor aporte externo que cuando se formó la capa 2. Esto coincide genéricamente con las conclusiones adelantadas por Cappannini sobre el particular (Menghin y Bórmida, 1950, pág. 36).

Cabe insistir en que ese resultado diferencial fue obtenido con muestras tomadas en el sector donde la distinción visual macroscópica e impresionista era menos marcada. De haber sido tomadas las muestras junto a la pared de la trinchera de 1950, al menos el contenido en materia orgánica indicado para la capa 3 habría sido sin duda mucho mayor.

Por otra parte, también corresponde señalar que, en el perfil B-C, la estratificación a la izquierda de la zanja original no continuaba a la que constatamos a la derecha. En ese sector —situado ya bajo el dintel del alero— no hay distinción neta entre los estratos superiores, sino una transición gradual: de un humus oscuro como el de la capa 1 se pasa en profundidad a un material arcilloso castaño amarillento, genéricamente comparable —pero no idéntico— al de la capa 2. Entre ese humus y la porción inferior no se interpone un límite definible.

No aparece aquí un humus enterrado como el de la capa 3, pero tampoco se ven señales de elevamiento del terreno que puedan sugerir una acumulación de derrubios endicante. Por el contrario, la bien marcada discordancia con la subyacente capa 4 y el declive del techo de esta última —visible en las

profundidades bajo el nivel horizontal de referencia marcadas en la figura 2– sugieren que la porción superior de ese estrato –formado en ambiente lagunar de aguas someras (Cappannini, en Menghin y Bórmida, 1950, pág. 36)– habría sufrido un leve proceso de erosión superficial. Esto no significa negar que haya existido el endicamiento: éste puede hallarse oculto, más externamente, donde estuviera ubicado el dintel del alero antes de que los derrumbes lo retrajeran hasta donde hoy está, pero constatar ese punto escapaba a los intereses de nuestra investigación.

Al haber cumplido nuestro primer objetivo –constatar que la existencia de la capa 3 no derivaba de algún error de observación de Menghin y Bórmida, pues tiene existencia real– pasamos al segundo. Menghin y Bórmida afirmaron que la capa 3 contenía abundancia de carbones vegetales (1950, pág. 19). No obstante, al excavar en nuestro sondeo la porción de sedimentos no removidos próxima a la pared A-C no pudimos hallar vestigio alguno de carboncillos; otro tanto ocurrió en la extensión próxima a la pared posterior del alero. Excavamos entonces dentro del relleno de la zanja de 1950 un sector de 60 por 60 cm que nos permitió tener acceso a un nuevo sector de pared de trinchera original con sedimentos no perturbados, y en éstos extrajimos otra columna de 60 por 40 cm hasta llegar a la superficie de la capa 3. Al profundizar en ésta, tampoco hallamos carboncillos recuperables para someter a datación, pero tomamos muestras de humus que –dado su visiblemente alto contenido en materia orgánica– permitirían arribar al mismo resultado. Una de esas muestras, tomada en la base de la capa 3 casi en contacto con la capa 4, fue enviada para su análisis a Beta Analytic Inc., de Coral Gables (Florida, Estados Unidos); el resultado fue el siguiente:

Beta 3271: 6560 AP ± 80 años = *4610 AC ± 80*

Este fechado fija la antigüedad de la capa en cuya base aparecieron las pruebas de presencia humana halladas por Menghin y Bórmida. Si bien no hay indicio alguno de perturbación estratigráfica que vicie el fechado, es posible preguntar si no existirán posibilidades de contaminación de algún otro tipo. Dado que las capas 2 y 4 no contienen cantidades apreciables de materia orgánica, no es posible pensar en contaminación por filtración desde la capa 1 o por ascenso capilar. En el momento en que practicamos la extracción de muestras, los sedimentos estaban enteramente secos hasta la profundidad alcanzada por el barreno; sin embargo, cuando llueve, el agua que cae por fisuras de la roca a la gruta interior fluye luego por percolación dentro del alero delantero. En tales circunstancias, el nivel del agua freática sube hasta el límite entre las capas 2 y 3. Tal agua percolante podría arrastrar materiales orgánicos de la superficie de la gruta interior (la que es frecuentada por ganado actual) y depositarlos en la capa 3. En tal caso, empero, la contaminación se produciría con sustancias modernas, y por lo tanto la datación obtenida indicaría una antigüedad *mínima* (siendo la real mayor). No vemos posibilidad de que haya existido contaminación en virtud de la cual el dato obtenido indique edad superior a la verdadera.

Simultáneamente con la obtención de las muestras para análisis radiocarbónico, tomamos otras para estudio palinológico. Estas fueron procesadas por

el Dr. Calvin J. Heusser (Department of Biology, New York University), y los resultados fueron los siguientes:

	Capa 1	*Capa 3*
esporos de *Polypodiaceae:*	68 %	9 %
esporos de *Polypodium:*	7 %	1 %
polen de especies varias:	25 %	90 %
Total	100 %	100 %

El polen comprende:

	Capa 1 cómputo s/300 granos	*Capa 3 cómputo s/100 granos*
Gramineae	40 %	82 %
Tubuliflorae	52 %	17 %
Liguliflorae	2 %	1 %
Gomphrena	6 %	–
Total	100 %	100 %

Las muestras tomadas en las capas 2 y 4 no contenían polen. Es de destacar que, en nuestro conocimiento, estos datos palinológicos figuran entre los primeros que se hayan publicado para el interior de la región pampeana: ambiente en el que las condiciones de oxidación imperantes tornan casi imposible la conservación de pólenes fósiles. Sin embargo, debemos resistir a la tentación de convertir de inmediato los resultados que estamos dando a conocer en indicadores de un panorama general de la región: no hay que olvidar que las muestras han sido tomadas en un microambiente. Estos análisis brindan información sobre cómo cambió la cubierta vegetal en el alero de la gruta y sus inmediatas adyacencias, pero las disimilitudes entre la capa 3, del quinto milenio AC, y la mucho más reciente capa 1 pueden deberse a muchas causas. Puede haber habido algún cambio climático general, pero no podemos descartar un retardo en la colonización de la región o del microambiente por especies en avance, u otros factores que ningún reflejo habrían tenido en el campo abierto circundante. Sólo cuando se disponga de más material comparativo obtenido en otros lugares será posible extraer conclusiones paleobotánicas o paleoclimáticas que revistan mayores visos de generalidad. La publicación de estos datos es sólo un aporte hacia ese resultado futuro.

Otro aspecto que faltaba considerar es el de la coetaneidad entre la formación de la capa 3 y la ocupación humana de la gruta. En efecto: como ya lo dijimos páginas atrás, habría sido posible argüir que el estrato en cuestión es relativamente antiguo pero que existen dudas en cuanto a la asociación estratigráfica de los artefactos que Menghin y Bórmida dijeron haber hallado en la base de la capa 3 y en la parte alta de la capa 4. Sin embargo, tampoco esa posibilidad es viable. No hemos hallado carbón de leña, fogones ni utensilios retocados de manera intencional, pero sí otros objetos indudablemente vinculados con acción humana en indiscutible asociación estratigráfica con la porción basal de la capa que ha sido radiocarbónicamente fechada. Esos objetos son:

1) una lasca con rastros de utilización sobre filos naturales. Seis microrretoques aparecen dispuestos en forma continua sobre el lado izquierdo

de la cara ventral. Otros cuatro, al parecer más astillados pero no tan claramente perceptibles debido a la presencia de corteza en ese sector, aparecen sobre el borde distal de la cara dorsal. Ambos bordes activos pueden ser considerados como irregularmente rectos; el ángulo de ataque es de 45° en el filo lateral, y de 65° en el distal. La forma, tamaño y concavidad de los microrretoques permite inferir empleo en función raspante sobre materiales duros. La forma-base es una lasca de cuarcita blanca (41,5 x 37 x 8,5 mm), secundaria o de desbastamiento, que conserva en sus porciones proximal y distal franjas de intensa intemperización previa al desprendimiento. El ángulo de lascamiento es recto, el talón es liso-natural, amplio; bulbo y desportilladura bulbar están bien marcados. La cara dorsal está ocupada en gran parte por un negativo de lascado anterior, de dirección concordante, complementado con pequeños sectores de otros cuatro negativos (algunos de éstos podrían ser discordantes o de sentido opuesto);

2) otra lasca con rastros de utilización sobre filo natural. Alrededor de nueve microrretoques de tamaño desparejo están dispuestos en forma continua sobre el lado derecho de la cara dorsal, integrando un filo que originalmente debió ser recto y que ahora —como consecuencia del microdesgaste— ofrece un aspecto suavemente festoneado. El bisel de ataque mide actualmente unos 40 a 50°, según los sectores. Los microrretoques son menos cóncavos que en el caso anterior, pero cabe inferir igualmente una función raspante en posición oblicua sobre material duro. La forma-base es una lasca de cuarcita rosada de forma trapezoidal (44,5 x 43 x 9 mm), secundaria o de desbastamiento, sin vestigios de corteza. El ángulo de lascamiento es poco oblicuo, el talón es diédrico ladeado, amplio; bulbo y ondas están bien marcados pero la desportilladura bulbar es apenas perceptible. La cara dorsal es lascada completa, con partes de cuatro negativos de dirección concordante;

3) tres lascas de cuarcita blanca (29,5 x 37 x 11 mm; 31 x 34 x 7 mm; 28 —fragmentada— por 26,5 x 6 mm). Secundarias o de desbastamiento (una conserva corteza sobre la porción distal). Angulo de lascamiento oblicuo; talón liso (dos amplios y uno casi lineal). Bulbos bien marcados; un solo caso de desportilladura bulbar grande. Caras dorsales lascada incompleta (una) y lascadas completas (dos), con negativos de lascados anteriores concordantes o no determinables (figura 4, izquierda).

Todos esos objetos fueron hallados en el sector que en la figura 1 está representado en forma cuadriculada, o sea en el mismo lugar donde se tomaron las muestras para análisis radiocarbónicos y palinológicos. Al iniciar el sondeo, en el ángulo A habíamos encontrado otra lasca —ésta de material silíceo oscuro (26 x 22 x 7,5 mm)— cuya posición estratigráfica era muy probablemente similar a las anteriores, pero no podemos certificarla con total seguridad.

En ese mismo sector de sondeo próximo a la pared A-C, al remover la porción superior de la capa 4 hallamos:

1) un fragmento de cuarcita (103 x 95 x 55 mm), del que parece haber sido desprendida al menos una lasca de 45 x 25 mm;

2) un pequeño objeto de forma no bien definida (28 x 20 x 17,5 mm), con retoques al parecer por presión cuyas disposición e intencionalidad no son



FIGURA 4: Artefactos hallados en nuestro sondeo de 1981. A la izquierda, arriba: dos lascas con rastros de utilización; abajo: tres lascas de talla. A la derecha: posible podolito y posible núcleo.

claras (podría ser un podolito), pero que por ser de calcedonia —materia prima enteramente alóctona al lugar— testimonia intervención humana en su presencia allí (figura 4, derecha).

El material que acabamos de describir es escaso y poco representativo. Al extender la excavación hacia la pared posterior del alero no hallamos otros artefactos en las capas 3 y 4 (aunque sí una lasca de cuarcita, sin interés especial, en la capa 1). La baja densidad de hallazgos denotada por el trabajo de Menghin y Bórmida y por nuestros sondeos no justifica, a nuestro parecer, que se emprendan en el lugar excavaciones más ambiciosas: el pequeño alero parece haber sido ocupado de manera sólo esporádica. Es muy difícil que proporcione cantidad sustancialmente mayor de utensilios, que posibilite un estudio intensivo de conjunto. No obstante, los pocos artefactos que hemos descrito cumplen el objetivo que perseguíamos: demostrar que en la época indicada por el fechado radiocarbónico que hemos dado a conocer ya había seres humanos en la región que visitaron —siquiera ocasionalmente— el lugar.

° ° ° ° °

Al decidir este re-estudio de la Gruta del Oro, nuestra intención era la de resolver un problema estrictamente arqueológico. En ningún momento nos propusimos cuestionar el mecanismo imaginado por Teruggi para explicar la génesis de las cuevas, y nuestras conclusiones no afectan en sentido alguno su opinión (salvo, tal vez, en cuanto requieren un período más largo para el

proceso de sedimentación). Determinar si ese mecanismo se dio o no en la realidad, si más hacia afuera del actual dintel del alero existen o no vestigios de algún antiguo endicamiento, y cuál es la causa por la que en la franja externa del alero la estratificación difiere de la constatada en la franja interna, son problemas cuya solución requiere versación más profunda que la nuestra en materia geológica. Sin embargo, por el momento no nos preocupan, pues no influyen sobre el resultado alcanzado a través de un camino independiente: el de la datación radiocarbónica.

En concreto, con nuestro re-estudio de la Gruta del Oro hemos demostrado:

1) la existencia real e independiente del humus enterrado identificado como capa 3, al menos en parte del alero (*);

2) la antigüedad de la ocupación humana de la gruta, que no se remonta apenas a comienzos de nuestra era (como pensó Madrazo) sino a mediados del quinto milenio AC.

Madrazo es autor de otra tesis: que los hallazgos de Estancia La Moderna (Palanca y otros, 1972 y 1973) nada tienen que ver con los de la Gruta del Oro y restantes materiales arqueológicos del centro de la provincia de Buenos Aires; corresponderían a horizontes, etapas o tradiciones sin vinculación genética directa entre sí (Madrazo, 1979, págs. 59 y 61). Nuestra rectificación de la fecha que él atribuía a la primera ocupación humana de la Gruta del Oro no refuta su tesis, pero ciertamente no ayuda a corroborarla.

En relación con la discrepancia de opiniones entre Menghin y Bórmida, por una parte, y Madrazo, por otra, en torno de la antigüedad de esa primera ocupación humana de la Gruta del Oro, nuestra investigación ha llegado a un resultado mucho más próximo a la creencia de los primeros que a la del segundo. Ahora bien: el hecho de que la presunción de modernidad sostenida por Madrazo haya quedado refutada no implica necesariamente que la tesitura de Menghin y Bórmida haya sido convalidada. No es el primer caso, en efecto, que el azar permite que procedimientos incorrectos y datos erróneos conduzcan a un resultado aproximadamente correcto.

En efecto: para afirmar que esa ocupación humana de la Gruta del Oro habría tenido lugar alrededor de 5000 AC, Menghin y Bórmida se apoyaron sobre las opiniones y el asesoramiento de Auer. Sin embargo, proyectar a distancia el esquema paleoclimático elaborado por este último en Tierra del Fuego choca con muchas dificultades:

1) como ya lo mencionamos páginas atrás, Tierra del Fuego depende del régimen climático del Antártico y el Pacífico, en tanto la provincia de Buenos Aires se halla en el área de influencia del Atlántico;

(*) Incidentalmente, podemos señalar que en nuestro sondeo tampoco hemos verificado positivamente la afirmación de Madrazo en el sentido de que la capa 4 parece constituir la porción basal de la capa 2 en descomposición. La textura, el color, la existencia de abundante limonita en la capa 4 y la nítida superficie de discordancia que se advierte en la porción izquierda del perfil B-C contrarían esa asimilación. Por otra parte, si bien es verdad que sobre el relleno de la zanja de 1950 se formó una capa de estiércol moderno muy apelmazado, su espesor (indicado por las profundidades consignadas en el perfil de la figura 2) no confirma el veloz ritmo de crecimiento consignado por Madrazo (1971, pág. 37).

2) es bien sabido que el esqueleto de ese esquema está constituido por la datación de sucesivas capas de ceniza volcánica. Las estimaciones de antigüedad para ellas deducidas por Auer recibieron en el área de influencia del monte Burney (Tierra del Fuego y Patagonia continental al sur de la cuenca del Gallegos) confirmación radiocarbónica que bien podemos calificar como espectacular (Auer, 1958, pág. 229; 1959, pág. 21; 1965, págs. 11-12; 1970, pág. 104; 1974, págs. 8-9 y 18). Pero más al norte no ocurrió así: las capas de tefra I y II quedaron fechadas en épocas notoriamente divergentes de lo presumido por Auer (Auer, 1970, pág. 107; 1974, pág. 12; *Radiocarbon*, vol. 11, pág. 586). Si bien se ha sugerido cierta posibilidad de contaminación en las muestras, no hay apoyo empírico alguno que sustancie esa interpretación. Por lo tanto, no podemos dejar de tomar en consideración la probabilidad de que el esquema cronológico-paleoclimático de Auer no sea aplicable en el norte de Patagonia; si tal fuera el caso, mucho menos adecuado lo sería para el centro de la provincia de Buenos Aires.

Por supuesto, no es imposible que —pese a todo— la secuencia climática holocénica de la región pampeana y la de Tierra del Fuego hayan sido estrechamente comparables, debido a la influencia de causas comunes de radio de acción más amplio, quizá planetario (como Auer gustaba de pensar). Pero, para sostenerlo, deberíamos contar con datos concordantes muchísimo más abundantes que los que se hallan actualmente a nuestra disposición. Por el momento, es menester recordar que la coincidencia de secuencias climáticas entre regiones alejadas entre sí debe ser fruto de deducciones a posteriori de estudios intensivos en ambas regiones, no de proyecciones a priori desde una hacia la otra.

La confirmación de que la primera ocupación humana de la Gruta del Oro tuvo una antigüedad relativamente considerable tampoco justifica que para aludir a los artefactos hallados sigamos empleando la denominación de "industria Tandiliense". Su creación tal vez estuvo justificada en el momento en el que se dieron a conocer esos primeros hallazgos, pero no puede seguir estándolo. La sola distancia temporal no justifica una singularización corológica, y no podemos continuar manteniendo la ficción de una configuración faseológica especial definida por apenas una raedera y unas pocas lascas, algunas con uno que otro retoque esporádico.

En un conjunto tan pequeño, la influencia del azar en su composición es enorme. Es evidente que los objetos recuperados en la Gruta del Oro constituyen una ínfima parte del instrumental con el que se manejaba el grupo humano que alguna vez la ocupó (probablemente con alguna funcionalidad muy específica, tal como apostadero de caza o estación de tránsito), y no hay forma de potenciar esos pocos utensilios conservados en forma de obtener una imagen ilustrativa, no distorsionada, de aquel instrumental total. En otras palabras: sobre la base de únicamente los hallazgos de la Gruta del Oro, carece de toda lógica presuponer que los grupos humanos que vagaban por la Pampa en el quinto milenio AC utilizaban *únicamente* raederas de retoque marginal corto y lascas como las que constituyen la muestra. Por lo tanto, en lugar de hablar de "industria Tandiliense", lo que corresponde es limitarse a emplear la menos comprometida expresión "los hallazgos de la Gruta del Oro".

Lo dicho no significa abrir juicio alguno sobre la índole del instrumental no representado; sólo podemos decir que ignoramos por entero cómo estaba

constituido. Tampoco implica compartir el cuestionamiento de Madrazo referido a la existencia o inexistencia de la Tradición Tandilense global, o de una raigambre epiprotolítica en las manifestaciones arqueológicas pampeanas. Esto constituye otro tema, y en este artículo no entraremos en su discusión. Si bien ya tenemos opinión formada sobre el particular, el tratamiento de tal problema debe reposar sobre datos mucho más abundantes que los proporcionados solamente por la Gruta del Oro. Por lo tanto, tal discusión queda reservada para otra publicación de próxima aparición.

Agradecemos al señor Juan Roberto Cieschanow el apoyo logístico gentilmente proporcionado que posibilitó la investigación de campo; a la Dra. María Clara Etchichury, la lic. María Elena Forzinetti y la Srta. Mónica Falcone, de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, la realización de los análisis sedimentológicos; al Dr. Calvin J. Heusser, de la Universidad de Nueva York, los análisis palinológicos; al Dr. Murry Tamers, de Beta Analytic, el análisis radiocarbónico; y a la Arq. Mónica Mancini la confección del plano que constituye nuestra figura 1.

Buenos Aires, octubre de 1981.

BIBLIOGRAFIA

Auer, Väinö. 1958. "The Pleistocene of Fuego-Patagonia". Parte II: "The history of the flora and vegetation". *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), nº 50, Helsinki, 239 págs.

– 1959. "The Pleistocene of Fuego-Patagonia". Parte III: "Shoreline displacements". *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), nº 60, Helsinki, 247 págs.

– 1965. "The Pleistocene of Fuego-Patagonia". Parte IV: "Bog profiles". *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), nº 80, Helsinki, 160 págs.

– 1970. "The Pleistocene of Fuego-Patagonia". Parte V: "Quaternary problems of southern South America". *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), nº 100, Helsinki, 194 págs.

– 1974. "The isohrythmicity subsequent to the Fuego-patagonian and Fennoscadian ocean level transgressions and regressions of the latest glaciation". *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), nº 115, Helsinki, 88 págs.

Heusser, Calvin J. 1966. "Late-Pleistocene pollen diagrams from the province of Llanquihue (southern Chile)". En *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 110, nº 4, 23 de agosto, págs. 269-305.

– 1974. "Vegetation and climate of the southern Chilean lake district during and since the Last Interglaciation". En *Quaternary Research*, vol. 4, nº 3, septiembre, págs. 290-315.

– y Streeter, S. Stephen. 1980. "A temperature and precipitation record of the past 16.000 years in southern Chile". En *Science*, vol. 210, nº 4476, 19 de diciembre, págs. 1345-1347.

Madrazo, Guillermo B. 1968. "Hacia una revisión de la prehistoria de la Pampa bonaerense". En *Etnía*, nº 7 (enero a julio), Olavarría, págs. 1-12.

– 1972. "Arqueología de Lobería y Salliqueló (provincia de Buenos Aires)". En *Etnía*, nº 15 (enero a julio), Olavarría, págs. 1-18.

– 1973. "Síntesis de arqueología pampeana". En *Etnía*, nº 17 (enero a junio), Olavarría, págs. 13-25.

—1979. "Los cazadores a larga distancia de la región pampeana". En "Prehistoria Bonaerense", Municipalidad de Olavarría, Olavarría, págs. 9-67.

MENGHIN, OSVALDO F. A. y BÓRMIDA, MARCELO. 1950. "Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia (provincia de Buenos Aires)". En *Runa*, volumen III, Buenos Aires, págs. 5-36.

PALANCA, FLOREAL; DAINO, LEONARDO y BENBASSAT, EDGARDO. 1972. "Yacimiento Estancia La Moderna (partido de Azul, provincia de Buenos Aires). Nuevas perspectivas para la arqueología de la Pampa bonaerense". En *Etnía*, nº 15 (enero a julio), Olavarría, págs. 19-27.

—; GAU, LILIANA y PANKONIN, ALDO. 1973. "Yacimiento Estancia La Moderna (partido de Azul, provincia de Buenos Aires)". En *Etnía*, nº 17 (enero a junio), Olavarría, págs. 1-12.

POLANSKI, JORGE. 1963. "Estratigrafía, neotectónica y geomorfología del Pleistoceno pedemontano entre los ríos Diamante y Mendoza (provincia de Mendoza)". En *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, tomo XVII, nos. 3-4 (julio-diciembre de 1962), Buenos Aires, págs. 127-349.

TERUGGI, MARIO E. 1968. "Geología y sedimentología de las cuevas de la Cuchilla de las Aguilas (sierras de Tandil, provincia de Buenos Aires)". En *Etnía*, nº 7 (enero a julio), Olavarría, págs. 13-25.

APENDICE

ANALISIS SEDIMENTOLOGICO DE MUESTRAS DE LA CUEVA DEL ORO

Por María Elena Forzinetti

El presente trabajo, que fue realizado en el laboratorio de sedimentología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, contó con la colaboración de la Srta. Mónica Falcone.

El estudio comprende el análisis granulométrico y mineralógico de dos muestras de la Cueva del Oro, provincia de Buenos Aires. Se trata de sedimentos pelíticos, cuya gama cromática comparada con los patrones de la Rock Color Chart resultó ser: castaño amarillento oscuro (10 YR 3/2) y castaño amarillento pálido (10 YR 6/2) para las muestras nº 3 y nº 2, respectivamente.

La técnica empleada para la determinación granulométrica consistió, en primer lugar, en el cálculo de materia orgánica (humus). La determinación se efectuó atacando las muestras secas con Perhidrol (peróxido de hidrógeno al 6 %); por diferencia de peso con la muestra original se pudieron establecer los respectivos porcentajes:

Muestra nº 2:	0,53 %
Muestra nº 3:	11,30 %

Posteriormente, se determinó el contenido de carbonatos con el calcímetro de Scheibler, obteniéndose en ambos casos resultados negativos.

A continuación se efectuó el análisis granulométrico; éste consistió en separar las fracciones constituyentes del material pelítico por pipeteo y de la fracción psamítica por tamizado. La distribución porcentual de las distintas fracciones es la siguente:

	Arena	*Limo*	*Arcilla*
Muestra nº 2:	3 %	54 %	43 %
Muestra nº 3:	11 %	50 %	39 %

Para el estudio mineralógico se montaron en nitrobenceno preparaciones transitorias de las fracciones arena y limo grueso, respectivamente. En ambas muestras, la composición de la fracción arena no difiere mayormente en las especies minerales que la constituyen, pero sí en los porcentajes relativos de cada una de éstas:

Especies	*Muestra nº 2 Frecuencia %*	*Muestra nº 3 Frecuencia %*
cuarzo	40	15
plagioclasa	20	40
vidrio volcánico	10	3
biotita	10	2
hornblenda	5	+
augita	+	+
epidoto	3	+
opacos	12	3
cutina	—	35

+ Indica vestigios.

En la fracción limo grueso, la diferencia más notoria entre ambas muestras es la presencia de un porcentaje apreciable de cutina en la Muestra nº 3 y de biotita en la Muestra nº 2.

Especies	*Muestra nº 2 Frecuencia %*	*Muestra nº 3 Frecuencia %*
cuarzo	5	10
plagioclasa	25	32
vidrio volcánico	15	2
biotita	30	1
opacos	4	—
anfíboles	2	1
piroxenos	+	+
epidoto	1	+
cutina	—	33
fitolitos	23	21
diatomeas	—	+

+ Indica vestigios.

Tanto en la fracción arena como en la fracción limo grueso, el cuarzo se presenta en granos alotriomorfos, subangulosos, con extinción normal y en algunos casos con crecimiento secundario.

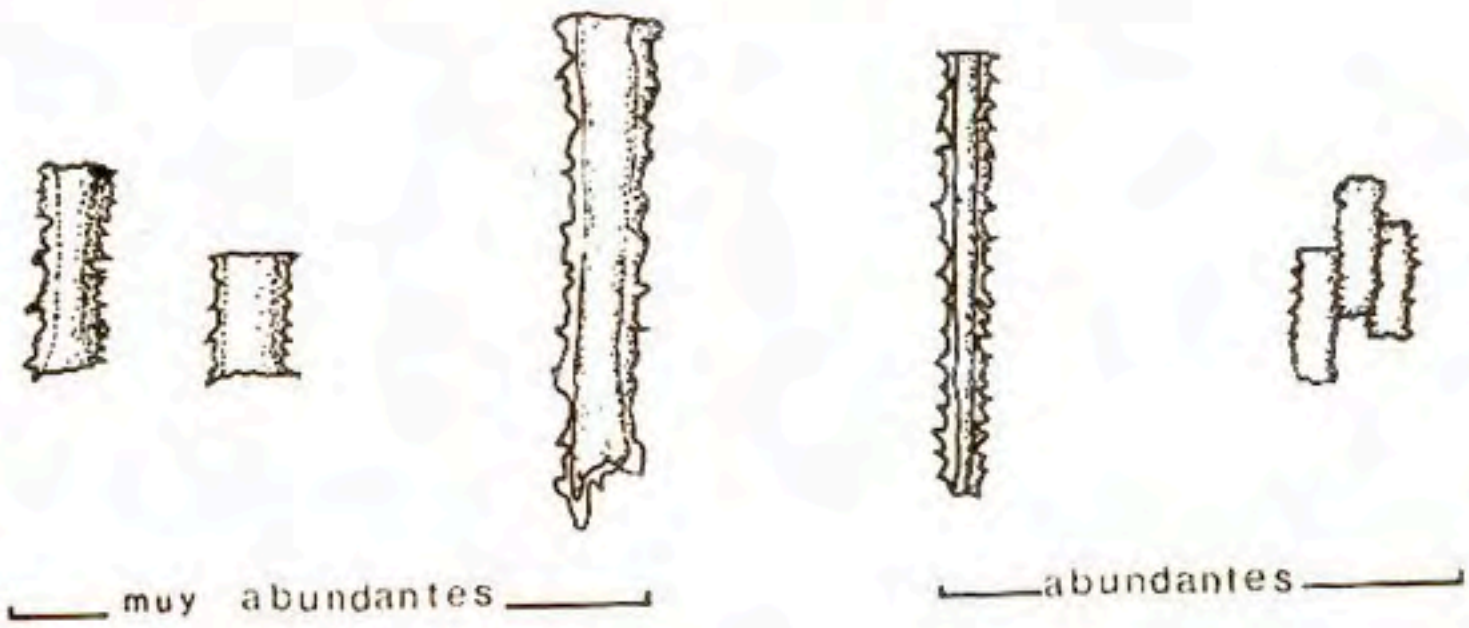


FIGURA 5: Silicobiolitos hallados en el análisis de sedimentos de la capa 3.

Los feldespatos, representados fundamentalmente por la variedad calcosódica, presentan el maclado característico y su estado es fresco. Por el contrario, los escasos feldespatos alcalinos muestran abundante alteración alofánica y algo de sericita.

El vidrio volcánico está presente como trizas angulosas de las variedades incolora y castaña, identificables por su índice de refracción ($n < 1{,}53$) como correspondientes a la variedad ácida a mesosilícica (riolitas y andesitas).

La biotita se presenta en láminas castañas, muy destruidas y parcialmente desferrizadas. También con distintos grados de alteración se observan las escasas láminas de piroxenos y anfíboles que integran las muestras.

Los minerales opacos corresponden principalmente a grumos de hematita y granos de magnetita.

Como rasgo destacable, especialmente en el caso de la Muestra Nº 3, se observa la presencia de fragmentos de cutina de color gris verdoso claro en los que suelen verse restos de tejidos vasculares; sus contornos son angulosos e irregulares.

Otro componente organógeno destacable son los biolitos silíceos, representados por espículas de esponjas, células de gramíneas, etc. Estos fueron identificados por comparación con los representados en el trabajo de la Dra. Hetty Bertoldi de Pomar ("Análisis comparativo de sílicobiolitos de diversos sedimentos continentales argentinos", *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, tomo XXXV, nº 4, 1980).

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

EL ARTE RUPESTRE DEL ABRIGO DE PILCANIYEU, PROVINCIA DE RIO NEGRO

Ana María Llamazares

I. INTRODUCCION

I.1. El sitio Abrigo de Pilcaniyeu fue mencionado por primera vez en la literatura especializada por Rodolfo Casamiquela, al incluirlo en la comunicación que hiciera en el XXXVII Congreso Internacional de Americanistas realizado en Mar del Plata en 1966 (Casamiquela, 1968: 375). Este era el único antecedente con el que contábamos al comenzar nuestras investigaciones, y sus conclusiones –que analizamos en el punto I.2.– nos sirvieron de guía para formular nuestras hipótesis fundamentales.

En este trabajo se presentan los resultados de la elaboración de los datos obtenidos en nuestra primera campaña de relevamiento del arte rupestre del Abrigo, realizada en el verano de 1979. Esta investigación forma parte de la Segunda Etapa del Plan de Investigación para el área de Pilcaniyeu presentado por las Licenciadas Boschín y Nacuzzi en 1978, aprobado por el Centro de Investigaciones Científicas de Viedma. Esta etapa del trabajo contemplaba fundamentalmente la conclusión de la excavación del Abrigo de Pilcaniyeu, cuyos resultados fueron expuestos por María T. Boschín y Lidia R. Nacuzzi en el simposio Dr. Osvaldo Menghin realizado en Chivilcoy en 1979 (Boschín, M. T. y Nacuzzi, L. R.; 1980) y el relevamiento de las manifestaciones de arte rupestre que estuvo a nuestro cargo.

Tal como se evidenció en prospecciones y tareas de campo posteriores (Boschín, M. T. y Vulcano, C. M.: Informe al CIC 1980; Boschín, M. T.; Llamazares, A. M. y Vulcano, C. M.: 1981) el área constituye un rico centro de evidencias prehistóricas. La investigación debe integrarse tanto del nivel arqueológico, como del etnohistórico y del análisis del arte rupestre. Como un primer paso en este último aspecto es que se inserta el presente trabajo.

I.2. Como ya mencionamos, las propuestas de Casamiquela * fueron nuestros hilos conductores al iniciar las investigaciones. Las resumiremos brevemente.

* Debo agradecer a Rodolfo Casamiquela su estímulo permanente y el haberme dado la oportunidad de trabajar en este sitio; a Carlos Aschero, por ser quien me inició en el estudio del arte rupestre y por sus enriquecedoras observaciones a la redacción original de este trabajo y también, a María Teresa Boschín, quien es conjuntamente responsable de la elaboración de las hipótesis alternativas que se explicitan en el punto I.2.

En "Novedades interpretativas..." Casamiquela vuelca las observaciones realizadas durante el verano de 1961 en tres yacimientos de Patagonia Septentrional atribuibles –desde el punto de vista de su arte rupestre– el "estilo de pisadas", tal como lo definiera Menghin (Menghin, O., 1957: 66 y ss.).

Sobre la base de la filiación pre-patagoniense de las industrias asociadas que Casamiquela exhumó en dos de estos sitios –uno de ellos el Abrigo de Pilcaniyeu– cuestiona la atribución cronológica y cultural que Menghin señalara para el estilo de pisadas (comienzos durante el Tehuelchense antiguo y florecimiento hasta el auge del Tehuelchense Medio), retrotrayendo sus comienzos hasta el 3.000 AC [1].

En el Abrigo de Pilcaniyeu señala la presencia de dos formas de representación: grabados y pinturas que –afirma– "se trata de dos cosas totalmente diferentes que suponen dos momentos totalmente diferentes" (Casamiquela, 1968: 338). Las pinturas "de filiación francamente moderna" (Ibid: 389), que correlaciona con sitios pertenecientes al estilo de grecas definido por Menghin, y asegura "debe ubicarse en época relativamente reciente del presente milenio" (Ibid: 390).

Con respecto a los grabados dice Casamiquela "es evidente que desde el punto de vista estilístico han de ubicarse dentro del canon definido como «estilo de pisadas» por Menghin" (Ibid: 389) y asocia con ellos la industria encontrada en el piso del Abrigo la cual "si bien parece encaminarse tipológicamente hacia el Patagoniense (...) está lejos de poder ser englobada bajo ese rótulo" (Ibid: 389). Compara, por otra parte, su materia prima –toba arcillosa silicificada color cremoso– con la del Jacobaccense de Cerro Alto, Chubut, lo cual junto con la morfología arcaizante de sus piezas lo llevan a pensar que se trata de una industria pre-patagoniense. Posteriormente, en su presentación acerca del Jacobaccense en el V Congreso Nacional de Arqueología Argentina realizado en San Juan en 1978, expresa que "de la industria de Jacobacci deriva aquella sui generis asociada con los grabados rupestres de Pilcaniyeu".

Sobre la base de estas consideraciones orientamos la investigación con eje en las siguientes hipótesis:

1. Existen en el sitio Abrigo de Pilcaniyeu dos modos de representación: a) representativo y b) abstracto.
2. Existe correspondencia técnico-morfológico entre el grupo representativo y el grabado; y entre el grupo abstracto y la pintura.
3. El grupo representativo-grabado se puede atribuir al estilo de pisadas definido por Menghin (1957).
4. El grupo abstracto-pintado se puede atribuir al estilo de grecas definido por Menghin (1957).
5. El grupo estilístico de pisadas es anterior cronológicamente al de grecas.

Este grupo de hipótesis que llamamos fundamentales, no es más que una reformulación de las ideas sugeridas por Casamiquela en el trabajo citado. Su

[1] Aunque escapa a nuestro propósito de glosar las propuestas hechas por Casamiquela en el trabajo citado, no podemos dejar de mencionar que esta cronología ha sido profundamente modificada en obras más recientes (Gradin, 1977) estimando los comienzos del estilo de pisadas en una fecha no anterior al 500 AC.

contrastación se desarrolla a lo largo del análisis de los datos, cuyos resultados confirman estas hipótesis fundamentales.

Los problemas surgen al pasar del nivel del análisis del arte rupestre, al de su asociación con los resultados de la excavación·

Siguiendo las líneas de razonamiento de Casamiquela resumidas anteriormente, la confirmación de las hipótesis sobre el arte rupestre del Abrigo, implica su correspondencia con otras hipótesis referentes a lo arqueológico que se podrían reformular de la siguiente manera:

1. Existen en el sitio dos componentes industriales:
   a) nivel inferior atribuible al jacobaccense
   b) niveles superiores atribuibles al Patagoniense
2. Con el nivel jacobaccense se correlacionan los motivos atribuibles al estilo de pisadas.
3. Con el nivel patagoniense se correlacionan los motivos atribuibles al estilo de grecas.

A diferencia de lo que sucede con el análisis del arte rupestre, los resultados del estudio de los materiales extraídos de la excavación (ver Boschín, M. T. y Nacuzzi, L. R., 1980) no confirman la primera de estas hipótesis, y por tanto carecen de sentido las otras dos. Según Boschín y Nacuzzi en todos los niveles (16) de la excavación del Abrigo aparece una misma industria caracterizada como Patagoniense cerámico septentrional.

Sin embargo, existen ciertos indicadores que podrían sugerir la presencia de dos componentes industriales en el Abrigo. Algunos de ellos ya fueron sugeridos por Boschín y Nacuzzi, tal el caso que entre las capas 13 y 16 (las más bajas de la secuencia) desaparecen las puntas de proyectil, aparecen instrumentos sobre formas base de módulo más grande que los de los niveles superiores y raederas en mayor cantidad. De nuestros propios análisis agregamos que por debajo de la capa 13 desaparecen también los pigmentos minerales que se localizaban en los niveles superiores a la misma; y que analizando la distribución porcentual de la cerámica vemos que el 98,75 % de los tiestos están ubicados entre la superficie y la capa 12, y un solo tiesto que representa el 1,25 % restante se encuentra en la capa 15. Este último –además– se halla en una cuadrícula contigua a la zona donde Casamiquela efectuó el sondeo en 1961, por el cual es altamente probable su carácter intrusivo.

Estos indicadores, si bien no son suficientes como para hablar de dos componentes industriales en el sitio –lo cual llevó a Boschín y Nacuzzi a considerar como una sola industria a todo el material arqueológico exhumado–, están señalando algunas diferencias tecnológicas –ubicadas claramente por debajo del nivel de la capa 13– que pueden pasar inadvertidas bajo el rótulo único de Patagoniense cerámico, pero que no podemos dejar de lado al intentar esclarecer cuál fue el pasado ocupacional de la cueva.

Sugerimos entonces sobre la base de las evidencias antes mencionadas, algunas hipótesis alternativas:

1. Existió en el Abrigo de Pilcaniyeu una ocupación inicial de carácter local portadora de los grabados de pisadas.

2. Esa ocupación inicial sufre luego una intensa influencia patagoniense evidenciada a nivel industrial en la adopción de puntas de proyectil, la cerámica y un refinamiento del material lítico; y a nivel del patrimonio artístico-espiritual, en la integración de una nueva técnica –la pintura– y un nuevo aservo simbólico –lo geométrico rectilíneo–.

Dadas –además– las siguientes hipótesis presupuestas de tipo general como aceptables:

a) Las modificaciones de la tecnología industrial son más fácil y rápidamente aceptadas que las del patrimonio espiritual.
b) Un cambio cultural no necesariamente implica la pérdida de patrones anteriores.

se puede explicar en el caso del Abrigo de Pilcaniyeu que la secuencia excavada muestre una homogénea industria patagoniense cerámica desde niveles muy profundos e inmediatamente superpuestos a los componentes de la base ligeramente diferentes; mientras en el arte se pueden distinguir claramente dos grupos estilísticos; mediante la última hipótesis específica alternativa.

3. Cuando los ocupantes del Abrigo de Pilcaniyeu eran industrialmente patagonienses, continuaban realizando los grabados; es decir que, dentro de un grupo ya transformado tecnológicamente sobrevive su estilo artístico local y más antiguo, tal vez incorporando inicialmente la variante técnica que significó la pintura (nótese el alto porcentaje de los grabados repintados) hasta finalmente incorporar a su patrimonio simbólico las formas geométricas del estilo de grecas.

Estas hipótesis sólo son conjeturas elaboradas frente a los problemas planteados en el sitio, para las que carecemos de elementos corroboratorios. Su valor reside en orientar nuestras búsquedas futuras pues necesitamos, sin lugar a dudas, encontrar el apoyo empírico adecuado a través de la ampliación de los trabajos del área.

II. UBICACION Y DESCRIPCION GEOGRAFICA DEL SITIO

Para ubicar al sitio geográficamente me remito a las descripciones dadas por Boschín y Nacuzzi en su trabajo recientemente publicado. "El Abrigo de Pilcaniyeu se encuentra ubicado en el sudoeste de la provincia de Río Negro. departamento de Pilcaniyeu, a unos 70 km al este de la localidad de San Carlos de Bariloche (...). El Abrigo está situado dentro del Cuadro Casa de Piedra de la Estancia Pilcañeu, propiedad de la Compañía de Tierras del Sur, a 1.500 m de la ruta nacional Nº 23 y a 7 km del pueblo de Pilcaniyeu. A 15 m de cota sobre el nivel de la senda que conecta el Cuadro con la ruta, se abre en la toba volcánica de la serie andesítica del Terciario, la oquedad que tiene 7 m de ancho en su boca, por 2,70 m de profundidad máxima en orientación norte-sur y 1,80 m de altura" (Boschín M. y Nacuzzi L., 1980: 123).

Sólo agregamos que sus coordenadas son 41º5' de latitud sur y 70º42' de longitud oeste.

III. DESCRIPCION DEL AREA CON REPRESENTACIONES RUPESTRES

III·1. Sectorización:

La superficie ocupada por pinturas y grabados fue operativamente dividida en tres sectores: A, B y C. Se ubican sobre el fondo de la pared rocosa del Abrigo a lo largo de unos 6,5 m y ocupan todo el alto de la misma, desde la parte más alta (1,5 m) hasta unos centímetros por debajo del nivel del piso actual.

El criterio utilizado para sectorizar ha sido prevalentemente topográfico, ya que la morfología de los motivos presenta bastante unidad en toda la superficie utilizada.

Ubicándonos de frente a la pared, de izquierda a derecha dividimos (ver figura 1): 1. - *el sector A* (2,70 m de ancho por 1,07 m de alto), que es el de máxima concentración de motivos, pues encontramos, en abigarrada superposición, la mayoría de los tipos morfológicos aislados; 2. - *el sector B* (0,22 m de ancho por 0,30 m de alto) que corresponde a una saliencia de la pared; y 3. - *el sector C* (0,66 m de ancho por 0,90 m de alto) un metro más hacia la derecha del sector B, identificable como un pequeño conjunto de grabados.

III.2. Estado de Conservación

El estado de conservación del panel es bastante malo. La pared ha sufrido numerosos descascaramientos que, en algunos casos, han fragmentado los motivos. Esto se aprecia especialmente en los grabados. Las pinturas, en cambio, no han sido deterioradas por fracturas y mantienen en algunos casos, tonalidades intensas bien identificables. En otros, los colores se ven francamente desvaídos. Queremos destacar que un motivo del sector B que Casamiquela identificara en 1961 como un círculo pintado de rojo y ribeteado de blanco, en nuestro relevamiento lo observamos como un círculo rojo descolorido. Inferimos de ello que el reborde blanco se ha perdido en el curso de los 18 años que mediaron entre las dos visitas.

FIGURA 1: Ubicación en planta de los sectores con manifestaciones rupestres.

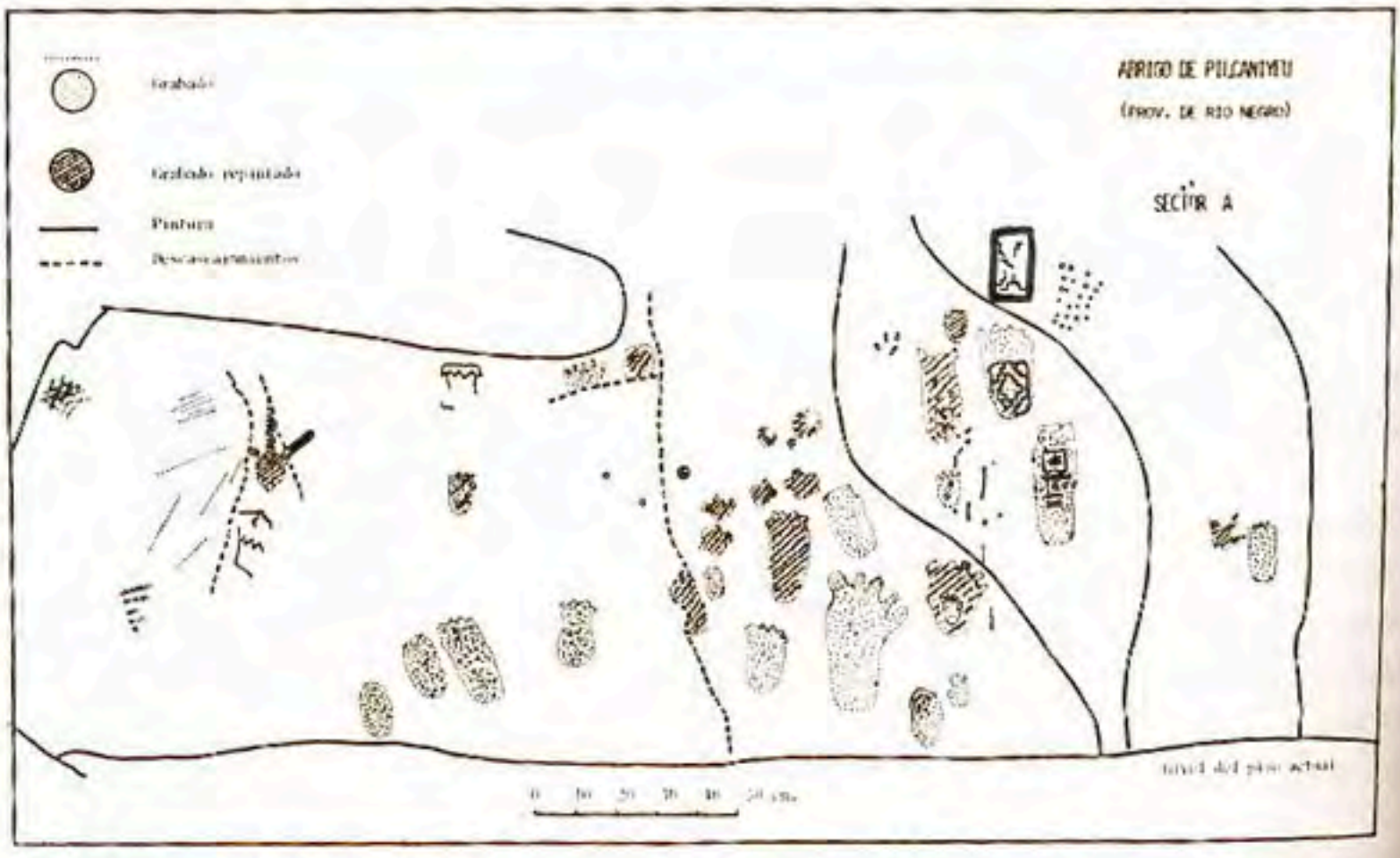


FIGURA 2: Gráfico de la ubicación de los motivos del Sector A.



FOTOGRAFÍA Nº 1: Grabados y pinturas correspondientes al Sector A del Abrigo de Pilcaniyeu.

Con respecto a los descascaramientos queremos incluir una consideración pues si bien han sido un factor deteriorante para las representaciones, nos brindan algunos indicadores cronológicos relativos, para pensar que la factura de los grabados fue anterior, en algunos casos, a la resquebrajadura. Tal es el caso de un motivo grabado que representa la huella de un avestruz (Nº 5, sector A), cuya rama derecha desaparecida por un descascaramiento, fue completada posteriormente con el mismo trazo pintado.

En otros casos se aprecia un aprovechamiento intencional de las saliencias y rebordes dejados por los desprendimientos, para ubicar las representaciones –motivos Nº 11, sector A y Nº 40, sector A–, lo cual indicaría que el descascaramiento fue anterior al grabado. No obstante, para utilizar esto como un indicador para diacronizar los grabados entre sí, sería necesario afinar el análisis de los descaramientos y pátinas de los mismos, y después ver cuáles son los motivos que aparecen en los distintos niveles de la pared.

IV. RECOLECCION DE LOS DATOS

El relevamiento en el campo se realizó durante unos 10 días de campaña en los cuales se llevaron a cabo las siguientes tareas:

1. División en sectores topográficos tal como se describe en el punto III.1.
2. Muestreo de colores y técnicas (cuya elaboración en las correspondientes tipologías se vuelca en el cuadro Nº 2).
3. Relevamiento por sector, incluyendo:
   - 3.1. Realización de croquis topográficos a mano alzada.
   - 3.2. Inventario del total de las unidades morfológicas en planillas.
   - 3.3. Calcos a escala natural en polietileno.
   - 3.4. Documentación fotográfica.

La documentación gráfica presentada en este trabajo incluye parte de las tomas que constituyen el punto 3.4 y los croquis topográficos (punto 3.1.) corregidos posteriormente en gabinete sobre la base del calco sobre polietileno (punto 3.3).

V. ANALISIS DE LOS DATOS

La elaboración de los datos obtenidos en el terreno se realizó siguiendo dos tipos de métodos: a) cualitativo y b) cuantitativo.

El análisis cualitativo consiste en: 1) construcción de una tipología morfológica de los motivos; 2) construcción de una tipología de técnicas y colores; 3) construcción de una tipología morfológica de las pisadas humanas y 4) estudio de las superposiciones.

El análisis cuantitativo consiste en: 1) construcción de la distribución de frecuencias de motivos por sector; 2) construcción de un cuadro de asociación de rasgos de las pisadas humanas, que permitió luego elaborar la tipología mencionada y 3) construcción de la distribución de frecuencias de técnicas y colores por grupos tipológicos.

La combinación de los resultados de ambos tipos de análisis se ha volcado en los cuadros Nº 1 y Nº 2.

Considerando los caracteres morfológicos y técnicos de la representación, los datos obtenidos en el Abrigo de Pilcaniyeu nos permiten afirmar que:

1) *Morfológicamente* existen dos formas de representación:
   a) representativo (definida como aquella en la que se descubre en forma evidente el modelo de la naturaleza que se quiso representar).
   b) Abstracta (aquella en la que no hay un correlato evidente con forma alguna de la naturaleza)·

2) *Tecnológicamente* existen tres formas de realización:
   a) Grabado (levantamiento de partes de la corteza de la roca con distintas modalidades técnicas)
   b) Pintura (aplicación de una sustancia pigmentada sobre la superficie de la roca)
   c) Grabado repintado (Grabado sobre el que se ha aplicado pintura respetando los trazos originales del grabado).

V.1. Análisis morfológico:

El siguiente cuadro incluye la TIPOLOGIA MORFOLOGICA DE MOTIVOS [2] y la DISTRIBUCION DE FRECUENCIAS DE MOTIVOS POR SECTOR.

Nº	Gripos tipológicos	Sectores A	B	C	Totales p. mot.	Ac.	%	% Ac.
1	Pisadas humanas	23		5	28	28	42,42	42,42
2	Pisadas de ñelino	4			4	32	6,06	48,48
3	Pisada de avestruz	2			2	34	3,03	51,51
4	Pisada de guanaco	1			1	35	1,51	53,03
5	Puntiformes aislados	5			5	40	7,57	60,60
6	Puntiformes agrupados	3			3	43	4,54	65,15
7	Puntiformes formatizados	2			2	45	3,03	68,18
8	Trazos rectilíneos alineados	3			3	48	4,54	72,72
9	Trazos rectilíneos agrupados	2			2	50	3,03	75,75
10	Trazos angulares compuestos	2	1		3	53	4,54	80,30
11	Enmarcados	3			3	56	4,54	84,84
12	Líneas curvas irregulares aisladas			1	1	57	1,51	86,36
13	Figuras curvilíneas aisladas	1	1		2	59	3,03	89,39
14	Figura subrectangular en forma de "hacha ocho"		1		1	60	1,51	90,90
15	Círculo irradiado			1	1	61	1,51	92,42
16	Hoyuelos naturales utilizados	4		1	5	66	7,57	100
	TOTALES	55	3	8	66		100	

CUADRO Nº 1

[2] Esta tipología fue construida en base a otra más general que en colaboración con C. Aschero, M. Solís y C. Villalba elaboramos para el sitio Cerro de los Indios, Lago Posadas, provincia de Santa Cruz; la que a su vez se basó en el cuadro clasificatorio de motivos de C. Gradín (1968).



FOTOGRAFÍA Nº 2: Detalle de pisadas humanas grabadas. Angulo inferior derecho del Sector A. Abrigo de Pilcaniyeu.



FOTOGRAFÍA Nº 3: Detalle de los motivos rupestres del extremo derecho del Sector A. Abrigo de Pilcaniyeu.

Al grupo representativo corresponden los grupos tipológicos Nº 1, 2, 3 y 4. Los restantes corresponden al grupo abstracto. El primero está compuesto por 35 motivos, es decir, el 53,03 % del total de unidades. Por su parte el grupo abstracto está integrado por 31 motivos, que representan el 46,97 % restante. Las frecuencias más o menos parejas nos indican la existencia de dos entidades independientes aunque, la pequeña supremacía del grupo representativo —teniendo en cuenta que el universo es pequeño, 66 motivos) puede señalar una mayor preponderancia en este sitio de ese grupo y por tanto, inferirse que la ocupación de los portadores de esta forma de representación fue más intensa.

V.1.1 Morfológicamente el *grupo representativo (A)* se caracteriza porque la totalidad de sus motivos son representaciones de pisadas humanas y animales. La intención naturalista es marcada, lo cual no sólo se aprecia en las tan realistas huellas de pies humanos, sino también en los rastros de avestruz. Los dos únicos casos de estos últimos que aparecen en el Abrigo reproducen exactamente las uñas y espolón del animal. Quisiéramos destacar la ausencia completa del signo tripartito en el Abrigo de Pilcaniyeu, tan frecuente en otros sitios del estilo pisadas. Si pensamos en el tridígito o tripartito como una esquematización de la pisada naturalista del avestruz que llega a formar parte inclusive del repertorio del estilo grecas no ya grabado sino pintado (Ver Aschero; C., Llamazares, A.; Solís, M. 1978); los motivos tan marcadamente naturalistas de pisadas de avestruz del Abrigo, hablarían en favor de cierta antigüedad de estas representaciones dentro del estilo.

El grupo A mereció un análisis más detallado pues algo característico —no muy frecuente en otros sitios del estilo pisadas— es la notable preponderancia de la pisada humana (28 motivos, es decir, 42,42 % del total). Del estudio de la correlación entre los rasgos relevados para estos motivos (técnica de realización, profundidad del grabado, forma general de la pisada, presencia o ausencia de dedos, forma de los dedos, tamaño y otros) se confeccionó una tipología de pisadas humanas, de acuerdo con un mayor o menor grado de realismo y una mayor o menor elaboración de sus partes.

Los tipos establecidos son los siguientes (los números a la derecha indican la canitdad de veces que aparecen):

I. Forma oval sin dedos 7
II. Forda oval con dedos esbozados o formatizados 2
III. Forma estrangulada con dedos en hoyuelo 2
IV. Forma subrectangular sin dedos 2
V. Forma subrectangular con dedos esbozados 5
VI. Forma subrectangular con dedos formatizados en "V" 4
VII. Forma subrectangular con dedos bien formatizados 5

Simplificando esta clasificación para poder apreciar mejor cómo se comporta el tratamiento de la pisada humana en este sitio, nos quedaría el siguiente esquema (donde se incluye solamente la forma general y ausencia o presencia de dedos, más su relación con el tamaño):

Forma	*Dedos*	*Tamaños predominantes*	*Cantidad*
Oval	sin	Pequeño y mediano	7
Oval	con	Grande y mediano	2
Estrangulada	con	Pequeño y mediano	2
Subrectangular	sin	Pequeño y grande	2
Subrectangular	con	Grande	14

Sobre estos datos podemos hacer algunas observaciones. Las formas ovales reúnen 9 casos, las subrectangulares, 16. Las formas sin dedos incluyen 9 casos y las con dedos, 18. De lo cual se desprende que lo más característico de este sitio son las pisadas humanas de forma subrectangular con dedos, ya sea esbozados o formatizados.

V.1.2. Al *grupo abstracto (B)* corresponden los tipos 5 al 15. De ellos sólo los tipos 10, 11 y 14 (trazos angulares compuestos, figuras enmarcadas y figura en forma de hacha ocho) pueden adscribirse con claridad al estilo de grecas tal como lo caracteriza Menghin. Numéricamente no son los más relevantes (22,58 % del grupo abstracto, 10,6 % del total), pero morfológicamente son los más característicos y llamativos. Los motivos más sencillos y también los más desdibujados, son trazos angulares escalonados y zig-zags aislados. Los más representativos y apreciables son los enmarcados bícromos con escalonados y cruciformes en su interior. Un detalle destacable es la particular elección del lugar de realización de estos motivos. En dos de los tres casos que se presentan se hallan superpuestos a pisadas humanas de gran tamaño e inscriptos completamente dentro del borde del motivo grabado. Estos casos apoyan lo señalado en otros trabajos (Gradín, C.; 1973 - Aschero, C.; et al. 1978) con respecto al uso del espacio más restringido y la tendencia a la delimitación de las figuras típicas del estilo grecas.

V.2. Análisis tecnológico:

Existen desde este punto de vista tres formas de realización: a) Grabado, b) Pintura y c) Grabado repintado. Un análisis más menudo de las diversas variantes y combinaciones permitió elaborar una tipología de técnicas que se vuelca en el cuadro Nº 2, junto con la distribución de frecuencias por grupos tipológicos.

El análisis cuantitativo muestra preponderancia del grabado (40,90 % si lo consideramos solo y 71,21 % si incluimos también el grabado repintado). La pintura sola en cambio, es minoritaria (28,78 %). La combinación de ambas técnicas que, en rigor es un repintado del grabado que yace por debajo, es un rasgo característico de este sitio (Ver correlaciones con otros sitios del área que presentan grabados repintados en punto VIII). La proporción en que aparece es prácticamente la misma que la de la pintura sola (30,30 %). Esto indicaría que la pintura fue en algún momento, una técnica complementaria del grabado, un repintado que se encuentra actualmente difuso y absorvido por la superficie porosa del picado.

El grabado solo y repintado se asocia al grupo de motivos representativos, en su mayoría pisadas y también algunos trazos rectilíneos, un círculo irradiado y los hoyuelos naturales utilizados.

La pintura sola —por su parte— se asocia al grupo de los motivos abstractos. Cuando aparece combinada con el grabado no implica una formatización diferente, sino que acompaña los trazos del picado que como dijimos, en su mayoría son motivos de pisadas.

Tipos de Técnicas			*Grupos tecnológicos*																*Totales*	
			1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16		S.T.
GRABADO	Picado Plano		10																10	
	Incisión lineal									2	2								4	27
	Picado plano + Raspado		11																11	
	Horadación de hoyuelos																	2	2	
PINTURA	De puntos						5	3	2										10	
	Plano Monócroma	Rojo													1	1			2	
		Rosado																		
		Ocre																		
		Blanco																		
	Lineal Monócroma	Rojo								1		3							4	19
		Rosado																		
		Ocre																		
		Blanco																		
	Lineal Polícroma	Rojo/Bl.											1						1	
		Rojo/Rs./Bl.											1						1	
	Plano-lineal Polícr.	Rojo/Bl.											1						1	
GRABADO + PINTURA	Picado plano + pintura plana	Rojo	2																2	
		Rosado			4	1	1												6	
		Ocre				1													1	
		Blanco																		
	Incisión lineal + pintura lineal	Rojo																		
		Rosado																		
		Ocre												1					1	20
		Blanco																		
	Picado plano + raspado plano + pintura plana	Rojo	1																1	
		Rosado	3												1		1		5	
		Ocre	1																1	
		Blanco																		
	Horadación de hoyuelos + pintura	Rojo																2	2	
		Rosado																		
		Ocre																1	1	
		Blanco																		

CUADRO Nº 2

TOTAL 66

El muestreo de tonalidades nos permitió aislar cuatro colores: rojo, rosado, ocre y blanco. Estos se corresponden en cierta medida con los pigmentos encontrados en capa, que son ocres, rojos y marrones.

Analizando los datos volcados en el cuadro Nº 2 se pueden hacer algunas observaciones.

El color más frecuente es el rojo, del cual hay 22 casos sobre un total de 42. La tonalidad de este color es intensa, semejante a un berbellón oscuro. Algunas variaciones viran a un rojo más violáceo.
Se aprecian también diferentes intensidades. En algunos casos la pintura está muy desvaída, apenas perceptible, como en los trazos angulares de tipo escalonados y zig-zags. En otros, como en el motivo semejante a un hacha ocho se aprecia una tonalidad interna más clara bordeada por el mismo rojo, pero más intenso. Pensamos que este motivo, muy próximo y aparentemente vinculado al círculo rojo que Casamiquela vio bordeado de blanco (al que hicimos referencia en el punto III.2.), tal vez haya estado originalmente también orlado de blanco, lo cual ayudó a conservar mejor las partes de rojo de los bordes que ahora, al desaparecer el blanco –seguramente de una sustancia más rápidamente perescible– aparecen de un tono más intenso.

Resta agregar que el rojo se presenta asociado a todos los motivos tipo, solo o combinado con el grabado en todas sus variantes y también en todos los casos de bi y policromías.

Al rojo le sigue en importancia numérica, el rosado (12 casos). Este color no aparece en forma independiente. Siempre se presenta asociado al grabado, tanto en sus variantes técnicas del picado plano, como del picado plano más raspado plano. Y también forma parte de uno de los motivos enmarcados polícromos.

Se registraron 5 casos de ocre y 3 de blanco. El primero aparece asociado al grabado en algunos motivos de pisadas, y solo en puntiformes. El blanco, por su parte, sólo se ha conservado en los enmarcados bi y polícromos.

V.3. Correlación técnico-morfológica

En los puntos V.1. y V.2. hemos analizado por separados el comportamiento de los 2 grupos morfológicos determinados (A: representativo y B: Abstracto) y los 3 grupos tecnológicos a) grabado, b) pintado, c) grabado repintado. Queremos destacar que la correspondencia entre los primeros y los segundos muestra una interesante asociación.

Grupos Tipológicas	*Grupos morfológicos*	
	A	B
Grabado	21	6
Pintado	0	19
Grabado repitando	14	6
	35	31

CUADRO Nº 3

De las cifras volcadas en el cuadro Nº 3 se observa que el grupo morfológico A es preponderantemente grabado, lo cual se reafirma por la ausencia de motivos representativos pintados; mientras que el grupo B es preponderantemente pintado. Los casos exceptuados de la relación "abstracto-pintado" son 12. Los primeros seis son: 2 trazos rectilíneos alineados, 2 trazos rectilíneos agrupados y 2 hoyuelos utilizados, todos grabados. Los seis restantes son: 1 motivo de líneas curvas irregulares aisladas realizado en incisión lineal más pintura ocre, 1 figura curvilínea aislada picada y raspada en plano más pintura rosada, 1 círculo irradiado ("sol") picado y raspado en plano más pintura rosada y 3 hoyuelos naturales utilizados.

VI. DETERMINACION DE LOS GRUPOS ESTILISTICOS

Los grupos previamente definidos en función de los rasgos técnico-morfológicos pueden fundirse en unidades de análisis de un alcance mayor: los grupos estilísticos.

Gradín los define como "los conjuntos vinculados entre sí por asociaciones temáticas o de tratamiento de la forma, más que por sus rasgos técnicos" (Gradín, C. 1978 a: 125). A la consideración de la dimensión temática que busca reflejar una cierta unidad de motivación le agregamos la posibilidad de adscribir los grupos elaborados a estilos previamente definidos.

En el caso que nos ocupa podemos establecer que existen en el sitio Abrigo de Pilcaniyeu, 2 grupos estilísticos:

A) de pisadas
B) de grecas

A) Formado por el conjunto de los elementos que integran el grupo morfológico representativo (Grupos tipológicos 1, 2, 3 y 4) es decir, las representaciones de pisadas humanas y animales; más algunos elementos del grupo morfológico abstracto (grupos tipológicos 8, 9, 12, 13 y 15), es decir, formas geométricas (trazos rectilíneos alineados y agrupados, curvilíneos aislados, figura curvilínea y círculo irradiado).
A su vez está integrado por todos los elementos de los grupos tecnológicos grabado y grabado repintado.
Finalmente, lo denominamos "de pisadas" pues dentro de la sistematización de estilos formulada por Menghin (1957) se corresponde adecuadamente a lo que este autor caracterizó como "estilo de pisadas" (Menghin, 0. 1957: 66 y ss.).
Lo incluimos dentro de esta categoría estilística por:

a) la presencia predominante de motivos que representan huellas (humanas y animales)
b) la presencia de motivos de carácter geométrico esquemático.
c) el grabado como forma de realización.

B) Formado por parte del conjunto de los elementos que integran el grupo morfológico abstracto (grupos tipológicos 5, 6, 7, 8, 10, 11 y 14), es decir, motivos geométricos de tipo rectilíneo. Está compuesto asimismo, por todos los elementos del grupo tecnológico pintado.

Lo denominamos "de grecas" pues sus motivos se corresponden con aquellos que indicara Menghin (1957: 70 y ss.) para caracterizar el estilo del mismo nombre.

Lo incluimos dentro de esta categoría estilística por:

a) la presencia perdominante de motivos geométrico-lineales que forman trazos angulares.
b) Uso restringido y circunscripto del espacio utilizado para las representaciones.
c) Uso de la pintura como forma exclusiva de realización, y el uso del color rojo como tonalidad predominante.
d) Presencia de elementos provenientes de la excavación asociables por su decoración al "estilo grecas", tales como la cerámica y un fragmento de placa grabada (Ver punto VII)·

VII. CRONOLOGIA Y ELEMENTOS ASOCIADOS

Para el análisis de la variable cronolgía sólo podemos aportar datos para la ubicación relativa de los grupos estilísticos.

Los casos de superposición son siete. De ellos, cinco son de motivos geométricos pintados sobre pisadas; y dos, de pisada sobre pisada. La presencia absoluta de grabados de pisadas por debajo es un indicador –no concluyente– de que el grupo estilístico de grecas es posterior al de pisadas en este sitio. La idea de que la pintura es posterior al grabado está apoyada por el interesante caso, ya mencionado, de la pisada de avestruz fragmentada por un descaramiento en una de sus ramas, que fue completada posteriormente con pintura rosada.

Con respecto a las superposiciones de pisada sobre pisada pondrían considerarse como un primer indicador de diacronía entre diferentes tipos de pisadas. Aunque su morfología no indica que las más elaboradas estén sobre las menos elaboradas, lo cual sería pensable suponiendo una secuencia evolutiva. En cambio, podrían tratarse de casos de superposición intencional, pues hay una cierta familiaridad morfológica entre los motivos superpuestos los que incluso por su disposición, podrían integrar una sucesión a manera de rastro.

Los hallazgos en capa que pueden servir como indicador para ubicar cronológicamente los grupos estilísticos representados sobre la pared son: 23 fragmentos de minerales pigmentados distribuidos más o menos uniformemente hasta la capa 13, ausencia de ellos en las tres capas inferiores; y el hallazgo de un percutor-cincel en la capa 15. Estos datos apoyan los resultados del análisis de las superposiciones en el sentido de que también indican una posterioridad de la pintura, y por tanto, del grupo estilístico de grecas.

Otros elementos provenientes de la excavación que pueden asociarse –por su decoración– al grupo geométrico abstracto son algunos tiestos cerámicos y un fragmento de placa grabada.

La cerámica decorada aparece hasta la capa 11. Los motivos son incisiones profundas de dobles líneas rectas paralelas, y punzonado irregular de puntos dispuestos de dos en dos (Ver Boschín, M. Nacuzzi, L. 1980: 127 y ss.).

El fragmento de placa grabada proviene de la capa 4. Está decorado en ambas caras. El dorso contiene dos líneas rectas paralelas que encierra trazos

entrecruzados rectos, también puntiformes y trazos angulares. La otra cara muestra —también incisos— una línea recta, dos trazos almenados poco formatizados paralelos a la primera y un zig-zag más fino. La conexión entre la decoración de la cerámica incisa y el estiio de grecas de Patagonia ya ha sido establecida (Menghin O. 1952 a: 14); (Gradín, C. 1978 b: 78 y ss.); así como la de la decoración de las placas grabadas y el estilo de grecas (Menghin, O. 1952: 14 - 1957: 75;Bórmida, M. 1952 - Gradín, C. 1973: 152 y ss.).

En el abrigo de Pilcaniyeu los elementos decorativos del arte mobiliar mencionados encuentran fiel correlación con algunos motivos pintados en rojo sobre la pared rocosa, a saber: los trazos angulares, los almenados y los zig-zag. Debemos recalcar que a la luz del hallazgo del fragmento de placa grabada, cobra interés el motivo Nº 1 del sector B con forma de "hacha ocho". La presencia de este motivo refuerza —según Casamiquela— la conexión entre los motivos enmarcados pintados y la decoración de las placas grabadas patagónicas (Casamiquela, R. 1968: 390). El contenido mágico-religioso de estas últimas (Bórmida, M. 1952) podría estar representado no sólo a través del objeto en sí, sino de su decoración —copiada en el arte parietal— o la réplica de su forma, como en el caso del motivo mencionado.

Con respecto a las consideraciones cronológicas intentadas más arriba, la distribución en capa de estos elementos asociados apoya lo expuesto en el sentido de la posteridad del grupo estilístico de grecas. Los tiestos decorados aparecen en las capas 1, 4, 6 y 11; y el fragmento de placa en la 4. Ninguno de estos elementos decorativos se presenta en las capas inferiores a la 11.

VIII. CORRELACIONES

Desde el punto de vista técnico el arte del Abrigo de Pilcaniyeu presenta un interés especial, pues es uno de los pocos sitios conocidos donde se combinan el grabado y la pintura.

Dentro de un área más o menos cercana, Carlos Bruch ha publicado dos sitios con similares características: Vaca Mala y El Manzanito. El primero ubicado al sur del arroyo Vaca Mala a 3 km de su desembocadura en el Limay (provincia de Neuquén); y el segundo, al oeste del arroyo Blanco en la zona de Paso Miranda, provincia de Río Negro.

En El Manzanito, un bloque bastante pobre de representaciones, "dos de los rastros de avestruz y uno de los de guanaco han sido grabados antes de ser pintados" (Bruch, C. 1904: 72). Con Vava Mala son más los puntos de contacto pues no sólo podemos correlacionar el aspecto técnico, sino también el morfológico. El conjunto principal está compuesto por grabados que "luego han sido pintados de color rojo (...) (Bruch, C. 1091: 174). Los motivos son en su mayoría pies humanos y también huellas de avestruz, guanaco, círculos concéntricos y otras representaciones geométricas pintadas. Al respecto Menghin señala que "probablemente (hayan sido) coloreadas en épocas posteriores" (Menghin, O. 1957: 68). Entre el contexto arqueológico de superficie levantado por Bruch menciona, además de algunas láminas líticas, tiestos cerámicos con decoración de trazos paralelos horizontales incisos.

En el teritorio del Neuquén, un solo sitio de los 48 mencionados por Jorge Fernández en su reciente recopilación (Fernández, J. 1978) presenta esta par-

ticularidad técnica del grabado repintado. Se trata de Peña Haichol ubicado a 1 km de la localidad de ese nombre, Departamento Picunches, en la región cordillera central de Neuquén. Aquí también –al igual que en el Abrigo de Pilcaniyeu– el grabado ha sufrido un raspado y después de este tratamiento se ha aplicado la pintura. Los motivos son tridígitos, así como un laberintiforme también grabado.

IX. RESUMEN Y CONCLUSIONES

1. El sitio Abrigo de Pilcaniyeu ubicado a 7 km de la localidad de ese mismo nombre, al sudoeste de la provincia de Río Negro, fue estudiado por primera vez en 1961 por Rodolfo Casamiquela (Casamiquela, R. 1968).
2. Nuestro estudio del arte rupestre se orientó hacia la contrastación por medio de un análisis cuali-cuantitativo de las conclusiones obtenidas de visu por Casamiquela, a saber:
   a) la existencia en el sitio de dos formas de representación (grabado y pintura) atribuibles respectivamente a los estilos de pisadas y grecas definidos por Menghin.
   b) la preexistencia relativa del grupo de los grabados.
3. Morfológicamente existen en el Abrigo dos formas de representación:
   A) representativo-naturalista, que representa un 53,03 % del total de representaciones y se caracteriza porque la totalidad de sus motivos son pisadas humanas y animales.
   B) Astracto, que representa el 46,97 % restante, y sus motivos son figuras y líneas geométricas rectilíneas.
4. Tecnológicamente identificamos 3 formas de realización de las representaciones:
   a) Grabado, preponderante numéricamente pues representa el 40,90 % si la consideramos sola, y 71,21 % si incluimos también el grabado repintado.
   b) Pintura, que representa el 28,78 % del total.
   c) Grabado repintado, que es un rasgo característico de este sitio y aparece en una proporción prácticamente semejante a la de la pintura sola (30,30 %).
5. La correspondencia técnico-morfológica es importante pues el grabado (solo o repintado) se corresponde con el grupo morfológico A, mientras que la pintura lo hace con el grupo B.
6. Integrando los grupos técnico-morfológico previamente definidos en unidades de análisis de mayor alcance, hemos establecido la presencia en el Abrigo de dos grupos estilísticos:

   a) de pisadas
   b) de grecas

   en función de su unidad temática y de su adscripción a los estilos caracterizados por Menghin (1957).

7. Los indicadores manejados para establecer la ubicación cronológica relativa de los grupos estilísticos —análisis de las superposiciones, hallazgos de pigmentos, fragmento de placa grabada y tiestos cerámicos decorados en capa— permiten concluir que el grupo estilístico de grecas es posterior al de pisadas.

Buenos Aires, Noviembre de 1981

BIBLIOGRAFIA

Aschero, C.; Llamazares, A. M. y Solís, M. 1978. *Las pinturas de grecas del sitio Cerro de los Indios, Lago Posadas, provincia de Santa Cruz.* Comunicación presentada al V Congreso de Arqueología Argentina. San Juan. (en prensa).

Bórmida, M. 1952. *Pampidos y australoides. Coherencias ergológicas y míticas.* En: Archivo Ethnos. Serie B, Nº 6. Editorial Keiron. Buenos Aires.

Boschín, M. T. y Nacuzzi, L. 1980. *Investigaciones arqueológicas en el Abrigo de Pilcaniyeu. Río Negro.* En: Sapiens. Nº 4, pp. 123-129. Chivilcoy.

—y Vulcano, C. M. 1980. *Prospección en el área de Pilcaniyeu.* Informe al Centro de Investigaciones Científicas. Viedma (m.s.)

—Llamazares, A. M. y Vulcano, C. M. 1981. *Noticia sobre investigaciones en curso en la provincia de Río Negro.* Colegio de Graduados en Antropología. Boletín, Nº 9, p. 29. Buenos Aires.

Bruch, C. 1901. *La piedra pintada del Arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes (Neuquén).* Revista del Museo de La Plata. Tomo X, pp. 173 y ss. La Plata.

—1904. *La piedra pintada del Manzanito (territorio de Río Negro).* Revista del Museo de La Plata. Tomo XI, pp. 71-72. La Plata.

Casamiquela, R. 1968. *Novedades interpretativas con relación a nuevos yacimientos con grabados rupestres del norte de Patagonia.* Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas (Mar del Plata 1966), pp. 375- 394. Buenos Aires.

—1978. *Algunas reflexiones acerca del Jacobaccense.* Comunicación presentada al V Congreso de Arqueología Argentina. San Juan. (en prensa).

Fernández, J. 1978. *Corpus de arte prehistórico neuquino (Primera parte).* Revista del Museo Provincial. Tomo 1. Arqueología, pp. 17-93. Neuquén.

Gradin, C. 1973. *La piedra pintada de Manuel Choique (Provincia de Río Negro).* Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología .Nueva Sesie, Nº VII, pp. 145-157. Buenos Aires.

—1977. *Grabados de la Angostura del río Deseado.* Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile. Vol. II, pp. 595-616. Altos de Vilches.

—1978a. *Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres.* Revista del Museo Provincial. Tomo 1 - Arqueología, pp. 120-127. Neuquén.

—1978b. *Las pinturas del Cerro Shequen (provincia de Chubut).* Revista del Instituto de Antropología. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Tomo VI, pp. 63-92. Córdoba.

Menghin, O. 1952. *Las pinturas rupestres de la Patagonia.* Runa. Vol. V. Partes 1-2. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, pp. 5-22. Buenos Aires.

—1957. *Estilos de arte rupestre de Patagonia.* Acta praehistorica. Vol. I, pp. 57-87. Buenos Aires.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

UN INSTRUMENTO MUSICAL DESCONOCIDO DE LA COSTA PATAGONICA

Rodolfo F. J. Brunet

INTRODUCCION:

La interminable creatividad del hombre se manifiesta repetidamente en todos los niveles cronológicos y en todas las facetas de su vida. Tanto para su subsistencia, como para su recreación o en las prácticas de su religión.

Así es como ha creado innumerables utensillos, que como sucede en la Patagonia, permite obtener gran cantidad de material lítico. Pero esta inmensa región geográfica, es relativamente pobre en la utilización de material malacológico, puesto que éstos se reducen a las cuentas de collares, cucharas de concha, valvas perforadas y raspadores.

Por consiguiente, consideramos de particular importancia, estos instrumentos musicales, que por ser repetitivos en el mismo contexto, llamaron mi atención. Para poder llegar a establecer si era realmente ése su uso, como así también la forma en que se utilizaban y su rendimiento musical, consulté la autorizada opinión del Profesor Clydwyn Jones, autor de la parte musicológica de este trabajo.

Los instrumentos que nos ocupan fueron recogidos en la denominada por mí, Zona II, de Punta Roja, Chubut (Argentina). Este accidente geográfico, se encuentra situado en Long. 44º 35' S. y Lat. 65º 23' W. Forma parte de un extenso yacimiento, que ha sido dividido en dos zonas, denominadas I y II, encontrándose éstas a ambos lados de una ensenada.

DESCRIPCION DE LOS INSTRUMENTOS

Dos de los instrumentos están elaborados con conchas de gastrópodos de la especie *Adelomedon tuberculata* (Swaison). 1821, el tercero con la concha de la especie *Adelomedon tuberculata var. pseudofusiformis* (Norbis)· Pasemos a la descripción de los mismos.

P. Po. ZII - 1: Concha dextrógira, con una longitud total de 160 mm y un habitáculo de 145 mm. Sobre su lado (labio) externo y antes de llegar al seno sifonal, presenta tallado en escalera, con rebaje del labio. A 20 mm del labio

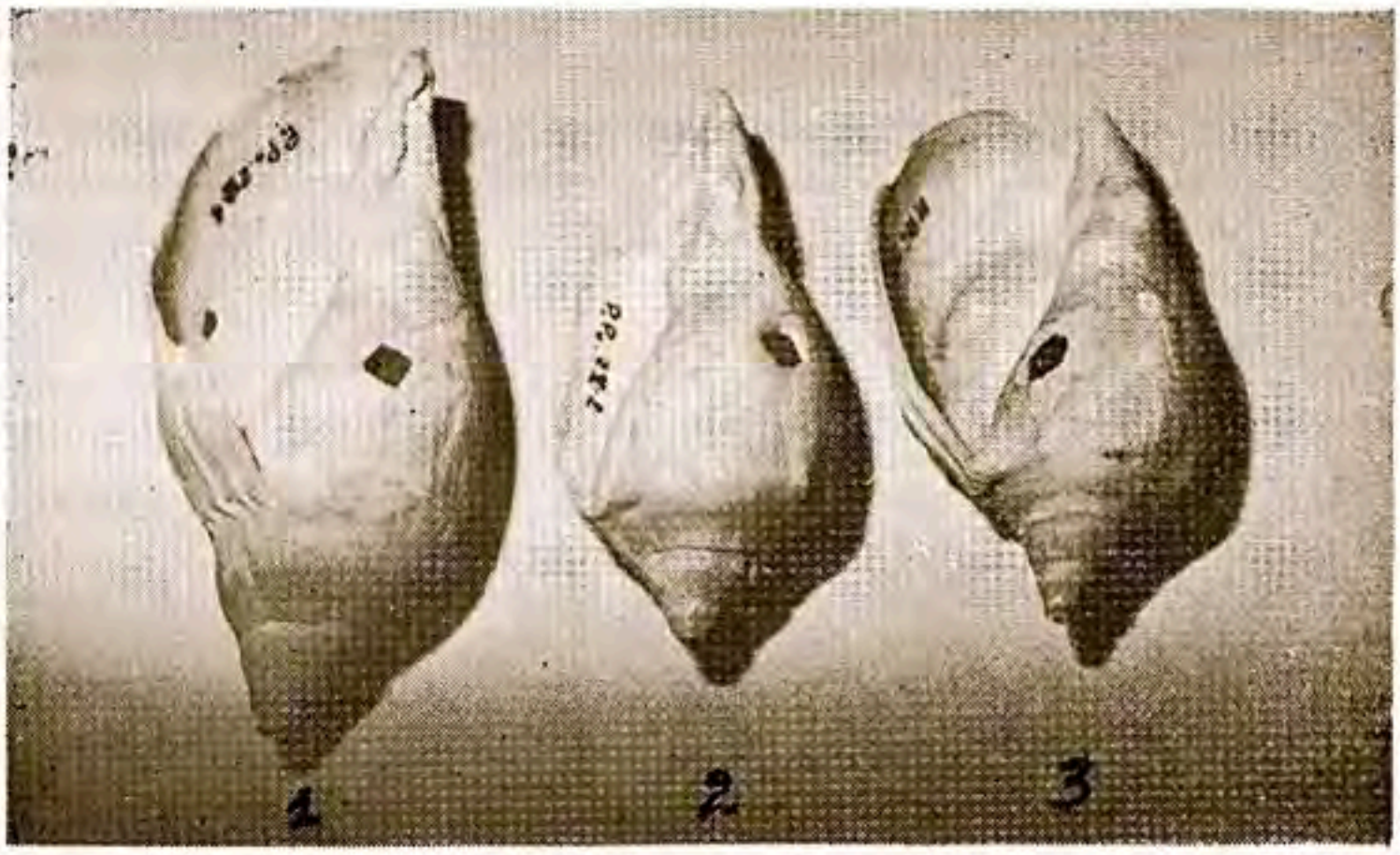


Foto 1: Instrumentos musicales elaborados con conchas de gastrópodos. Zona II, Punta Roja, Chubut.

columelar y a 46 mm de la sutura entre último y penúltimo anfracto, en el anfracto basal, aparece tallado un orificio cuadrangular cuyos lados miden 8 mm, orientado transversalmente, con un ángulo mirando hacia el seno sifonal, el opuesto hacia la conchilla embrionaria y los dos restantes, uno hacia la columela y el opuesto hacia la curvatura del último anfracto. En la cara opuesta a la abertura aparece un segundo orificio, de 5 mm de lado. Esta concha se encuentra en buen estado de conservación y el rebaje de su labio externo, puede obedecer al objeto de poder ocluir más fácilmente la abertura, con la mano, al utilizarlo (Fot. 1 Nº 1).

P. Po. ZII - 2: Concha dextrógira, en muy buen estado de conservación, con una longitud total de 130 mm, el habitáculo mide 115 mm. El labio externo ha sido algo rebajado. En el último anfracto, a la altura del nacimiento del labio externo y de los pliegues de la columela, se observa desgaste por utilización (esta observación es la que nos ha permitido deducir la forma en que se utilizaban estos instrumentos). En la cara apertural del anfracto basal, se talló un orificio cuadrangular de 10 mm de lado, situado a 30 mm del labio columelar y a 38 mm de la sutura entre último y penúltimo anfracto. Tiene orientados sus ángulos hacia el seno sifonal, hacia la conchilla embrionaria, hacia el labio externo y hacia la curvatura del último anfracto respectivamente (Fot. 1. Nº 2).

P. Po. ZII - 3: Concha dextrógira, en muy buen estado de conservación. Con una longitud total de 130 mm, siendo la del habitáculo de 115 mm. El labio externo se encuentra bien conservado en toda su extensión salvo a 30 mm antes del seno sifonal, donde aparece tallada una muesca semicircular de 15 mm de ancho por 3 mm de profundidad.

En el último infracto y sobre la cara apertural, se talló un orificio cuadrangular de 10 mm de lado, a 11 mm del labio columelar y a 28 mm de la sutura entre último y penúltimo anfracto, teniendo orientados sus ángulos, hacia el

labio columelar, hacia el seno sifonal, hacia el nacimiento del labio externo y hacia la curvatura del último anfracto respectivamente (Fot. 1 Nº 3).

Observando estas descripciones, es factible reconocer la existencia de una técnica similar en la construcción de estos instrumentos, considerando la concordancia del tamaño del orificio, su posición con respecto a la concha y su orientación, incluyendo además el rebaje del labio externo.

ASOCIACION CON OTROS INSTRUMENTOS ARQUEOLOGICOS

Este contexto yace sobre una playa de suave caída, observándose la existencia de los clásicos conchales de la costa patagónica.

Sin profundizar en el aspecto tecno-tipológico del material recogido, que se encuentra en estudio, deseo a grandes rasgos, dar una idea de la asociación de estos instrumentos, con el material recolectado. La recolección superficial se efectuó de acuerdo a la técnica sectorial propuesta por Austral A. (1971). Algunos cateos fueron infructuosos, pero igualmente se impone efectuar excavaciones posteriores.

En principio se puede admitir la presencia de piezas de aspecto muy tosco provenientes de la talla del pórfido, que en la zona intermareal se encuentra expuesto ampliamente, como el denominado "basamento porfídico continental".

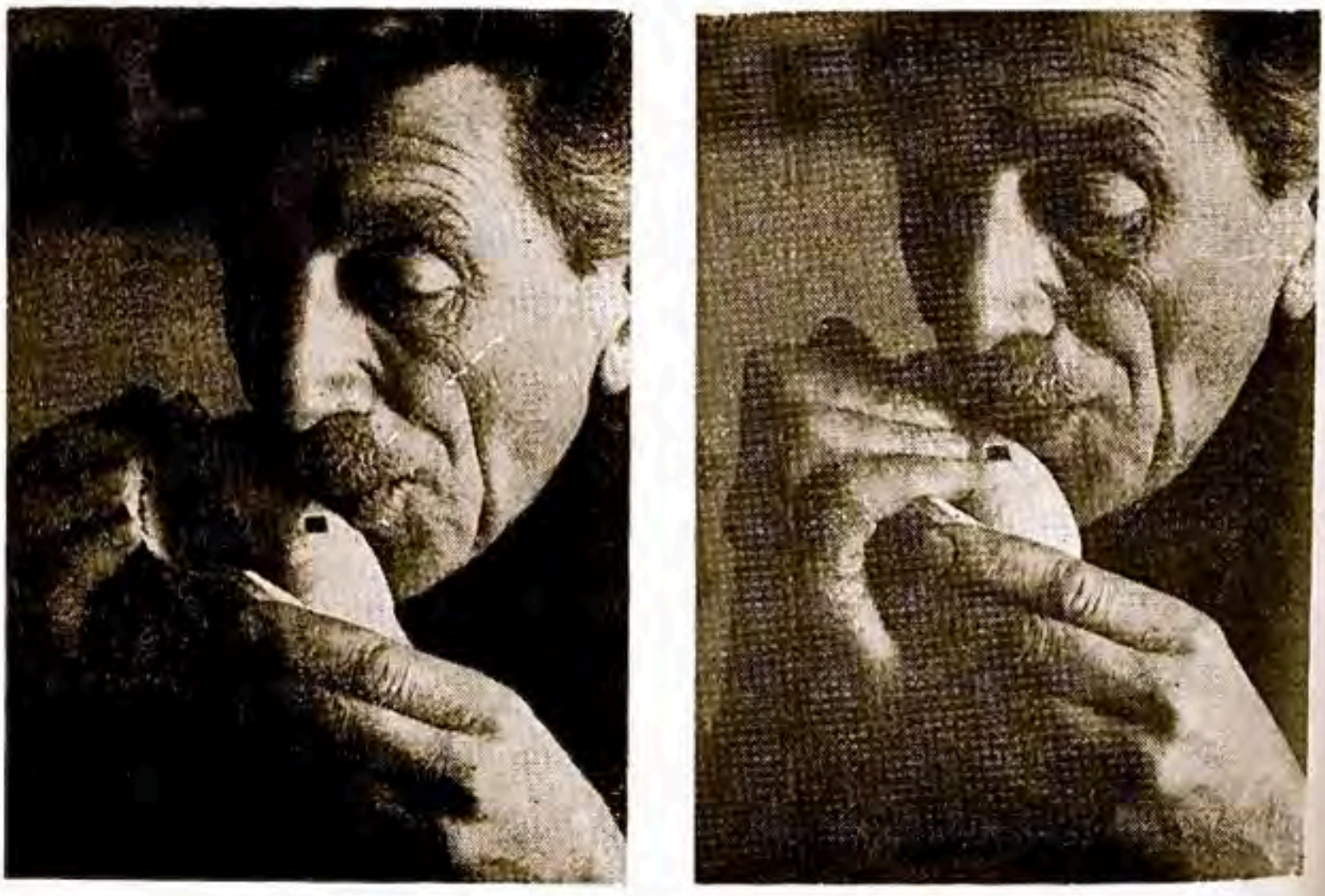
Es posible observar asimismo la existencia de artefactos líticos de "xilópalo", que representan un importante porcentaje dentro del conjunto constituido por cuchillos, raederas, raspadores y bolas de boleadoras. También se destaca la presencia de piezas microlíticas con altos porcentajes de hojitas. Como rasgos complementarios se puede destacar la ausencia absoluta de alfarería, conanas, morteros y la escasa cantidad de instrumentos elaborados en hueso. Se recogieron algunas cucharas de conchas. Las puntas de proyectil se manifestaron por dos ejemplares, ambas con pedúnculo y aletas. A lo antedicho, sólo agregaremos que la industrialización del silex coloreado y del basalto, representan un muy pequeño porcentaje en el contetxo.

CONSIDERACIONES FINALES

La bibliografía arqueológica consultada al respecto, nos señala: en 1925 (M. A· Vignati), describe el denominado punzón de Punta Hernengo y dos objetos valváceos, una cápsula libatoria procedente de San Blas (Bs. As.) y un "Kepuec", de la estancia "La Nueva Oriental" en Santa Cruz, ambos confeccionados con conchas del género *Cymbiola sp.* También y con anterioridad en San Antonio Oeste, a la altura de la ya desaparecida baliza Plate, el malacólogo Carcelles (1923), descubrió en una sepultura en médano, un ajuar funerario compuesto por una serie de instrumentos líticos y "caracoles marinos trabajados" (sic). Francisco P. Moreno (1874), cita en paraderos y cementerios patagónicos, la presencia de industria valvácea.

Según se indica los tehuelches septentrionales usaban grandes caracoles (*Cymbiola beckii* Brod.), en la confección de los denominados "kepuecs", que utilizaban como vasos libatorios (d'Orbigny. 1839 - 1843).

Un pequeño "kepuec", fue recogido en un conchal de Punta Delgada, por L. Deodat (1943), construido a partir de la concha de un gastrópodo, de la especie Cymbiola sudnodosa (Leach) 1814, que actualmente recibe el nombre de Adelomedon sudnodosa (Leach). 1814. A este ejemplar se le había rebajado el labio externo. Deodat, señala la presencia de "kepuecs" en dos enterratorios que excavó personalmente en 1936, retirando de ellos, tres conchas de gastrópodos pertenecientes a la especia *Cymbiola beckii* (Brod.) 1836. Los yamanas usaban probablemente como escudillas, las valvas de un mejillón, perteneciente a la especie *Aulacomya magallánica* (Chemnitz) 1783. Si ampliamos nuestra bibliografía al ámbito americano, vemos que Holmes (EE. UU.), describe cápsulas libatorias hechas con conchas del gastrópodo *Busycon perversus*, como así tam-



Fotos Nº 2 y 3 mencionadas en el texto.

bién cucharas y valvas perforadas elaboradas con los géneros *Pecten sp.* y *Unio sp.* Moore describe hallazgos en "chell-heaps" sepulcrales en las costas de Florida y Georgia, construidos con conchas de Fulgur perversun, a los que denomina "drinking-cups". Harrington estudia en Cuba (1921), una industria que incluye escudilla y cápsulas libatorias elaboradas con conchas de los géneros *Strombus sp. y Cassis cornuta.* Idénticas determinaciones efectuaron Thompson en Honduras (1939) y J. Bairon en Chile, con respecto a la industria de cápsulas libatorias y cucharas de valvas de *Mytilus cohrus*, respectivamente. E. E. Gigoux de los Estados Unidos (1936), recolectó conchas de *Strophochaileus oblongus var. lorentzianus*, talladas como cápsulas libatorias.

Con respecto a la perforación de las cápsulas, que según Moore, encontró en enterramientos de la costa de Georgia (EE. UU.), parece ser que constituían

parte de las prácticas enterratorias, como lo indica tácitamente su autor "It is supposed ta have been done to «kill» the vessel" y de acuerdo a lo establecido por L. Deodat en su trabajo sobre una manufactura valvácea del Golfo San Matías (Lam. II, Fot. 6a. p. 332), el orificio perforado o "mortuary perforation", se encuentra precisamente en la cara opuesta a la que aparecen los orificios de los instrumentos que motivan este trabajo, razón por la que descartamos la posibilidad de que se trate de una "mortuary perforation", teniendo en cuenta que ésta se efectuaba sólo en cápsulas libatorias. Por otra parte, tanto en la zona I, como en la zona II de este yacimiento, se recogieron típicas cápsulas libatorias, comunes en la costa patagónica y que no poseían la perforación antedicha, lo que confirmaría la no existencia de ese hábito cultural. Con respecto a Oceanía, recordemos las enormes conchas de gastrópodos usadas como medio de comunicación por los isleños.

Dentro del ámbito patagónico, es importante citar el trabajo de Bórmida (1949), que describe un posible silbato elaborado con la concha del gastrópodo *Olivancillaria auriculata* (Lamarck). 1810, procedente de la Laguna del Juncal (Viedma, Río Negro), este artefacto presenta un orificio tallado sobre la parte dorsal del último anfracto, es decir, en posición opuesta a la abertura. El autor desecha la posibilidad de que se trate de una cuenta de collar, comparable a las de Nazca (Perú) (Fig. 3 p. 216), sólo por la diferencia de tamaño de las conchillas utilizadas y basándose en la hipótesis de que los collares patagónicos, confeccionados con doble fila de moluscos de la especie por él descripta, pesarían casi 1.500 grs; pero no tiene en cuenta la posibilidad de que estuviera confeccionado solo por una vuelta de conchillas, lo que reduciría su peso a aproximadamente unos 750 grs. Por otra parte, un collar presentado por el autor en el mismo trabajo, procedente de La Candelaria (Fig. 2, p. 215), sólo porta tres conchillas, lo que lógicamente redunda en una franca disminución de su peso. Nosotros hemos recogido en la misma Laguna del Juncal (R. N.), varios ejemplares de estas conchas, pero en ellas, la perforación intencional se encuentra en la cara ventral del último anfracto, muy cercana a la sutura entre último y penúltimo anfracto, posición mucho más lógica y similar a la de nuestros instrumentos.

Basándonos en todos estos datos, sólo podemos deducir que la pieza descripta por Bórmida M. (1949), no presenta ninguna similitud con los instrumentos descriptos en este trabajo, ya que se utiliza una especie distinta de gastrópodo y la perforación de la conchilla se encuentra en una posición francamente opuesta.

ESTUDIO MUSICOLOGICO DE LOS INSTRUMENTOS

Clydwyn Jones

Hasta la actualidad, las investigaciones realizadas sobre culturas muy antiguas, han demostrado la existencia de instrumentos sonoros capaces de producir ruidos. De estos instrumentos ideófonos, derivados de las prácticas de golpear rítmicamente sobre distintos objetos, nacieron las "placas de madera", "maracas

de calabazas", "claves", "cajas chinas", palos con hendiduras para ser raspados, etc.

Entre los instrumentos de soplo, pertenecientes a épocas posteriores, podemos enumerar las trompas de caracol y las flautas de un solo sonido. Más tarde, dentro de las culturas neolticas, aparecen instrumentos de viento con una mayor cantidad de posibilidades de sonido, en los que se usan los dedos, obturando orificios efectuados con ese fin.

Un detenido estudio de las conchas de gastrópodos de las especies *Adelomedon tubetrculata* (Swaison) 1821 y *Adelomedon tuberculata var. pseudofusiformis* (Norbis), tallada de manera tal de ser usadas como instrumentos musicales, halladas por R. Brunet (1979), han sido utilizadas por habitantes de la Patagonia con el fin de emitir sonidos o tal vez, sonidos-señales de comunicación.
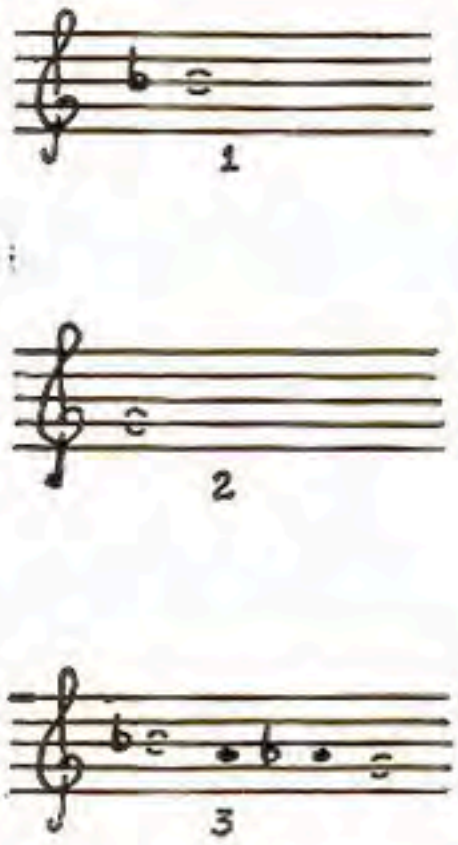
De acuerdo al tamaño y manejo de estas conchas, es posible obtener una reducida gama musical, que seguramente cautivó el oído del indio, ya que su espíritu artístico, puesto de manifiesto en la elección y talla de la piedra, no podía permanecer ajeno a esta nueva o tal vez ancestral manifestación de arte.

POSIBILIDADES SONORAS DE LOS INSTRUMENTOS

Luego de numerosas y reiteradas tentativas, basándonos fundamentalmente en el desgaste por uso que presentaban las piezas, llegamos a la conclusión de que, la forma más probable y por la que se obtiene una mayor pureza de sonido es la que detallamos a continuación:

Se utilizan dos técnicas distintas:

a) Tomando el instrumento con ambas manos, dedos índice y pulgar izquierdos a nivel de la espira. Adosando la curvatura del último anfracto a la mejilla derecha y sin obturar la obertura con los dedos de la misma mano, soplar a través de la abertura tallada en el anfracto basal, con el labio superior en ángulo de 45º con respecto al orificio (Fot. Nº 2).



Pentagramas Nos 1, 2 y 3

Siguiendo esta técnica, con apertura NO ocluida obtenemos un sonido agudo que musicalmente corresponde a un Si bemol (tercera línea). Clave de sol (Ver pentagrama Nº 1).

b) Tomando el instrumento de la misma forma que en (a), soplando tal como se indicara anteriormente, pero obturando con los cuatro dedos de la mano derecha la obertura (Fot. Nº 3), obtendremos un sonido grave, que musicalmente corresponde a un Sol (segunda línea). Clave de sol (Ver pentagrama Nº 2). Lo que corresponde entonces a un intervalo de tercera menor (sol-si-bemol).

c) Sonidos intermedios, pueden obtenerse cerrando la abertura con los dedos medio, anular y meñique; pero no con la precisión y claridad de los anteriores. Como variación del agudo (Si bemol), se puede obtener un La natural y como variación del sonido grave (Sol), un La bemol, tal como se indica en el pentagrama Nº 3.

Con respecto a los sonidos de los tres instrumentos, poseemos grabación de los mismos, las que se encuentran a disposición de los lectore o intituciones que las soliciten.

Agradecemos su inestimable colaboración a la Sra. Winifreda de Bruno y a los Sres. Carlos y Juan Muraro, que tuvieron a su cargo la traducción y las fotografías de este trabajo, respectivamente.

Puerto Madryn, Junio de 1981.

BIBLIOGRAFIA

Austral, A. 1971. Método de Estudio sectorial de los sitios arqueológicos superficiales. Anales Arq. y Etn. Univ. Nac. Cuyo, XXIV-XXV. Mendoza.

Bird, J. 1946. "The Archeology of Patagonia". En: Handbook of South American Indians (Smithsonian Institute). Bull. 143. T. 1, pp. 17-24.

Bórmida, M. 1949. Un silbato de concha procedente del Territorio de Río Negro. Runa. Vol. II, pp. 213-217.

—1964. Arqueología de la costa Norpatagónica. Sipnosis. "Atti del VI Congreso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protostoriche" (1962). T. III, pp. 271-276. Roma.

Brosses, Ch. de. (MDCCLVI). Histoiredes navigations aux terres australes. T. II, pp. 113-114. París.

Byron, J. (MDCCLXVIII). The narrative of the... round the world. Edic. II, pp. 161-163. London.

Castellanos, Zulma de. 1967. Catálogo de los moluscos bonaerenses. Anales del Museo de La Plata. Vol. VIII, pp. 9-365. La Plata.

Daguerre, J. B. 1932. Nuevos paraderos y enterratorios en el litoral de Carmen de Patagones (Bs. As.). Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas. T. II, p. 23. Buenos Aires.

Deodat, L. 1960-65. Una antigua manufactura valvacea en el Golfo San Matías (Argentina). S. M. Vol. X, pp. 319-353. Runa.

D'Harcourt, R. et M. 1925. La musique des Incas et ses survivances. p. 26. París.

Doucere, V. 1922. Notes sur les populations indígênês del Nouvelles Hébrides. En: Revue d'Etnographie. T. III, p. 224. Paris.

GIGOUX, E. E. 1936. Contribución a la Conchiología arqueológica. Boletín del Museo Nacional. T. XV, pp. 8-11. Chile.
HARRINGTON, M. R. 1921. Cuba before Columbus. En Indians notes monographs. T. II, p. 340 y T. I, p. 84. New York.
HOLMES, W. H. 1883. Art. in shells of the ancient Americans. Smithsonian Institution. (1880-81), pp. 194-206. Washington.
KRICKEBERG, W. 1939-1974. Etnología de América. p. 256.
LEONARDOS, O. H. 1938. Concheiros naturais e sambaquis. Ministerio de Agricultura. Nº 37, p. 62. Río de Janeiro.
MOORE, C. B. 1901. Certain aboriginal mounds of the Georgia coast. En: Journal of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia. T. XI, p. 19. Filadelfia.
MORENO, F. P. 1974. Cementerios y paraderos prehistóricos de la Patagonia. En: Anales Científicos Argentinos. T. I, p. 9. Buenos Aires.
THOMPSON, J. E. 1939. Excavations at the San José British Honduras. Carnegie Institution of Washington. Nº 506, p. 181. Washington.
VIGNATI, M. A. 1925. Las antiguas industrias del piso Ensenadense de Punta Hermengo. En: Phisis. T. VII, pp. 44-45. Buenos Aires.

BIBLIOGRAFIA MUSICOLOGICA

CORSO, R. El Folklore. Edit. EUDEBA. Buenos Aires.
LACHMAN, M. 1931. Música de Oriente. Barcelona.
PAUKE, F. Hacia allá y para acá. Universidad de Tucumán.
SACHS, C. Musicología comparada. EUDEBA. Buenos Aires.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

EXCAVACIONES EN EL SITIO BLOQUE ERRATICO 1 (SAN SEBASTIAN, TIERRA DEL FUEGO)

Luis Alberto Borrero °
Marcela Casiraghi °°

El sitio Bloque Errático 1 (BE 1) está ubicado en el faldeo norte de la sierra Carmen Sylva, a una altura de 86,6 m.s.n.m. y a unos 900 m al Este del sitio Cabeza de León (Figura 1). Se trata de un gran bloque de granito dejado por los hielos pleistocénicos en su retirada (Auer 1956, Raedeke 1978). Fue excavado en dos campañas durante los veranos de 1980 y 1981 [1].

La elección del sitio se debió al hecho de que en los alrededores del bloque se observaban numerosas lascas, a diferencia de lo que ocurría en otros bloques reconocidos en un radio de aproximadamente 8 km (con centro en Cabeza de León), algunos de los cuales fueron sondeados sin que se efectuaran hallazgos culturales.

El bloque mide 3,86 por 3,15 metros, con una altura por sobre el terreno circundante de 1,6 metros. Se efectuó un sondeo al pie de la cara norte, donde se planteó una grilla que incluia cuadrículas de 1 x 1 m, de las cuales se excavaron cinco, las que como se verá, incluían todo el sitio (Ver Figura 2).

En la primera campaña la excavación se realizó por niveles de extracción artificial de 5 cm (respetando la capa natural) llegando hasta una profundidad máxima de 95 cm que correspondía a la roca de base. En la segunda campaña se procedió directamente por capa natural. Los hallazgos fueron registrados tridimensionalmente y se levantó todo el material existente. Las cuadrículas fueron subdivididas en unidades de extracción de 0,5 x 0,5 m, técnica que facilitaba las tareas de mapeo.

°Becario del CONICET, Instiuto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
°° Becaria del CONICET, Sección Paleoetnología, CAEA.

[1] Las excavaciones se realizaron en el marco de dos campañas arqueológicas organizadas por el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires en coordinación con el Museo Territorial de Ushuaia. Esas campañas forman parte del Proyecto "Arqueología del Norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego" apoyado por el CONICET. En la excavación de BE 1 participaron, además de los autores, los Licenciados Lidia García Collins, Ricardo Guichón, María I. Hernández Llosas y Hugo D. Yacobaccio y las estudiantes señoritas Victoria D. Horwitz y Olga V. Ventura, a quienes dejamos aquí sentado nuestro agradecimiento.

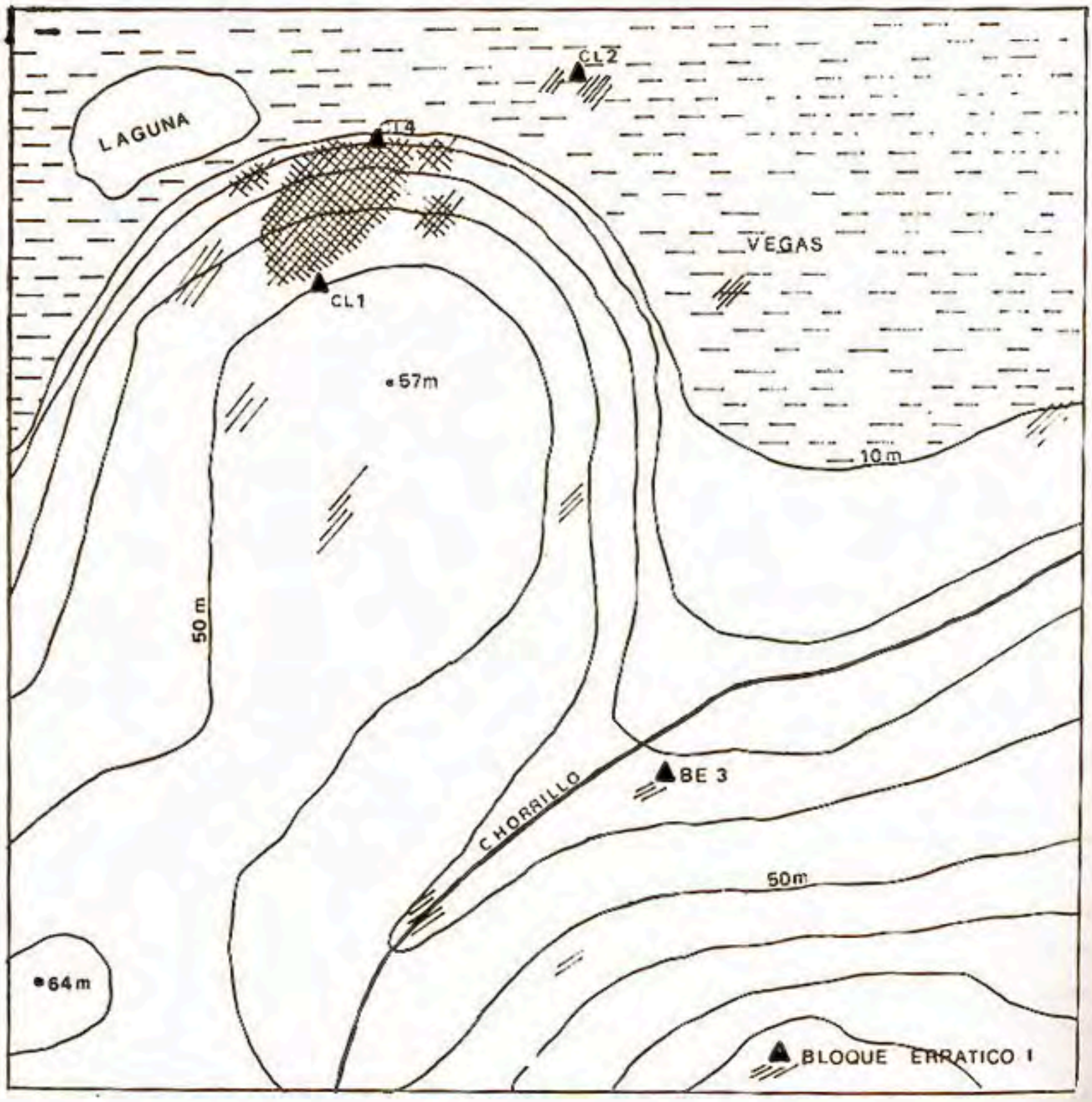


FIGURA Nº 1: Mapa de localización del Bloque Errático 1. Se marcan todos los hallazgos arqueológicos realizados en los alrededores de Cabeza de León 1 (CL 1). Los triángulos indican sitios arqueológicos reconocidos y/o excavados. El rayado indica material lítico en superficie. El cuadriculado indica materiales líticos y óseos en superficie. Escala 1:5000. Ampliada de la Hoja 5369-23 "Bahía San Sebastián" del Instituto Geográfico Militar, Escala 1:100.000.

La estratigrafía, de arriba hacia abajo, es la siguiente:

"Superficie y champa": incluye aproximadamente los primeros cinco centímetros de tierra vegetal.

"Capa 1": capa humífera poco compacta con abundantes raicillas, de espesor variable entre 20 y 35 centímetros.

"Capa 2": también humífera y con raicillas, compacta a poco compacta, irregular en composición y color, incluye fragmentos de granito.

"Capa 3": identificable con el *till* amarillo definido por Raedeke (1978: 11), es de compacta a suelta y se mezcla con degradación de la roca de base terciaria (probablemente perteneciente a la Formación Brush Lake (Raedeke 1978: 9).

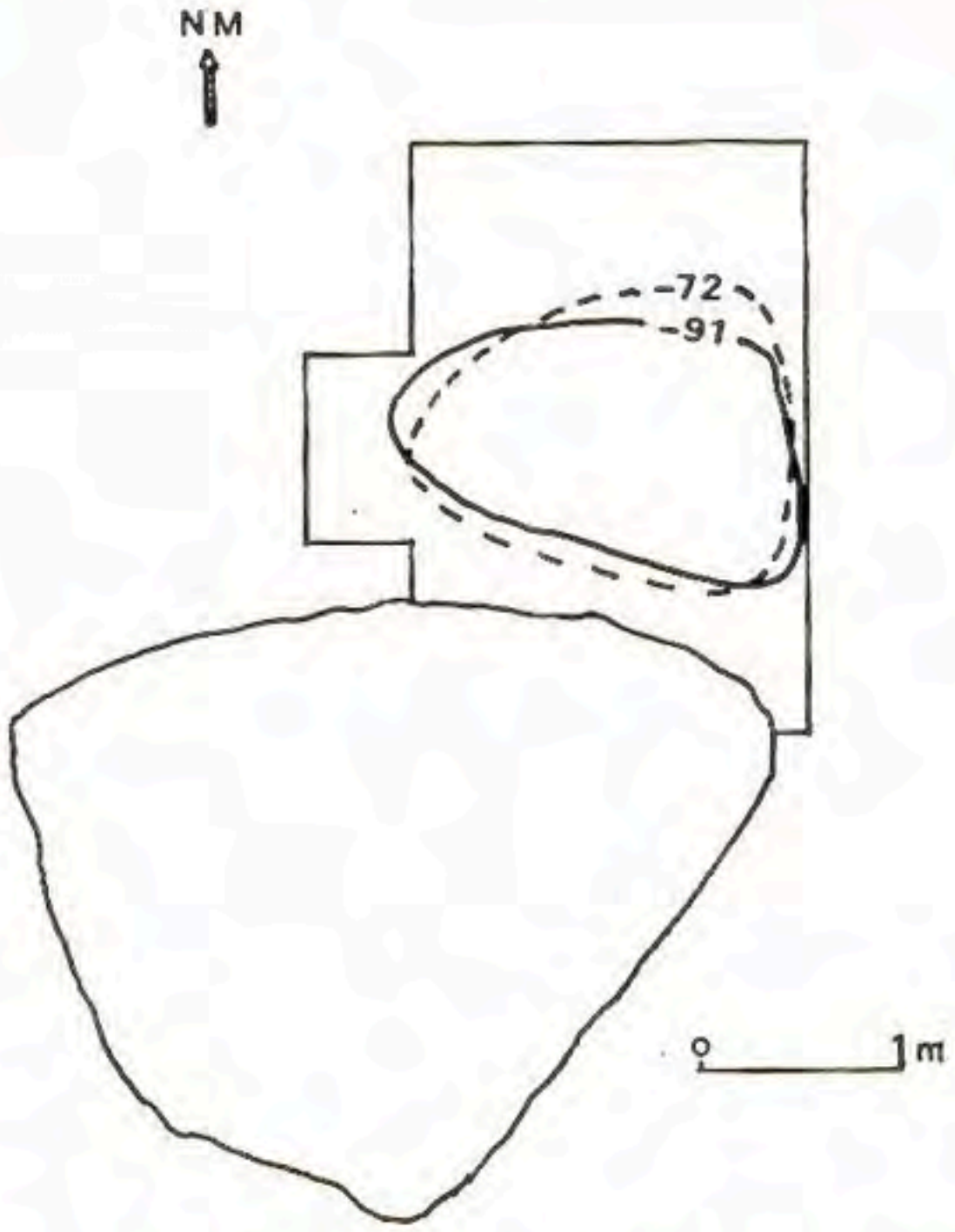


FIGURA Nº 2: Bloque Errático 1. Planta de la excavación. La curva de nivel de línea llena marca el límite aproximado de los hallazgos de la capa 3. La curva de nivel rayada marca el límite aproximado de los hallazgos de la capa 2.

El bloque se asienta sobre la roca de base (ver Figura 3) y los hallazgos se registraron en la parte inferior de la pendiente (al norte del bloque); por esa razón es que consideramos que los materiales de las capas "Superficie y Champa" y "1" están redepositados. El punto de partida de estos materiales se ubica al sur del bloque, por lo que no se puede decidir si fueron desechados en la misma ocupación que definimos más abajo o si corresponden a otros momentos. Como precaución preferimos analizarlos separadamente. Los hallazgos de la capa "2" pueden interpretarse con más facilidad como integrados a la ocupación principal del sitio (observando la planta del sitio, Figura 2, se podrá ver la concordancia en la dispersión de los materiales de esta capa y los de la número "3"), sin embargo hemos preferido tratarlos separadamente considerando que si bien los materiales de ambas capas ("2" y "3") deben representar una misma ocupación, los de la capa "2" no están en su lugar original. Por esa razón a esta capa "2" la llamamos Zona de Indefinición. Los materiales de la capa "3", constituyen nuestra Zona de Ocupación.

Nuestra conjetura con respecto a los materiales de la capa "2" es que fueron utilizados durante la ocupación, pero que fueron descartados en los bordes de

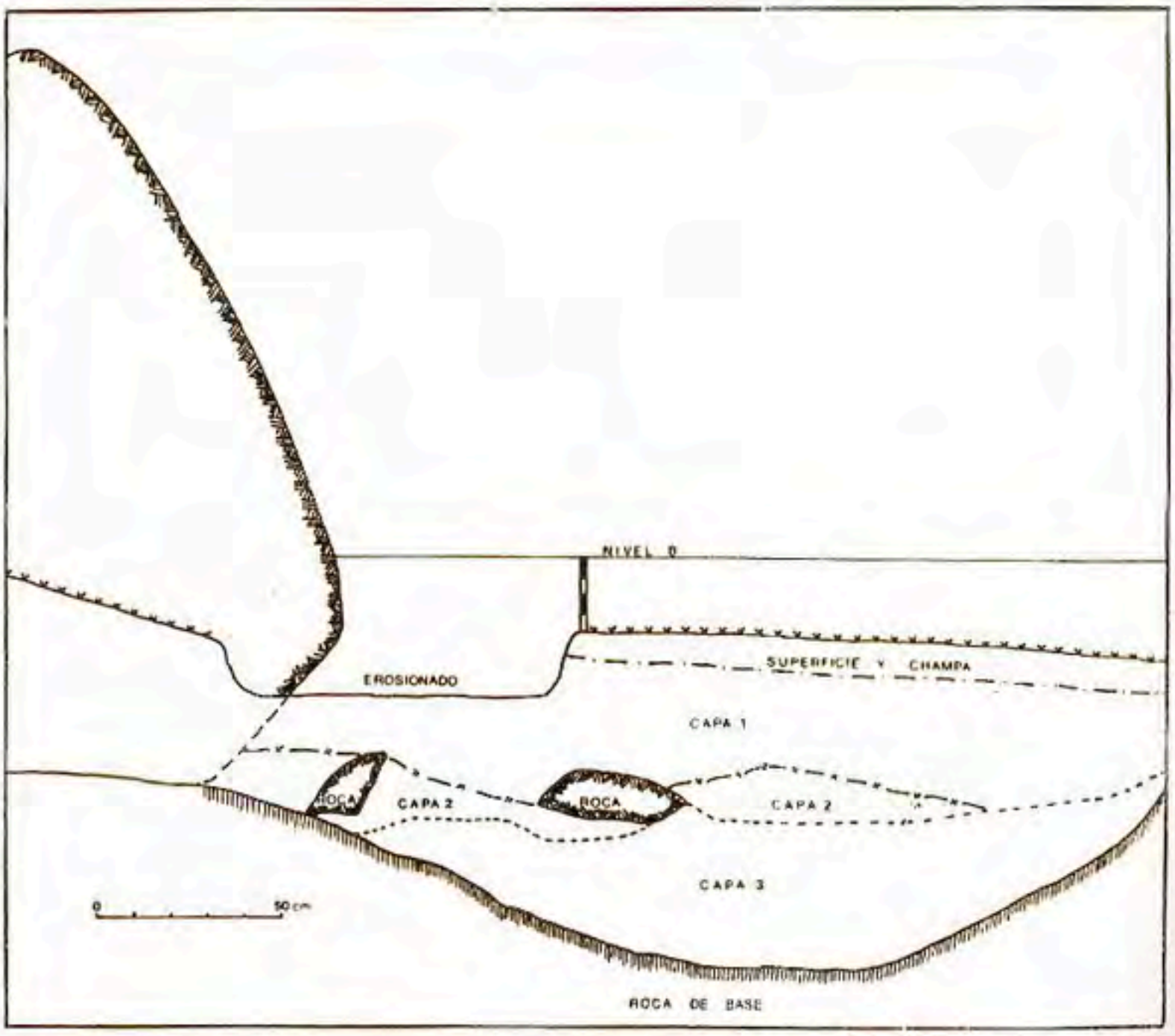


FIGURA Nº 3: Bloque Errático 1. Perfil de la excavación.

una hoyada natural formada por la roca de base, la cual pudo haber motivado la instalación humana que formó la Zona de ocupación (ver Figura 3). La redepositación sobre ésta, en nuestra interpretación, se debió a coluviamiento [2]. En resumen, los materiales de las capas "Superficie y champa", "1" y "2" están redepositados; los de "2" seguramente se relacionan con la ocupación definida para "3"; las primeras pueden relacionarse o no. El hecho de que dos raspadores hallados en "1" hayan sido utilizados para trabajar sobre sustancia dura (probablemente hueso) y una lasca con sus filos naturales haya sido utilizada para cortar sustancias blandas (probablemente carne) podría sostener esa relación (ver Yacobaccio en este volumen).

TIPOLOGIA Y TECNOLOGIA LITICAS

En el Cuadro Nº 1 se presenta una lista tipológica que da cuenta de los 90 artefactos recuperados en capa, siendo sólo el 4,4 % instrumentos *stricto sensu*

[2] En la última visita al sitio, la superficie de la excavación y sus alrededores inmediatos incluían materiales líticos recién depositados, lo que afirma la presencia de coluviamiento.

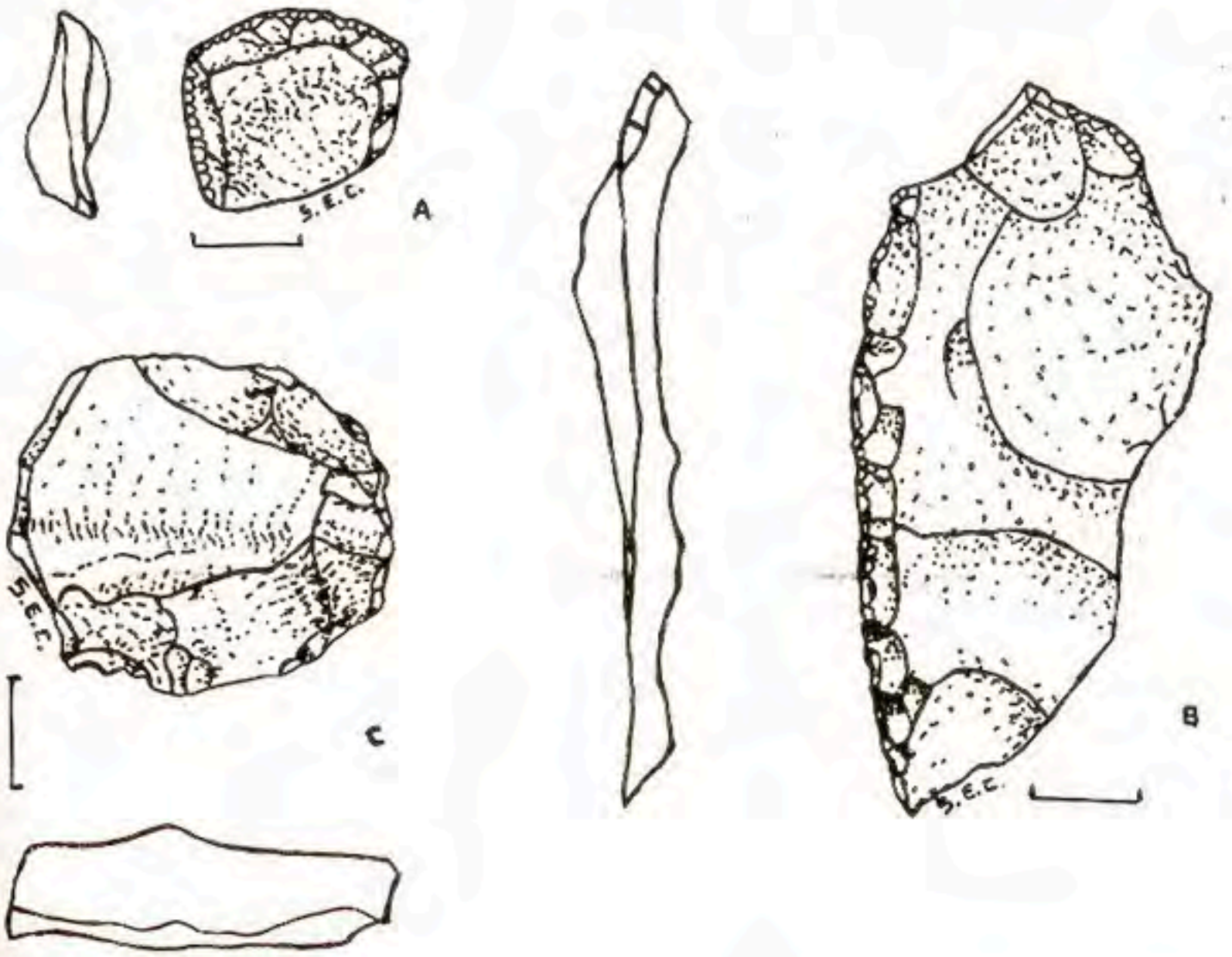


FIGURA Nº 4: Instrumentos del Bloque Errático 1. a: Raspador de filos convergentes; b: Raedera de filo transversal; c: Raspador de filo lateral. Escala: 1 cm.

(ver Figura 4). El bajísimo número de instrumentos, en una relación de 1 a 22 con el resto de los artefactos, nos dice que en el sitio no es identificable un componente de taller. Las características tecnológicas del conjunto lítico son coherentes con lo antedicho, ya que:

1. Para el material en capa existe una relación de casi 11 a 1 entre lascas secundarias y lascas primarias; si consideramos sólo el material de las capas "2" y ""3" la relación es de 15 a 0.
2. En general las lascas secundarias se pueden interpretar, por sus dimensiones y morfología, como de retalla.
3. Existe tan sólo una lasca de reavivamiento de núcleo, testimonio del embotamiento de un núcleo que no fue descartado en el sitio. Las lascas obtenidas o trasportadas al mismo han sido predominantemente secundarias.

Sólo la mitad del material lítico de las capas "2" y "3" son desechos; esto elimina la actividad del trabajo final de preparación de instrumentos sobre formas-base trasportadas al sitio. Todos estos indicadores muestran que al sitio se acudió con instrumentos terminados, que en unos pocos casos fueron reavivados, que se destacaron lascas por percusión directa (pues son preponderantes los talones en ángulos obtusos) y que algunas de esas lascas fueron utilizadas

para cortar sustancias blandas. Una lasca pudo haber sido obtenida por talla arrojada y la forma de los talones (ver Cuadro 2) también sugiere otras técnicas. La presencia de diedros retocados y puntiformes hace pensar en una técnica por presión o intermediario. La presencia de tres esquirlas, que podrían ser atribuidas a talla por presión, no es significativa; también pueden ser resultados adventicios de la retalla.

Los instrumentos formatizados ubicados en el sitio son: una raedera de filo transversal sobre lasca, un raspador de filos convergentes sobre lasca, un raspador lateral sobre lasca y un fragmento de pieza retocada (que, a juzgar por lo agudo de su filo, pudo haber pertenecido a un cuchillo de filo retocado). Ambos raspadores presentan rastros de utilización que han sido interpretados como de raspado sobre una sustancia dura (ver Fotos 1 y 2). Una lasca con filos laterales convergentes presenta rastros de utilización que han sido interpretados como de corte sobre sustancia blanda (ver Fotos 3 y 4).

Al elegir un sitio pequeño para excavarlo completamente, nos resignamos a reconocer que un análisis como el precedente sólo puede indicar tendencias tecnológicas presentes en una muestra no significativa de una industria. Sólo el análisis de diferentes tipos de sitios atribuibles al mismo sistema adaptativo, permitirá la consideración de la tecnología.

MATERIAL FAUNISTICO

En la excavación realizada observamos la presencia, en todos los niveles y cuadrículas, de roedores: *Ctenomys* sp., *Euneomys, Reythrodon,* aff. *Calomys* y roedor indeterminado, predominando *Ctenomys.* Se trata principalmente de fragmentos mandibulares, maxilares y cráneos. Fueron recogidos varios individuos completos de *Ctenomys* por debajo de los 75 cm de profundidad. Esta presencia de individuos casi completos en posición articulada nos asegura la existencia de túneles, que, sin lugar a dudas, deben haber provocado movimiento de piezas. Durante la excavación fue posible reconocer la ubicación de los mismos (ver Figuras 5, 6 y 7)· Entendemos que la depositación de estos roedores, entonces, es natural. Esta posición está sostenida por un sondeo realizado en el sitio Bloque Errático 3, donde se asociaban restos de *Ctenomys* y Cricetidae, sin que se ubicaran restos culturales. Esta evidencia, junto a los individuos articulados de BE 1 y la ausencia total de fragmentos óseos quemados de roedor fundamentan nuestra posición de que no se trata de restos de alimentación.

También fueron recuperados diversos restos óseos de *Lama glama guanicoe:*

1 fragmento de rama mandibular derecha con cuatro molariformes
1 atlas
1 vértebra torácica
2 vértebras lumbares (fragmentos)
1 fragmento de costilla
1 fragmento de epífisis proximal de húmero derecho
1 epífisis proximal y fragmento de diáfisis de húmero derecho
1 fragmento de epífisis distal de húmero derecho
1 epífisis distal y fragmento de diáfisis de húmero derecho
1 fragmento proximal de húmero izquierdo

1 epífisis proximal de radio-cúbito derecho
1 fragmento de epífisis proximal de radio-cúbito izquierdo
1 fragmento de diáfisis proximal de radio-cúbito derecho
1 epífisis distal de radio-cúbito derecho
1 fragmento de epífisis distal de radio-cúbito derecho
1 epífisis distal de radio-cúbito izquierdo
1 magnum de metacarpo izquierdo
1 epífisis distal de fémur izquierdo
1 fragmento de epífisis distal de fémur derecho
1 epífisis distal de fémur izquierdo
1 fragmento de epífisis proximal de tibia izquierda
1 estrágalo izquierdo
1 fragmento de calcáneo izquierdo
1 fragmento de epífisis distal de metapodio
1 fragmento de diáfisis de metapodio izquierdo
Astillas no identificadas

Los huesos representan un Número Mínimo de tres individuos [3]. Estos huesos presentan, en general, fracturas y huellas de corte que interpretamos como resultado de la aplicación de una técnica de trozamiento y descarne. En la figura 8 se representan, sobre el esqueleto de *Lama glama guanicoe*, todas las partes de hueso recuperadas. Esto no quiere decir que todos los huesos se acomoden en un solo/individuo, sino que para los tres individuos se encuentran representadas las mismas partes. Queremos destacar que: 1) No hay falanges, lo que puede significar el uso de una técnica de cuereado que las conserve con el cuero. El control de esta conjetura se podrá realizar estudiando los restos óseos de "guanaco" en otros tipos de sitios. 2) La homogeneidad respecto a las partes presentes y ausentes de los tres individuos identificados implica que si no se trata de un episodio único (lo que es improbable) la utilización del sitio estuvo pautada.

También fueron hallados en el sitio huesos de ave: uno de ellos, una diáfisis pequeña, presenta marcas paralelas incisas. También fueron recuperados fragmentos de cáscara de huevo no identificados y un ejemplar de *Cymbiola* (ver Figuras 6 y 7). Entre los huesos de *Lama glama guanicoe* de la capa 3 se encontró una costilla de Pinnipedia *gen. et sp. indet.* Hay huesos de *Lepus sp.* confinados a los niveles superiores (incluidos en la champa) y su presencia es claramente posterior a la depositación de los restos culturales.

DISCUSION

Los estudios preliminares nos permiten considerar a la ocupación de la capa "3" como la única en contexto primario. Los materiales de la capa "2", a partir de lo que ya hemos discutido, parecen estar en contexto secundario, pero pueden relacionarse también con aquella ocupación. Ya sea considerando la situación de la capa "3" solamente, o de ambas en forma conjunta, lo que es

[3] Estos materiales serán presentados por el Sr. S. E. Caviglia quién se encuentra a cargo de su estudio.

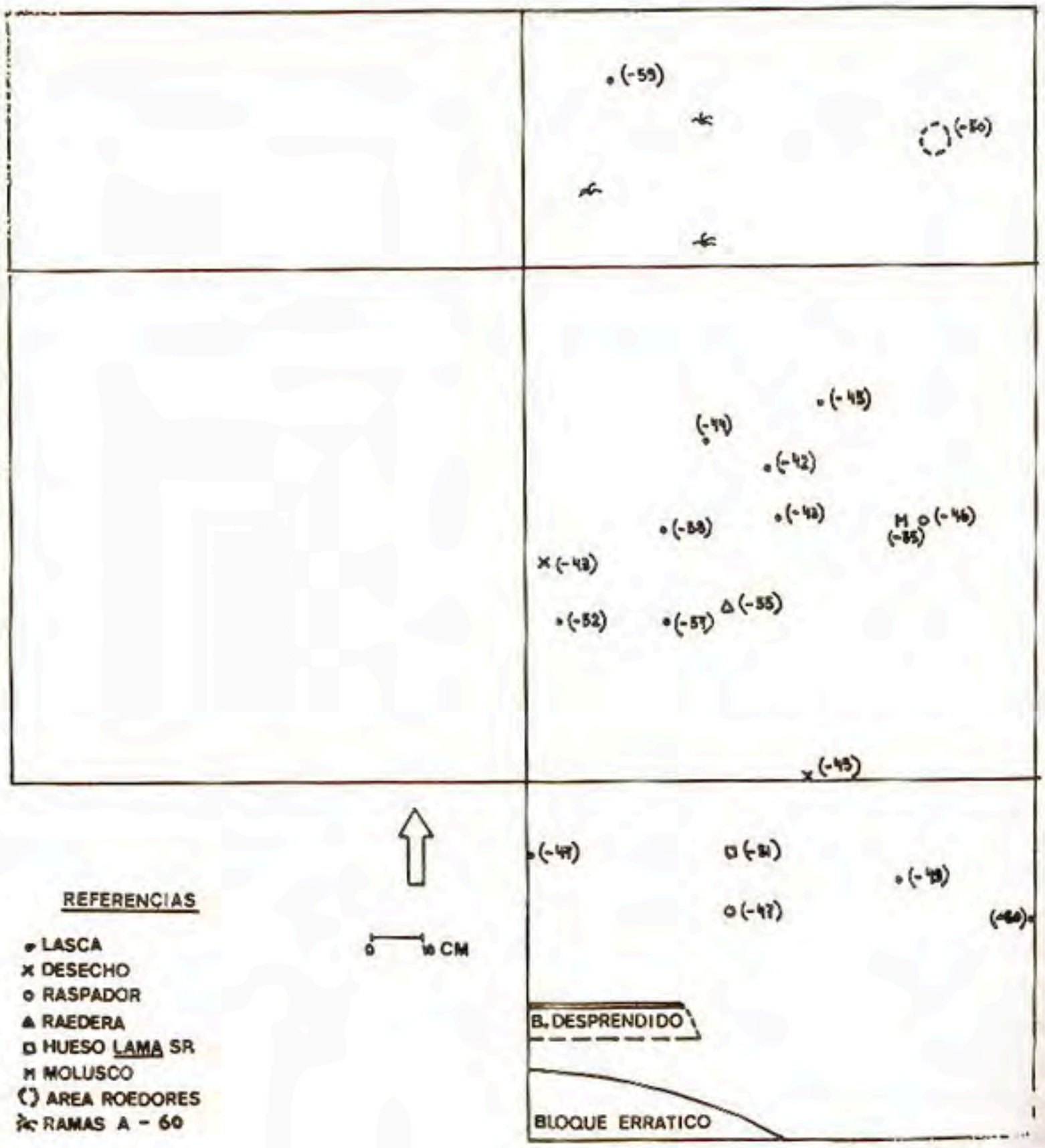


FIGURA Nº 5: Bloque Errático 1. Planta Capa 1. Los números entre paréntesis indican profundidades.

preponderante es la presencia de restos de "guanaco". Los hallazgos de una *Cymbiola*, el hueso de ave con marcas, los dos raspadores y la raedera, son elementos que, probablemente permitan asignar una ocupación tardía, sin embargo no son suficientes para emitir un juicio definitivo [4].

[4] *Post scriptum*: una muestra de hueso de *Lama glama guanicoe* provenientes de la capa 3 fue analizada radiocarbónicamente en los laboratorios Geochron. Para ello se filtró y lavó el residuo insoluble de la disolución de la apatita, que contenía colágeno. Luego se lo hirvió en agua destilada ligeramente ácida para solubilizar el colágeno. El producto fue filtrado, y ese filtrado fue evaporado a seco para recuperar el colágeno, bajo la forma de gelatina de hueso. De esta manera quedaron separados los ácidos húmicos y raicillas que eran contaminantes potenciales. Se analizó el contenido de C-14 en el colágeno. La fecha obtenida es 785 ± 120 BP (GX-8846G), utilizando la vida media de Libby (5570 años). La muestra ha sido corregida por C-13 (—20.8 ‰).

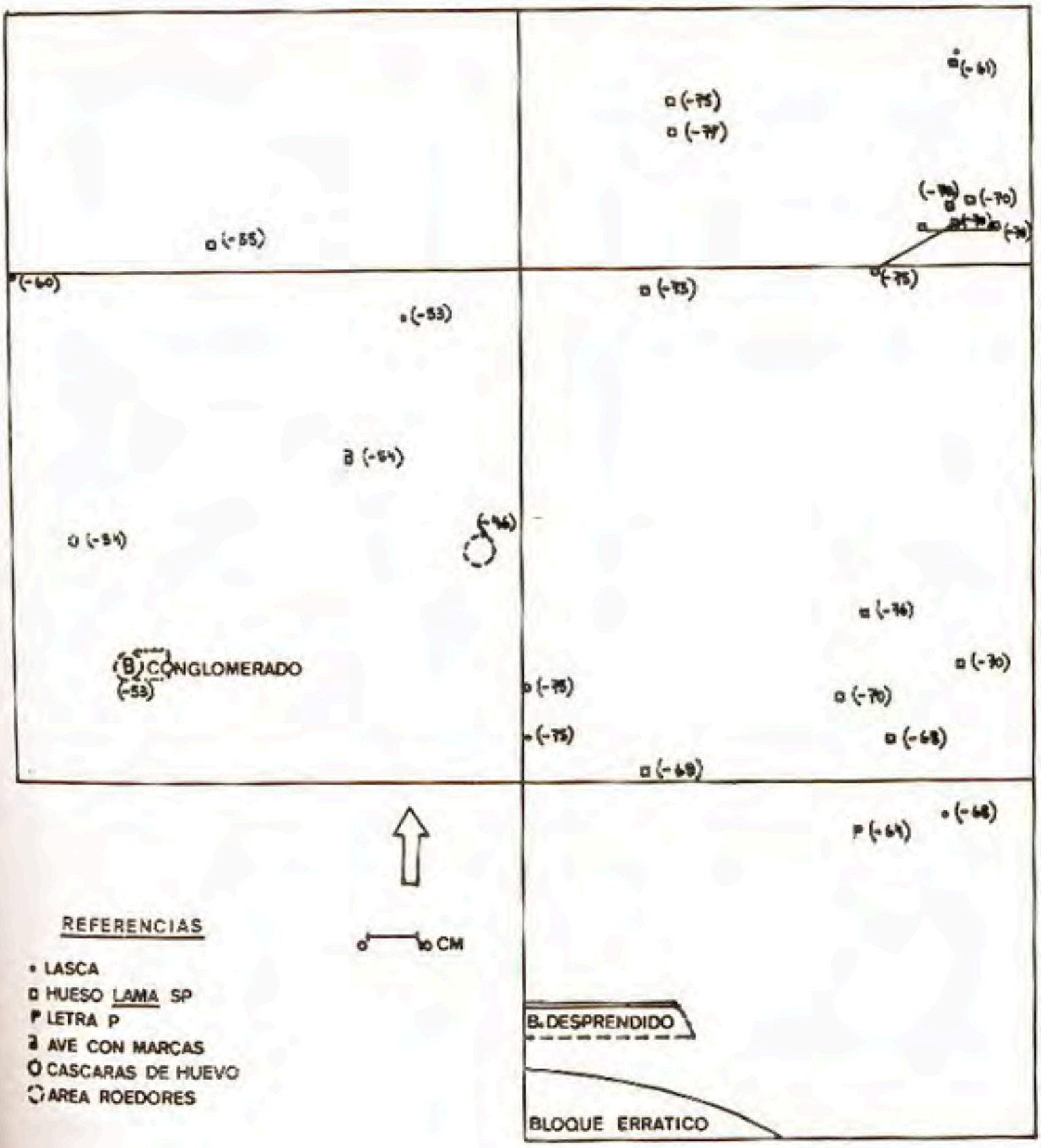


FIGURA Nº 6: Bloque Errático 1. Planta Capa 2. Los números entre paréntesis indican profundidades. Las líneas unen las profundidades tomadas en diferentes extremos de un mismo hueso.

El sitio está ubicado dentro del área de explotación potencial del único campamento ubicado en la región (Cabeza de León 1, ver Borrero 1979), a menos de 1.000 metros al Este. La región fue explorada en forma prácticamente completa. Por otra parte, está dentro del sector del territorio de Cabeza de León 1 que, según el modelo de Cambridge, es explotado en un 100 % (Vita-Finzi y Higgs 1970: 28 a 31; ver Rossmann 1976: 100 - 101).

Hemos definido para BE 1 una ocupación mínima que inclusive pudo tener duración menor a un día y cuya función evidente fue la de trozar y/o carnear "guanacos". Por estas razones postulamos una relación entre ambos sitios (ver Figura 1). El siguiente modelo da cuenta del tipo de relaciones que consideramos que existieron entre Cabeza de León 1 y sitios del tipo de BE 1. En general

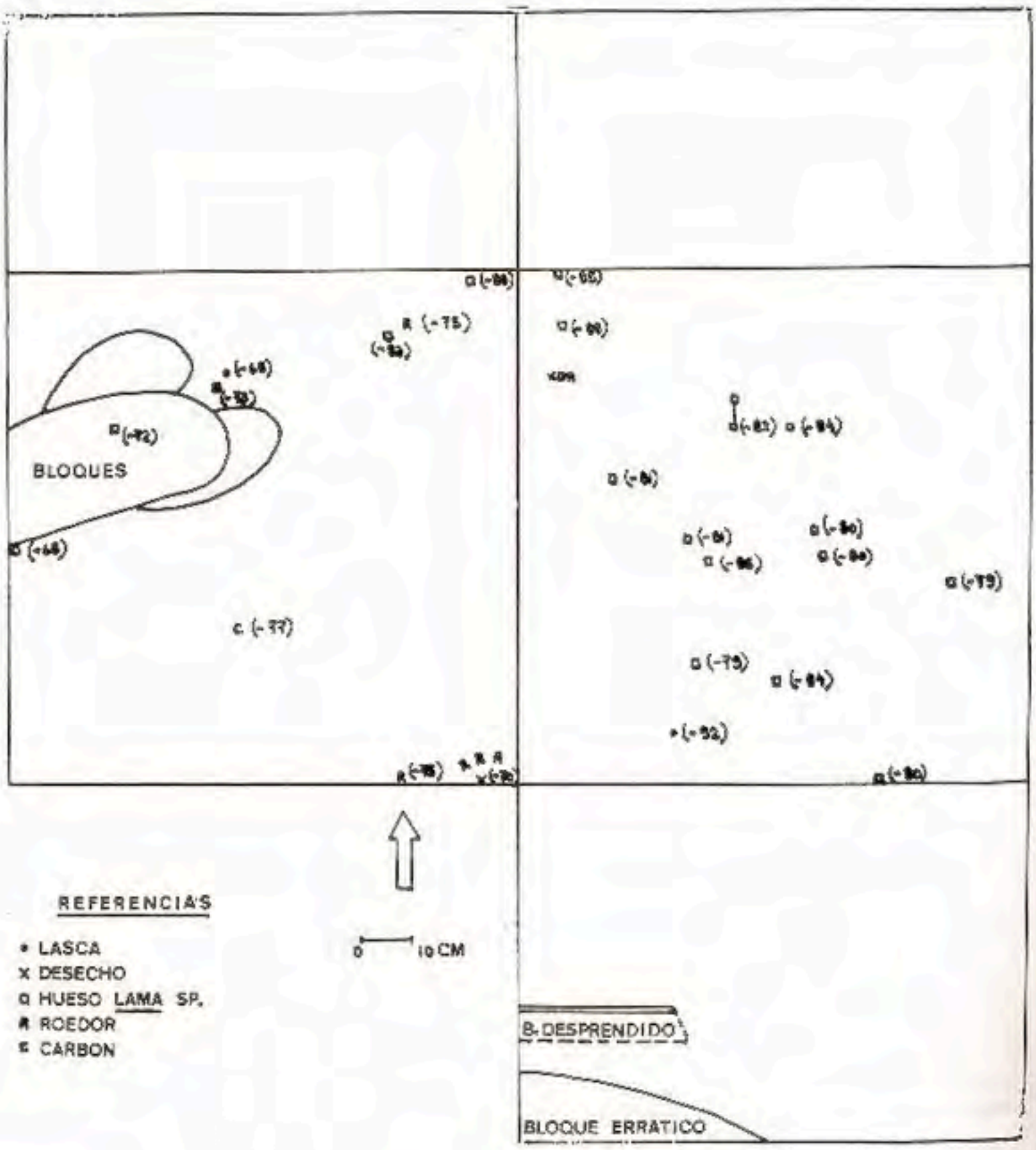


FIGURA Nº 7: Bloque Errático 1. Planta Capa 3. Los números entre paréntesis indican profundidades. La línea une extremos de un mismo hueso.

todo el territorio comprendido en un radio de 10km, con centro en Cabeza de León (con excepción de un sector al Nordeste, ocupado por la Bahía San Sebastián), es apto para la caza de "guanacos". El sector de vegas, que ocupa prácticamente todo el hemiterritorio norte, ofrece pastos blandos (Urrejola Dittborn 1971: 132) que sostienen actualmente manadas de "guanacos" y "ovejas" durante todo el año. Sin embargo ese sector de vegas no es abrigado y durante el invierno, o durante la noche en verano, los animales se refugian en las estribaciones de la Sierra Carmen Sylva (ver Mapa de Localización en Borrero 1979) que ocupa todo el hemiterritorio Sur del sitio.

Postulamos que sitios del tipo de BE 1 representan uno de los *loci* de desmembramiento y descarne de "guanacos" (y probablemente también de acecho) y que la carne fue transportada a Cabeza de León 1, donde se la consumió

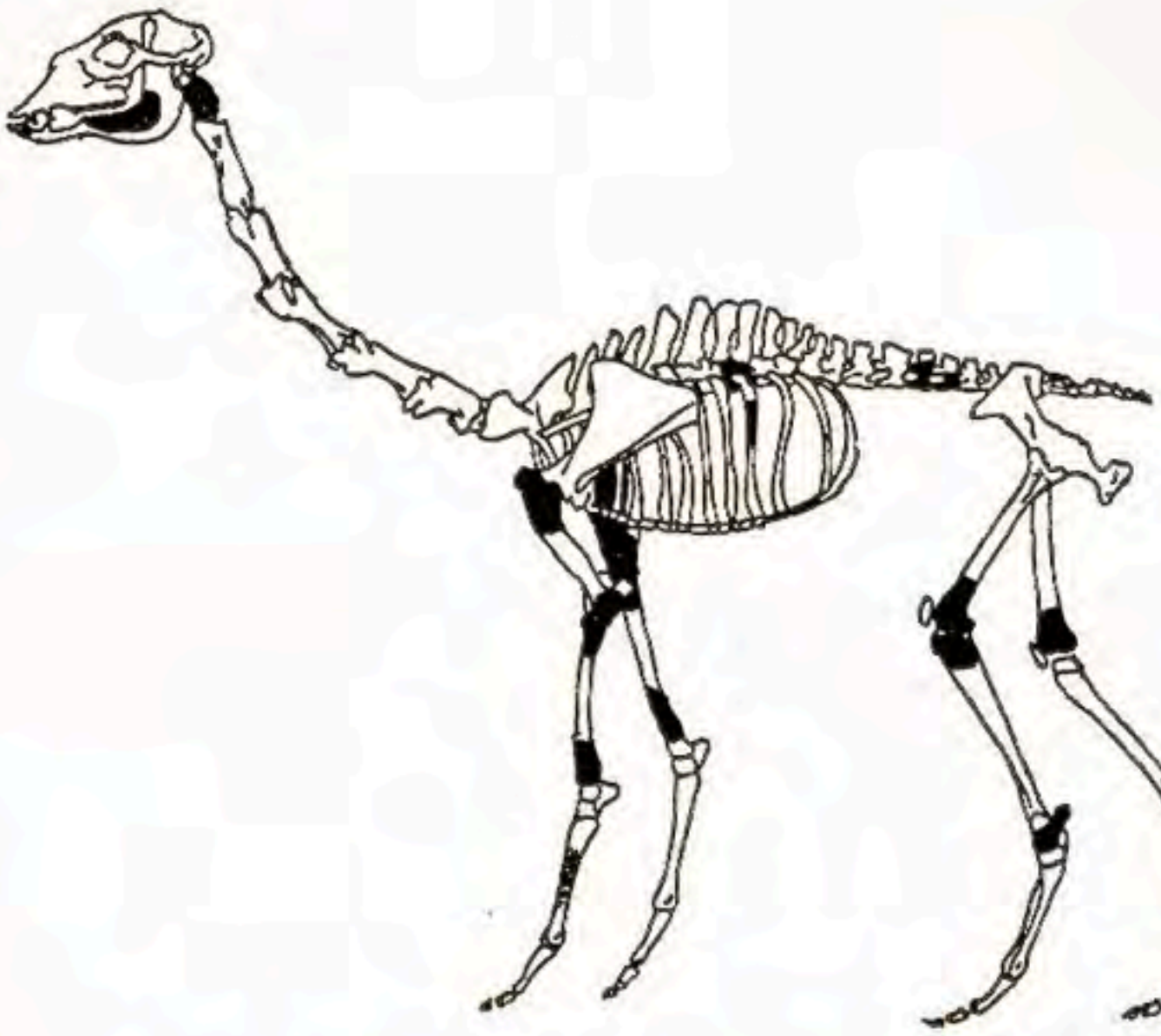
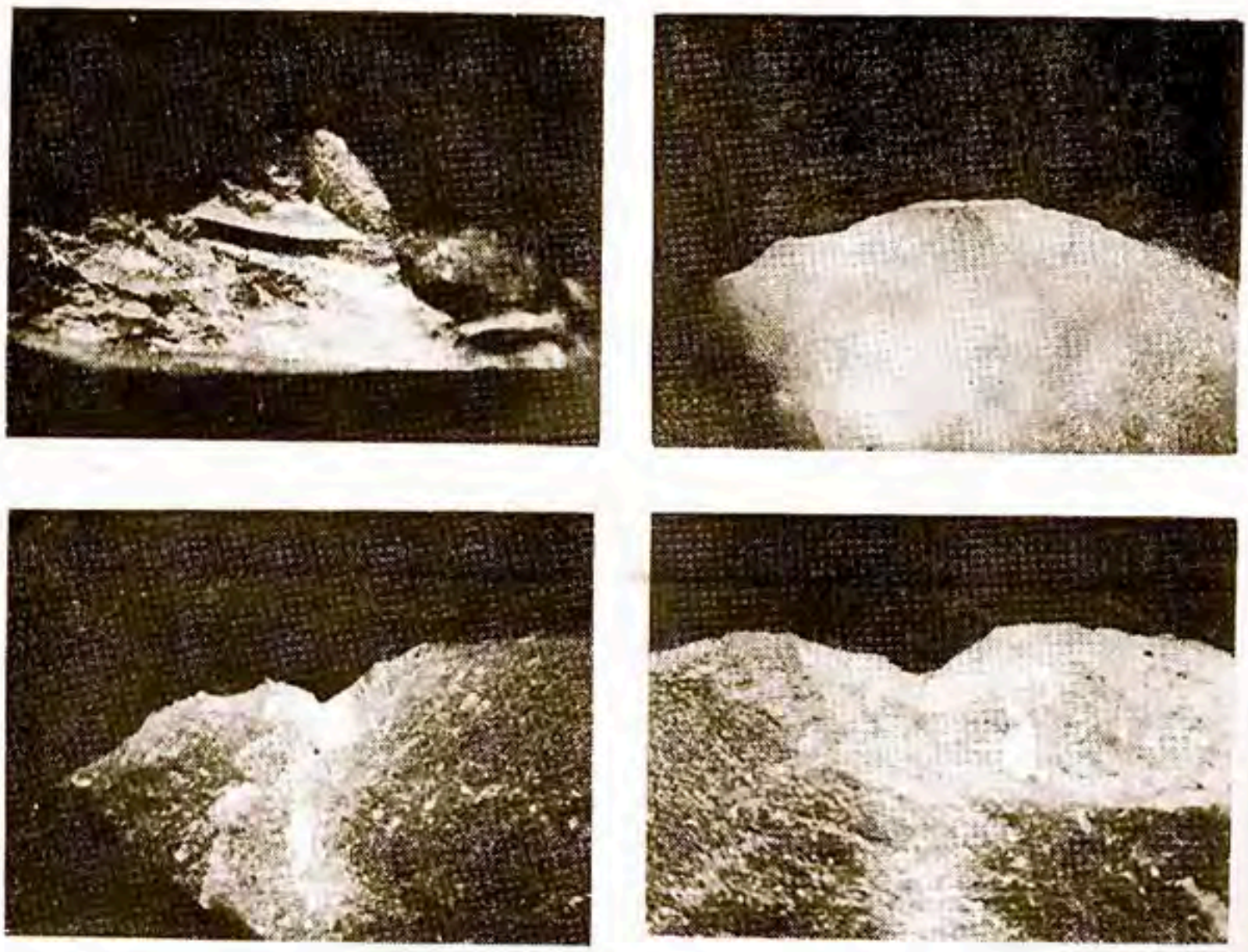


FIGURA Nº 8: Partes de *Lama glama guanicoe* representados en el sitio Bloque Errático 1. Negro: fragmentos mayores. Punteado: fragmentos muy pequeños que no pueden atribuirse con precisión a un sector específico de epífisis o diáfisis.

y donde luego los restos óseos fueron desechados al talud del alero (Cabeza de León 4 en nuestra figura 1, donde son preponderantes los huesos de "guanaco"). Los trabajos futuros en este último sitio y los análisis faunísticos de los dos ya excavados, serán utilizados para contrastar este modelo. Cuando se amplíe la escala espacial de análisis (y se haya estudiado toda la región de la Sierra Carmen Sylva), puede ocurrir que ambos sitios se entiendan, por ejemplo, como satélites de un hipotético campamento mayor. Desde el punto de vista teórico, el sitio tiene todas las características presentadas por Stuart (1977: 278) para su Guanaco Hunting Camp. Se puede sostener que los materiales recuperados en este sitio representan las actividades de caza de un grupo humano pequeño en un período corto de ocupación. En general para los campamentos Selk'nam de caza de "guanaco" se puede predecir poca redundancia en la utilización del sitio; por tratarse de una ocupación en relación con un bloque errático esa característica podría haberse alterado. Efectivamente, los materiales de nuestra capa "1" son el resultado de la acumulación por coluviamiento y su punto de partida debe estar en alguna parte al Sur del bloque. Nuestros sondeos mostraron que la roca de base afloraba inmediatamente al Sur, Este y Oeste del bloque, eliminando la posibilidad de hallazgos en capa allí. La función del modelo aquí propuesto es la de forzarnos a ubicar y excavar nuevos sitios en forma tal que permita confirmar o refutar nuestra interpretación. La información pertinente del sector chileno también deberá ser utilizada en ese sentido.



Arriba: Foto Nº 1 (Izquierda): Raspador lateral sobre lasca. Filo sobre cara dorsal. Se observan fracturas con finales abruptos angulares (30x). Pieza Número 35.
Foto Nº 2: Raspador de filos convergentes sobre lasca. Filo frontal sobre cara dorsal. Se observa la irregularidad de la arista debido al uso (30x). Pieza Número 50.

Abajo: Foto Nº 3 (Izquierda): Lasca de filos laterales convergentes con rastros de utilización. Detalla de parte apical del filo derecho. Se observan fracturas semicirculares por uso (15x). Pieza Número 42.
Foto Nº 4: Ampliación de la foto Nº 3. Se observa fractura con terminación normal (30x).

AGRADECIMIENTOS

A las autoridades de la Gobernación del Territorio Nacional de la Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur, por autorizar y apoyar nuestro trabajo de campo. Al Museo Territorial de Ushuaia y a sus responsables los señores Oscar Zanola, Luis Sosa y Roberto A. Br izuela, por hacer efectivo dicho apoyo. A los señores Ricardo y Francisco Braun, propietarios de la Estancia San Martín por autorizar las excavaciones en su propiedad. Al señor Administrador de la misma, Julio Mandrini y a su señora, por las atenciones recibidas durante los trabajos de campo. Al señor Enrique Astesano por su cooperación con el proyecto. Al señor Sergio E. Caviglia por las determinaciones faunísticas y por la realización de las ilustraciones del material lítico. Al Lic. Hugo D. Yacobaccio quien se encargó de tomar las fotografías.

Buenos Aires, Diciembre de 1981



Foto Nº 5: Bloque Errático 1, Cuadrícula A-4, Capa 3. Profundidad: —85 cm. Huesos de *Lama glama guanicoe* y rodados depositados sobre roca de base. La flecha señala el Norte. Los manchones claros marcan el afloramiento de la roca de base, mostrando la hoyada sobre la que se asientan los materiales.

CUADRO 1. BLOQUE ERRATICO 1. CUADRO TIPOLOGICO POR CAPAS

	Superficie y Champa	*1*	*2*	*3*	*Total*
Raspadores	—	2	—	—	2
Raederas	—	1	—	—	1
Fragmento pieza retocada (cuchillo)	—	—	—	1	1
Lascas primarias	2	3	—	—	5
Lascas secundarias	5	19	11	4	39
Lascas reavivamiento núcleo	—	—	1	—	1
Gajos	—	—	1	—	1
Desechos	3	16	12	9	40
Total	10	41	25	14	90

CUADRO 2. BLOQUE ERRATICO 1. FORMA DE TALONES DE LASCAS POR CAPA

	Superficie y Champa	*1*	*2*	*3*	*Total*
Liso	3	7	5	—	15
Diedro-retocado	2	3	2	—	7
Liso natural	1	3	3	—	7
Puntiforme	1	2	—	2	5
Total	7	15	10	2	34

BIBLIOGRAFIA

Auer, V. 1956. The Pleistocene of Fuego-Patagonia. Part. I: The Ice and Interglacial Ages. *III Geologica-Geographica* 45 *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, pp. 1-226. Helsinki.

Borrero, L. A. 1979. Excavaciones arqueológicas en el alero "Cabeza de León", Isla Grande de Tierra del Fuego. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XIII (N.S.): 255-271, Buenos Aires.

Raedeke, L. D. 1978. Formas del terreno y depósitos cuaternarios, Tierra del Fuego central, Chile. *Revista Geológica de Chile* 5: 3-31, Santiago.

Rossmann, D. L. 1976. A site catchment analysis of San Lorenzo, Veracruz. *The Early Mesoamerican Village*, Academic Press, pp. 95-103, New York.

Stuart, D. E. 1977. Seasonal phases in Ona subsistence, territorial distribution and organization: implications for the archaeological record. *For Theory Building in Archaeology. Essays on Faunal Remains, Aquatic Resources, Spatial Analysis, and Systemic Modeling* (L. R. Binford Ed.), Academic Press, pp. 251-83. New York.

Urrejola Dittborn, C. 1971. Isla Grande de Tierra del Fuego (Bahía Inútil). *Boletín de Prehistoria de Chile* 3(4): 121-33. Santiago.

Vita-Finzi, C. y E. S. Higgs. 1970. Prehistoric Economy in the Mt. Carmel area of Palestine: site catchment analysis. *Proceedings of the Prehistoric Society* 36: 1-37. London.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

CONSIDERACIONES SOBRE EL USO DE ARTEFACTOS DEL SITIO BLOQUE ERRATICO 1 (NORTE DE TIERRA DEL FUEGO)

Hugo Daniel Yacobaccio

I. Introducción

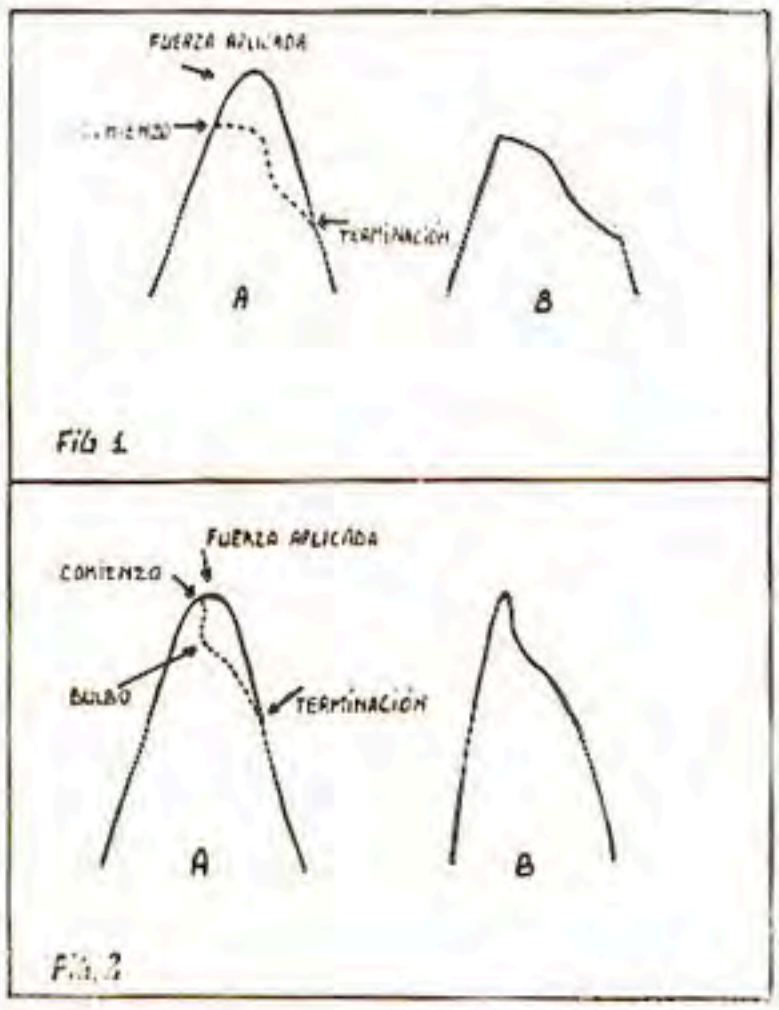
Del contexto recuperado en el sitio BE 1, se separaron tres piezas con el objeto de someterlas a microanálisis de rastros de utilización a fin de determinar la función de las mismas. Estos instrumentos fueron envasados separadamente para evitar fracturas que modifiquen el estado original de los filos.

La observación de los artefactos se realizó con una lupa binocular Meopta DM 23.2. El registro de las microfracturas fue hecho a 24 magnificaciones, con precisiones, en algunos casos, a 84 x.

Es necesario aclarar las categorías descriptivas en las cuales nos basamos. Lo que se describe es cada microfractura como individuo, consignando su ubicación y continuidad en el filo dañado. Lo que más interesa destacar es la forma total de la microfractura y las características que asume el comienzo y final de la misma.

Hay dos tipos de comienzo de microfracturas: curvadas y con punto de iniciación. En las curvadas la fuerza es frecuentemente aplicada sobre un área relativamente ancha de contacto y es generalmente perpendicular al filo. El patrón de fractura es también perpendicular al filo (Lawrence 1979: 115) (FIG. 1). Los comienzos con punto de iniciación están causados por una fuerza que actúa sobre un área de contacto pequeña, creando, de esta manera, un negativo de bulbo. La fuerza aplicada actúa directamente dentro de la lasca más que perpendicular a la misma (FIG. 2).

Hay tres tipos de terminaciones que se han dado en esta muestra. (a) *Normal:* termina en una transición redondeada hacia la superficie en la cual la fractura es removida. Esta forma de terminación está determinada por la gradual disminución de la fuerza aplicada hacia el interior de la superficie de fractura (FIGS. 1 y 2). (b) *Abrupta angular:* resulta de un cambio en la dirección del frente de fractura (FIG 3). (c) *Abrupta en ángulo agudo ("charnela"):* resulta de la incompleta propagación de la fractura, pero en lugar de un cambio de dirección del frente de fractura, otra fractura es iniciada desde una



Figuras 1 a 4 mencionadas en el texto.

curvatura en la porción media de la superficie de fractura perpendicular a dicho plano (Lawrence 1979: 117) (FIG. 4).

La forma total de la microfractura se describe en base a características geométricas: cuadrangular, semicircular, triangular, etc. Se pueden apreciar ciertas tendencias en que determinadas formas se hallan más vinculadas que otras a algunos modos de acción del instrumento.

II. Descripción

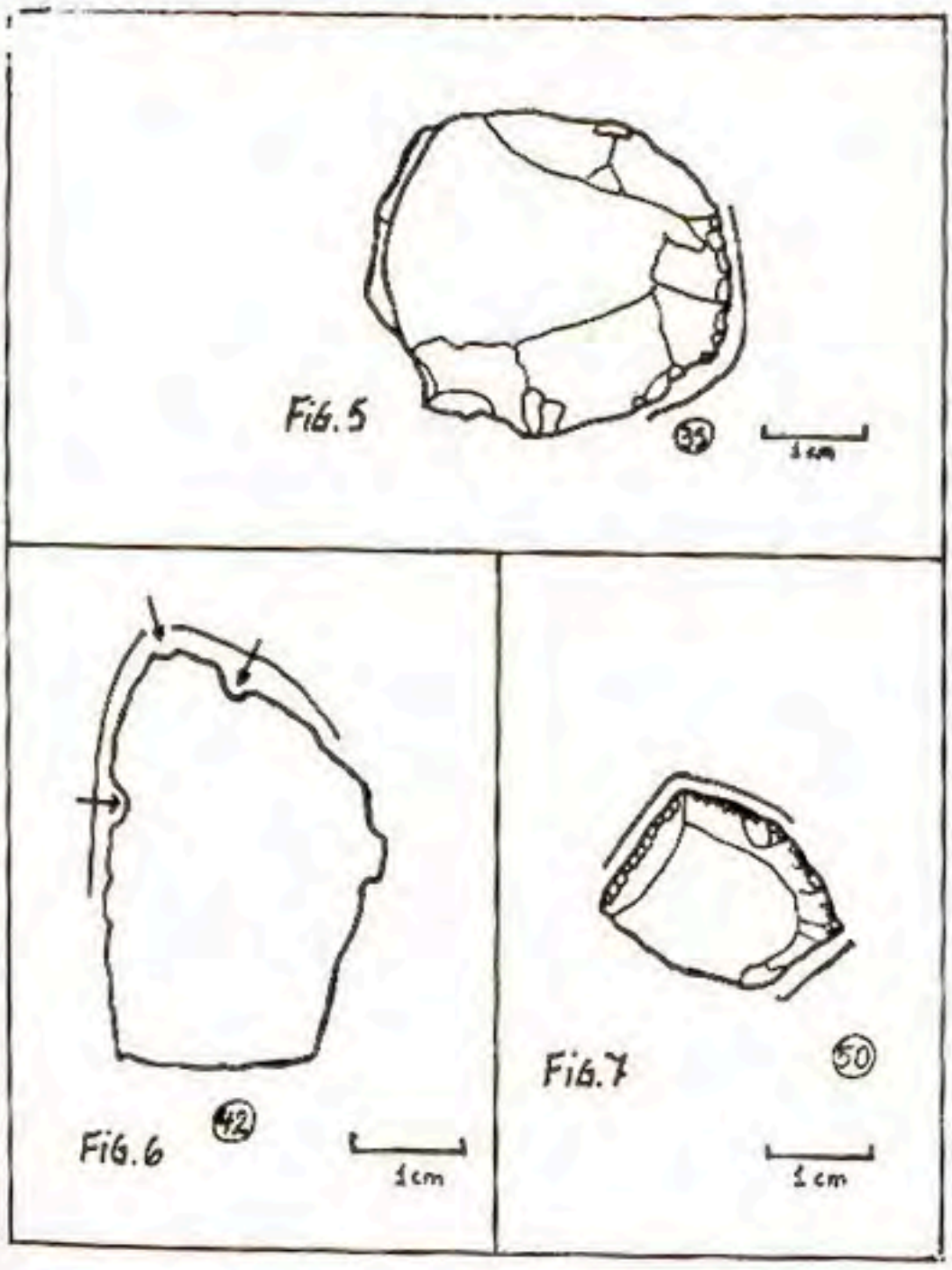
Describiremos aquí las huellas de uso observadas. En las figs. 5, 6 y 7, las líneas y flechas señalan las porciones de filo utilizadas.

Pieza 35. Especificaciones: Ubicación en figura 5 a una profundidad de –46 cm en Borrero y Casiraghi en este mismo volumen.

Descripción morfológica: raspador lateral.

Microfracturas: Sobre la parte superior del filo derecho presenta microlascados escalonados (FIG. 5). Estos son fracturas superpuestas más anchas que largas. El comienzo de los mismos es curvado y terminan en "charnelas" (abrupto en ángulo agudo). El ancho de los mismos es menor a 1 mm (ver fotos en Borrero y Casiraghi).

Angulo de bisel: El ángulo que forma la cara ventral con la dorsal es de 55º; el ángulo de filo es mayor a 90°.



Figuras 5 a 7 mencionadas en el texto.

Materia prima: cuarcita.

Pieza 42. Especificaciones: Ubicación en figura 5 a una profundidad de –58 cm en Borrero y Casiraghi.

Descripción morfológica: Lasca con filos laterales convergentes.

Microfracturas: Sobre los filos laterales (FIG. 6) presenta microfracturas semicirculares alternantes, con comienzo curvado y terminaciones normales. La mayoría se encuentra sobre cara ventral. Presenta dos muescas de uso. El ápice formado por la unión de ambos filos está fracturado. Las muescas miden 2 mm de ancho y las microfracturas menos de 1 mm (ver fotos 3 y 4 en Borrero y Casiraghi).

Angulo de filo: 20º.

Materia prima: Basalto.

Pieza 50. Especificaciones: Ubicación en figura 5 a una profundidad de –51 cm en Borrero y Casiraghi.

Descripción morfológica: Raspador de filos convergentes.

Microfracturas: Parte del filo lateral izquierdo y el filo frontal (FIG. 7) presentan microlascados de tendencia cuadrangular continuos con comienzos cur-

vados y terminaciones abruptas angulares. Sobre el filo lateral derecho se observan microlascados cuadrangulares continuos. La totalidad de las microfracturas miden menos de 1 mm de ancho (ver foto 2 en Borrero y Casiraghi).

Angulos de bisel: El ángulo cara ventral/cara dorsal sobre el filo frontal mide 55º. El ángulo de filo es de 90º. El ángulo del filo lateral derecho es de 20º.

Materia Prima: Cuarcita.

III. Determinación Funcional

pieza 35. Raspado de substancia dura.
pieza 42. Corte de substancia blanda.
pieza 50. Raspado de substancia dura.

La determinación funcional se realiza por comparación con ejemplares experimentales registrados por otros (Lawrence 1979, Odell y Odell-Vareecken 1980) y por nosotros. La comparación se facilita al utilizar, en todos los casos, las mismas categorías descriptivas.

Es así, que en esta muestra se han definido dos tipos de modos de acción: (a) *Raspado:* movimiento unidireccional de arrastre en norma transversal al filo activo. Las fracturas se producen en la cara posterior del artefacto y no en la que enfrenta la materia a trabajar. (b) *Corte:* movimiento bidireccional en norma longitudinal al filo activo. La presencia de microfracturas alternantes se debe a las oscilaciones sufridas por el artefacto durante el uso. El registro, en la pieza 42, de huellas de uso en ambos filos laterales indica su utilización alternativa girando el instrumento sobre su eje longitudinal.

El material trabajado no se puede determinar con exactitud. Sólo se puede aproximar su consistencia. Por substancias duras consideramos la madera, hueso y cuerno; por blandas, la carne, piel, tendones y vegetales no leñosos en general. Destacando siempre que se trata de una muestra muy pequeña, se observa trabajo sobre ambas calidades de material.

Buenos Aires, Diciembre de 1981.

BIBLIOGRAFIA

Cottereli, Brian y Johan Kamminga. 1979. The Mechanics of Flaking. En: *Lithic Use-Wear Analysis* (Brian Hayden editor), pp. 97-112. Academic Press, New York.

Lawrence, Robert A. 1979. Experimental Evidence for the Significance of Attributes Used in Edge-Damage Analysis. En: *Lithic Use-Wear Analysis*, pp. 113-121, ídem.

Odell, George H. y Odell-Vareecken, Frieda. 1980. Verifying the Reliability of Lithic Use-Wear Assesments by "Blind Tests": the Low-Power Approach. *Journal of Field Archaeology* 7(1):87-120, Boston.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

LA FRONTERA ORIENTAL DEL TAWANTINSUYU: EL UMASUYU Y EL TUCUMAN. UNA HIPOTESIS DE TRABAJO

Ana María Lorandi °

Desde Cochabamba hasta el Tucumán la frontera oriental del Imperio cumplía un cometido particular: proteger el territorio andino de los ataques de Chiriguanos en el norte y de Lules nómades del sur.

Esta frontera se extiende a lo largo de las sierras subandinas y los datos etnohistóricos revelan una composición demográfica multiétnica.

La arqueología confirmaría que este fenómeno es de antigua data, siempre que aceptemos que la mezcla de estilos decorativos y rasgos culturales de diversa filiación original, son indicadores válidos para realizar inferencias de tipo étnico.

Los intercambios culturales y las progresivas etapas de intercambio cultural explicarían algunas de las dificultades que se plantean en la identificación del origen étnico de pueblos históricos conocidos.

Aún cuando contamos con poca información nueva respecto a la zona del Tucumán, se han realizado importantes investigaciones en el ámbito altiplánico y su borde oriental en Bolivia, las cuales podrán arrojar nueva luz sobre el tema.

Ante todo, nos interesa hacer una nueva lectura de las viejas fuentes, y al mismo tiempo intentar reinterpretarlas. Como punto de partida debemos prestar atención especial a las categorías clasificatorias y valorativas de los indígenas de tierras altas —con culturas y estructuras socio-políticas más desarrolladas— las cuales fueron tempranamente trasmitidas a los europeos o quedaron plasmadas en documentos judiciales y administrativos desde mediados del siglo XVI.

Los españoles, por otro lado, compararon los grupos que iban descubriendo, y reflejaron la diversidad existente. Creemos que las ambigüedades que aparecen en ciertos textos deben ser atribuidas a estas situaciones en proceso de transculturación, más bien que a la impericia del observador, salvo en casos debidamente probados.

° Investigadora del CONICET - Museo de La Plata.

Nuestra hipótesis es que si bien el Tawantinsuyu no ocupó las tierras bajas propiamente dichas, muchos grupos de este origen, parcialmente transculturados a las pautas del altiplano y los valles colindantes, jugaron un rol importante en la defensa de dicha frontera. Muchos de ellos incluso, pudieron ser trasladados como *mitimaes* al interior del territorio imperial, para cumplir con funciones artesanales, agrícolas y aún administrativas. Como consecuencia, un cierto número de individuos o grupos debieron adquirir privilegios dentro de la jerarquía institucional del estado incaico.

La frontera oriental del Tawantinsuyu

El sector de frontera imperial que nos interesa bordeaba el sudeste del Collasuyu y ha sido relativamente poco estudiada. Los ataques de "bárbaros" mantenían esta frontera en delicado equilibrio. Su defensa debió depender no sólo del asiento de fortaleza hábilmente distribuídas, sino del grado de lealtad de los pobladores locales y de *mitimaes* directamente controlados por los funcionarios cuzqueños.

Ecológicamente está formada por una serie de valles intermontanos de alturas crecientes en dirección Este-Oeste, en los cuales se producen un gradual cambio de ambiente desde las llanuras selváticas, las primeras sierras paralelas al gran arco andino y los valles subtransversales que acceden al altiplano. Los grandes ríos son las vías naturales de comunicación. Los llanos de Mojos se alcanzan desde Cochabamba y Mizque siguiendo el curso del río Grande y la cuenca del Mamoré; más al sur, Chuquisaca (Charcas), Tarija y el borde de la punta argentina se vinculan con la llanura por las nacientes y tributarios del Pilcomayo, el Bermejo y el Salado. En el extremo sur, el gran colector es el río Salí o Dulce que lleva las aguas de innumerables ríos y arroyos que bajan desde las cumbres de las sierras pampeanas.

El carácter transicional de esta franja es más neto al norte, donde el altiplano y la selva se ubican en los extremos de la serie. La situación es menos clara al sur, donde los valles y cuencas deprimidas entre las sierras pampeanas se extienden hacìa el Oeste, hasta chocar directamente con las altas cumbres del macizo andino que nos separa de Chile, y donde por lo tanto falta el ambiente puneño. Debido a esta confluencia de factores ecológicos, el sector meridional ha sido más permeable a las penetraciones llegadas desde el oriente.

Los pobladores de esta franja de transición pudieron mantener entre sí relaciones más o menos estables e institucionalizadas, o francamente conflictivas. Pudo haber pueblos bi-étnicos con curacas comunes, alianzas políticas circunstanciales y guerras interétnicas.

Desde muy antiguo, y por causas que desconocemos, algunos grupos selváticos fueron subiendo y asentándose en valles templados. Oleadas sucesivas más o menos numerosas ampliaron el mosaico étnico y renovaron la entrada de elementos culturales venidos desde el oriente (Bennett, 1936; Ryden 1947; Ibarra Grasso, 1973).

Al mismo tiempo los pueblos altiplánicos necesitaron instalar importantes colonias en estos valles cálidos y fértiles, donde se podía cultivar maíz y más abajo coca y otros productos tropicales.

Los pueblos con cabeceras en los sectores templados donde se obtenía maíz, también tendieron a conseguir derechos en las yungas, así como pastos y sal en las tierras altas. En el Noroeste argentino, la madera, los alucinógenos, plantas tintóreas y medicinales y aún oro y miel, los tentaron para obtener derechos en las yungas de los "Andes del Tucumán" (Ambrosetti, 1906; Berberian y Soria, 1970; Krapovickas, 1980; entre otros).

Existieron también desplazamientos sobre el eje norte-sur, como lo muestran las vinculaciones estilísticas entre los conjuntos alfareros del altiplano y los de Quebrada de Humahuaca y Santiago del Estero por ejemplo. Estilos tales como Mollo, Tupuraya, Mojocoya, Tolomosa, Tarija Polícromo, Alfarcito, Tilcara Negro sobre Rojo, Isla, Averías (Yocavil) y Famabalasto, forman un complejo y estrecho eslabonamiento de parentesco tipológico. Como cada uno conserva sus particularidades, dando lugar a un fenómeno de diversidad dentro de la unidad global de la región (Lorandi y Gonaldi, 1977).

La espesa red de cruzamientos demográficos debió conformar una población que, aunque instalada en los sectores cálidos y templados, debió tener recientes o antiguos vínculos –recordados u olvidados– en algunos de los extremos de la serie ecológica.

Finalmente, el mosaico étnico fue modificado por la intervención incaica, cuya política de desplazamientos e instalaciones de *mitimaes* es bien conocida. A los casos ya publicados de *mitimaes* instalados en Cochabamba (Wachtel; 1980 - 81) y de Ocloya al Este de Humahuaca (Salas, 1945) debemos sumar la presencia de *mitimaes* juríes (Provenientes del Tucumán) en Tarija, "puestos allí por los Incas" (Pleito entre Cristóbal Barba y Juan Ortiz de Zárate (1549 - 1572), (ver del Río, 1980), y de los "juríes" ocupados en la defensa de la frontera Tucumana (Cieza (1553) cap. XCI, 1947), así como del posible desplazamiento de estos indígenas para servir en los establecimientos incaicos de Catamarca, según las pruebas arqueológicas discutidas en un trabajo reciente (Lorandi, 1982).

El Umasuyu

Sabemos que el Tawantinsuyu estaba dividido en cuatro provincias o *suyus*, de los cuales el Collao ocupaba el *suyu* meridional· En la conceptuación aymara, esta provincia estaba subdividida en dos regiones: *Urcusuyu y Umasuyu*. Capoche nos ofrece una definición muy clara de estas categorías:

> "Y la parte de Collasuyu, que la del Collao, que está poblada de las naciones contenidas en las capitanías, se dividían en dos bandos que llamaron Urcusuyu y Umasuyu, que quiere decir (lo primero) gente que habita en los altos de los cerros, que tienen este nombre urcu, y los Umasuyu en lo bajo y llano, riberas de las aguas que en esta lengua llaman uma; otros dicen que significan los urcusuyus gente varonil y esforzada, porque por este nombre de urcu se entiende lo masculino, y los umasuyus femenino y no para tanto. Y siempre fueron los urcusuyus de mejor presunción y mayor calidad, y el Inca les daba la mano derecha en los lugares públicos y eran preferidos a los umasuyus en reputación". (Capoche (1575) 1959, pág. 139-140).

El Umasuyu ocupa la región al este del lago Titicaca, pero hacia el sur, Capoche integra en él también a las capitanías (tal vez antiguos señoríos) de

Chuys y Chichas, cuyo territorio corresponde al de valles de mediana altura. Desde allí se accede fácilmente a las *yungas* y valles bajos o *Manca Yunca,* como se designa esta zona en las categorías aymaras (Bouysse-Casagne, 1978).

El término Uma, fuertemente asociado a las nociones de agua (humedad) conlleva las mismas significaciones que el de Anti (Andes) o las yungas del quichua cuzqueño. Las asociaciones despectivas ligadas al salvajismo atribuido a las provincias del Este, se encadenan en el vocabulario de las dos lenguas, revelando una serie continua de criterios clasificatorios y valorativos similares.

El análisis de Bouysse-Casagne sobre este tema nos da algunas claves del sistema de categorías aymaras referentes a este espacio complejo. El *Umasuyu* y *Manca Yunca* son percibidos como términos de oposición de la categoría *Urco.* Transcribiremos a continuación algunos grupos de definiciones rescatadas por la autora.

El espacio aymara se divide en primer término en "Alto" y "Bajo". En lo "Alto" hallamos *Urcusuyu* y *Alaa yunca.* Con este último término se hace referencia a los valles de las costas pacíficas, que dejaremos de lado por el momento. *Urcu* está asociado a: positivo, a las alturas de la Puna, hombre superior, derecha; como términos derivados anota: *haquesuu, pampa haque,* dador, pródigo.

El espacio inferior "Bajo", se subdivide en *Omasuyu* y *Manca Yunca. Omasuyu* significa: positivo, valles del borde del Lago, femenino, inferior, izquierda. *Manca yunca:* negativo, valles amazónicos; términos derivados son: *qheura haque, yunca haque:* hombre que no se vincula con nadie, que tiene placer en comer solo, que no habla a nadie, pobre, avaro; *musi hanti haque:* hombre salvaje, rústico, como los que hay en las yungas. "Eres salvaje o qué eres que no hablas" (Bouysse-Casagne, 1978; Bertonio (1612) 1879).

A esto agregaremos que la noción de salvajismo también se vincula a la de extranjero. *Musi* o *Mosso* en quichua significa "nuevo, recién llegado"; (Lira, 1944). Con esto queremos resaltar que dentro de la valorización despectiva, también se halla el de ser extraño, o recién llegado a la región. Nos parece que este criterio puede ser de significación en el contexto de la argumentación que estamos desarrollando·

En la Visita de Toledo (Tasa General... (1570 - 1575) 1975) se mencionan varios pueblos cuya filiación étnica no puede ser atribuible, al menos sin mucha discusión a los grupos más numerosos y conocidos como *Aymaras, Pukinas* y *Urus.* Tenemos por ejemplo los casos de los Mojos - Mojos o de los Churumatas, que como veremos aparecen vinculados a los Juríes de Tucumán en razón de la movilidad provocada por los incas. Cada uno de éstos son descriptos, en forma independiente y por fuentes bien diversas, como gente de hábitos y orígenes selváticos, como lo discutiremos más adelante.

De acuerdo con todos estos argumentos, los hombres del *Umasuyu* (al menos aquellos que viven en sus sectores de menor altura) no sólo son vistos como gente distinta por los hombres de *Urco* por una razón de etnocentrismo, sino como reflejo de una compleja mezcla étnica. La mayoría de los Señores con cabeceras en *Urcusuyu* tenían poblaciones en *Umasuyu* y también colonias en las *Yungas,* pero estos territorios debieron ser compartidos con una población al menos parcialmente vinculada con la de las llanuras orientales.

El Tucumán

Si pensamos que las primeras "entradas" de españoles al actual territorio argentino se hicieron trayendo importantes contingentes de yanaconas altiplánicos, no parece ilógico suponer que éstos trasmitieran a sus nuevos Señores su propia percepción de la realidad. Así los valles altos, por ejemplo la quebrada de *Humahuaca* (como su nombre tal vez lo indica) pudo ser la prolongación del *Uma* boliviano; y las yuncas o *Manca Yunca* se localizan en las sierras subandinas (designación para esta zona que figura en varias fuentes, por ejemplo Matienzo, D. Pacheco, etc.).

El Tucumán fue el nombre local (original?) de una provincia integrada por valles de alturas medias —2.000 - 3.000 metros— y las yungas húmedas formadas por las sierras subandinas y los cordones orientales del sistema pampeano.

Tucumán fue el nombre español de Tucuma o Tucma. El sufijo *Uma* incluido en el vocablo sugeriría alguna vinculación con el *uma* aymara, pero estamos lejos de poder afirmarlo. En el diccionario Quichua de Lira, hallamos: *Tuku:* buho, lechuza; *Uma:* cabeza, cumbre de montaña, cabecilla, jefe; *Tukuymantha:* de todas partes, de todos; *Tukúchikk:* acabar, acabado.

Ahora bien, no debe olvidarse que en esta región del Noroeste, donde ya no existe el altiplano (urco) las categorías debieron hacerse necesariamente menos nítidas, y mayores las dificultades y riesgos de interpretación.

Los problemas aumentan cuando consultamos documentos referentes a estas zonas, debido a otras dos razones que debemos tener presentes:

1) en las informaciones más tempranas prevalecen las nociones trasmitidas por los yanaconas del altiplano y debe recordarse que era *su* imagen de una realidad que conocían indirectamente y desde lejos;

2) no existieron grandes señoríos locales de la envergadura de los reinos lacustres por ej. y no se conocen documentos que reflejen la conceptualización original de los naturales referentes al espacio total en su percepción etnocéntrica, ni del espacio habitado por otros, ni de la estructuración socio-política, etc.

En resumen, en este momento sólo avanzamos en un sentido: ver al Tucumán con los ojos del hombre del Collao; es algo más que verlo sólo con los ojos del español, pero no suficiente.

Los aborígenes del Tucumán y del Umasuyu

En las crónicas que relatan las primeras entradas al N. O. argentino los indígenas de la "frontera" son designados genéricamente como "Juríes". Oviedo, que disponían de los informes de Almagro sobre su entrada hacia Chile en 1535, cuenta que los "Juríes" o "Jujíes" atacaron las tropas españolas en el valle de Jujuy. Estos aborígenes penetraban el borde sur-oriental de la Quebrada de Humahuaca, el valle de Jujuy y el de Salta (Oviedo, libro 47, Cap. 2 (1534 - 56) 1855). Su testimonio contiene varias apreciaciones de interés. Nos dice que la sierra que el Adelantado atraviesa se "inicia en Tupisa y Xibixuy" que es áspera y fragosa, y que "en algunas partes de la cual (especialmente cabe a las dichas provincias) se comenzaron a recoger algunos ladrones o salteadores, cuyos hijos

allí crecieron..." y a continuación relata los asaltos contra los pueblos de la región, hasta que parcialmente la despoblaron. Dice que en el valle de Lerma hay ruinas de antiguas poblaciones destruidas por los ataques de estos bárbaros y veremos que años más tarde Sotelo de Narvaez lo describe como un valle "despoblado de indios" (Sotelo de Narváez (1583-1885).

Almagro reclutó gente, según parece usando mucha violencia, a lo largo del altiplano. En consecuencia esta historia de progresiva ocupación de nuevos territorios altos proviene de la percepción de los hombres del *urco* boliviano, que veían a estos indígenas como "gente recién llegada" o *Mossos (Moços)* en lengua quichua. Oviedo sólo habla de un proceso en el que intervienen dos generaciones, pero es posible suponer una mayor profundidad temporal, según puede inferirse de algunos datos arqueológicos que llevarían la iniciación de esta historia varios siglos más atrás, hacia el final de la expansión Tiwanaku.

Sabemos que es muy arriesgado hacer proyecciones etnohistóricas sobre "culturas arqueológicas" más antiguas. Pero los estilos cerámicos que mencionamos más arriba, aunque aparecen en todo el arco altiplánico y aún en la llanura santiagueña, desde 1.000 ó 1.100 d. C., perduran hasta la conquista hispánica. Tomada con prudencia es una proyección posible.

Según Oviedo "estos indios malhechores" (los Juríes) son muy altos de cuerpo y cenceño (...). Son tan ligeros que los indios comarcanos los llaman *por su propio nombre* "Juríes", que quiere decir avestruz"[1] (Oviedo, op. cit.). Más adelante veremos qué fuentes posteriores aplican esta descripición a los Juríes y/o Lules de Tucumán y Santiago del Estero.

Juríes es una deformación de *suri*, avestruz. El término se aplica a gente que viste plumas de avestruz.

Bertonio en su vocabulario de la lengua aymara (hablada por los Lupacas del occidente del Lago) dice: "suri-haque: una nación de indios muy crecidos o altos que dice que estaban hacia Chile y ansi dicen Chilli suri, plumas de avestruz que traen de Chile o de Tucumán (Bertonio, op. cit.).

En un pleito que se tramitó en Charcas hacia 1549, los encomenderos Cristóbal Barba y Juan Ortíz de Zárate litigan por la posesión de unos indios "Juríes" originalmente censados en Tarija y que luego se dispersaron hacia el norte y se mezclaron en pueblos de Mojos-Mojos encomendados a Barba. En la Cédula original dada por La Gasca en la ciudad de Los Reyes el 24 de noviembre de 1548, se le encomendaban a Ortiz de Zárate diversos pueblos de indios y también aquellos "que son *mitimaes* puesto por mandato del Inca", entre los que se contaron *Juríes mitimaes* de Tarija. En el desarrollo del juicio los testigos tienen dificultad para distinguir entre estos juríes y los Mojos-Mojos, con quienes se mezclan, y cuyos pueblos están al oriente de Charcas entre Mizque y La Plata. No debe olvidarse que si bien la movilidad de los naturales comienza apenas producida la conquista española, ya sea por escapar a las levas violentas como para evitar ataques de los Chiriguanos (quienes encontraron indefensa la frontera al fallar la organización estatal incaica), la mayor parte de la población quedó en sus asientos originales hasta que se producen entre 1570 y 1575 las reducciones ordenadas por el Virrey Toledo. En este sentido la documentación más temprana refleja mejor la distribución demográfica prehispánica.

[1] El subrayado es nuestro.

Estos Mojos-Mojos que aparecen en el juicio muy bien podrían ser pueblos con cercano o antiguo origen selvático, tal vez algún antiguo desprendimiento de los Mojos del Beni, que pertenecen al viejo tronco Arawak (?).

Lizárraga los describe en forma semejante a la que hicieran Oviedo y otras fuentes posteriores de los Juríes o Lules del Tucumán.

> "Así en este valle como en otros tres que hay de aquí (Mizque) a la ciudad de La Plata las aguas son muy gruesas y salobres (...). A una parte de ellos viven algunos indios llamados Mojos-Mojos, barbarísimos en extremo y holgazanes, más bárbaros que los de la laguna de Chucuito (el Lago Titicaca); éstos comen cuantas sabandijas hay, culebras, sapos, perros, aunque estén hediendo (...). No creo se ha descubierto ni hay en este Perú gente más bárbara..." (Lizárraga (1580), 1916, libro I. pág. 246).

Las semejanzas culturales entre estos Mojos-Mojos y los Juríes pueden ser reforzadas recordando el contenido de restos óseos pertenecientes a toda la fauna típica del bosque y los bañados, revelados por nuestras excavaciones de los montículos de las aldeas prehispánicas de Santiago del Estero; región también habitada por Juríes según las crónicas (Cioni, Lorandi y Toni, 1979).

Nuestro argumento es que los españoles y aún los indios confundían a Juríes y Mojos-Mojos a causa de sus semejanzas.

Por otra parte hay muchos casos de pueblos biétnicos donde cada grupo, aún netamente distintos como Aymaras y Urus, conviven en estructración política común. (Visita General... op. cit.). Y tal vez también pudo ser el caso de las antiguas aldeas de Santiago donde Lules y Tonocotés (Juríes?) compartían habitat y cultura desde el 1000 hasta 1600 D. C. Claro está, afirmar esto es sólo posible siempre que aceptemos que las dos tradiciones cerámicas asociadas en dichas aldeas —Sunchituyoj y Averías— reflejan la composición demográfica descripta por los cronistas de la época colonial.

Cabrera comenta un caso de litigio entre encomenderos que se disputaban indios Lules y Diaguitas, donde se producen confusiones semejantes a las que descubrimos en el Pleito Ortiz de Zárate-Barba. Lamentablemente no hemos consultado el documento original (Cabrera, 1910).

La variada composición demográfica de ciertas aldeas del *Umasuyu* y las *Yungas* se reflejan en otros datos aparentemente indirectos. Lizárraga dice que "...entramos en el valle llamado *Moxotoro* que quiere decir «*barrio nuevo*»..." (Lizárraga, op. cit.). No sabemos si es aceptable aunque así lo parece por la cita anterior, identificar la palabra *Moxo* con *Moco* o *Mosso*, que como vimos está asociada a la noción de "gente nueva" y de "salvajismo" (recordar *Musi hanti haque*, hombre salvaje, rústico, como los que hay en las yungas, Bertonio (1612), 1879). Curiosamente en el valle de Salta hallamos un río llamado Moxotoro o Mojotoro, también llamado río de Ciancas, en cuyas márgenes los Lules asesinaron a Gregorio Bazán (Información levantada por la viuda de Gregorio Bazán, en Leviller, 1920, II). Aunque por el momento no podemos sino anotar esta coincidencia toponímica, tal vez tengan alguna vinculación con acontecimientos históricos que aparecen aún rodeados de la espesa niebla que produce la falta de información más precisa.

Cuando Garcilaso relata la conquista de los Charcas por Inca Roca [2] dice que se debieron enfrentar dos grupos de gente: los viejos que lo recibieron con dádivas y los *moços* que se resistían armas en manos. (Carcilaso (1609) 1960). Según se interprete, resultaría que entre los Charcas había viejos y jóvenes, con peso político equivalente, y que estos *moços* eran además los guerreros· Pero si forzamos la imaginación *moços* podría ser una categoría de "hombres nuevos", no necesariamente excluidos de la conquista, ni carentes de poder político dentro de la estructura del señorío. Estos *moços* aceptaron el vasallaje a cambio del derecho a integrar las huestes militares permanentes del imperio, adquriendo así un status privilegiado, previamente negociado (Garcilaso, op. cit.).

Es más, la adopción de actitudes políticas conjuntas queda perfectamente documentada en el Memorial de Charcas, donde los Señores de los Charcas, Caracaras, Chuys y Chichas reclamaron ante el Rey de España por la conservación de los derechos privilegiados que los Incas les concedieron por sus servicios militares especiales (Espinosa Soriano, 1969).

Los Chichas que tienen pueblos en las zonas altiplánicas más altas así como en los valles medios y aún bajos de Tarija, aparecen ligados a los Chuys y a los Churumatas en asentamientos de *mitimaes* incaicos en el valle de Ocloya, al este de Humahuaca, y se los designa como "Churumatas y Chichas orejones" (Pastells, 1912). Los primeros aparecen también más al norte, donde junto con Mojos-Mojos fueron reducidos por Matienzo en el pueblo de Villaverde de la Fuente, dentro del plan general de reducciones ordenado por Toledo (Matienzo (1573), en Leviller, 1918).

Respecto a estos *mitimaes* de Ocloya, Sotelo de Narváes dice que en este valle "que tenía su cabecera en Humahuaca, hay mucho oro" y es habitado por "gente del Perú (...) que hay mucha población de gente vestida y se tiene noticias de indios vestidos Ingas que sirven de oro y plata. Estos indios tienen cerca de sí cordilleras y tierra doblada donde hay oro" (Sotelo de Narváes (1585) 1885).

Parte de esta gente de Ocloya, como dice Sotelo estaban sujetas al cacique de Humahuaca, hecho confirmado por afirmaciones del cacique de los Churumatas, llamado Laissa, aunque él mismo no dependía de Humahuaca (Información levantada por Juan Ochoa de Zárate en 1569, en Tommasini, 1933 y Salas 1945). Más tarde, en 1593, este Laissa y sus indios se resisten a ser encomendados en Rodríguez Salazar, y huyen hacia la selva: "...se retrajeron (...) a la tierra de los Chiriguanos o a su antiguo natural", se dice en la Información de Francisco Aragñaraz hecha en La Plata, en 1596 (en Leviller, 1920, tomo II).

En una cédula muy temprana de 1540, Francisco Pizarro encomendó en Martín Monje diversos pueblos que habitaban en territorio jujeño, entre los cuales se cuentan indios Churumatas y Chuys. Más tarde en la misma información de Argañaraz ya citada, se hace referencia a la rebelión de indios encabezada por el general Viltipico, quien logró reunir bajo su mando a "indios omaguacas, pomamarcas, ocloyas e churumatas e yanapatas e lules y otras naciones que tenían ocupado el paso e comercio entre dichas provincias de Tucumán y el pirú" (Ibidem pág. 512 y sig.). Viltipico tenía su morada en el interior de

[2] Debió ser Topa Inca, según la cronología más aceptable.

Humahuaca, hacia el Chaco, en un pueblo que le rendía tributo y lo reconocía por Señor (Lozano, Cap. XXII (1733) 1941).

Debido a la acción incaica, todos estos grupos estaban vinculados y compartían un mismo territorio en términos generales. Al menos una parte de ellos, "bárbaros" pero semi-sedentarios, fueron los que las fuentes tempranas habían genéricamente designado como "Juríes".

Salas discute intensamente la filiación étnica de los Churumatas y sus vinculaciones con otras parcialidades o naciones (Salas, 1945, pág. 59 - 69). Por un lado acepta la idea de que el adjetivo "orejones" provenía de su calidad de *mitimaes* incaicos. Pero al mismo tiempo parece proclive a preferir una filiación Chicha para los Churumatas (basándose en la lectura de los Padres Corrado y Mingo) y en consecuencia rechaza la apreciación de Lozano que los vincula con pueblos chaqueños.

Sin embargo, y a pesar de las dudas con que se toman las afirmaciones de Lozano, éste trae una cantidad de datos indirectos aportados por el Padre Osorio, que autoriza a reveer la probable filiación chaqueña de los Churumatas. Entre otras cosas según parece los Mataguayos se dividían en Mataguayos Coronados y Mataguayos Churumatas.

No debe confundirnos el hecho de que estos indios hablaran quichua, vistieran como los del Perú y criaran carneros de la tierra (Lozano, op. cit. cap. V y XI). Estos hábitos andinos pudieron ser consecuencia de las funciones productivas y administrativas reguladas por el estado incaico. Son demasiado coincidentes para ser propias de pueblos habitantes de valles cálidos. Además sería más lógico que hablasen Aymara y no quichua, que llega a estas regiones meridionales como consecuencia de la conquista cuzqueña.

La discusión de todos estos datos debe tener en cuenta algunos puntos claves.

1) Que de la lectura de los textos parciales de Corrado (1884) y Mingo (1795) transcriptos por Salas no se desprende con seguridad el origen Chicha de los Churumatas o su condición de parcialidad de los mismos. Corrado dice que el valle de Tarija estaba habitado por indios Chichas y los que vivían en el valle de la Concepción pertenecían a la parcialidad de los Churumatas. De esto no se desprende necesariamente que unos fueran parcialidad de los otros. A continuación habla de Tomatas, pero tampoco queda claro que todos integraran una sola nación. El Padre Mingo, a cuyo texto inédito tuvo acceso Salas, se refiere a los indios Tamatas pero no a Churumatas propiamente dichos. Estos Tomadas tenían en común con los Churumatas el que hablaran en quichua, y no aymara como los Chichas no movilizados por los incas. Además tenían Fuertes para defenderse de los Chiriguanos, y sabemos que en esa zona la mayor parte de estas Fortalezas fueron construidas por los Incas para proteger su frontera.

2) En la Descripción Colonial de Lizárraga se menciona que en el valle de Oroncota hay un poblezuelo pequeño de los indios llamados Churumatas (op. cit. libro II, pág. 133). En el pleito entre Ortiz de Zárate y Barba se menciona dicho pueblo donde según los testigos había *mitimaes* Yamparáez, Churumatas y Mojos. Como vemos pareció existir una política definida por parte de los Incas para reunir pueblos con costumbres semejantes y mantener un buen número de estas poblaciones del *Uma* inferior y *Yuncas* ocupadas a lo largo de las fronteras.

3) Por esta razón pensamos que la condición de chaqueño semisedentarizado no sólo no impidió que fueran absorbidos en los contingentes incaicos, sino que por el contrario los favoreció, ya que parecían más aptos para enfrentar un enemigo natural, y del cual conocían su estrategia. Sabemos que en general los incas evitaron trasladar gente de alturas a zonas bajas tropicales, porque no se adaptaban al clima. En consecuencia estos grupos parecen ser los más aptos para los fines imperiales.

4) El adjetivo "orejones" no proviene como afirma Lozano de que fueran parientes del Inca o parte de la nobleza, sino porque debieron formar parte de los "incas de privilegio", título adjudicado a gente que hacía señalados servicios al estado.

Esto explicaría la amplia dispersión de estos grupos, que como los Juríes pudieron haber cumplido importantes funciones administrativas y defensivas a lo largo de esta frontera meridional.

5) En síntesis, toda la información contenida en las fuentes debe ser sometida a una lectura que permita distinguir cuáles fueron los rasgos originales y cuáles fueron consecuencia de un status privilegiado, adquirido al responsabilizarse de la defensa de la frontera imperial.

6) Además estos indios no deben ser confundidos con indios selváticos o chaqueños propiamente dichos. Son los habitantes del sector intermedio entre una serie, y sus comportamientos nos parecerán ambiguos si queremos contrastarlos con categorías definidas propia de los habitantes de los extremos de la serie ecológica.

Más al sur, en el Tucumán propiamente dicho, vuelven a aparecer estos Juríes. Es así que esta región es oficialmente designada como Provincia de Tucumán, Juríes y Diaguitas. Las fuentes no son claras y hay bastante discusión sobre la identificación de estos Juríes y sobre su localización· Por el momento sólo retendremos que se llamó Juríes a una parte de los indígenas que habitaban la sierra del Aconquija, Narváez, Medina, Alto-Ancastí, Graciana y Guasayan y así como parte de la llanura fluvial del Santiago del Estero.

Los Diaguitas que eran los pobladores autóctonos del sector valliserrano central, tuvieron sus enclaves en las *yungas*, como lo ha probado repetidamente la arqueología, y lo dicen las fuentes españolas.

En otros documentos, sobre todo los más tardíos, y los de origen eclesiásticos, la designación de Juríes cambia por la de Lules y Tonocotés. Los primeros pertenecieron a la familia Lule-Vilela y se subdividieron según el Padre del Techo en dos grupos: uno de ellos parcialmente sedentarizado, ocuparían las riberas de los ríos Dulce y Salado en Santiago del Estero y las sierras del Tucumán; el otro instalado en las márgenes del Bermejo era considerado un grupo nómade, y se lo responsabilizó de los ataques a las comunidades sedentarias autóctonas y españolas del Tucumán, Calchaquí, incluso Jujuy y la Quebrada de Humahuaca.

Los Tonocotés se extinguieron como grupo aislado y no hay certeza sobre su filiación, pero posiblemente pertenecían al tronco Mataco-Mataguayo, si bien no hemos podido verificarlo.

Sugerimos que los Lules sedentarios de Santiago y del Tucumán pudieron compartir las aldeas prehispánicas con grupos Tonocotés, formando comunidades que si bien fueron originalmente biétnicas, finalizaron por mostrar un alto grado de integración, de tal forma que los observadores españoles tuvieron dificultad para identificarlos separadamente.

Desde el punto de vista adaptativo y de subsistencia formaban una unidad cultural, aunque había diferencias lingüísticas que quedaron parcialmente reflejadas en el "Arte y Vocabulario de la Lengua Lule y Tonocoté" del Padre Machoni, escrito en 1732.

Las excavaciones arqueológicas muestran que estos sitios contenían dos tradiciones cerámicas distintas llamadas Sunchituyoj y Averías.

Las piezas de ambas tradiciones se encuentran asociadas en los mismos montículos de casi todas las aldeas de Santiago durante el período 1200 - 1600 d. C. Pero existen aldeas cuyo único componente alfarero fue Averías (más los ordinarios comunes a ambas tradiciones) y además este estilo-tradición se distribuye fuera del territorio Santiagueño, asociado a los sitios incaicos, y sólo a ellos, en Catamarca. Este comportamiento independiente sólo puede ser interpretado de una manera: el estilo fue patrimonio de un grupo, y ese grupo evidencia una conducta diferente al otro, cuyo patrimonio en cerámica decorada fue identificado en el estilo Sunchituyoj.

Si ambos estilos hubieran sido fabricados indistintamente por el mismo grupo no se explicaría su abandono en ciertas circunstancias o fuera de un área determinada.

En 1569, Diego Pacheco nos dice:

> "Hay en estas provincias tres ciudades pobladas por diversos gobernadores, las cuales son Santiago del Estero en los Juríes, y San Miguel de Tucumán que participa del servicio de los Diaguitas y confines de Juríes, y la ciudad de Nuestra Señora de Talavera que también son indios Juríes, aunque diferentes en lenguas y alguna manera en la nación y vivir se diferencian en traje (D. Pacheco, RGI, II (1569) 1885).

Algo más tarde, en 1583, Sotelo de Narváez ofrece un cuadro más preciso:

> "Los indios que sirven al Tucumán son Diaguitas, Tonocotés y Lules" y son "molestados por los Diaguitas de guerra de Calchaquí de quien han recibido muchos daños" (RGI, II (1583) 1885).

Varias fuentes confirman que los Lules nómades atacaban a los Juríes de Santiago y que estaban a punto de destruir sus pueblos cuando los españoles llegaron (Información de Alonso Abad, 1585 - 89, en Leviller, 1920).

No deseamos abundar en más citas que confirman las anteriores, pero de la lectura de las mismas surge que los pobladores sedentarios estaban hostigados desde dos frentes, por un lado los Calchaquíes con pretensiones en las *yungas* y por otro por los Lules con intereses en las tierras templadas de mayor altura. Esta situación peculiar de los pueblos del Tucumán, explicaría la aparentemente rápida aceptación del dominio incaico.

Los Lules sedentarios (Juríes ?) habrían tenidos algunas parcialidades con asiento en las sierras de Tucuma. Allí los visita el Padre Bárzana hacia 1585 y

trabaja en su conversión. Son los Lules Chicos de del Techo según su crónica del siglo XVII (op. cit.). Una de las parcialidades de los Lules, llamados Solicistes habitaban un lugar situado en el paso del río Grande o Salí (hoy Dulce) conocido como paso de los Lules o "camino de los Solicistes". Un poco al sur se encuentra el río llamado "Sucuma" o "Sucma" (río de la Concepción actualmente), donde Núñez de Prado habría fundado por primera vez la itinarenate ciudad del Barco en 1550, y que luego fue el primer asiento de la ciudad de San Miguel del Tucumán (Cabrera, 1910). En las proximidades se halló el asiento del cacique Tucma, amigo de los españoles, según Herrera, ya que eran los herederos del poder del Tawantinsuyu (Herrera (1601 - 15), 1934).

Siguiendo el río de la Concepción hacia arriba, se llega a la más importante fortaleza de la zona, llamada el Pucará de Andalgalá o el Fuerte del Pucará. Es probable que Tucma y sus indios de Tucumanaho hayan estado obligados a servir esta fortaleza y responsabilizarse de la defensa de esta frontera Tucumana que protegía el interior valliserrano central.

Los indios del Tucumán y el Tawantinsuyu

Esta frontera debió ser vital para preservar los territorios del occidente de Catamarca, La Rioja y Chile, ricos en oro, gente y lana, tres bienes de gran valorización dentro de los intereses de la clase gobernante del Cuzco.

Al hablar de los indios del Tucumán, Cieza afirma:

> "...fácilmente los pudieron los orejones atraer a que se dieran por vasallos del Rey Inca é concertaron que su amistad fuese perpetua, é ellos obligados a *no más de a guardar aquella frontera*[3] que no entrase ninguna gente por allí a dar guerra a su Señor como esta paz fue hecha..." (Cieza, Guerras Civiles (1553), cap. XCI, 1947).

En otras palabras, una vez concertada la paz se les confió la defensa de la frontera.

En efecto, conociendo estos datos, el cronista Herrera, pudo decir que "entra Rojas al Tucumán y en Tucumanao, halla buena acogida como es natural, porque el español había heredado los derechos del Inca (Herrera (1601 - 15) 1934, Década, VII, libro IV, cap. II).

Garcilaso ofrece un relato más extenso acerca del mecanismo usado por los Incas en Tucumán. Habla de embajadores llegados a Charcas desde el Tucumán, que está "doszientas leguas al sudeste". Ofreciendo su vasallaje, y en prueba de amistad entregan al Inca "mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, çara (maíz) y otras mieses y legumbres de aquella tierra (...) no trujeron oro ni plata, porque no la tenían los indios ni hasta ahora, por mucho que ha sido la diligencia de los que la han buscado, ha podido descubrirla" (Garcilaso de la Vega (1609) 1960, libro V, cap. 25).

[3] El subrayado es nuestro.

Los frutos de la tierra donados por los del Tucumán son tropicales, de tierras húmedas· El occidente minero debería estar fuera del Tucumán, si la cita de Garcilaso puede ser totalmente confiable.

Algunos autores han rechazado este relato de Garcilaso, negando la posibilidad de que los aborígenes del Tucumán hayan ofrecido espontáneamente su vasallaje al inca. Pero ésta pudo haber sido la fórmula final para "firmar" la paz, un acto que siempre estuvo revestido de los rituales de ruegos, dones y contradones entre los que participaban de un trato (Rostworowski, 1976).

Según Montecino hubo diversas batallas y conflictos antes de lograr dicha paz (citado en Leviller, 1926 y Lizondo Borda, 1942). En este caso el relato de Garcilaso correspondería al último acto de un largo proceso conflictivo.

Del mismo modo, Santa Cruz Pachacuti consigna que en épocas de Tupa Inca, los "Chiles hazian gente de guerra para contra el ynga, y entonces despacha a un capitán con veinte mil hombres y otros a los Guarmeoaucas (sic) los cuales capitanes llegan hasta los Coquimbos y Chilles y Tucuma, muy bien, trayéndoles mucho oro; y los enemigos no hacen tanto daño en los de acá, antes con poca fazelidad fueron sujetados y Guarmeoaucas lo mesmo..." (Santa Cruz Pachacuti (1613) 1950).

Según parece, hay consenso respecto de que fueron fácilmente dominados. No sería aventurado suponer por lo tanto, que los aborígenes de estas regiones intermedias —*Uma y Yungas*— vieran en la protección del Inca una salvaguarda contra los continuos ataques de Lules y Chiriguanos.

Existe abundante documentación etnohistórica referente a la costumbre incaica de provocar traslados masivos de gente, de una región a otra del imperio, ya sea con propósitos defensivos, ya sea para acrecentar las rentas estatales directas. Los grupos afectados eran liberados de sus obligaciones tributarias hacia sus señores naturales e instalados en tierras reales destinadas a engrosar directamente las rentas del Estado y/o la nobleza (Murra (1955), 1978).

Debido a esto creemos que no sólo la frontera del Tucumán pudo ser confiada a los aborígenes locales, sino que muchos de éstos fueron destinados a cumplir funciones laborales y/o administrativas en los establecimientos estatales en el interior del territorio, dentro del área protegida por dicha frontera; es decir casi toda la actual provincia de Catamarca. Esto lo inducimos de la particular distribución de la alfarería Yocavil, directo pariente de la tradición Averías del área Tucumano-Santiagueño (Lorandi, 1982).

Una de las informaciones más claras referentes a estos movimientos de población proviene de Cieza de León:

> "...trasmutaban de las tales provincias la cantidad de gente que della parecía convenir que saliese; a los cuales mandaban pasar a poblar otra tierra del temple y manera de donde salían (...) en donde les daban las tierras y campos y casas tanto y más como dejaron y de las tierras y provincias que de tiempo largo tenían pacíficas y amigables y que habían conocido voluntad para su servicio, mandaban salir otros tantos o más y entremetellos en las tierras nuevamente ganadas y entre los indios acaban de sojuzgar, para que dependiesen dellos las cosas arriba dichas y los impusieran en su buena orden y policía, para que, mediante

> este salir de unos y entrar de otros, estuviese todo seguro con los gobernadores y delegados que se ponían, según y como dijimos..." (Cieza, cap. XII, edic. 1967).

Otros autores modernos también trabajan sobre el grado de delegación de poder que los Incas hacían en otras personas no pertenecientes a la élite gobernante. Así María Rostworowski presenta evidencias interesantes al discutir los problemas que acarreaba el Inca al cumplimiento de todas las normas de reciprocidad que regulaban sus relaciones con los señores vasallos. Su análisis demuestra entre otras cosas, que el aparato gubernamental fue reforzado e independizado de las limitaciones que imponía la reciprocidad, promoviendo *yanas* que dependían directamente del Inca a cargos de gobernador o administrador.

Los *yanas* podían tener distinto origen y diverso status social:

> "...podían ser simples campesinos, artesanos especializados o hijos de curacas, y sus tareas se establecían según sus condiciones. Podían ser adscriptos a diversas personas: sea a un Inca, a una Coya o gran señora, a un dios, a un santuario o a un curaca provinciano (...) pero el rasgo que los caracterizaba y les era común era que escapaban al sistema de "ruegos" y "peticiones" (Rostworowski, 1969, pág. 346 - 47).

Todas las relaciones de reciprocidad, por lo tanto, por asimétricas que fueran estaban sujetas a negociaciones, de tal modo que su costo era oneroso para el Inca (un ejemplo de situaciones de este tipo está relatada en "Dioses y Hombres de Huarochirí", cap. 3 edic. 1973).

Las contrataciones, en tanto que actos relativamente voluntarios imponían severas limitaciones a la autoridad del Inca. Una forma de sortear esta dificultad fue la promoción de "yanas muy allegados a los Incas como curacas de señoríos

> que no se habían sometido de buena gana a los cuzqueños. Tal era el status del jefe del señorío de Collique al ser vencidos y muertos su curaca natural (...) lo fueron igualmente los jefes de las dos moitié del pequeño señorío de Lima y el cacique de Chachapoya" (Rostworowski 1976, pág. 347).

Lo esencial como lo remarca la autora es que, "entre los *yanaconas* que cultivaban estas chacras del Inca no había intermediarios a quienes "rogar" y "pedir" sino "ordenar".

Esta situación de *mitimaes* y promoción privilegiada de *yanas* confluyen de manera no fácil de discernir. Lo cierto es que existían los Incas de "privilegio" y ese pudo ser el caso de los "Chichas Orejones y Churumatas" e indirectamente pensamos que una situación similar pudo acontecerles a los aborígenes del Tucumán.

Los privilegios se materalizaron entre otras cosas en el derecho a usar vestidos como los de la gente del Pirú. Además veremos que en relación con sus funciones y como consecuencia de la inserción en el sistema productivo general, estos indios aparecen asociados con la cría de llamas, hablan el quichua, trabajan el oro, y la lana en cantidades superiores a las normales en tiempos prehispánicos.

> Respecto a los indios del Tucumán, Cieza dice que visten "mantas largas de lana por debajo del brazo (...) y en tiempos calurosos tienen de

plumas de aveztruz hechas otras mantas muy galanas" (Cieza, op. cit. cap. 91 (1553) 1947).

Posteriormente se cree que el hábito de vestir "todos a fuer de los del Perú en Lana y Algodón" es costumbre post-hispánica (Sotelo de Narváez, RGI, II; op. cit.). "Vestían plumas de aveztruz y agora anda todos vestidos como los indios del Pirú" se dice en la información de Alonso Abad de 1558 (en Leviller, 1920). Nadie afirma que las ropas de "Pirú" constituya un privilegio, por el contrario los datos contradicen esta suposición. A pesar de todo agregaremos otro argumento: Cuando Sotelo describe a los indios del valle de Ocloya, destaca que "vestían como los del Pirú". Estos indios o parte de ellos hablaban el quichua, porque así lo relataban los hombres que regresaban de la entrada de Diego de Rojas, y según parece con gran contento de los *yanaconas* que llevaban los españoles (Diego Pacheco, 1571)· No olvidemos que Ocloya pudo ser, como Cochabamba, un valle ocupado íntegramente con explotaciones estatales (Salas, 1945; Wachtel, 1980 - 81).

La presencia de "ovejas de la tierra" en la sierra de Santiago está documentada en varias fuentes: Sotelo, Provanzas diversas, Diego Pacheco, etc. Como no se conoce con certeza el itinerario de la expedición de Diego de Rojas, algunos autores han supuesto que las llamas estaban en las llanuras santiagueñas. En principio esto es descartable, dado el calor y humedad de la zona. La mayor parte del territorio está ocupado por bañados y no es habitat adecuado para la cría de estos animales.

En todo caso las llamas pudieron habitar la zona serrana, en cuyas cumbres hay ambiente de pastos favorable para la cría de este animal. Sin embargo todavía es bastante húmedo y cálido, y no parece el ambiente más apto para la cría de grandes rebaños.

Sugerimos que las llamas fueron introducidas al Tucumán por los Incas, siguiendo una práctica observada en otras regiones del Tawantinsuyu (Murra, op. cit.; Salomón, 1978). El servicio de los asentamientos estatales, y el traslado de tributo al Cuzco pueden justificar la presencia de estos animales en el Tucumán.

Finalmente tenemos las pruebas lingüísticas. Un considerable número de indígenas del Tucumán hablaban quichua en el siglo XVI. Esta lengua se expande en todo Santiago después de la conquista y se conserva aún como una isla lingüística. El quichua santiagueño tiene la forma dialectal cuzqueña del grupo A/II de la clasificación de Parker y Torero.

El interogante surge porque la llanura santiagueña no integraba el Tawantinsuyu y en este punto la arqueología tiene pruebas irrefutable. Por el contrario el sector valliserrano, que se encontraba dentro del estado incaico, sólo conservó el quichua en la toponimia, y aunque fue lengua franca por razones políticas, no se incorporó al habla corriente de la población·

Una fuente inestimable sobre esta rama son los relatos del Padre Bárzana. En uno de sus viajes catequizó a los indios del "tránsito" entre las ciudades de Santiago (sobre el Dulce) y Esteco o Nuestra Señora de Talavera (sobre el Salado), distante 50 leguas una de otra. Para convertir a estos indios Bárzana utilizó las lenguas quichua y Tonocoté. Tal viaje le tomó poco menos de un mes. Salió de Santiago en Marzo de 1581 y llegó a Esteco el 9 de Abril.

En una carta del mismo Bárzana, publicada en Pastells (1912), el misionero relata prolijamente su método de trabajo: por la mañana hacía sus oraciones, luego catequizaba y por la tarde bautizaba y casaba a los "amancebados". Quedaba en cada pueblo dos o tres días.

Nadie parece haber notado, a pesar de que ha sido profusamente citada, que en ese tiempo es imposible enseñar una nueva lengua. Habían transcurrido menos de 30 años desde la primera fundación española, y la región no estaba tan integrada como para suponer una labor europea previa en ese sentido.

Por el contrario, cuando Bárzana va a la sierra, en el sector valliserrano predica en lengua *kakana,* propia de los Diaguitas, quienes a pesar de haber formado parte del Tawantinsuyu no habían incorporado el quichua como idioma corriente, y los misioneros españoles no quichuizaron el área como se pretende que pudieron hacerlo en Santiago.

Para muchos autores la expansión del quichua en Santiago es obra misionera. Yo creo que si su expansión hacia el Este fue colonial, su introducción en la zona debe explicarse por esa relación especialísima entablada entre los indios tucumano-santiagueño y los funcionarios cuzqueños. Como *mitimaes* de guerra, artesanos o administradores, estuvieron obligados a aprender el idioma de sus señores. En cambio los Diaguitas, más bien sujetos al trabajo de *mita* o turno temporario pudieron comunicarse con dichos "funcionarios" a través de sus curacas o usando el *kakano* también conocido por sus vecinos del Tucumán.

Puede suponerse que una vez destruido el poder central incaico, estos *mitimaes* regresaron a su antiguo "natural" y llevaron el quichua hacia la llanura. Para esto contaron con un lapso de más de 20 años antes de la ocupación española. Las encomiendas posteriores y los traslados no debieron ser totalmente ajenas a este proceso. La labor misionera hizo el resto.

Cuando los señores de Charcas, Caracaras, Chichas y Chuys reclaman ante el Rey para conservar los privilegios dados por los Incas en razón de sus importantes servicios militares, no hacían sino defender derechos que, aunque excepcionales, no fueron los únicos en disfrutar. A pesar de que invocan una estructuración social muy avanzada, ésta es la que corresponde en realidad al sistema cuzqueño, y no hay pruebas de que los señoríos altiplánicos hayan tenido las mismas jerarquías que pautaban el centro del Perú y luego al Tawantinsuyu. Detrás de esa estructuración en "señores de diez mil otros de ocho mil, de seis mil, de mil indios, como en España los duques, condes y marqueses, y esto era así antes de los Incas y después de ellos..." se esconden realidades más confusas, y etnías diferentes. El señor que fue el vocero de estos pueblos tenía una inteligencia excepcional y había sido educado en las leyes incas y en las españolas, y resultaba un abogado brillante para defender su causa (Espinosa Soriano, op. cit.).

Sin embargo estos privilegios debieron otorgarse a todos aquellos que cumplían misiones especiales, y los del Tucumán según Cieza fueron librados de tributo a cambio de defender la frontera. Es el mismo argumento usado en el Memorial. Salvo que en ambos casos esta situación sólo concernía a los soldados o a los pueblos que daban la mayor parte de los soldados. Charcas y Tucumanos, Chichas, Churumatas o Chuys tuvieron también su sangría humana puesta al servicio de trabajo para el crecimiento, progreso y conservación del Tawantinsuyu.

Un argumento más: según el documento sobre el reparto de tierras hecho por Huayna Capac en Cochabamba, los indios obligados a la *mita* o turno cumplían la mayor parte de las labores agrícolas, en tanto los *mitimaes* permanentes eran los responsables de los depósitos y tal vez del riego y organización de los envíos al Cuzco u otros centros (Wachtel, 1980 - 81).

Sin duda buena parte de los indios del Tucumán fueron instalados con funciones similares en los distintos centros estatales de Catamarca, mientras la población local era obligada solamente a participar con sus turnos en el cultivo de las tierras del Inca o del Sol. Los indios del Tucumán entre otros privilegios pudieron exhibir el de fabricar su propia alfarería, cuyos fragmentos tapizan los centros administrativos incaicos (Lorandi, 1982).

Pudieron incluirla en sus propias tumbas junto con piezas de estilo cuzqueño y también fueron apreciadas como ofrendas en las tumbas de los pocos funcionarios peruanos que controlaban esta estructura estatal en máximo nivel.

La excelente información del documento y el detallado análisis hecho por Wachtel, ofrece un modelo de la relación entre la institución de *mitimaes* y ciertas *funciones* privilegiadas semejantes a la de los llamados *yanas* o incas de privilegio. El status especial de los fabricantes de piezas Yocavil y Famabalasto parece evidente según los datos arqueológicos. El trabajo de Wachtel, recibido en el momento de finalizar esta redacción, nos aportó finalmente la prueba documental necesaria para la verificación, aún cuando ésta sea lo que metodológicamente se llama "verificación cruzada o indirecta".

Buenos Aires, Diciembre de 1981.

BIBLIOGRAFIA

Ambrosetti, Juan B. 1906. Exploraciones arqueológicas en La Pampa Grande (Prov. de Salta) *Publ. de la Fac. de Fil. y Letras.* Sec. Antropología, 1. Buenos Aires.

Bennett, Wendell C. 1936. *Excavations in Bolivia.* Anthrop. Papers of Nat. History, 35, 4. New York.

Berberian, E. y D. Soria. 1970. Investigaciones arqueológicas en el yacimiento de Zárate (Dpto. de Trancas, Tucumán) *Humanitas*, XVI, 22. Tucumán.

Bertonio, Ludovico. (1612) 1879. *Vocabulario de la lengua Aymara.* Public. por Julio Platzman. Leipsig.

Bouysse-Casagne, Thérese. 1978. L'éspace aymara: "urco et uma". *Annales.* XXXIII 5-6. París.

Cabrera, Pablo. 1910. *Ensayos sobre etnografía Argentina. Tomo I: Los Lules.* Córdoba.

Capoche, Luis. (1585) 1959. *Relación general de la Villa Imperial de Potosí.* Biblioteca Autores Españoles. Madrid.

Cieza de León, Pedro. (1553) 1947. *Guerras Civiles del Perú.* Biblioteca Autores Españoles. Madrid.

Cioni, A; A. M. Lorandi y E. Toni. 1979. Patrón de asentamiento y adaptación ecológica en la aldea prehispánica "El Veinte" en Santiago del Estero, Argentina. *Relaciones* de la Soc. Arg. de Antropología. XIII. Buenos Aires.

Del Río, Mercedes. 1980. Análisis del Pleito entre Cristóbal Barba y Juan Ortíz de Zárate. 1549-1572. ms.

Espinosa Soriano, Waldemar. 1969. El Memorial de Charcas: crónica inédita de 1582. *Cantuta*, Revista de la Univ. Nac. de Educación. Chosica, Perú.

GARCILAZO DE LA VEGA. (1609) 1960. *Los comentarios Reales de los Incas.* Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.

HERRERA, ANTONIO DE. (1601-1615) 1934. *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano.* Ballesteros Editor. Madrid.

IBARRA GRASSO, D. E. 1973. *Prehistoria de Bolivia* (2da. edic.). Edit. Los Amigos del Libro. La Paz, Cochabamba.

KRAPOVICKAS, PEDRO. 1980. Relaciones entre la Puna y Zonas vecinas a través de su borde oriental. *Congreso Int. de Americanistas.* Vancouver.

LEVILLER, ROBERTO. 1918. *Presidentes y Oidores. Documentos del Archivo de Indias.* Madrid.

— 1920. *La Gobernación del Tucumán. Probanza de Méritos y Servicios de los Conquistadores. Documentos del Archivo de Indias.* 2 Tomos. 1550-1602. Madrid.

— 1926. *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán.* Madrid.

LIRA, JORGE. 1944. *Diciconario KKechuwa-Español.* Inst. de Historia, Lingüística y Folklore. XII. Univ. de Tucumán.

LIZÁRRAGA, REGINALDO. (1589) 1916. *Descripción Colonial.* Biblioteca Argentina. Direc. R. Rojas. 2 Tomos. Buenos Aires.

LIZONDO BORDA, MANUEL. 1942. *Historia de Tucumán. Siglo XVI.* Univ. Nac. de Tucumán. Inst. de Historia, Ling. y Folk. VIII. Tucumán.

LORANDI, ANA M. y M. E. GONALDI. 1977. Relaciones entre los estilos cerámicos de Santiago del Estero y los del altiplano boliviano. *Inf. CONICET*, año 1977.

LORANDI, ANA MARÍA. 1982. Los olleros del Tucumán y el Tawantisuyu. Manuscrito.

LOZANO, PEDRO. (1756) 1873. *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba.* Publ. dirigida por A. Lamas, Colec. de Obras, Documentos y Noticias inéditas o poco conocidas. Buenos Aires.

MACHONI DE CERDEÑA, ANTONIO. (1712) 1878. *Arte y Vocabulario de la Lengua Lule y Tonocoté.* Madrid.

MATIENZO, JUAN DE. (1566) 1885. Carta a S. M. del Oidor de los Charcas Licenciado Juan de Matienzo. *Relaciones Geográficas de Indias* II, ap. III, XLI: Minist, de Fomento. Madrid.

OVIEDO Y VALDÉS, FERNÁNDEZ. (1534-56) 1855. *Historia General de las Indias.* Imprenta de la Real Academia de Historia. Madrid.

PACHECO, DIEGO FERNÁNDEZ. (1569) 1885. Relaciones de la Provincia de Tucumán. *Relaciones Geográficas de Indias* II. Ministerio de Fomenot. Madrid.

PASTELLS, PABLO. 1912. *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias,* extratados y anotados por . . . Madrid.

ROSTWORWSKI, MARÍA. 1976. Reflexiones sobre la reciprocidad andina. *Revista del Museo Nacional,* XLII. Lima.

RYDEN, STIG. 1947. *Archaeological researchs in the Highlands of Bolivia.* Göteborg.

SALAS, ALBERTO. 1945. *El Antigal de Ciénaga Grande.* Publ. del Museo Etnográfico, serie A, 5. Buenos Aires.

SALOMÓN, FRANK. 1978. Systémes politiques verticaux aux marches de l'Empire Inca. *Annales,* XXXIII, 5-6. París.

SANTA CRUZ PACHACUTI YAMPI, JOAN DE (1613) 1950. *Relación de Antigüedades deste Reyno del Perú.* Edit. Guarania. Asunción del Paraguay.

SOTELO DE NARVÁEZ, PEDRO. (1583) 1885. Relación de la Provincia del Tucumán. *Relaciones Geográficas de Indias.* Vol. II. Minist. de Fomento. Madrid.

— (1570-1575) 1975. *Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo.* Cook, N. D. ed. Univ. Mayor de San Marcos, Lima.

TECHO, NICOLÁS DEL. (1673) 1897. *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús.* Librería y Editorial Uribe. Madrid.

TOMMASINI, GABRIEL. 1933. *Los indios Ocloyas y sus doctrineros en el siglo XVII.* Publ. 162. Córdoba. Imprenta Universidad.

WACHTEL, NATHAN. 1978. Hommes d'eau: le probléme uru (XVI-XVII siécle). *Annales,* XXXIII, 5-6. París.

— 1980-81. Les mitimas de la vallée de Cochabamba. La politique de colonisation de Huayna Capac. *Journal de la Soc. des Américanistes.* LXVII. París.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

COMENTARIOS ACERCA DE UN FECHADO RADIOCARBONICO DEL SITIO INCA CUEVA-4 (DEPARTAMENTO HUMAHUACA, JUJUY-ARGENTINA)

Carlos A. Aschero °

En 1979 presentamos los hallazgos de la capa 2 del sitio Inca Cueva-4 donde fue delimitado un recinto habitacional originalmente excavado en el interior del abrigo con pinturas rupestres. Este recinto fue presentado como parte de un asentamiento de cazadores-recolectores que explotaba los recursos de un microambiente de altura, con bosquecillos de *queñoa (Polylepsis tomentella)*, ubicado en el sector medio de la Quebrada de Inca Cueva en los 23° Sur, 65° 27' Oeste y sobre los 3800 a 4000 m s/n.m. (Aschero, 1979). En el interior del recinto se recogieron puntas de proyectil apedunculadas de limbo triangular corto y alargado, convexilíneos y base recta o ligeramente convexa (35-21 a 21-16 mm y 4 a 8 mm de espesor), un fragmento de probable punta lanceolada, raederas, raspadores, un perforador, micro-instrumentos retocados, lascas pequeñas con sustancias adheridas y desechos de talla. Incluyen piezas en cuarcitas locales, basalto, ftanitas y vidrio volcánico. Otras tecno-fracturas diagnósticas incluyen cestería *a la plana* (plaited) y *encordados* (twinned) de tipos *cerrado simple* y *envolvente*; cordelería con uso de la fibra animal y torsiones Z-S predominantes (Pérez de Micou, 1979); cuentas de columela de *Strophocheilus (Megalobulimulus) oblongus*, un caracol terrestre; plumas embarriladas y pendientes de pezuñas de cérvidos [1], con cordelillos de amarre conservados (Aschero, *op. cit.*).

La conservación de sustancias adheridas a los artefactos líticos, su distribución espacial y asociación con ecofactos, permitió distinguir –en la que designamos el *área de habitación* del asentamiento– un *área de actividad específica* con indicadores de trabajo sobre piel y vegetales no leñosos, un *área de depositación aglomerada y un área de depósito* representada por dos pozones o *bodegas* interiores al recinto (Yacobaccio, 1979 y 1981). Una ampliación re-

° Investigador Adjunto del CONICET - Instituto de Antropología (F.F. y L. - UNBA).

[1] Agradecemos al Dr. Nuevo Freire este diagnóstico que corrige la anterior asignación a *camélidos* para estas pezuñas y también para las publicadas para el sitio ICc7 (ver Aguerre *et. al.* 1973: 221).

ciente de la excavación (1982) agrega a la planta del asentamiento la existencia de dos nuevas estructuras de cavado (pozones) exteriores, una agrupación de agujeros de poste de función no determinada y un área de basural [2].

Los nuevos hallazgos indican que el relleno de los pozones exteriores al recinto se hace con los residuos de las actividades realizadas en el área de habitación; incluye vegetales comestibles *(soldaque)*, troncos de *queñoa*, hojas de *cortadera*; fragmentos de cordeles, torzales de cuero o piel de camélidos, vellones de lana de camélido y pelo de cérvido. En uno de estos pozones también se recogieron restos esqueletarios humanos aislados. El área de basural concentra restos de corteza de *queñoa*, astillas de huesos y cenizas con carbones abundantes, factiblemente procedentes del vaciado de los dos núcleos de fogón interiores. Contrastando con esto se observa que la cestería, las cuentas de columela, los pendientes de pezuñas y otros elementos de adorno personal, son descartados preferentemente en los pozones interiores. Asimismo la distribución de artefactos líticos se circunscribe al área de habitación (interior del recinto y la zona adyacente del área de actividad específica).

La fauna rescatada en el interior del recinto presenta un neto predominio de vizcacha serrana *(Lagidium viscacia)* con un número mínimo de 16 individuos. Se incluyen restos de *Chinchilla* sp., *Ctenomys* sp., e *Hippocamelus* sp. o huemul del norte, entre otros (Mengoni Goñalons, 1982). La ausencia de restos óseos de camélidos es significativa ya que hay claros indicios del procesamiento de tales pieles.

Los vegetales de recolección son todos propios del micro-ambiente. Los comestibles incluyen cactáceas y principalmente el *soldaque (Hypsocharis tridentata)*, una especie conocida por sus propiedades estimulantes y curativas, también recogida en los niveles inferiores de Inca Cueva-1 o Gruta del Inca (Fernández, 1969/70: 133).

Una muestra de carbón de un fogón interior del recinto habitacional procesada en el Instituto "Rocasolano" (CSIC, Madrid) por el Dr. Fernán Alonso dio el siguiente fechado: CSIC– 498, 9230 ± 70 años AP. Otra muestra enviada no pudo ser medida por inconvenientes surgidos en el procesado (com. pers. Dr. Alonso).

Este fechado que será controlado con otra muestra en proceso, nos lleva a revisar –con la suma de datos provenientes de investigaciones recientes en el Norte Grande chileno– nuestra atribución inicial del sitio a un momento Precerámico Tardío (Aschero, 1979). Retenemos como válida la comparación con las estructuras habitacionales en depresiones modeladas como las de Tarapacá 14-A (True y Núñez, 1974) o de Tiliviche 1-B, donde se citan *habitaciones excavadas* y *bolsones socavados en el piso básico de ocupación* (...) *cubiertos con basura* (Núñez y Moragas, 1977/78: 54). Inca Cueva-4 agrega pozones o *bodegas* interiores a la habitación como ocurren –más tardíamente que en los sitios citados– en Puripica-1 (Núñez, 1981). Las dataciones más tempranas corresponderían a Tiliviche –9760 ± 365 para un fogón *bajo* el piso básico y 7850 ± 280 para restos vegetales *sobre* el piso básico– mientras que en Puripica las dataciones están en el orden de los 4815 ± 70 a los 4050 ± 95 años AP. (Núñez y Moragas, *op. cit.*: 59 y Núñez, *op. cit.*: 150).

[2] Campaña realizada con subsidios de la Universidad de Buenos Aires y participación de alumnos de la Cátedra de Ergología y Tecnología (Dto. Antropología - Fac. Fil. y Letras).

La presencia de puntas triangulares apedunculadas han sido recientemente reportadas en componentes tempranos en los sitios de San Lorenzo y Tuina con dataciones entre el 10820 ± 630 al 9960 ± 125 años AP. (Núñez, 1980: 94 y 98). Una visita reciente del Prof. Núñez Atencio permitió su revisión de los materiales de ICc4 señalándonos semejanzas en la tecnología de las puntas de proyectil con la de estos sitios (Núñez, com. personal).

En sitios andinos más distantes como es el caso de las cuevas de Pachamachay y Uchcumachay (Rick, 1980: 146), en Perú, y de San Pedro Viejo en el Norte Chico chileno (Rivera y Ampuero, 1971), las puntas triangulares aparecen en la base de las secuencias con fechados tempranos. Esta situación convalida la posición temprana de las puntas triangulares de la capa E3 de Huachichocana (9620 a 8670 años AP, sitio CH-III: Fernández Distel, 1974; Aguerre, *et. al.*, 1975), dentro de la misma Area Oriental de la Puna donde se ubica Inca Cueva-4. Las puntas de la capa E3 incluyen variaciones de tamaño, forma y técnica que las diferencian en parte de las de ICc4 elaboradas por retoque a presión que, en algunos casos, no llega a cubrir la totalidad de las caras.

Estas últimas observaciones nos llevan a plantear la cronología temprana del asentamiento de la capa 2 de ICc4 como una hipótesis válida que mostraría la relativa antigüedad en el Area Andina Meridional de este patrón de habitaciones modeladas, excavadas o semi-subterráneas.

Acassuso, octubre de 1982.

BIBLIOGRAFIA

Aguerre, A. M., Fernández Distel, A. A. y Aschero, C. 1973. Hallazgo de un sitio acerámico en la Quebrada de Inca Cueva. *Relaciones*, v. VII (N.S.). Buenos Aires.

– 1975. Comentarios sobre nuevas fechas en la cronología arqueológica precerámica de la Provincia de Jujuy. *Relaciones*, v. IX (N.S.). Buenos Aires.

Aschero, C. A. 1979. Un asentamiento acerámico en la Quebrada de Inca Cueva. Informe preliminar sobre el sitio Inca Cueva-4. *Actas* de las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino. Inst. Arq. Univ. del Salvador, Buenos Aires.

Fernández, J. 1969/79. La recolección de bulbos, rizomas y tubérculos entre los cazadores superiores de la Puna. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XXIV-XXV, Mendoza.

Fernández Distel, A. A. 1974. Excavaciones arqueológicas en las cuevas de Huachichocana, Dep. Tumbaya, Prov. de Jujuy, Argentina. *Relaciones*, t. VII (N.S.). Buenos Aires.

Mengoni Goñalons, G. 1982. El hombre prehistórico en la Puna argentina: su relación con la fauna. Trabajo presentado a la Primera Reunión de Cs. del Hombre en Zonas Aridas. Mendoza.

Núñez Atencio, L. 1980. Cazadores tempranos en los Andes Meridionales. *Boletín de Antropología Americana*, nº 2. Inst. Pan. de Geografía e Historia.

– 1981. Asentamientos de cazadores-recolectores tardíos de la Puna de Atacama: Hacia el sedentarismo. *Chungara*, v. 8. Arica.

Núñez A., L. y Moragas, C. 1977/78. Ocupación arcaica temprana en Tiliviche, Norte de Chile. *Boletín*, nº 16. Museo Arq. de La Serena.

Núñez A., L. y True, D. L. 1974. Un piso habitacional temprano en el Norte de Chile. *Norte Grande*, v. 1(2). Inst. Geog. Univ. Cat. Santiago.

Rick, J. W. 1980. Prehistoric Hunters of the High Andes. *Studies in Archaeology*. Academic Press, N.Y.

Rivera, M. y Ampuero B., G. 1971. Secuencia arqueológica del Alero rocoso de San Pedro Viejo-Pichasca (Ovalle-Chile). *Boletín*, nº 14. Museo Arq. de La Serena.

YACOBACCIO, H. 1979. Análisis funcional de los instrumentos líticos de Inca Cueva c.4 (Nota preliminar). *Actas* de las Jornadas de Arqueología del Noroeste argentino. Inst. Arq. Univ. del Salvador, Buenos Aires.

— 1981. Análisis espacial del sitio Inca Cueva-4. Informe de beca al CONICET. Mecanog. Buenos Aires.

PÉREZ DE MICOU, C. B. + 1979. Informe sobre el material de cestería y cordelería perteneciente al sitio IC.c4 (Prov. de Jujuy). *Actas* de las Jornadas de Arq. del Noroeste Arg. Inst. Arq. Univ. del Salvador. Buenos Aires.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

HALLAZGOS DE PUNTAS "COLA DE PESCADO" EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Nora Flegenheimer *

INTRODUCCION

La punta de proyectil del tipo "cola de pescado", motivo de esta comunicación, fue hallada durante excavaciones en el Partido de Lobería, Provincia de Buenos Aires.

Este tipo de punta ya fue descripto para la Prov. de Bs. As. en sitios superficiales. Madrazo (1972) publicó un conjunto de piezas halladas en la cima del Cerro El Sombrero (Partido de Lobería). Este conjunto incluye una punta "cola de pescado" completa y varios fragmentos pertenecientes al mismo tipo. También Silveira (1978), dio a conocer una punta "cola de pescado" hallada en las márgenes del Río Sauce Chico en el sur de la provincia.

La mayoría de los sitios con puntas de este tipo en América del Sur y Centroamérica son superficiales (Schobinger, 1972; Bird y Cooke, 1978). Los escasos sitios con estratigrafía, donde se han podido fechar los niveles que incluian piezas asignadas a este tipo son: Los Tapiales en Guatemala (Gruhn y Bryan, 1977), El Inga en Ecuador (Bell, 1965), Los Toldos en Argentina (Menghin, 1952; Cardich *et al.*, 1973) y Fell y Palli Aike en Chile (Bird 1946, 1970).

HALLAZGOS DEL CERRO LA CHINA

La localidad del hallazgo, a la que fuimos guiados por el Sr. Noseda en su calidad de Presidente del Museo de Ciencias Naturales de Lobería, está ubicada en el noreste del Partido sobre el Cerro La China, a los 37º 57', lat. S. y 58º 37' long. O. Este cerro forma parte de las estribaciones australes de la Sierra Larga que pertenece al Sistema de Tandilia. Se encuentra 16 km al sur del Cerro El Sombrero ya mencionado.

Las excavaciones se realizaron en 2 sitios distantes 85 m entre sí. Hasta el momento se excavaron unos 20 m^2 en total. Se han diferenciado al menos 2

* División Arqueología - Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, becaria de iniciación del CONICET.

niveles de ocupación. El más reciente está caracterizado por la presencia de puntas triangulares pequeñas, posiblemente asociadas a cuentas de collar de vidrio. El más antiguo se caracteriza por las piezas descriptas en esta noticia.

El sitio 1 abarca un abrigo y sus inmediaciones. La mayor cantidad de los hallazgos proviene del abrigo, de una profundidad entre 20 y 35 cm desde la superficie. Se trata de un conjunto de artefactos en el que predomina la cuarcita como materia prima. La mayoría de los instrumentos son lascas con retoque marginal; éstos están asociados a piezas bifaciales de retalla extendida. Dada la topografía accidentada del terreno la correlación entre estos materiales y los hallados fuera del abrigo es difícil y se encuentra en estudio. En la cuadrícula 9, ubicada a 7 m del abrigo, se halló un probable fragmento de pedúnculo de punta tipo "cola de pescado" (pieza Nro. 35-1608; fig. 1). La secuencia de los sedimentos en esta cuadrícula es: suelo (desde la superficie a los 15 cm), un nivel de sedimento eólico pardo con manchas (de 15 a 50 cm) y por debajo un tercer nivel de arcilla oscura. Hay intercalaciones de clastos en los distintos niveles. Tanto los sedimentos que forman el suelo como los del nivel eólico resultaron fértiles en restos arqueológicos.

La pieza se halló en la parte inferior del nivel eólico, a 50 cm de la superficie. Está trabajada en cuarcita de origen local, que se reconoce por la presencia de minerales accesorios oscuros. Los negativos de las lascas de retalla son difíciles de observar por la naturaleza de la materia prima; los retoques marginales y el lascado de acanaladura, en cambio, son claramente visibles. La pieza es asimétrica, presenta una base levemente convexa, a diferencia de las bases cóncavas comunes en este tipo. Uno de los filos laterales es recto suavemente convergente hacia la base; el filo opuesto, más largo, es cóncavo convergente hacia la base y levemente convexo, esbozando un hombro en el extremo distal. La pieza está truncada por una fractura transversal oblicua y presenta una pequeña fractura, perpendicular a la principal, sobre el extremo del filo más largo. En la cara A se observa la acanaladura central terminada en ángulo recto. Ambos filos presentan retoques escamoso marginal. Sobre la cara B se observan algunos negativos de retoques escamosos de tamaño y profundidad desiguales; no hay retoques en el extremo basal del filo más corto. Hacia el extremo distal, los retoques son más anchos y profundos pero sin llegar a cubrir la pieza, quedando una porción central algo más espesa que se observa en el corte transversal. La base está retocada sobre esta misma cara. No se observan rastros de pulido a alisado ni en la base ni en los bordes de la pieza.

Dado el estado fragmentario del hallazgo sólo se puede reconstruir una mínima parte del proceso técnico de su manufactura. Aunque no se puede distinguir la forma base, ésta probablemente fue una lasca obtenida de un clasto de cuarcita desprendido del cerro. Hemos observado que la cuarcita local es de calidad muy variable pero tiende a ser dura y difícil de tallar. Posiblemente fue esta característica de la materia prima la que causó la fractura de la pieza. Los retoques de la cara A son posteriores a los de la cara B y en todos los casos pueden haber sido realizados por percusión directa. La base fue retocada con anterioridad a la extracción de la lasca de acanaladura; seguramente, para preparar la plataforma para acanalar la pieza, desplazando el filo hacia la cara A.

La asimetría y la irregularidad de los retoques por un lado y la acanaladura y morfología general de la pieza, por el otro, permiten suponer que se trata de

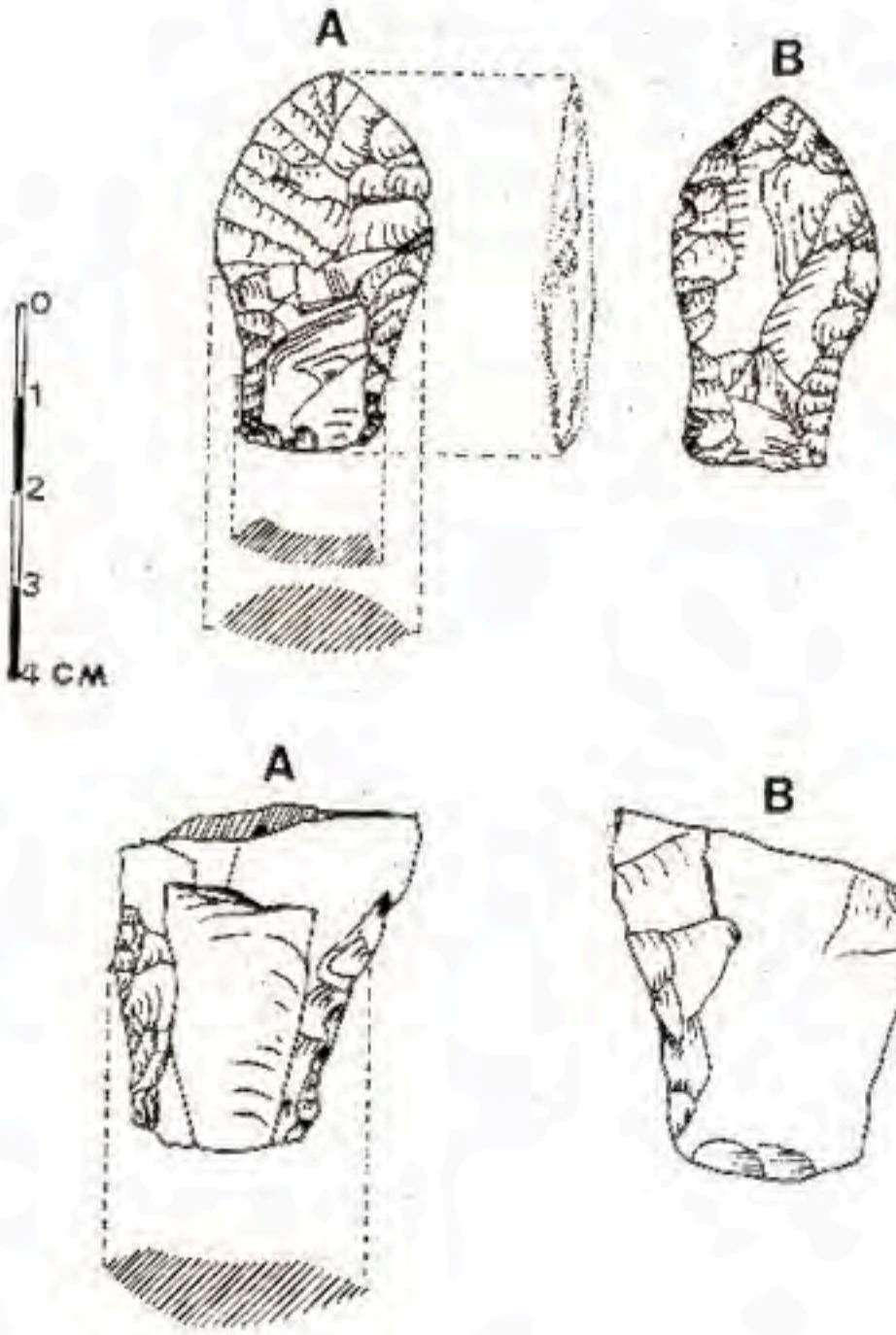


FIGURA 1: Arriba: caras A y B de la punta "cola de pescado" (Nº 35-2-88). La melladura en el limbo es posterior a su hallazgo. Abajo: caras A y B del probable fragmento de pedúnculo de punta "cola de pescado" (Nº 35-1608).

C° LA CHINA

un fragmento de una preforma de una punta "cola de pescado". En Turrialba, Costa Rica, también se hallaron piezas acanaladas aunque sin retoque fino, cerca de puntas "cola de pescado" bien terminadas. Estos hallazgos fueron incluidos en un tipo que "appears to be a preform, although it is possible that it was used as a knife or even a spear point (Snarskis, 1979).

El sitio 2 es un sitio a cielo abierto, al pie del afloramiento rocoso del cerro. La secuencia de los sedimentos aquí es: suelo (20 cm de espesor), sedimento eólico pardo (unos 30 cm de espesor), arcilla roja que gradualmente se aclara llegando a ser amarilla (unos 35 cm de espesor) y por debajo aparece la roca de base. En este sitio también se hallaron clastos de cuarcita desprendidos del cerro intercalados entre los sedimentos. A partir del sedimento eólico y dentro de la arcilla estos clastos forman una pila muy densa que ocupa parte de las cuadrículas.

Los materiales arqueológicos son escasos y se encuentran dentro de los 3 sedimentos mencionados. En la parte superior de la arcilla roja, a 50 cm de la superficie, se encontró un apunta tipo "cola de pescado" de calcedonia blanca

translúcida (pieza Nro. 35-2-88, Fig. 1). Es una pieza de pedúnculo destacado y hombros apenas diferenciables con leve asimetría bilateral. Presenta un limbo cordiforme de bordes convexos, un pedúnculo de bordes cóncavos convergentes y la base algo expandida de borde levemente sinuoso. Es plano convexa, siendo la sección del bisel asimétrica bifacial. Presenta una acanaladura basal que acupa el tercio inferior de la cara convexa (cara A). Esta cara, más cuidadosamente retocada, presenta retoques paralelos largos en el limbo y paralelos cortos en el pedúnculo, bordeando la acanaladura. Esta última presenta una onda muy marcada y terminación en charnela. La cara B, menos retocada, aún conserva parte de la cara dorsal de la lasca original. Se observa un lascado de retalla en el limbo y varios en el pedúnculo; ambos filos presentan retoques marginales subparalelos. El extremo distal izquierdo del limbo presenta microrretoques, posiblemente de reactivación del filo. La base está retocada como en el pedúnculo descripto anteriormente.

De la observación de esta pieza se puede reconstruir el proceso técnico siguiente. Como primera etapa se debió realizar la extracción de una lasca de calcedonia. Esta se rebajó por retalla, quedando parte de la lasca sin retallar. Esta modalidad técnica ya fue señalada por Bird (1969) como una característica de las puntas "cola de pescado" que las diferencia de las puntas acanaladas de Norte América. La etapa puede haber sido tanto la preparación de la plataforma para extraer la acanaladura y la extracción de la misma, como el retoque por presión de la pieza. La plataforma para la acanaladura se obtuvo por retoques sobre la cara B, de igual forma que en el pedúnculo antes descripto. El retoque por presión afecta principalmente la cara A del limbo, se trata de un retoque paralelo convergente bien controlado. Se observa un tratamiento diferencial del pedúnculo cuyo bisel presenta un ángulo mayor, confiriéndole un mayor espesor a este sector, lo que permitió extraer la acanaladura. Finalmente se debieron alisar la base y el pedúnculo.

La morfología de esta pieza difiere de las "cola de pescado" clásicas, en que no presenta hombros marcados y la diferencia entre el ancho y largo máximo y el limbo y el ancho y largo del pedúnculo no es tan pronunciada. Por otro lado, existe una gran variabilidad en la forma de este tipo de puntas y se pueden encontrar ejemplares similares descripto en las colecciones de El Inga y Fell (Bird, 1969). En cuanto a su tamaño, se encuentra dentro de las puntas pequeñas del tipo "cola de pescado".

HALLAZGOS DEL CERRO EL SOMBRERO

Se trata de un conjunto de piezas depositadas en el Museo de Ciencias Naturales de Lobería. Fueron recolectadas por el Sr. Noseda en superficie en el Sitio Cerro El Sombrero con posterioridad a su visita al mismo con Madrazo. Entre ellas hay 6 fragmentos de pedúnculos de puntas tipo "cola de pescado": 4 de cuarcita (Nro. 5, 6, 7 y 8) y 2 de calcedonia translúcida (Nro. 9 y 10). Uno de ellos presenta acanaladuras sobre ambas caras (Nro 5, fig. 2); presentan sólo una cara acanalada (Nro. 6 y 7, fig. 2). Uno de estos probablemente pertenecía a una pieza sin terminar, ya que la base no fue retocada después de la extracción de la lasca de acanaladura, quedando una prominencia convexa en

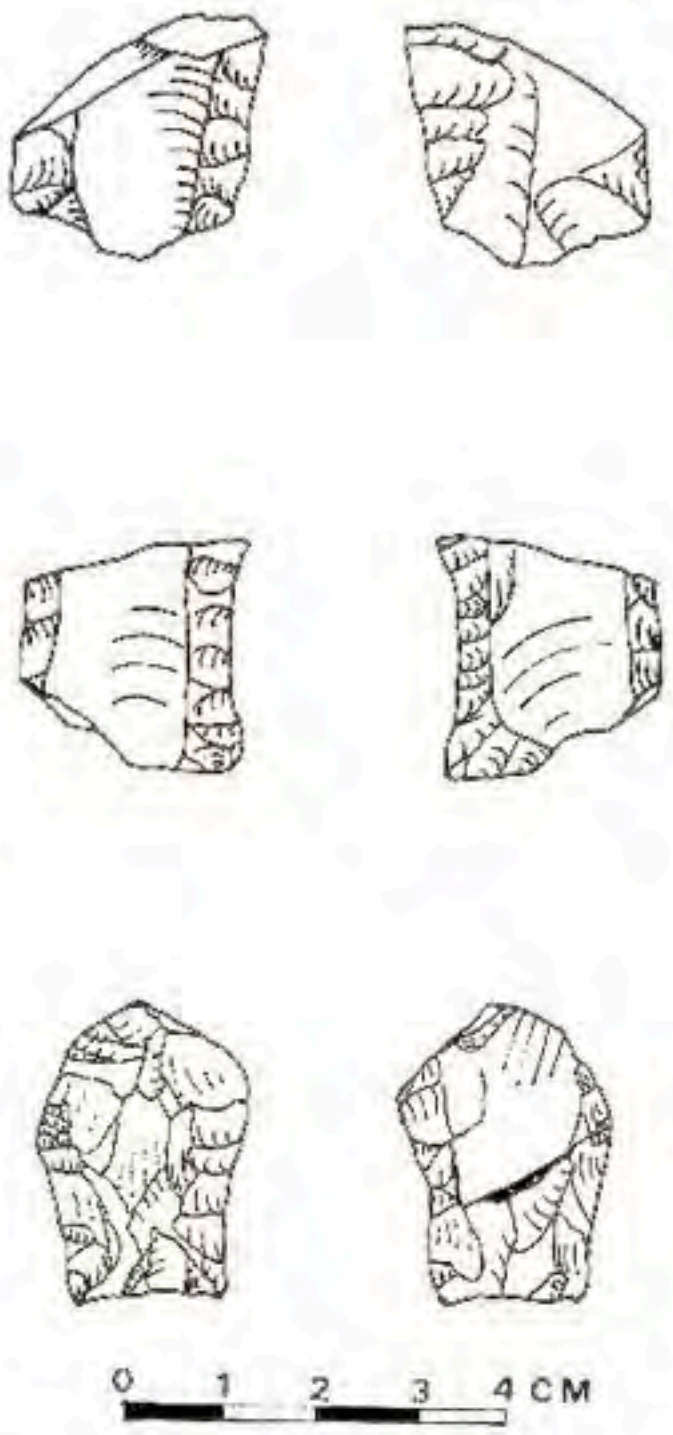


FIGURA 2: Arriba: fragmento de pedúnculo Nº 6. Medio: fragmento de pedúnculo Nº 5. Abajo: punta fragmentada Nº 1.

lugar de la base cóncava característica. Los restantes ejemplares en cambio, si presentan bases cóncavas. Los 3 pedúnculos sin acanaladura tienen bases expandidas con aletas y a los bordes son levemente cóncavos.

Entre este conjunto de materiales también hay 4 puntas que, aunque no corresponden claramente al tipo que estamos tratando, se destacan entre las piezas de las colecciones locales por su forma y la presencia de pedúnculo. Una de ellas (Nro 1, fig. 2) es de calcedonia translúcida, fracturada en el extremo distal. La parte que se conserva es un pedúnculo de lado y base cóncavos, con el comienzo del limbo insinuado en el extremo distal. Otra de ellas (Nro. 2), es una punta muy pequeña de cuarcita con fractura transversal inclinada. Presenta retoques marginales mínimos que le dan forma al pedúnculo y a la base cóncava. Otras 2 puntas de proyectil completas (Nro. 3 y 4) están trabajadas irregularmente. Una de ellas (Nro. 3) es de calcedonia translúcida, la otra (Nro. 4), de cuarcita. En ambas se esboza un pedúnculo con base concava y el limbo tiende a ser lanceolado. La adscripción de estas piezas a la misma industria que las puntas "cola de pescado", evidentemente queda supeditada al hallazgo de una asociación clara en estratigrafía.

DIMENSIONES DE LOS EJEMPLARES MENCIONADOS (en mm)

Pieza Nº	*Largo máx.*	*Ancho máx.*	*Espesor máx.*	*Espesor en acanal.*	*Ancho mín.*	*Largo de acanal.*	*Ancho de acanal.*
35-2-88	41	22	6,5	4	13	14	10
35-1608	36	34	8	6	19	29	15
1	30	22,5	7		16		
2	20	14	3		10		
3	28	14	3,5		11		
4	33	18	6		13		
5	24	23	7	6			
6	25	24	6	5,5			
7	17	18	6	5	17		
8	20	17	7		16		
9	16	16	7		14		
10	19	19	6				

DISCUSION

Los hallazgos mencionados aportan un dato más a la distribución espacial de las puntas "cola de pescado". También queda evidenciada la talla de materia prima local por los portadores de las mismas. Cabe mencionar que en el grupo de materiales del Cerro El Sombrero se hallaron 2 piezas de obsidiana, materia prima de posible origen alóctono, una de ellas un fragmento de punta "cola de pescado" (Madrazo 1972). Los 2 ejemplares hallados en el Cerro La China permiten la reconstrucción parcial de la técnica de manufactura empleada, la cual presenta estrechas similitudes con la técnica descripta para las puntas del extremo sur de Chile y de El Inga (Bird, 1969).

El hallazgo de puntas pedunculadas de este tipo plantea interrogantes en cuanto a su vinculación con los demás restos arqueológicos recuperados en la zona. Las puntas "cola de pescado" no han sido consideradas en la caracterización de las industrias y de las etapas industriales propuestas para la provincia de Buenos Aires (Menghin y Bórmida, 1950; Bórmida, s/f.; Austral, 1971), ya que éstas fueron formuladas con anterioridad a su hallazgo. Unicamente Madrazo (1979) las incluye en su esquema dentro del nicho de cazadores pleistocénicos. Es de destacar que en los sitios con asociación de fauna pleistocénica, conocidos hasta el momento en la provincia, no se han encontrado puntas de proyectil ni instrumentos de talla bifacial extendida (Palanca y Politis, 1979; Fidalgo *et al., e.p.*). Esto puede deberse a 2 motivos: que se trata de industrias diferentes, sin puntas pedunculadas o que posean puntas pedunculadas que aún no han sido halladas. Dada la extensión excavada, al menos en el sitio Arroyo Seco (Fidalgo, citado), la primera posibilidad parece ser la más probable. Futuras investigaciones acerca del contexto asociado a los hallazgos descriptos y de su cronología

aportarán datos útiles para aclarar estos interrogantes y para caracterizar las industrias de los habitantes tempranos de la zona.

La Plata, Marzo de 1982.

Nota: Deseo expresar mis agradecimientos a la familia Corral, propietarios del campo donde se realizaron las excavaciones; a los colaboradores del Museo de Historia y Ciencias Naturales de Lobería y muy especialmente a su presidente el señor Noseda, quien nos facilitó las piezas del Cerro El Sombrero y al Lic. G. Politis por sus sugerencias y discusión del manuscrito.

POST SCRIPTUM

Se acaba de recibir de Teledyne Isotopes los resultados del análisis radiocarbónico de una muestra de carbón extraída de la ocupación principal del abrigo del Sitio 1, que arroja la edad de 10.720 ± 150 años BP (I-12, 741).

BIBLIOGRAFIA

Austral, A. G. 1971. El yacimiento arqueológico Vallejo en el noroeste de la provincia de La Pampa. Contribución a la sistematización de la prehistoria y arqueología de región pampeana. *Relaciones Soc. Argentina de Antropología*. T. V Nº 2:49-70, Bs. As.

Bell, R. E. 1965. *Investigaciones Arqueológicas en el sitio El Inga*, Ecuador. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito.

Bird, J. 1946. The Archaelogy of Patagonia. *Handbook of South American Indians*. Smithhsonian Institute, Bureau off American Ethnology. Bull. 143. T. I:17-24, Washington.

— 1969. A comparison of South Chilean and Ecuatorian "fishtail" projectile points. *The Kroeber Anthropological Society Papers*. 40:52-71.

— 1970. Paleo-Indian discoidal stones from southern South America. *American Antiquity*. Vol. 35. Nº 2:205-209.

Bird, J. y R. Cooke. 1978. The occurrence in Panama of two types of Paleo-Indian Projectile Points. *Early Man in America from a Circum-Pacific Perspective*. Ed. A. Bryan. Occasional Papers N 1 of the Department of Anthropology, Univ. of Alberta: 263-272.

Bórmida, M. s/f. *Proiegómenos para una arqueología de la Pampa bonaerense*. Dirección de Bibliotecas, Museos y Archivos Históricos. Dirección de Cultura de la Prov. de Bs. As. La Plata.

Cardich, A.; I. Cardich y A. Hajduk. 1973. Secuencia arqueológica y cronología radiocarbónica de la cueva 3 de Los Toldos (Sta. Cruz). *Relaciones Soc. Argentina de Antropología*. T. VII:85-123. Buenos Aires.

Fidalgo, F.; L. Meo Guzmán; G. Politis; M. Saleme y E. Tonni. *e.p.* Informe de las excavaciones arqueológicas en el sitio 2 de Arroyo Seco, Partido de Tres Arroyos, Argentina. *Peopling America*. Ed. A. Bryan, Edmonton, Canadá.

Gruhn, R. y A. Bryan con apéndice de J. Nance. 1977. Los Tapiales: A Paleo-Indian Campsite in the Guatemalan highlands. *Proceedings of the American Philosophical Society*. 121 (3):235-273. Philadelphia.

Madrazo, G. 1972. Arqueología de Lobería y Salliqueló (Pcia. de Bs. As.). *Etnía* Nº 15: 1-18. Olavarría.

— 1979. Los cazadores a larga distancia de la región pampeana. *Prehistoria Bonaerense*. 1979 - Año del Centenario de la Conquista del Desierto. Municipalidad de Olavarría. :12-67.

Menghin, O. F. A. 1952. Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia. *Runa*, Vol. V:23-43. Buenos Aires.

MENGHIN, O. F. A. y M. BÓRMIDA. 1950. Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia (provincia de Buenos Aires). *Runa*, Vol. III:5-36. Buenos Aires.

PALANCA, F. y G. POLITIS. 1979. Los cazadores de fauna extinguida de la provincia de Buenos Aires. *Prehistoria Bonaerense*. 1979 - Año del Centenario de la Conquista del Desierto. Municipalidad de Olavarría: 68-91.

SILVEIRA, M. 1978. Hallazgo de una punta "cola de pescado" en la Provincia de Buenos Aires. Comunicación presentada en el V Congreso de Arqueología, San Juan, Argentina.

SCHOBINGER, J. 1972. Nuevos hallazgos de puntas "cola de pescado" y consideraciones en torno al origen y dispersión de la cultura de cazadores superiores Toldense (Fell I) en Sudamérica. *Atti del XV Congreso internazionale degli Americanisti*. Roma - Génova. 3-10 Settembre: 33-50. Italia.

SNARSKIS, M. 1979. Turdialba: a Paleo-Indian Quarry and Workshop site in Eastern Costa Rica. *American Antiquity*. Vol. 44, Nº 1:125-138.

ISSN 0325-2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. XIV, Nº 1, N. S. Bs. As., 1980

SECUENCIAS RADIOCARBONICAS DEL SUR DE LA PATAGONIA ARGENTINA *

Carlos J. Gradin

Estos breves comentarios tienen como objeto sintetizar el desarrollo cultural del sur argentino (Patagonia propiamente dicha) mediante las investigaciones basadas en secuencias estratigráficas con fechados radiocarbónicos. No significa esto que desconozcamos el valor comparativo de los estudios fundados en recolecciones de superficie y en dataciones geocronológicas, ya que en ellas se basan las primeras hipótesis de trabajo, pero consideramos que en la actualidad son válidos en un terreno puramente tentativo. Nuestro enfoque, por lo demás, también vulnerable, ha buscado su sustento en las fechas radiocarbónicas publicadas para el área, con miras a delinear una cronología razonablemente aceptable para el desarrollo cultural de Patagonia. Caracterizar las etapas de este último y, tal vez, aportar un descarnado esquema cronológico para su interpretación es, pues, nuestro objetivo.

No es nuestra intención, por lo tanto, referirnos a los estudios efectuados en dicho ámbito por numerosos y destacados investigadores que nos precedieron en el mismo objetivo pero con diferente enfoque, pues sus resultados han sido publicados en diversas oportunidades (Menghin 1952a; Bórmida 1964; Sanguinetti 1965; Schobinger 1969).

A los efectos de la descripción detallada de las secuencias estratigráficas obtenidas en los sitios que se mencionan en el presente trabajo, y en honor a la brevedad, remitimos al lector a la respectiva publicación de los autores cuya bibliografía citamos. Deseamos dejar aclarado, asimismo, que nuestras observaciones a los efectos de la delimitación de las ocupaciones estudiadas han tenido sólo en cuenta aquellos niveles con fechas radiocarbónicas que señalan su inicio o su terminación. En el cuadro que integra esta nota hemos resumido el desarrollo industrial y la cronología del área considerada.

* El presente trabajo contiene algunas notas al pie de página no incluidas en la versión inglesa que fue presentada para su publicación en julio de 1981 en *Cronologies in New World Archeology*, Univ. de California, Los Angeles.

Breves antecedentes de las investigaciones

Cuando Menghin en 1952 plantea por primera vez el desarrollo de las industrias prehistóricas de Patagonia, en base a las excavaciones que había efectuado poco antes en Los Toldos, hacía tiempo que Bird (1938) había publicado la secuencia arqueológica del área de Magallanes, en base a las excavaciones realizadas por él en el extremo continental de la Patagonia chilena. Ninguno de los investigadores mencionados tuvieron la posibilidad de corroborar sus observaciones geocronológicas con fechados radiocarbónicos sino años más tarde. Las apreciaciones de Menghin fueron corroboradas en especial con respecto a la gran antigüedad atribuida a las primeras ocupaciones documentadas en Los Toldos por los trabajos que publicara Cardich en 1973.

Al mismo tiempo y poco después de su primer trabajo, Menghin caracterizó los "estilos de arte rupestre de Patagonia" (1952 b y 1957), recurriendo en ciertos casos a asociaciones estratigráficas que vinculaban contextos industriales con manifestaciones artísticas de un mismo sitio. Desde entonces los estudios arqueológicos habían de considerar esta vinculación como ineludible (Gradin y otros 1976; Cardich 1977).

En 1969 iniciamos personalmente los trabajos arqueológicos en el Alero de las Manos Pintadas y del Cerro Shequen en la provincia del Chubut. A partir de 1971 los trabajos continúan en la provincia de Santa Cruz. Ese año, Cardich y Hajduk inician las excavaciones en Los Toldos en la Altiplanicie Central, mientras que Sanguinetti comienza sus investigaciones en la Cueva de las Buitreras en Río Gallegos. A partir de 1972 se inician las investigaciones en el área del Río Pinturas a cargo del que escribe estas líneas, conjuntamente con Aschero y Aguerre, realizándose las excavaciones de Cueva de las Manos, Cueva Grande del Arroyo Feo y del Cerro de los Indios. En 1974 Orquera, Piana, Sala y Tapia inician sus excavaciones en el canal de Beagle, en los sitios Lancha Packewaia y, posteriormente, Túnel.

Actualmente los investigadores mencionados, y otros que suman su esfuerzo para profundizar el estudio de nuestra disciplina, tienen numerosos sitios en plena investigación y es seguro que aportarán nuevos datos para el conocimiento de la prehistoria de Patagonia. Muchos de ellos, además, han publicado trabajos arqueológicos basados en recolecciones de superficie, sin fechados radiocarbónicos, que constituyen un innegable aporte. Para todos ellos, pues, nuestra disculpa por no tratarlos en este breve artículo que deja de lado las mencionadas publicaciones, junto con las que personalmente también hiciéramos.

El área estudiada

A los efectos del presente trabajo hemos dividido el ámbito patagónico en tres áreas:

a) el área de Patagonia propiamente dicha, entendiendo por tal al territorio que se extiende entre la cordillera de los Andes y el Atlántico, al sur del Río Negro y de su afluente el río Limay, comprendida la porción argentina de Tierra del Fuego e islas adyacentes;

b) el área de transición andino-patagónica, abarcada aproximadamente entre el río Limay y el curso superior del río Colorado;

c) el área de transición pampeano-patagónica, extendida al norte del Río Negro hasta sobrepasar en parte la cuenca del Río Colorado.

Como hemos dicho anteriormente, las mencionadas áreas constituyen áreas de estudio y encuentran su fundamento en un criterio cultural más que geográfico. Nuestras apreciaciones pondrán énfasis en el área patagónica argentina propiamente dicha —a la que muchas veces mencionaremos simplemente Patagonia— y sólo se referirán incidentalmente a las dos restantes áreas de transición.

Desde el punto de vista fisiográfico la Patagonia presenta variados ambientes naturales que se extienden desde la costa atlántica hasta la cordillera andina. Extensas planicies o pampas alternan con las altas mesetas surcadas por profundos cañadones o por amplios valles, donde con sentido Oeste-Este fluyen sus más importantes ríos, configurando ambientes ecológicos que podrían diferenciarse por sus características regionales o locales, como sucede con los grandes lagos de la precordillera y con el litoral marítimo. Fitogeográficamente hablando, todos estos ambientes corresponden ampliamente al dominio de la "estepa patagónica" (Parodi 1945; Cabrera 1976), del que sólo se exceptúan el extremo noreste, que se incluye en la transición del monte oriental, y los "bosques subantárticos" de la cordillera.

El clima de Patagonia es riguroso, con temperaturas que superan muchas veces en invierno los 10 grados centígrados bajo cero. Es conocido el viento impetuoso y constante que lo caracteriza, en oportunidades superior a los 100 km por hora. Las lluvias son escasas en la porción continental (alrededor de 200 milímetros por año), configurando en general un clima árido-semidesértico que se atempera hacia la cordillera, al sur y en Tierra del Fuego, donde puede calificarse de semiárido (Polanski 1965).

Con referencia a la fauna actual de Patagonia es interesante destacar la importancia que reviste el guanaco *(Lama guanicoe)*, cuya presencia en los diversos ambientes naturales mencionados precedentemente ha sido documentada arqueológicamente en las excavaciones efectuadas en el continente y en Tierra del Fuego, como así también la del puma *(Felis concolor)*, el ñandú *(Rhea americana)* y el lobo marino *(Arctocephalus australis)* además de otras especies menores.

Desde el punto de vista geográfico hemos considerado en Patagonia cuatro grandes regiones:

1) Patagonia Septentrional: desde la cuenca del río Negro hasta la cuenca del río Chubut;

2) Patagonia Central: entre el Chubut y el Santa Cruz, subdividida por el río Deseado en Centro Septentrional y Centro Meridional;

3) Patagonia Meridional, entre el río Santa Cruz y el Estrecho de Magallanes; y

4) el Extremo Sur, más allá del Estrecho de Magallanes.

Patagonia Septentrional, al sur de la cuenca de los ríos Limay-Negro, no cuenta en la actualidad con secuencias arqueológicas fechadas radiocarbónica-

mente que hayan sido publicadas, por lo cual nuestras observaciones se circunscriben a Patagonia Central, Patagonia Meridional y Extremo Sur Argentino [1].

Posibilidad de poblamiento durante el Pleistoceno Final

Caldenius (1932), Polanski (1965) y Auer (1951) se inclinan a pensar que el territorio de la Patagonia al oriente de la Cordillera de los Andes no estaba cubierto por las glaciaciones durante el Preistoceno Final, salvo en el extremo sur del continente. Mercer (1970) señala que los límites de hielo continental estaban en retroceso a partir del 12.500 AP y que en el 10.000 aproximadamente ocuparían su posición actual, en correspondencia con un período seco y relativamente menos frío que hoy (Postglacial temprano: entre el 10.000 y 7.000 AP). Auer (1959) admite para ese entonces una acentuada retracción de los bosques. En el centro y al este del territorio es probable que se mantuvieran grandes relictos lacustres (Wuillemier 1971).

La habitabilidad del área de Patagonia centro meridional se halla probada por la existencia de un nivel ocupacional (Capa 11 de Los Toldos), fechado en 12.600 AP (Cardich y otros 1973), que testimonia la más antigua actividad humana que se conoce en Argentina. Controla en parte esta antigüedad las fechas de 11.000 y 10.720 años AP obtenidas en la secuencia de Magallanes (Chile) para el primer nivel de ocupación (Unidad cultural I: Saxon 1976). Es decir que a fines del Pleistoceno y seguro en los inicios del Holoceno, el hombre comenzaba a poblar el territorio patagónico.

Totalmente desconocido resulta el itinerario, o los itinerarios, por el que se habría realizado este poblamiento. Debe tenerse presente que 11.000 a 15.000 años atrás el continente se extendía más allá de sus límites actuales (Hester 1966, Wuillemier 1971) y que los restos arqueológicos de los primeros pobladores podrían estar ahora en terrenos sumergidos. No se han hallado indicios de éstos hasta el presente, pero tal vez podrían vincularse a ellos los que se han excavado en el interior del continente, hasta donde habrían penetrado los recién llegados habitantes. En el centro del territorio chileno, el sitio Tagua-Tagua es testigo de la presencia del hombre con una fecha tan temprana como el 11.380 AP (Montané 1968). Es interesante acotar, por lo demás, que hacia la latitud del Lago Carrera o Buenos Aires, en el límite chileno-argentino, pudo haber existido un paso, aún en la actualidad utilizado, libre del hielo continental (Polanski 1965), coincidente con el deslinde entre los bosques subantárticos del norte y del sur (Cabrera 1976). Tres fechas radiocarbónicas de alrededor de 9.300 AP, obtenidas en dos sitios del área del Río Pinturas próxima al Lago Buenos Aires (Gradin, Aschero y Aguerre 1976 y 1979; Aguerre 1977), testimonian la presencia allí de ocupaciones relativamente tempranas.

[1] Con posterioridad a la redacción del presente manuscrito se publicaron varias fechas radiocarbónicas correspondientes a la margen sur del río Limay (Amalia C. Sanguinetti de Bórmida: "Síntesis del desarrollo de la cuenca inferior del Río Limay en el área del Chocón y su ubicación en el cuadro de la prehistoria de Patagonia". Trabajos de Prehistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires, Public. Nº 1, año 1981, Buenos Aires, noviembre de 1981). Las referidas fechas, por lo tanto, no han sido consideradas en el presente trabajo y se hallarían vinculadas al área de transición andino-patagónica señalada por nosotros.

Coexistencia con fauna extinta

La presencia de restos de un équido, *Parahipparion*, asociado a otros restos de fauna actual, ha sido documentada en los niveles ocupacionales de las capas 10 y 11 de Los Toldos (Cardich 1977), el segundo de los cuales –como se ha dicho anteriormente– fue fechado en 12.600 AP. Sin embargo, la circunstancia de que los restos óseos recuperados hasta el momento no estén acompañados de claros indicios de matanza o de señales de haber sido utilizados por el hombre (huesos quemados, trozados o con restos de corte [2], como con clara evidencia sucede en otros sitios con los restos de *Lama guanicoe*, Silveira 1979), plantea una duda científica sobre su posible aprovechamiento como presa por los antiguos habitantes de Patagonia, aun cuando la presencia en capas sucesivas (10 y 11) inclinan a pensar en un auténtico aprovechamiento. La coexistencia del hombre con la fauna extinta, en cambio, se halla reforzada por los hallazgos efectuados en otros sitios del sur del continente, como los restos de *Onohippidium* y *Mylodon*, que aparecen en la unidad cultural I de Magallanes y en las capas VII y VIII de las excavaciones de Las Buitreras, cerca de Río Gallegos, cuya secuencia estratigráfica brindó una fecha para la capa V, suprayacente, superior a 7.000 AP (Sanguinetti y Borrero 1977). Saxon (Borrero 1977) habría documentado asimismo en la Cueva del Mylodon, al sur de Chile, un nivel paleontológico con restos de fauna extinta (Mylodon), superpuesto a otro de actividad humana, pero sin dichos restos, fechado en 5.400 AP. Por otra parte es interesante señalar finalmente –como advertencia– que en recientes excavaciones de la Cueva Grande del Arroyo Feo, al noroeste de la provincia de Santa Cruz (Gradin, Aschero, Aguerre 1979) se hallaron dos molares de *Hippidium* (Silveira 1979) en una capa fechada en 3.300 años AP, cuya presencia sólo se explicaría como acarreo intencional de los ocupantes de la cueva, sin que ello signifique coexistencia y menos aprovechamiento alimentario.

Las más antiguas ocupaciones humanas de Patagonia
(12.600 a 8.750 años AP)

La primera ocupación humana registrada hasta el presente en Patagonia fue documentada por Cardich en las excavaciones que efectuara en la Cueva 3 de la Estancia Los Toldos, en la Altiplanicie Central de la provincia de Santa Cruz. Una muestra de carbón proveniente de la capa 11 base, procesada dos veces, permitió fechar la respectiva ocupación en 12.600 ± 600 años AP (FRA 98) y consecuentemente los hallazgos arqueológicos que la misma con-

[2] Un reciente trabajo de E. Caviglia, D. Yacobaccio y L. A. Borrero "Los niveles con megafauna de Las Buitreras: componentes culturales y faunísticos" (Xº Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, México 1981) analiza por primera vez en la Argentina las huellas que presentan los restos óseos de *Mylodon* y de *Lama guanicoe*, a las que se consideran culturales por no corresponder a las que pudieron haber sido producidas por otros agentes (roedores, carnívoros, fracturas naturales, etc.), presentando un testimonio concreto sobre los rastros analizados.

Cabe agregar, asimismo, que en el caso de un posible resto óseo de *Lama gracilis*, recuperado en las excavaciones de Los Toldos, tendría un lascado intencional (Cardich, 1982, comunicación personal).

tenía, a los que se conoce como "Industria del Nivel 11" (Cardich, Cardich y Hajduk, 1973; Cardich 1977; Cardich y Flegenheimer 1978).

El referido Nivel 11 se halla caracterizado por instrumentos de retoque marginal unifacial, escamoso, realizado por presión o por percusión directa. La mayoría han sido ejecutados sobre lascas anchas de tamaño grande a muy grande. Entre los instrumentos figuran raspadores (con el filo activo menor que el ancho de la lasca, entre otros), cuchillos y, especialmente, raederas simples de contorno o forma irregular, que constituirían el elemento típico del conjunto lítico. Se menciona asimismo la presencia de una punta subtriangular "musteroide" y un fragmento de otra, ambas ejecutadas sobre lascas delgadas.

Los restos faunísticos asociados a la capa 11 consistían en "residuos de alimentación", en primer término de *Lama guanicoe* y, "entre los huesos fragmentados", los restos de un équido, *Parahipparion* y de un camélido, *Lama gracilis*, ambos extinguidos. Se cita, además, la presencia de algunos huesos de roedores y fragmentos indeterminables.

Los portadores de la industria del Nivel 11, por lo tanto, ocuparon la Cueva 3 de Los Toldos a fines de Pleistoceno, coexistiendo con algunas especies en vías de extinción. Su subsistencia es muy probable que se basara en la caza y aprovechamiento del guanaco y de algunas otras especies hoy desaparecidas.

El Toldense

Las siguientes ocupaciones de Patagonia Centro Meridional, registradas radiocarbónicamente, han sido documentadas en el área del Río Pinturas en el NO de la provincia de Santa Cruz, aproximadamente a la misma latitud (47º) que corresponde a la Cueva de Los Toldos. En el Río Pinturas se obtuvieron tres fechas casi coincidentes de alrededor de 9.300 AP, en las excavaciones efectuadas en dos cuevas. Para la ocupación de la capa 6, zona media y base de la Cueva de las Manos, ubicada en el profundo cañadón del Pinturas, se obtuvieron dos fechas: CSIC - 138: 9.320 ± 90 años AP y CSIC - 385: 9.300 ± 90 años AP y para la capa 11 de la Cueva Grande del Arroyo Feo, afluente del Pinturas, una fecha: CSIC - 396 de 9.330 ± 80 años AP (Gradin, Aschero y Aguerre 1976; Aguerre 1977; Gradin, Aschero y Aguerre 1979).

Las acupaciones que acabamos de mencionar para el área del Río Pinturas se hallan estrechamente vinculadas a la industria Toldense que caracterizara Menghin en 1952, en la Estancia Los Toldos, para la cual posteriormente Cardich (Capa 9 de la Cueva 3 del mismo sitio) obtuviera una fecha (FRA 97) de 8.750 ± 480 años AP (Cardich y otros 1973), que testimonia el final de la ocupación Toldense en la Cueva de Los Toldos. Menghin (1952 a) atribuyó geocronológicamente a esta ocupación una antigüedad de 11.000 años antes del presente, antigüedad que también fue admitida más tarde por Cardich teniendo en cuenta la fecha obtenida para la capa 11 de la misma cueva, que había arrojado 12.600 años AP, y a su posible vinculación con la unidad cultural Magallanes I en el extremo del continente a la que podría atribuirse una antigüedad aproximada de 11.000 años AP, según los fechados radiocarbónicos con que cuenta aquella secuencia. Por lo tanto, si bien esta fecha para el comienzo del Toldense es estimativa, se halla delimitada por dos registros radiocarbónicos fehacientes.

La vinculación del Toldense con Magallanes I ha sido sostenida en base a la presencia en ambos de piedras discoidales, puntas del tipo "cola de pescado" y fauna extinta.

Las piedras discoidales ("discoidal stones"), de uso desconocido, fueron publicadas por Menghin (1952a) y Cardich (Cardich y otros 1973), para la Cueva de Los Toldos, y por Bird (1970) para la Cueva Fell en Magallanes. Constituyen sin duda un importante elemento de vinculación entre ambos sitios y sobre todo un rasgo distintivo de Los Toldos con respecto a los restantes sitios Toldenses del área del Río Pinturas, donde aquéllas no han sido halladas.

La presencia de puntas "cola de pescado" en Los Toldos consideramos que se halla insuficientemente probada con los escasos fragmentos publicados hasta el presente. Por lo demás, el Toldense podría vincularse también con Magallanes III, con el cual no sólo comparte su cronología sino también el tipo de punta triangular apedunculada que caracteriza a aquél (Aguerre 1979).

Con respecto a la fauna extinta presente en ambos casos, si bien es cierto que podría indicar una cierta contemporaneidad, los contextos asociados a ella no necesariamente tienen que hallarse culturalmente vinculados por dicha razón.

La industria Toldense se caracteriza por sus instrumentos realizados sobre lasca, de tamaño mediano a grande, de retoque marginal. En especial se destacan sus raspadores, raederas, cuchillos y perforadores. Además aquí se da la introducción de la técnica del rebaje bifacial, que no estaba presente en el Nivel 11, en especial para la preparación de las puntas apedunculadas de limbo triangular de base recta o suavemente convexa y de algunos raspadores y cuchillos. Estos instrumentos presentan un acabado retoque bifacial por percusión y presión, escamoso y subparalelo. Se hallaron escasos ejemplares de bolas de piedra. La materia prima utilizada con preferencia son los sílices coloreados y la obsidiana. Acompañan al conjunto lítico algunos instrumentos de hueso (retocadores, punzones, pequeños tubos alisados) y de madera (fragmentos con incisiones).

En las ocupaciones correspondientes a esta industria, se hallaron fragmentos de ocre con pintura que indirectamente proporcionan una fecha *ante quem* para el inicio del arte rupestre ejecutado en ambas cuevas. Cardich encontró en Los Toldos fragmentos de corteza de roca que parecen contener restos de pintura roja, en la capa 10, además de citar restos de pintura amarilla para su Nivel 11. En la capa 6 de la Cueva de las Manos se halló, además de fragmentos de roca e instrumentos con restos de pintura ocre, yeso cristalino extraño a los sedimentos naturales de la capa que, en forma de yeso hemidrato por baja calcinación, aparecía en el análisis por difracción de rayos X para la composición de algunas pinturas ejecutadas en los paredones de la cueva (Iñiguez y Gradin 1977).

Los restos faunísticos que acompañan a las ocupaciones Toldenses son en su mayoría de *Lama guanicoe* y de diversas taxas actuales que, aunque escasos, denotan una diversificación de recursos de subsistencia. En la Cueva de las Manos se estudiaron 106 piezas óseas de *Lama guanicoe* provenientes de la capa 6 (Mengoni Goñalons y Silveira 1976), de los cuales un 50 % presentaba huellas de descarne y trozamiento. Cardich, sin embargo, como hemos dicho antes, menciona para la capa 10 de Los Toldos la presencia de huesos de un

équido, *Parahipparion*, que incluye en los "desperdicios óseos de alimentación" (Cardich 1977: 154).

Puede decirse, en consecuencia, que los portadores de la industria Toldense eran grupos de cazadores que vivían primordialmente del aprovechamiento del guanaco y complementariamente de otros animales. Poseían una acabada técnica de rebaje bifacial con la cual confeccionaron las puntas apedunculadas que, conjuntamente con las bolas de piedra, constituirían sus armas arrojadizas. Las ocupaciones Toldenses estarían vinculadas a las manifestaciones de arte rupestre de las cuevas utilizadas.

Las ocupaciones en Patagonia entre 8.750 y 7.280 años AP

Entre la finalización de la ocupación Toldense en Los Toldos (8.750 AP) y la de la Cueva de las Manos (7.280 años AP) transcurren aproximadamente 1.500 años. Sin embargo, la tradición industrial habría de perdurar mucho más. Ello ha sido constatado como veremos más adelante para el área del Río Pinturas. Durante el transcurso de esos 1.500 años se desarrolla en el sur del continente (Area Chilena de Magallanes) la unidad cultural III (Bird 1938; Emperaire y otros 1963; Saxon 1976), cuyos límites temporales se extenderían entre el 8.480 años AP y el 6.480 años AP, es decir, superando también el límite que nosotros hemos mencionado para el Toldense en el área de Patagonia propiamente dicha. La vinculación entre la unidad cultural III de Magallanes y el Toldense —en parte contemporáneos— ha sido puesta de relieve por Aguerre (1979), en especial en base a la tipología de sus puntas de proyectil, triangular apedunculadas, que caracterizan ambos conjuntos.

En el extremo sur de Patagonia Continental (Area del Río Gallegos) las excavaciones efectuadas en la Cueva de Las Buitreras (Sanguinetti 1976) brindó un conjunto instrumental para la capa 5, entre los que se destacan una punta de proyectil triangular apedunculada y otra pedunculada atípica (Sanguinetti op. cit.; pág. 283, figs· 3 y 4, y 288), que a nuestro entender señalarían la vinculación tardía con la mencionada unidad cultural III de Magallanes, en la que también se han señalado esporádicamente puntas pedunculadas. La capa 5 de Las Buitreras tiene un fechado para su base de 7.670 años AP (Sanguinetti y Borrero 1977: 170).

Aproximadamente hacia el mismo tiempo, en el sur de Tierra del Fuego, sobre el Canal del Beagle, se sitúa el 1º Componente o componente más antiguo del sitio Túnel, también vinculable a Magallanes III, pero con una cronología tentativa de alrededor del 8.000 AP, comprendida dentro de los límites del período que comentamos (8.750 - 7.280 años AP), en razón de la fecha de 6.070 AP obtenida para el 2º Componente de la secuencia (Orquera, Sala, Piana y Tapia 1977 y 1979; Orquera 1978).

La aparición de nuevas industrias en Patagonia
(7.280 años a 3.380 años AP)

Hemos tomado como inicio de un nuevo período la fecha de culminación del Toldense en la Cueva de las Manos (7.280 AP) ya que éste, junto con los conjuntos de las capas 9 y 10 de Los Toldos, consideramos que constituyen

el Toldense clásico o típico, que de ahí en más habría de perdurar, especialmente en el área del Río Pinturas, como tradición Toldense.

La fecha mencionada es además prácticamente coincidente con la asignada al comienzo de una nueva industria: el Casapedrense, cuyo inicio ha sido fijado en 7.260 AP para Los Toldos (Cardich y otros, 1973), al que se vinculan técnicamente diversos conjuntos documentados posteriormente en Patagonia Centro Meridional durante este período que hemos delimitado cronológicamente (3.380 AP), teniendo en cuenta las fechas inmediatamente posteriores (3.330 - 3.320 y 3.120) obtenidas en el área del Río Pinturas para aquellos contextos que podrían vincularse al Toldense o al Casapedrense como fases tardías.

Durante el período comentado se registra, asimismo, una nueva e importante manifestación arqueológica del poblamiento del extremo sur de Patagonia, referida en este caso a una adaptación costera, como veremos más adelante, representada en el Canal del Beagle por el 2º Componente del sitio Túnel y el Componente antiguo de Lancha Packewaia (Orquera y otros 1977).

El Casapedrense: la denominada Industria Casapedrense fue definida por primera vez por Menghin (1952a). Más tarde Cardich (Cardich y otros 1973 y Cardich 1977) no sólo constató su ubicación cronológica sino que además agregó una detallada descripción tipológica de los artefactos que integraban el nivel Casapedrense, capas 6 y 7 de la Cueva 3 de Los Toldos que, estratigráficamente, se superponían al nivel Toldense a que nos hemos referido antes. La base de la capa 7 brindó una fecha de 7.260 ± 350 años AP (FRA 96) realizada sobre carbón de fogones que fueron también analizados dos veces.

Las capas 6 y 7 representan la ocupación más potente de la Cueva 3 de Los Toldos y se hallan selladas por un hiato de cenizas volcánicas correlacionado con la erupción II de Fuego-Patagonia fechada en 4.840 años AP por Auer (Cardich 1978: 227), señalando por lo tanto la culminación de la ocupación Casapedrense en el sitio mencionado.

La industria lítica del Casapedrense se caracteriza primordialmente por el dominio de la técnica de extracción de hojas y láminas, que son utilizadas para la realización de su instrumental preferido: raspadores; cuchillos; hojas con filos retocados en bisel oblicuo; hojas con estranguladuras, en general piezas alargadas y grandes. Como única arma arrojadiza se destaca la presencia de boleadoras de piedra, algunas con surco ecuatorial. Asimismo se cita la acumulación exclusiva de restos animales de *Lama guanicoe*, que denotan una especialización en las técnicas de caza referidas a este tipo de presa.

En la Cueva 3 de Los Toldos, Cardich constató, un hiato parcial de 1.490 años durante el cual estuvo prácticamente abandonada la cueva, concordante con la depositación de la capa 8 que es casi estéril. Dicho hiato separa las dos ocupaciones que hemos analizado antes: Toldense y Casapedrense. Esta última sustituye la técnica del rebaje fibacial por la técnica de retoque unifacial sobre láminas u hojas. Cazadores por antonomasia, los portadores del Casapedrense habrían abandonado la Cueva de Los Toldos alrededor del 5.000 AP. En la zona del Río Pinturas —y suponemos que otro tanto sucederá en la Altiplanicie Central— su supervivencia y por consiguiente la coexistencia entre ambas industrias de tradición Toldense y de tradición Casapedrense, ha sido radiocarbónicamente constatada en tiempos posteriores. En el NO de la Provincia de

Santa Cruz, el nivel cultural regional Río Pinturas II, ubicado entre el 7.000 y el 3.400 AP atestigua tal coexistencia. Por un lado, el denominado Río Pinturas IIa agrupa conjuntos líticos que conservan rasgos del nivel Río Pinturas I (Toldense): a) Cueva de las Manos, capa 5, NOVA-116: 3.380 ± 90 años AP; y b) Cueva Grande del Arroyo Feo, capa 9, CSIC-397: 4.900 ± 50 años AP. Por otro lado, el denominado Río Pinturas IIb agrupa a los conjuntos líticos de las capas 7 y 8 de la Cueva Grande del Arroyo Feo que presentan una estructura técnico-tipológico relacionable con la industria Casapedrense. El nivel Río Pinturas IIb se encuentra ubicado entre dos capas fechadas radiocarbónicamente: la capa 9 subyacente que ya citamos y la capa 6b suprayacente con un fechado CSIC-398 de 3.330 ± 50 años AP (Gradin, Aschero y Aguerre 1979).

Las ocupaciones en el Canal del Beagle: las ocupaciones de grupos humanos adaptados a la caza-pesca y recolección marina de la Patagonia Argentina ha sido fehacientemente constatada en el extremo sur de Tierra del Fuego, en el canal del Beagle (Orquera, Sala, Piana y Tapia 1977; Orquera 1978; Orquera, Piana, Sala y Tapia 1979).

Tres fechas radiocarbónicas (CSIC-308, 309 y 310) de 5.850, 5.960 y 6.070 años AP testimonian la antigüedad del 2º Componente del sitio "Túnel", cuyo estudio se halla aún en proceso (Orquera 1978 y Orquera y otros, *op. cit.* 1979). Puede adelantarse, no obstante ello, que el componente que caracteriza a este tipo de ocupación del litoral marítimo se halla integrado por puntas de arpones confeccionadas en hueso, de base cruciforme, y en especial por una variante local, denominada "Cabeza de zorro", en la que el extremo distal presenta la forma de dos dientes paralelos. Entre otros instrumentos óseos figuran además punzones de hueso de aves y cuñas de hueso de cetáceo (para partir madera). El material lítico es poco representativo (Raspadores, raederas con retoque a presión) e instrumentos toscos ejecutados por percusión con filos cortantes. Cabe destacar, sin embargo, la presencia de bolas oblongas o piriformes con surco. Completan el contexto una serie de objetos de adorno que denotan la tendencia artesanal y artística de sus portadores: cuentas de collar de valva y de hueso de ave, pendientes de colmillos de zorro y de lobo marino, fragmentos de ocre, etc.

La adaptación de estos grupos humanos a una economía de base marina estaría testimoniada por la presencia de los restos de lobo marino y moluscos, que predominan sobre los de *Lama guanicoe* que, aunque escasos, se hallan presentes, así como también los de ave por ahora no diferenciados.

El sitio Túnel (2º Componente), según los autores mencionados, habría sido abandonado debido a los movimientos isostáticos del nivel marino (Urien

---

→

FIGURA 1: Cuadro comparativo de las dataciones radiocarbónicas y niveles culturales mencionados en el texto.

Referencias:

a) Las líneas anchas horizontales indican el inicio o finalización de los niveles culturales de acuerdo con los registros radiocarbónicos.
b) el rayado fino indica el desarrollo estimado de los niveles culturales.
c) las flechas indican la presencia de niveles ocupacionales sub o suprayacentes.
d) las líneas punteadas delimitan los períodos cronológicos considerados en el texto.
e) los números entre paréntesis la cantidad de fechas coincidentes.

AÑOS ANTES DEL PRESENTE	PATAGONIA ARGENTINA										
	CENTRO SEPTENTRIONAL		CENTRO MERIDIONAL				MERIDIONAL	EXTREMO SUR			
	RIO GENOA	RIO SENGUERR	AREA DEL RIO PINTURAS			ALTIPLANICIE CENTRAL	RIO GALLEGOS	CANAL DEL BEAGLE		
	CERRO SHEQUEN	ALERO DE LAS MANOS	CERRO DE LOS INDIOS	CUEVA DE LAS MANOS	CUEVA GRANDE	LOS TOLDOS	LAS BUITRERAS	LANCHA PACKEWAIA		TUNEL
280	(2) TEHUELCHENSE							FASE RECIENTE		
1000										
1250										
1420										
1530										
1610										
1660										
1700		PATAGONIENSE								
1910										
2440										
2610										
3120		"TRANSICIONAL"								
3320										
3350	(2)									
3380										
4020										
4500								COMPONENTE ANTIGUO		
4900					TRADICION TOLDENSE	TRADICION CASAPEDRENSE				
5500										
5850										
5960										
6070								2º COMPONENTE		
7220										
7260										
7280										
7670						CASAPEDRENSE	CAPA 5			
8000										
8760										
9000										
9300										
9326										
9350				TOLDENSE						
11000										
12600						NIVEL 11				

1966/68), prefiriéndose posteriormente la ocupación de playas menos elevadas y por lo tanto más próxima al mar, como lo atestigua el sitio denominado Lancha Packewaia, también sobre el Beagle, cercano a Túnel. El Componente Antiguo de Lancha Packewaia, fechado en 4.020 ± 70 años AP (CSIC-306), denota una ocupación con similar adaptación y un instrumental estrechamente vinculado al del 2º Componente de Túnel, pero con una industria más elaborada. En ella se destacan las denominadas puntas líticas "subfoliáceas" grandes, con retoque bifacial extendido, algunas con bordes aserrados, y de hasta 17 cm de largo. Podrían correlacionarse con un aumento de la actividad cazadora terrestre *(Lama guanicoe)* sin restar preeminencia a la que se hallaba vinculada al mar (Lobo marino y moluscos). Las puntas de arpones, punzones y cuñas de hueso y las bolas de piedra son comunes a las dos ocupaciones mencionadas (Orquera, Sala, Piana y Tapia 1977).

Si bien existen diferencias contextuales de carácter local y en cierta medida cronológica, las ocupaciones del litoral marítimo del Canal del Beagle pueden vincularse con la ocupación de la Isla Englefield en Chile (Emperaire-Laming 1961), con la cual comparten no sólo las puntas de arpón cruciforme sino también las denominadas puntas subfoliáceas y, especialmente, el tipo de economía de las costas australes de América: cazador-pescador, recolector. Pese a la antigüedad asignada hasta ahora a Englefield (aproximadmente 7/8.000 años AP), un reciente trabajo de Ortiz Troncoso (1978) admite para dicho sitio una fecha de 3.915 ± 75 años AP (Gr-N 8.573), que lo ubica cronológicamente muy próximo a la ocupación del Componente Antiguo de Lancha Packewaia.

Las ocupaciones entre 3.380 y 1.910 años AP en Patagonia

Durante el lapso comprendido entre las fechas indicadas en el acápite, los registros arqueológicos con cronología radiocarbónica se localizan en el SO de la provincia del Chubut (Alero de las Manos Pintadas) y en el NO de la provincia de Santa Cruz (Cueva Grande del Arroyo Feo y Cerro de los Indios). Los niveles ocupacionales de este período de la prehistoria del área de Patagonia Centro Meridional se caracterizan por la abundancia de restos faunísticos vegetales y minerales que acompañan a los conjuntos líticos, constituyendo en ciertos casos basurales delimitados, en otros camadas de pastos o gramíneas intencionalmente distribuidas alrededor de los fogones. El guanaco *(Lama guanicoe)* es el restos alimentario preponderante y presenta fehacientes rastros de su aprovechamiento. Se ha constatado además la presencia de restos de *Ctenomys, Lagidium, Pteronemia pennata* y diversas taxa de aves. El pasto "coirón" o pasto amargo, se presenta acumulado y como "entrecruzado", denotando una preparación previa. Se ha recogido en su interior restos de pieles de guanaco, cueros curtidos cortados y tientos para coserlos. Se han recuperado asimismo numerosos trozos de pigmentos naturales: ocre rojo y violáceo, especialmente.

Los tres sitios mencionados precedentemente se hallan ubicados en cuevas o aleros convenientemente orientados al NE, que brindan excelente reparo contra el viento frío del Oeste. Sus paredones presentan en todos los casos notables manifestaciones de arte rupestre. La industria lítica recuperada en ellos, por sus estrechas semejanzas técnico-tipológicas, permitió integrar el nivel cultura

regional Río Pinturas III (Gradin, Aschero, Aguerre 1979), estrechamente vinculado al Río Pinturas, IIb que le antecede y al que nos hemos referido en el capítulo anterior. Mantiene sus mismas características de laminaridad y técnica de retoque marginal unifacial, que lo vinculan a la tradición Casapedrense. Se distingue sin embargo por la presencia de una mayor cantidad de hojas cortas (largo menor que el doble de la anchura) y de la consiguiente disminución de tamaño. En general, los raspadores presentan el tipo de filo frontal corto distal, compuesto. El retoque marginal directo es dominante. Los artefactos están confeccionados en su mayoría en sílices coloreados aunque también se registran abundantes casos de obsidiana. El nivel cultural regional Río Pinturas III corresponde por lo tanto al "Protopatagoniense de tradición Casapedrense" de Aschero (Aschero y otros 1978), en razón de su carácter transicional entre ambas industrias (Casapedrense-Patagoniense).

El comienzo de este nivel cultural regional III ha sido fechado en la capa 6 base de la Cueva Grande del Arroyo Feo, en 3.300 ± 50 años AP (SCIC-398) y en la capa 3c de Cerro de los Indios en 3.320 ± 50 años AP (SCIC-395). En el primero de los sitios mencionados se fechó además los niveles con restos vegetales denominados Residuos III (R III), también con una industria de carácter transicional correspondiente a la capa 5a, que brindó una antigüedad de 1.660 ± 50 años AP (SCIC-399), señalando su larga perduración en el área.

Dos fechas (3.330 ± 79 años AP, IVIC-860 y 3.120 ± 50 años AP, SCIC-130), relativamente coincidentes con el inicio de este nivel, han sido registradas asimismo en las capas 10 y 9 del Alero del Cañadón de las Manos Pintadas (Chubut), (Gradin y Aschero 1978). Las excavaciones realizadas en este sitio resultan particularmente interesantes pues en ellas se localizó un gran bloque (capa 8), cuyo frente tenía pintados númerosos negativos de mano de color rojo y largas series de puntos del mismo color. Una muestra proveniente de la base de la capa 6, que apoyó sobre el frente del bloque una vez derrumbado, dio 2.440 ± 50 años AP (CSIC-128), precisando por lo tanto la fecha del derrumbe y proveyendo una fecha *ante quem* para la ejecución de los negativos de manos del bloque y *post quem*, para los grabados y pinturas geométricas realizadas en la superficie de la cavidad de donde se había desprendido el bloque aludido (Gradin 1973; Aschero 1975; Gradin y Aschero 1978).

A los diversos contextos que integran el presente período los hemos denominados "transicionales", ya que participan no sólo de los rasgos tecnológicos de los niveles vinculados a la industria Casapedrense sino que contienen al mismo tiempo rasgos comunes con los contextos que habrían de sucederle en el tiempo. Estos últimos, que constituyen el Patagoniense, puede decirse que se diferencian por la aparición en ellos de un elemento muy característico como es la punta de dardo pedunculada con aletas, de retoque bifacial extendido, que hasta ese momento se hallaba ausente.

El Patagoniense entre 1.910 y 1.250 años AP

La industria Patagoniense fue definida por Menghin en 1952 con la denominación de Tehuelchense, al que atribuyó una antigüedad de alrededor de 4.500 años (Menghin 1957). Sin embargo, los registros radiocarbónicos obtenidos

posteriormente para el Patagoniense en los sitios que hemos mencionado en el capítulo anterior al ocuparnos de los denominados contextos transicionales, han dado fechas sensiblemente más tardías. En el Alero de las Manos Pintadas, Chubut, la capa 4 se halla controlada por dos fechas radiocarbónicamente ubicadas en 1.910 ± 60 años AP (IVIC-859) y 1.700 ± 50 años AP (CSIC-127). En la Cueva de las Manos, en el área del Río Pinturas, la capa 4c fue fechada en 1.610 ± 60 años AP (NOVA 115) y en Cerro de los Indios, la capa 3b en 1.420 ± 50 años AP (CSIC-394), ambos sitios en la provincia de Santa Cruz.

Todos estos sitios fueron vinculados al Patagoniense inicial (Aschero 1975; Gradin, Aschero y Aguerre 1979), cuyos conjuntos, como hemos dicho, poco se diferencian de los que le anteceden en sus respectivas secuencias estratigráficas, en especial por su similar laminaridad y por la estandarización de los raspadores frontales de filo corto distal, muchos de ellos con filos laterales retocados en bisel oblicuo o como cuchillos.

El rasgo definitorio del Patagoniense, en consecuencia, radica en la presencia de las puntas pedunculadas de limbo triangular con aletas, de retoque bifacial extendido. Dentro de ellas pueden distinguirse las que presentan el pedúnculo con bordes ligeramente convergentes hacia la base, de aquéllas cuyo extenso y grueso pedúnculo es de bordes paralelos. Las primeras, con pedúnculo convergente, corresponden a las capas patagonienses más bajas de la secuencia de la Cueva de las Manos (Gradin, Aschero y Aguerre 1976). El Patagoniense comprende asimismo algunos instrumentos de hueso, retocadores, espátulas y fragmentos aguzados de madera. Puede citarse asimismo la presencia de piedras planas para moler y diversos fragmentos de bolas. Tanto los restos vegetales como faunísticos son abundantes en estas ocupaciones. Entre los segundos predominan sin duda los restos de *Lama guanicoe* pero están presentes, además, los de *Ducisyon*, *Ctenomys* y *Rheidae*. Las fracturas intencionales de los huesos largos de *Lama guanicoe* indican que los portadores del Patagoniense de la capa 4 de la Cueva de las Manos habían desarrollado una técnica especializada para la obtención de la médula ósea (Mengoni Goñalons y Silveira, 1976). Los restos de pieles y cueros cortados, a veces doblados intencionalmente, destacan la intensa utilización del guanaco.

Las ocupaciones correspondientes al Patagoniense son de mayor potencia que las de los niveles subyacentes, denotando tal vez un desarrollo regional incipiente que aprovechó los diversos pisos ecológicos que presenta Patagonia: la costa de los lagos y los cañadones profundos de invernada, las planicies o pampas intermedias y las altas mesetas de veranada, siguiendo una dinámica que se basaba probablemente en los desplazamientos locales y estacionales propios del guanaco (Gradin, Aschero y Aguerre 1979).

Tal vez el interrogante más interesante que plantea el Patagoniense se halla referido a la reutilización de la técnica del rebaje bifacial que, durante los casi mil quinientos años que le anteceden, no ha sido registrada en el área centro meridional de Patagonia. Podría pensarse que ello obedece al aporte de un nuevo grupo poblacional. Sin embargo, nos inclinamos a creer que se debe más bien a la falta de registros (excavaciones) que testimonien los diversos desarrollos culturales locales que pudieron coexistir en Patagonia durante dicho período.

Resulta difícil hallar un antecedente para los contextos que incluyen puntas pedunculadas. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que éstas excepcional-

mente se hallan en la unidad cultural III de Magallanes pero son características de la unidad IV (Bird 1938; Emperaire y otros 1963), por lo que su antigüedad podría fijarse entre límites cronológicos extremos que van desde el 6.000 hasta el 3.500 AP (Saxon 1976), sin excluir la posibilidad de que en el extremo sur del continente chileno perduraran hasta tiempos relativamente recientes (Massone 1979). Borrero (1979) presenta una fecha de 1.100 ± 95 AP (MC 1.069) para el norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego (Argentina), obtenida para el componente B de sus excavaciones en Cabeza de León, que también señalan la presencia tardía de puntas pedunculadas del tipo Magallanes IV.

Puntas atípicas, aunque vinculadas al tipo Magallanes IV, han sido halladas en la capa 5 de la Cueva de Las Buitreras, fechada en 7.670 años AP (Sangunetti de Bórmida 1976; Sanguinetti y Borrero 1977) y en Tagua-Tagua, Chile (ejemplar conservado en el Museo de Historia Natural de Santiago: Aschero, comunicación personal), procedente de las capas que fueron fechadas alrededor del 5.500 AP (Montané 1968).

La diferencia contextual y especialmente cronológica entre los más antiguos registros radiocarbónicos de la unidad IV de Magallanes y del Patagoniense al norte del río Santa Cruz, descartan por ahora una vinculación genética entre ambos, y sugiere en cambio la existencia de dos horizontes independientes, como ya lo hemos dicho en otra oportunidad (Gradin 1974 y 1979). En este caso, la unidad cultural Magallanes IV se vincularía más bien con Las Buitreras, en Patagonia Meridional, y con Tagua-Tagua en Chile, mientras que los contextos Patagonienses del Area del Río Pinturas y del Cañadón de las Manos Pintadas, en Patagonia Central, podrían vincularse, pese a la gran distancia geográfica y a las diferencias contextuales que las separan, con las fases recientes de la Tradición Umbú del sur de Brasil (Mentz Ribeiro 1979; Schmitz 1980).

Ultimos testimonios de la Prehistoria de Patagonia

A partir de la expedición de Magallanes (1520 DC) el velo de la Prehistoria de Patagonia va retrayéndose lentamente hacia el interior del continente a raíz de las noticias de los exploradores y viajeros que le sucedieron, dando paso al testimonio escrito. En las dos áreas que nos atañen particularmente, el canal de Beagle y el Río Pinturas, ello sucede respectivamente en 1829 con los descubrimientos de Fitz Roy y en 1859 con el viaje de Musters.

En la zona del Beagle, la "fase reciente" de Lancha Packewaia ha sido fechada mediante ocho fechados radiocarbónicos que abarcan el período comprendido entre el 1.590 AP (CSIC-312: 1.590 ± 50 años AP, capa D, cuad. II) y el 280 AP (MC 1.062, capa B, cuad. VI; MC 1.064, Capa B, cuad. III: 280 ± 85 años AP, coincidentes). En el transcurso de dicho período se documentó la presencia de puntas pedunculadas de limbo triangular con aletas, algunas muy pequeñas, que testimonian la utilización del arco y la flecha. Los arpones de hueso recuperados presentan la base en forma de "espaldón simple", similar a la que ha sido documentada etnográficamente en la zona. Por lo demás, los restantes elementos que integran esta fase no presentan grandes variaciones con respecto al componente antiguo del mismo sitio, salvo una mayor tosquedad en la confección de los instrumentos líticos y en especial del retoque a presión.

Es interesante, sin embargo, destacar la presencia de un fragmento de "cristal biselado de origen europeo" que testimonia contactos e influencias anteriores al descubrimiento histórico del Canal de Beagle. La economía de estos grupos antecesores de los yámana históricos no se diferencia mayormente de la que poseían los cazadores y recolectores del litoral marítimo que le habían precedido (Orquera, Piana, Sala y Tapia 1979).

En el área del SO de la provincia del Chubut, un sondeo efectuado al pie de los paredones del Cerro Shequen, con pinturas geométricas, permitió procesar radiocarbónicamente una muestra de hueso asociada a un contexto definido como Patagoniense, cerámico, brindando una fecha de 1.250 ± 80 años AP (SCIC-131: Gradin, Aschero y Aguerre 1976). Es la única fecha que poseemos para señalar la llegada de la alfarería a Patagonia Centro Septentrional, que si bien aún no ha sido confirmada por otros fechados, plantea la posibilidad de que la alfarería haya sido conocida en la zona del Chubut con cierta anticipación respecto del área transicional andino-patagónica, específicamente de la provincia de Neuquén, donde fue fechada alrededor del siglo X de nuestra era (Pastore 1974: 690 ± 120 años AP)[3]. La fecha obtenida para la alfarería del Cerro Shequen, por lo tanto, hace presumir una distinta vía de penetración en Patagonia Central, tal vez vinculada al área transicional pampeano-patagónica, como ya lo expresamos anteriormente (Gradin 1978: 78), contribuyendo en esa forma a un proceso de desarrollo regional que había de culminar en la etnía tehuelche (Tehuelchense de Aschero, ver Gradin, Aschero y Aguerre, 1979).

Buenos Aires, Julio de 1981.

Agradecimiento: El autor agradece al ingeniero Augusto Cardich y a la licenciada Ana M. Aguerre la lectura del presente manuscrito y las observaciones para ajustar los términos de su texto. Ello no compromete la opinión de los mencionados investigadores con el contenido del mismo.

BIBLIOGRAFIA

Aguerre, Ana M. 1977. A propósito de un nuevo fechado radiocarbónico para la "Cueva de las Manos", Alto Río Pinturas - Provincia de Santa Cruz. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XI (N.S.)*: 129-142.

— 1979. Observaciones sobre la industria Toldense. *Sapiens* 3: 35-54. Chivilcoy.

Aschero, Carlos A. 1975. Secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas - Las Pulgas. Departamento Río Senguerr, Chubut. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología IX (N.S.)*: 187-209.

[3] Recientemente se ha publicado también una fecha radiocarbónica para un nivel cultural con alfarería en el sitio Médanos del Gigante 4, Neuquén, que arrojó una fecha (CSIC 136) de 930 ± 50 años AP (1020 DC). Ver: L. A. Borrero, "Economía prehistórica de los pobladores del Alero de los Sauces". Trabajos de Prehistoria I. Buenos Aires, 1981, p. 115.

ASCHERO, CARLOS A.; C. BELLELI; C. FERNÁNDEZ LANNOT; A. FISHER; M. V. FONTANELLA; J. GÓMEZ OTERO y C. PÉREZ DE MICOU. 1978. Un análisis tipológico y técnico-morfológico de siete sitios del complejo Patagoniense. *Vº Congreso Nacional de Arqueología*. San Juan. Inédito.

AUER, VÄINÖ. 1951. Consideraciones científicas sobre la conservación de los recursos naturales de la Patagonia. *IDIA, Revista del Ministerio de Ganadería y Agricultura de la Nación Nos. 40 y 41*: 36 p. Buenos Aires.

— 1959. The Pleistocene of Fuego-Patagonia. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae III (A. 60) Shore Line Displacements*: 247 p. Helsinki.

— 1965. *Idem*: *IV (A. 80) - Bog profiles*: 160 p. Helsinki.

BIRD, JUNIUS. 1938. Antiquity and migrations of the early inhabitants of Patagonia. *The Geographical Review 28 (2)*: 250-275.

— 1970. Paleo-Indian discoidal stones from Southern America. *American Antiquity* 35 *(2)*: 205-208.

BÓRMIDA, MARCELO. 1964. Arqueología de la Costa Nordpatagónica. *Trabajos de Prehisotria XIV*: 108 p. Madrid.

BORRERO, LUIS ALBERTO. 1977. La extinción de la megafauna: su explicación por factores concurrentes. La situación en Patagonia Austral. *Anales del Instituto de la Patagonia 8*: 81-93. Punta Arenas.

CABRERA, ANGEL L. 1976. Regiones fitogeográficas argentinas. *Enciclopedia argentina de Agricultura y ganadería, I*: 85 p. Buenos Aires.

CALDENIUS, CARL. 1932. Las glaciaciones cuaternarias en la Patagonia y Tierra del Fuego. *Dirección General de Minas y Geología*, 95: 150 p. Buenos Aires.

CARDICH, AUGUSTO. 1977. Las culturas pleistocénicas y post-pleistocénicas de Los Toldos y un bosquejo de la prehistoria de Sudamérica. *Obra del Centenario del Museo de La Plata II*: 149-172.

CARDICH, AUGUSTO; LUCIO ADOLFO CARDICH; ADAM HAJDUK. 1973. Secuencia arqueológica y cronología radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología VII (N.S.)*: 85-123.

CARDICH, AUGUSTO; NORA FLEGENHEIMER. 1978. Descripción y tipología de las industrias líticas más antiguas de Los Toldos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XII (N.S.)*: 225-242.

EMPERAIRE, JOSÉ; ANNETTE LAMING. 1961. Les gisements des îles Englefield et Vivian dans le mer l'Otway, Patagonie australe. *Journal de la Société des Américanistes 50 (N.S.)*: 7-75.

EMPERAIRE, JOSÉ; ANNETTE LAMING-EMPERAIRE; HENRI REICHLEN. 1963. La grotte Fell et autres sites de la region volcanique de la Patagonie chilienne. *Idem*: 52 *(N.S.)*: 167-255.

FITZ ROY, ROBERT. 1839. Proceedings of The Second expediton. En: *Narartive of the surveying voyages of His Mayesty's Ships Adventure and Beagle betwen the years 1826 and 1836, II*. London.

GRADÍN, CARLOS J. 1973. El Alero de las Manos Pintadas (Las Pulgas, Provincia del Chubut, Argentina). *Bollettino del Centro Camuno di Studi Preistorici X*: 169-207. Valcamonica.

— 1978. Las pinturas del Cerro Shequen (Provincia del Chubut). *Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, VI*: 64-92.

— 1979. Grabados de la Angostura del Río Deseado (Provincia de Santa Cruz, Argentina). *VII Congreso de Arqueología de Chile (Alto de Vilches 1977)*, 2: 595-616. Santiago.

GRADÍN, CARLOS J.; CARLOS A. ASCHERO. 1978. Cuatro fechas radiocarbónicas para el Alero del Cañadón de las Manos Pintadas (Las Pulgas, Provincia del Chubut). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, XII (N.S.)*: 245-248.

GRADÍN, CARLOS J.; CARLOS A. ASCHERO; ANA M. AGUERRE. 1976. Investigaciones arqueológicas en la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (Pcia. de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología X (N.S.)*: 201-250.

— 1979. Arqueología del Area Río Pinturas (Provincia de Santa Cruz). *Idem*: *XIII (N.S.)*: 183-227.

GRADÍN, CARLOS J.; MURRY A. TAMERS. 1974. A propósito de tres fechas radiocarbónicas para Patagonia Meridional. *IIIº Congreso Nacional de Arqueología del Uruguay (IVº Encuentro de Arqueología del Litoral)*, 4 p. Montevideo.

HESTER, JAMES A. 1966. Late pleitocene extintion and early man in South America. *The American Naturalist 100, Nº 914*: 377-388.

IÑIGUEZ, ADRIÁN MARIO; CARLOS J. GRADÍN. 1977. Análisis mineralógico por difracción de rayos X de muestras de pinturas de la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (Provincia de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, (N.S.)*: 121-128.

LAMING-EMPERAIRE, ANNETTE. 1968. Missions archéologiques françaises au Chili austral et au Brésil meridional. Datations de quelques sites par le radiocarbone. *Journal de la Société des Américanistes, 57 (N.S.)*: 76-69.

MASSONE M., MAURICIO. 1979. Panorama etnohistórico y arqueológico de la ocupación Tehuelche y Prototehuelche en la costa del Estrecho de Magallanes, *Anales del Instituto de la Patagonia, X*: 63-107. Punta Arenas.

MENGHIN, OSVALDO F. A. 1952 a. Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia. *Runa* 5: 23-43.

— 1952b. Las pinturas rupestres de la Patagonia. *Runa* 5: 5-22.

— 1957. Estilos del arte rupestre de Patagonia, *Acta Praehistorica I*: 57-87.

MENGONI GOÑALONS, GUILLERMO L.; MARIO J. SILVEIRA. 1976. Análisis e interpretación de los restos faunísticos de la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (Provincia de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología X (N.S.)*: 261-270.

MENTZ RIBEIRO, PEDRO AUGUSTO. 1979. Indústrias líticas do Sul do Brasil: tentativa de esquematizaçao. *Veritas, Revista de PUC do Rio Grande do Sul, Ano XXIV, Nº 96*: 471-493. Porto Alegre.

MERCER, JONH H. 1970. Variations of some Patagonian glaciers since Late-Glacial: II. *American Journal of Science 269*: 1-25.

MONTANE, JULIO. 1968. Paleo-Indian Remains from Laguna de Tagua-Tagua, Central Chile. *Science 611*: 1137-1138.

MUSTERS, GEORGE CH. 1871. Vida entre los Patagones - un año de excursión por tierras no frecuentadas desde el estrecho de Magallanes hasta río Negro. Editorial Hachette, Buenos Aires, 1964.

ORQUERA, LUIS A. 1978. Informe preliminar sobre la tercera campaña arqueológica argentina en Tierra del Fuego. *Colegio de Graduados en Antropología, Serie monográfica, 1*: 19 p. Buenos Aires.

ORQUERA, LUIS A.; ARTURO E. SALAS; ERNESTO L. PIANA; ALICIA H. TAPIA. 1977. Lancha Packewaia: arqueología de los Canales Fueguinos. *Editorial Huemul*, 259, p. Buenos Aires.

— 1979. 8000 años de historia en el Canal del Beagle. *Revista del Proyecto Bouchard I, Nº I*: 10-19, 22-23. Buenos Aires.

ORTIZ-TRONCOSO, OMAR R. 1978. Nuevo fechado radiocarbónico para la Isla Englefield (Seno de Otway, Patagonia Austral). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, XII (N.S.)*: 243-244.

PARODI, LORENZO R. 1945. Las regiones fitogeográficas argentinas y sus relaciones con la industria forestal. *Talleres Gráficos Palumbo*: 14 p. Buenos Aires.

PASTORE, MARTA. 1974. *Hallazgos arqueológicos en el Mallín de Tromen* (Pcia. de Neuquén). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, VIII (N.S.)*: 277-288.

POLANSKI, JORGE. 1965. The Maximum Glaciation in the Argentina Cordillera. *The Gelogical Society of America, Inc. Special Paper: 84*: 453-472.

SANGUINETTI, AMALIA C., DE BÓRMIDA. 1965. Dispersión y características de las principales industrias precerámicas del territorio argentino. *Etnía I (Iª Parte)*: 6-20. Olavarría.

— 1976. Excavaciones prehistóricas en la Cueva de "Las Buitreras" (Provincia de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, X (N.S.)*: 271-292.

SANGUINETTI, AMALIA C., DE BÓRMIDA; LUIS A. BORRERO. 1977. Los niveles con fauna extinta de la Cueva de Las Buitreras (Río Gallegos, Provincia de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, XI (N.S.)*: 167-175.

SAXON, EARL C. 1976. La prehistoria de Fuego - Patagonia; colonización de un habitat marginal. *Anales del Instituto de la Patagonia, VII (1-2)*: 69-73. Punta Arenas.

SCHOBINGER, JUAN. 1969. Prehistoria de Suramérica. Editorial Labor. Barcelona.

SCHMITZ, PEDRO IGNACIO. 1980. La arqueología del nordeste argentino y el sur del Brasil, en la visión del Dr. Osvaldo F. A. Menghin y de los arqueólogos posteriores. *Sapiens, 4*: 45-55. Chivilcoy.

SILVEIRA, MARIO J. 1979. Análisis e interpretación de los restos faunísticos de la Cueva Grande del Arroyo Feo, Provincia de Santa Cruz (Parte I). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, XIII (N.S.)*: 229-253.

URIEN, CARLOS M. 1966/1968. Edad de algunas playas elevadas en la península de Ushuaia y su relación con el ascenso costero postglaciario. *Terceras Jornadas Geológicas Argentinas (Comodoro Rivadavia 1966), II*: 35-41. Buenos Aires.

WUILLEMIER, SIMPSON. 1971. Pleistocene Changes in the fauna and flora of South America. *Science 173*: 771-780.

Se terminó de imprimir
el día 9 de noviembre de 1982
en Artes Gráficas Santo Domingo S. A.,
Santo Domingo 2739, Buenos Aires.

Tirada: 500 ejemplares.